



Olivia Ardrey
Un verano en la
Provenza



Lectulandia

La vida de Monique se derrumba el día que cae en las trampas de su profesión. Pocas semanas después de recibir el premio más prestigioso de la Asociación de Periodistas de Francia, la prensa rosa publica unas fotografías suyas en actitud comprometida. Incapaz de enfrentarse al acoso mediático, abandona París para refugiarse en la Provenza. Allí revivirá sus días de adolescente tímida, siempre a la sombra de su prima Giselle, se reencontrará con Paul, el hombre que le dio su primer beso y descubrirá el origen secreto de la tía que las acogía durante aquellos veranos de infancia.

Pero su tía le había reservado otro regalo: la llave de un secreter que alberga un diario que le revelará la historia de una joven cuyo único pecado fue amar a un soldado alemán durante la ocupación de París. A medida que se adentre en sus páginas, Monique sentirá cómo renacen sus sentimientos hacia Paul. Pero él ya no es el joven divertido, despreocupado y apasionado de la natación que le hizo descubrir el amor; el tiempo y los desencuentros han marcado a fuego su carácter. Sin embargo, el destino tiene prevista una sorpresa para ellos. Algo que ambos ignoran los unirá, de algún modo, para siempre.

Lectulandia

Olivia Ardey

Un verano en la Provenza

ePub r1.0
Titivillus 11.07.16

Título original: *Un verano en la Provenza*
Olivia Ardey, 2016

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A vosotras, chicas Happys. Lectoras amigas, de este y del otro lado del Atlántico, que me alentáis pidiéndome siempre un nuevo libro. Vuestra ilusión por leer mis historias es mi mayor premio.

«La misma casa, la misma mesa, el mismo hogar; la misma chimenea en invierno y el mismo paseo en verano. ¡Esa es la felicidad, la dicha!».

Víctor Hugo, *Los Miserables*

Prólogo

Agosto de 2003

El día que murió mi madre, crecí de repente. Fue aquel caluroso veinte de julio de 1935. Papá nos había dejado dos años antes y, como solo me tuvieron a mí, comprendí que me había quedado sola. Una hermana de la abuela había viajado desde Saint Malo hasta París para ayudarme con el entierro y hacerme compañía. Florence se llamaba, ahora lo recuerdo. Cada día me cuesta más retener los nombres, las caras las olvidé hace mucho tiempo.

La tía me llevó hasta la habitación de mi madre y abrió el armario.

—Ahora estás sola, Marissa. Yo soy vieja y poco puedo hacer. Tienes que salir adelante por ti misma —me advirtió, señalándome los zapatos de mamá.

Bajé la vista a los míos y comprendí qué quería decir. Me senté en la cama, me descalcé y mientras desnudaba mis pies supe que me estaba quitando para siempre aquellos calcetines calados de perlé. Mi vieja tía me indicó con la cabeza que mirase bajo las perchas, apremiándome a hacerlo. Cogí los zapatos de charol negro de mamá y me los puse.

—Me aprietan un poco.

—Con el tiempo irán cediendo, como el dolor que sientes ahora —me dijo.

Contemplé mi aspecto en la luna del armario. Era la primera vez que llevaba tacón. No tenía a nadie que cuidara de mí, así que ya era una mujer...

Monique sintió una extraña congoja al leer aquellos párrafos rasgueados con la caligrafía vacilante de una persona enferma o muy mayor. Pero su curiosidad innata le impedía cerrar el cuaderno que acababa de encontrar en el fondo de aquel cajón, bajo las sábanas planchadas con tanto esmero que tía Elora acostumbraba a perfumar con atadillos de lavanda. Pasó página, necesitaba averiguar quién era la mujer que había escrito aquello.

Los recuerdos se me escapan de la cabeza, a pesar de lo mucho que me esfuerzo en retenerlos. Y antes de que pierda del todo la memoria, hija mía, hay algo que debes saber...

Monique oyó pasos que se acercaban por el pasillo y cerró el cuaderno antes de

que tía Elora entrara en la habitación.

—Mira la hora que es y todavía no has abierto la maleta —la regañó.

A Monique no le sorprendió la reprimenda, estaba acostumbrada a su tono brusco. Se puso en pie, dispuesta a deshacer su equipaje. Acababa de llegar para pasar las vacaciones en Beauville. Ese año, Giselle se había adelantado y ya llevaba en la Provenza quince días. Desde el otro lado del pasillo llegaba la voz de Shakira; Monique observó de reojo la mueca de fastidio de su tía, cansada de repetirle a cada momento que bajara el volumen de su MP3.

—¿Dónde has encontrado eso? —le preguntó, sorprendiéndola.

En un primer momento no supo a qué se refería, la pista se la dio su mirada, clavada en el cuaderno, olvidado sobre la colcha de ganchillo.

—Estaba en el armario, lo vi al abrir un cajón...

—Déjalo donde estaba.

—Lo siento, solo he leído la primera página.

—No se trata de una de esas novelitas que tanto te gustan. —A Monique le molestó la frialdad de su tono—. Además, todavía no tienes edad para entender ciertas cosas.

En ese momento sonó el timbre de la puerta.

—Anda, baja a abrir —ordenó.

Su tía abandonó el dormitorio, murmurando de mala gana y, mientras bajaba las escaleras, Monique la oyó encaminarse con pasos enérgicos hacia el otro extremo del pasillo. A Giselle iba a caerle una buena por tener la música tan alta. En ese momento, sonaba el famoso Aserejé llegado del otro lado de los Pirineos. Seguro que su prima acababa de ser sorprendida por tía Elora bailando aquellos pasos que todas las chicas, ella incluida, habían aprendido ese verano.

Bajó a abrir, como le había pedido, y al hacerlo, Monique se olvidó de la música y del baile de moda, porque allí estaba él.

Paul... Con su sonrisa de siempre, su piel bronceada y sus músculos destacando bajo la camiseta blanca. Llevaba un ramo de margaritas en la mano y Monique creyó que el corazón se le salía del pecho. Eso significaba que Paul no lo había olvidado. Ella tampoco, cómo iba a hacerlo. Llevaba un año entero recordando su primer beso. Se lo dio él, durante el Festival de la Lavanda, cuando sonaba en la verbena aquella canción de The Calling cuya letra había repetido en susurros cada vez que la escuchaba durante el curso. «Encontraré el camino para volver algún día». Y ella había vuelto, estaba allí, en la Provenza, un verano más, un año más mayor y más mujer.

—Hola, pequeña. No sabía que habías llegado —dijo, revolviéndole el pelo con un gesto travieso.

Monique giró la cabeza, molesta, y se peinó con las manos. Odió que la tratara como a una niña.

—¿Tienes coche?

Paul se giró hacia su Audi que relucía al sol como el ónix.

—¿Te gusta? Me lo compré con el dinero que gané con los anuncios.

Monique recordaba bien a qué campaña publicitaria se refería. Ella llevaba meses admirando a escondidas las revistas en las que Paul parecía un dios mojado, las guardaba como un tesoro.

Oyó trotar unos tacones escaleras abajo y no hubo necesidad de que nadie le dijera quién era. Por si el taconeo brioso no fuera pista suficiente, le bastó mirar a Paul y observar un destello en sus ojos al verla bajar.

—¡Paul! —exclamó Giselle.

Monique se hizo a un lado. Era obvio que su prima había aprovechado bien las dos semanas que le llevaba de ventaja. Cogió el ramo de las manos de Paul y se abrazó a su cuello.

Acongojada, quiso dejarlos solos en el umbral de la puerta, prefirió subir las escaleras a toda prisa para no presenciar la escena.

A Giselle nunca le había interesado Paul, pero a Monique no le extrañó que su opinión sobre él hubiera cambiado. Ella también suspiraba cada vez que lo veía cuando abría una revista, con el torso desnudo y cubierto de gotas en aquellos anuncios de bañadores de competición. Resultaba curioso que Giselle no sintiera interés por él dos años antes, cuando se convirtió en el héroe de la región y de Francia entera al volver con dos medallas de las Olimpiadas de Sidney. Entonces las dos lo veían fuera de su alcance, pero ahora ya no eran unas crías. Giselle tenía la misma edad que ella y las tetas el doble de grandes. Sabía muy bien cómo atraer la atención de los chicos. No era extraño que sucumbiera a la tentación de conquistarlo después de ver aquel cuerpo esculpido en vallas publicitarias de tres metros por cinco. Y además, era mayor y tenía coche nuevo.

Oyó que la puerta se cerraba y caminó hacia la habitación, tratando de pensar solo en las novedades buenas. Aquel iba a ser el primer verano en el que tendría una habitación para ella. Tía Elora así lo había dispuesto. Por fin no tendría que compartirla con Giselle ni aguantar su manía enfermiza por el orden, ni escuchar su música a todas horas ni sus protestas para que apagara la luz.

Aunque Monique sentía que había perdido interés por aquellas novelas amarillentas que compraba en la tienda de antigüedades y cachivaches de segunda mano del señor Allamand. El verano anterior las devoraba. Y cuando veía a Paul a caballo con los fajos de lavanda a ambos lados de la montura durante los días de cosecha, aún las leía con más pasión, imaginándolo en el papel de un señor de las Highlands, caballero templario, duque atormentado o irresistible *cowboy*. Recordó el ramo de margaritas en manos de Giselle y, decepcionada, pensó que ya no le apetecía leer historias de amor inventadas.

Monique era muy observadora, su padre siempre le decía que esa virtud le daría algún día muchas alegrías. Y aunque aún no se había decidido a estudiar la carrera de Periodismo, como este le aconsejaba para continuar con la tradición familiar,

reconoció que sí poseía esa cualidad. Nada más entrar en la habitación reparó en el detalle. Sobre la cama, solo vio el número de la revista *Marie Claire* que había comprado en París mientras esperaba el tren. El viejo cuaderno de gusanillo de tapas marrones y hojas pautadas había desaparecido.

Alzó la mirada y, a través de la ventana, contempló el Audi que se alejaba por la carretera. Paul y Giselle se habían marchado. Como sus ilusiones.

1. Del cielo al infierno

París, junio de 2014

No podía ser más feliz. Las últimas semanas estaban resultando abrumadoras. Las felicitaciones seguían llegando incesantemente. Su teléfono no dejaba de sonar ni de recibir mensajes de colegas franceses y de otros países dándole la enhorabuena. Siempre retendría en la retina los titulares de los periódicos señalándola a ella, Monique Briand, como flamante ganadora del Albert Londres, el premio más prestigioso del periodismo francés.

El mes anterior había recibido el galardón en una sencilla ceremonia celebrada en Burdeos. Aquella mañana inolvidable, al subir al estrado, sintió que tenía en las manos la recompensa a todos los días y noches de concienzudo estudio en la biblioteca de la facultad, a los años de prácticas en rotativos de Londres y Washington, a la intrepidez de recorrer el planeta en busca de la noticia como reportera de investigación. A su tesón, en definitiva, por demostrar ante la profesión y el mundo que su valía como periodista no le venía regalada por ser hija del dueño del poderoso Grupo Briand de comunicación.

Le otorgaron el Albert Londres por el reportaje sobre los refugiados sirios que malvivían en los asentamientos ilegales de la Llanura del Becá. El gobierno libanés había prohibido los campos de refugiados con la loable intención de que el casi medio millón de expatriados que ya residían en el país pudiera vivir y trabajar donde libremente escogiera. Pero con la llegada de mano de obra necesitada, los salarios cayeron en picado. Los servicios educativos y sanitarios, ya insuficientes de por sí, se hallaban colapsado. La tensión crecía entre los libaneses que culpaban a aquellos extranjeros de mermar su calidad de vida. Muchos sirios alquilaban chamizos, habitaban edificios sin terminar y, cuando los ahorros se agotaban, no les quedaba otra que plantar tiendas de campaña en el valle del río Becá. Monique recorrió con el alma lacerada aquellos asentamientos donde familias enteras se hacían como animales. Convencida de su deber de informar mediante un demoledor testimonio, mostró la realidad que nos incomoda y nos negamos a ver. E hizo lo que su conciencia le dictaba para que gente como la que Monique tenía en ese preciso instante al otro lado de la acera, que reían haciéndose un *selfie* viajero y disfrutaban del segundo café de la mañana en la terraza del Café de la Paix, conocieran el drama de quienes huían de su tierra en busca de un lugar donde vivir en paz. Una injusticia humana para la que no se vislumbraba un final cercano y que solo tenía visos de aumentar.

Monique sintió que el móvil vibraba por tercera vez esa mañana en el interior del bolso y sonrió. Estaba acostumbrada a moverse en un mundo en el que la noticia es fugaz y cae en el olvido en cuanto es sustituida por un nuevo titular. Por eso aquellas llamadas tenían doble valor. Las atendería en cuanto llegar a casa para agradecer a quienquiera que fuera que hubiese tenido el detalle de llamarla transcurridas las semanas, demostrándole que seguía acordándose de ella.

Se apresuró a cruzar el largo paso de cebra de la plaza de la Ópera antes de que cambiara el semáforo, y continuó el camino a casa con el paso exultante y la melena ondulando al aire, porque así se sentía: reconocida y orgullosa de su éxito. Aquellos estaban siendo, sin duda, los mejores días de su vida.

No sospechaba que la euforia que la tenía levitando estaba a punto de esfumarse. Al llegar al kiosco de la esquina del *boulevard* de las Capuchinas, sintió que un viento cruel barría las nubes de algodón sobre las que parecía caminar. Tuvo que tragar varias veces, con la sensación de que se le iba atascando en la garganta toda la rabia que le provocaba aquella portada. La rabia y la tristeza. La vida era una rifa asquerosa y la prensa una trampa de doble faz que tan rápido te regalaba el éxito como te hundía en el lodo. No era justo, ¡por qué a ella!, lamentó temblando de impotencia. Por qué su cuerpo desnudo se exhibía en aquella revista junto al de Phillip Vieil. Aún se acordaba de aquellas locas vacaciones en Acapulco de hacía dos años; poco después se acabó la aventura con el actor. Y accedió a bañarse desnuda porque se trataba de una playa privada.

Monique era una periodista seria, una buena profesional que jamás se había visto envuelta en un escándalo. Aquel era «su» momento, el del premio y las alegrías. ¿Por qué la prensa basura echaba su prestigio por tierra? No supo la respuesta. Pero la realidad se exhibía ante sus ojos, colgada de una pinza en la pared del kiosco. La «bella desconocida» era ella. Monique sí sabía que ese culo era el suyo, aunque el titular no revelara su nombre. Ella, ¡sí, ella!, la periodista más elogiada de Francia, acababa de convertirse en protagonista de una noticia de mierda.

—No te lo tomes como algo personal, Monique. Esto no va contra ti.

En lugar de irse a casa, como era su intención antes de llevarse el peor disgusto de su vida profesional, Monique había tomado un taxi y se había marchado directa al edificio de Grupo Briand en el *boulevard* Haussmann. En el despacho de su padre estaba, desahogándose con él. Lloró y lloró de rabia hasta que se le agotaron las lágrimas.

—Pero esos —incidió señalando la revista sobre la mesa de reuniones— son compañeros míos también. ¿Por qué me hacen esto?

—No te lo hacen a ti, insisto. Tú no les importas nada. Eres una víctima colateral. Eres la ilustración que da morbo, sin tu culo la noticia valdría la mitad.

Sus palabras eran inclementes. En ese momento le hablaba como André Briand, el magnate de la comunicación y colega, no como padre. Monique seguía sin creer que Phillip fuera tan mezquino como para utilizarla como la guinda sexy que dispara la imaginación de los consumidores de ese tipo de prensa, aviva la curiosidad y los incita a comprar la revista.

—¿Estoy en una portada por dinero? —preguntó asqueada, empezando a entender.

La mirada de su padre era elocuente.

—No sé por cuánto, pero ya lo averiguaremos —sentenció; ya había encargado a Richard, su primogénito y mano derecha, que se ocupara de ello—. Y tengo la impresión de que ha sido Phillip Vieil quien lo ha vendido.

—Puede haber sido un robado. Quizá nos siguió algún *paparazzi*.

—¿Hasta México? Eso cuesta bastante dinero y mucho interés tiene que tener el personaje para que a la publicación le compense el gasto. Además, ¿cuánto tiempo hace que ese tipo no estrena una película?

—No lo creo capaz de venderme para darse publicidad.

—Discrepo. En cualquier caso, la intención de las fotos es que se le vea bien a él. A ti se te ve de espaldas, eres el adorno erótico que aumenta el precio.

—Papá, esto puede hundir mi carrera.

—Ni hablar de eso. Los escándalos son noticia pasajera. Todos, hasta los ciscos políticos más graves pierden interés. Estas fotos en una semana serán pura anécdota y además nadie sabe que eres tú.

Richard Briand entró en el despacho sin llamar. Monique lo recibió con una mirada tan abatida que su hermano contuvo la ira que traslucía su mandíbula tensa y, antes de sentarse entre su padre y ella, le dio un cariñoso apretón en el hombro.

—Ha sido Vieil, comprobado —anunció—. El dicho no falla: cara de bobo, dientes de lobo.

—¿Y por qué precisamente ahora que me han dado el premio?

Richard enlazó ambas manos y se inclinó sobre la mesa con actitud enérgica. André Briand era un padre muy joven para tener dos hijos como ellos, puesto que la paternidad le explotó en las manos fruto de un embarazo adolescente. Con todo, era un hombre con mucho bagaje periodístico a sus espaldas y la imperturbabilidad que aportan los años. Por las venas de Richard aún corría la sangre con la efervescencia de la treintena.

—Monique, esa pregunta es de becaria —amonestó a su hermana—. Sabemos que la revista ha pagado dinero por este reportaje y a qué bolsillo ha ido a parar. Pero no perdamos de vista que pueden ir, no a por ti, sino a por papá.

—Es cierto, cuando se sepa que eres tú, el escándalo será mayor. Puede que pretendan perjudicar los intereses del Grupo Briand.

—Ya sabemos cómo funciona esto —prosiguió Richard—. Cuanto más jaleo, más fama para Vieil, que no pasa precisamente por su mejor momento.

—Tú mismo acabas de decir que no se me reconoce. ¿De verdad piensas que Phillip puede filtrar que se trata de mí?

—Puede hacerlo y lo hará si le conviene. Es una posibilidad más que probable —confirmó su padre.

Monique se acodó en la mesa y escondió la cara en las manos.

—No me puedo creer que me esté pasando todo esto. Esta mañana me sentía la reina del mundo y ahora mismo solo quiero esconderme en un armario.

—¡No digas tonterías! —le espetó Richard.

Su padre lo frenó con una mirada y cogió a Monique por el antebrazo para que dejara de taparse la cara.

—Escúchame con atención. Hay gente que busca la fama por la vía fácil, otros se la ganan con esfuerzo. Tú eres un ejemplo. No permitas que nadie, ni siquiera este desagradable episodio, te amargue el orgullo del premio. El Albert Londres es una distinción de la que pueden presumir muy pocos.

—Y de Phillip Vieil ya me encargo yo —aseguró su hermano con una mirada beligerante—. Va a desear que la tierra se lo trague, te lo aseguro.

Al salir del edificio, unos reporteros de prensa la estaban esperando. Monique se aterrorizó, en su vida se había visto aturdida por el agobio de varias voces que le preguntaban a gritos a un tiempo. ¿Tan rápido habían averiguado que la acompañante de Phillip en aquellas fotos era ella? Nunca habían salido juntos en las revistas, en su relación fueron discretos porque ella huía de la fama que acompaña a un actor. Su foto apenas había aparecido en prensa, la última, en la entrega del premio, pero jamás en ese tipo de publicaciones sensacionalistas. Empezó a asumir que su padre tenía razón al sospechar que, además de para obtener dinero, la habían utilizado como víctima útil con intención de perjudicar al dueño del gran grupo de comunicación Briand.

Trató de esquivarlos, pero tenía a un fotógrafo delante que le impedía el paso. A su derecha, dos micrófonos que casi la golpean en la cara. Se abrió paso pero el de la cámara no dejaba de disparar, prácticamente la tenía acorralada contra la fachada.

—Por favor, no tengo nada que decir...

—¿Sabía que esas fotografías, supuestamente privadas, iban a publicarse?

—¿Ha hablado ya con Phillip?

—Se dice que se trata de imágenes retocadas. ¿Puede confirmarnos que todo lo que se ve es natural?

—Somos compañeros —murmuró suplicante—. No me hagáis esto.

Los guardias de seguridad del edificio salieron a socorrerla, con lo que las exageradas protestas de los reporteros apelando a la libertad de información

provocaron tal escándalo que se formó un corro de curiosos.

—Señorita Briand, ¿confirma entonces que es usted la mujer que aparece desnuda en las fotos?

—¿Cuál ha sido la reacción de su padre?

—Hace solo unas semanas recibía el Albert Londres en Burdeos. ¿Qué ha sentido hoy al verse en portada?

Monique sintió un empujón por la espalda. Empezó a notar que le faltaba el aire y una presión en la boca del estómago. Se le aflojaron las piernas y empezó a verlo todo negro un instante antes de caer desmayada en la acera.

—¿Pero por qué me está pasando esto precisamente a mí?

Monique llevaba todo el día haciéndose esa misma pregunta, a sabiendas de que las respuestas que iba a escuchar, por razonadas que fueran, no iban a servirle de consuelo.

—Relájate, por favor. ¿O no recuerdas qué te ha dicho el médico? —aconsejó Patricia.

—Menudo susto nos has dado —añadió Sandra, obligándola a tumbarse en el sofá—. Cierra los ojos y descansa, esto te relajará, tienes los párpados muy hinchados.

Le colocó una rodaja de pepino en cada ojo. El berrinche en el despacho de su padre le vino muy bien para desahogarse, pero había dejado huella. Sus dos compañeras de piso estaban preocupadas por ella. Después del sobresalto de saber que había llegado en ambulancia, tras el desvanecimiento en plena calle, la obligaron a reposar y a tranquilizarse. Sandra y Patricia se indignaron cuando les contó el lío de las fotos escandalosas que había publicado en portada aquella revista. De haber podido, entre las dos le habrían destrozado la cara a bofetada limpia al famosillo guaperas, porque las tres estaban seguras de que ese reportaje respondía a lo que en la profesión de Monique se conocía como un «robado pactado».

—Qué cerdo... —masculló Patricia, pensando en el imbécil aquel.

Monique seguía tumbada en el sofá como una niña obediente. Aún se estremecía de bochorno al recordar el numerito del desmayo, la llegada de la ambulancia, la preocupación de su padre y de Richard que, en cuanto fueron informados, bajaron a la calle más rápido que una exhalación. Los empleados de seguridad del edificio espantando a sus puñeteros colegas de la prensa rosa.

El equipo médico del servicio de urgencias la tranquilizó en la ambulancia, asegurándole que aquella pérdida de conocimiento era el resultado de un cúmulo de estrés. El cuerpo humano tiene unos límites y cuando la mente se sobrecarga da sus

avisos de alarma por medio de achuchones. Se portaron muy bien con ella ofreciéndose a sacarla de la concentración de curiosos y llevarla a su casa, donde fue recibida con los brazos abiertos por sus dos mejores amigas.

Compartían piso desde que Monique regresó del extranjero y, acostumbrada a vivir emancipada, fue incapaz de reinstalarse en casa de su padre. Decisión que él apoyó con secreta alegría, puesto que le permitía recuperar su independencia de hombre soltero. A Monique, le encantaba el centro de París, y allí los alquileres se disparaban; comprar un piso era una opción solo apta para bolsillos más llenos que los suyos.

Buscó un piso compartido y así fue como encontró a Patricia, que necesitaba un par de compañeras que colaboraran a pagar el alquiler. Un mes llevaba instalada Monique en rue de la Paix, cuando se les unió Sandra, periodista como ella; aunque los casi cinco años de diferencia que las separaban impidieron que coincidieran en la facultad. Las tres chicas empezaron como compañeras de apartamento y se convirtieron en excelentes amigas. Sandra era rubia y de la misma estatura, tirando a alta, que Monique. Era la típica francesita *chic*, más resultona que bella pero sabía sacarse partido; cuando cogía unos kilos de más se le iban directos al culo. Monique, con su pelo castaño claro y su buen cuerpo de aspecto atlético, era el equilibrio entre las dos. Puesto que Patricia, de ascendencia latina, lucía una melena negra rizada que era la envidia de Sandra y de Monique. Aunque era la más bajita de las tres, poseía esa figura caribeña con las curvas perfectamente diseñadas para atraer todas las miradas, las femeninas envidiosas y las masculinas codiciosas. Y era dueña del metabolismo soñado, puesto que ya podía atiborrarse de lechuga o de golosinas, que siempre usaba la misma talla.

Monique era soñadora y responsable, caótica y romántica como su París del alma, y extremadamente luchadora, todo lo había ganado a base de esfuerzo y tesón porque, siendo hija de quien era, en su profesión lo había tenido doblemente difícil para demostrar su valía. Patricia trabajaba dando clases de gastronomía y cocina. Y era como su sangre, a ratos fría como una tormenta de Bretaña y a veces dulce como la fruta de Paraguay. Sandra, también nortea, era, en cambio, el optimismo hecho mujer, igualita que un día soleado en su Normandía natal.

—Necesito unas vacaciones —anunció Monique.

—Eso es verdad —convino Sandra.

—He pensado en marcharme unos días la a Provenza. Allí pasaba los veranos cuando estudiaba en el instituto. Después dejé de ir y solo volví el año pasado al entierro de mi tía.

—¿En el periódico no te pondrán pegas?

—No —aseguró—. Y mucho menos después de recibir el premio. Han entendido que necesito un descanso y alejarme de todo este asunto de las fotos y...

—Huir no es la solución —opinó Patricia.

—Patricia tiene razón. Pero también es cierto que este cúmulo de estrés que hoy

ha explotado dejándote desmayada en la acera no es solo fruto de esa portada. Cuidarte y quererte un poco te va a venir muy bien.

—Y quitarme de en medio hasta que el escándalo del desnudo deje de ser novedad, también.

—Aún no comprendo cómo se te ocurrió ennoviarte con Phillip Vieil. Porque no pegáis nada, Monique.

Ella exhaló con cara de cansancio. Se incorporó de golpe y las dos rodajas de pepino le cayeron sobre el pecho.

—Porque era divertido, considerado —recordó mascando un trozo de pepino que, sin darse cuenta, se había metido en la boca—, guapísimo y lo pasábamos bien juntos; hasta que me desenamoré cuando me di cuenta de que él también estaba muy enamorado, pero de sí mismo.

—Deja de masticar, que comer no es la solución a la frustración —recomendó Sandra—. Que se empieza por picotear cualquier cosa y se acaba devorando una tarrina de helado de kilo en el sofá como una ballena varada.

—Pero mira que eres exagerada, es solo pepino ¡déjala!

—Lo digo por su bien, Patricia, que yo ya he pasado varias veces por la etapa de comer hasta reventar para aliviar las penas del amor —argumentó colocando sobre la mesa una caja llena de botecitos de laca de uñas.

Antes de la llegada de Monique, Sandra había pedido la ayuda de Patricia. También era periodista, pero se había decantado por informar sobre moda y belleza. Y como se ayudaba con la escritura de su propio *blog* que disparó su popularidad, estaba considerada una influyente creadora de tendencias. Esa semana tenía que escribir un reportaje comparando las lacas de las marcas de lujo con las que vendían en las cadenas de cosméticos a bajo coste. Y para ello necesitaba la colaboración de sus amigas como conejillos de indias.

Patricia examinó el contenido de la caja y tomó tres colores distintos.

—Dame un par a mí también, a ver cómo quedan —se ofreció Monique.

—En el sofá no.

—Tú descansa que con mis diez dedos y los diez de Sandra tenemos suficiente para dar una opinión.

Monique no siguió el consejo de Patricia. Se levantó del sofá y se acercó a la mesa a curiosear los tonos de pintauñas. Sandra le enseñó su preferido, el «rouge noir» de una glamurosa marca centenaria más francesa que la Torre Eiffel.

—¿Estás segura de que te sientes con fuerzas para sentarte con nosotras?

Monique le dio un beso en la mejilla, agradecida por su preocupación.

—Vosotras sois mi mejor medicina —aseguró, sentándose enfrente de Patricia.

—Y los hombres, tú peor veneno —añadió esta soplándose las uñas que acababa de pintarse, una de cada color.

—Di mejor «nuestro peor veneno», que vaya carrerón sentimental llevamos las tres —matizó Monique.

Patricia se envaró en la silla y soltó un bufido a la vez que daba toquecitos en la uña del índice para comprobar el tiempo de secado. Entre tanto, Sandra había sacado un bloc para anotar sus impresiones respecto a textura, brillo y practicidad del pincel. Las que se referían a la duración las dejaba para los siguientes días. A cambio, las tres iban a tener que llevar una uña pintada de cada color durante una semana.

—Con nuestras experiencias podríamos elaborar un catálogo asqueroso de hombres de los que debe huir toda mujer —apuntó Patricia—. Sería una buena sección para tu *blog*.

—¿Trendy Sandy hablando de relaciones de pareja? —Se horrorizó la aludida—. Huy, no, ni hablar. Que luego vendrían las consultas y no soy la más indicada para dar consejos sentimentales.

—¿Este o este? —preguntó Monique levantando un pintaúñas en cada mano. Sandra le indicó el rosa chicle que llevaba en la derecha—. Aún recuerdo tu última decepción.

—Sí —farfulló con una mueca—. El yogurín de gimnasio que confundía practicar sexo con imitar una película porno.

Patricia la miró de reojo con una sonrisita malvada.

—Yogurín para ti, cariño —dijo en español—. Tú ya has soplado varias veces la velita del tres en la tarta, pero Monique y yo aún tenemos veintiocho.

—Ya llegaréis, pequeñas —aseguró, sacándole la lengua.

—En cuanto al cine porno, pues no sé que tiene de malo —opinó, Patricia.

—Que es puro postureo. En la vida real, tanta gimnasia aburre.

—Pues ya que lo has mencionado, podíamos programar una noche de porno y palomitas en el sofá para las tres —propuso Monique, y miró la expresión poco convencida de Sandra—. De toda experiencia se aprende, ¿no?

—Sí, ¡ahhh! ¡Ohhh! Seeee... Más duro, más dentro, ¡tómame!, más... Nena, sí, ohhhhh, ¡sí! —Teatralizó Patricia, echándose a reír al escucharse.

Sandra la señaló con el dedo.

—Tú has visto mucho mucho, amiguita. Con lo buena nena que pareces.

Ella contraatacó, señalando a Sandra de igual manera.

—Ese ex tuyo podía ser el primer hombre chungo de nuestra lista, el follamán.

—Y el segundo, el capullo traidor, que te lleva a Acapulco a fornicar como conejitos y luego vende las fotos a una revista —continuó Monique, apretando la mandíbula.

Sandra la observó sacudiendo las manos para que se le secaran las uñas. Por nada del mundo iba a dejar que volviera a sumirse en la preocupación del alboroto que había causado la portada infame de aquella revista de cotilleos. Tenían que distraerla como fuera.

—Tercero, el mostrenco —se apresuró a seguir con la lista—. Como aquel alumno de tu escuela que te invitó a cenar y te dijo que el postre le gustaba rasurado. Qué bruto.

Sandra respiró aliviada al ver reír a Monique.

—¡No me lo recuerdes! Acababan de servirnos el entrecot... ¡Y era la primera cita! Me cabreó tanto que agarré una patatita duquesa y se la lancé con toda mi rabia. No le di en la cara, pero al menos lo dejé allí plantado con un manchurrón de grasa a la altura de la tetilla. Por grosero.

—Más imbéciles para el catálogo —continuó Monique—. El que lee los WhatsApp mientras le hablas, el amarguras, el pichaloca, que te pone los cuernos desde el minuto uno, el vago crónico, el que se mira y remira en los espejos, el don Ocupado, que nunca tiene tiempo para ti, el que busca una sustituta de su mamá...

—¡Como aquel que te pidió que le cortaras las uñas de los pies! —recordó Sandra mirando a Patricia.

—Qué asco de tío —barbotó al acordarse—. Y encima se las daba de catedrático, cuando lo único que había leído en su vida era la etiqueta de un Danone. Con tanto impresentable suelto, no me extraña que los vibradores se vendan como salchichas.

Las tres se revolcaron de risa hasta que se les saltaron las lágrimas.

—Sois las mejores —aseguró Monique—. Conseguís hacerme reír incluso en un día horrible como hoy. Os voy a echar de menos, par de locas.

Patricia le cogió la mano y se la apretó con cariño.

—Entonces, ¿eso de irte al sur es definitivo?

—Solo me marcho de vacaciones.

Sandra dio una sonora palmada al aire.

—Venga, ¡fuera penas! Y a lo que estamos. Id sopesando lo bueno y lo malo de cada laca. Y vamos a brindar por las vacaciones de Monique, que se las tiene bien merecidas. Estamos de suerte, me han enviado un vino para ver si lo recomiendo en la revista.

La vieron marchar a su habitación. Mientras tanto, Patricia fue apuntando en el bloc los pros y contras que Monique le iba dictando sobre cada una de sus uñas. No habían llegado al dedo meñique, cuando tenían a Sandra de nuevo con ellas. En la mano llevaba una botella descorchada y en la otra tres copas boca abajo asidas por el pie.

—Así me dais también vuestra opinión y me la guardo para otro artículo sobre viñedos y caprichos.

Patricia observó la botella. Se acercó para leer otra vez la etiqueta, dudando si aquello era real o la engañaba la vista.

—¿De dónde ha salido este vino?

—De Italia —confirmó Sandra, leyendo el origen—. Prosecco di Treviso. Ahí hay un aeropuerto al lado de Venecia, ¿no?

La morena negó sacudiendo los rizos, lo del aeropuerto era irrelevante. Era el nombre del vino lo que la tenía perpleja.

—¿Pero esta etiqueta es de coña?

—Que no, bonita, que es de verdad. Me enviaron una caja a la redacción desde

las bodegas.

Monique leyó la etiqueta sin observar nada raro.

—«Follador». ¿Y?

—¿Nadie le ha dicho a esos bodegueros de Italia lo que significa en español? — cuestionó Patricia, que de las tres era la única que lo hablaba; de hecho era bilingüe gracias a su padre paraguayo.

—¿Nos vas a decir qué quiere decir o vamos a tener que buscarlo en Google? — la apremió Sandra.

—Fo... lla... dor... Follador —silabeó, por si no les había quedado claro.

—¿En serio? —cuestionó Monique, boquiabierta.

—¡Y tan en serio!

Sandra hizo gala de su espíritu positivo, a toda situación le veía un lado bueno.

—Pues nos va a sentar mejor que bien —convino con una risilla, a la vez que servía las copas— porque es justo lo que necesitamos las tres: un buen follador.

Una semana después, la portada escandalosa ya había dado paso a otra del mismo pelaje. Pero Monique seguía con la angustia metida en los huesos. Tenía pavor a tener que enfrentarse de nuevo a las cámaras o a que le estamparan la alcachofa del micro en la boca.

Su padre la había invitado a almorzar en su restaurante preferido. Él solía frecuentarlo porque lo tenía a un paso de casa. Monique acababa de comunicarle su decisión.

—Hace días acordamos tú y yo que la idea de esconderte en un armario quedaba descartada. Hacerlo sería estúpido e inútil —matizó, tomando una porción de su dorada al pesto con el tenedor.

—Necesito unas vacaciones, papá. Estoy muy agobiada, ya no salgo tranquila a la calle.

—Huir de París no es la solución.

—Mis amigas dijeron justo lo mismo.

—Ya lo ves.

Monique terminó de rebañar los restos de brandada de bacalao del plato. Le encantaba la cocina de Prunier, pero los platos de pescado eran algo exquisito.

—Hace años que no paso un verano en la Provenza y echo de menos los largos paseos, la lectura a la fresca y la calma con la que se vive en el sur.

André depositó los cubiertos sobre el plato, dándolo por finalizado. No era cierto del todo, habían regresado el año anterior a Beauville para el entierro de una tía lejana que les legó su casa en usufructo.

—¿Vas a tomar postre?

—Estoy llena, pero el crujiente de piña me encanta. Si lo compartes conmigo, sí.

Así lo acordaron y André pidió al camarero una ración con dos cucharas y que fueran preparando los cafés, uno solo para él y uno *gourmet* a la vainilla para su hija.

—No voy a negar que entiendo tu cansancio. Llevas varios años saltando de país en país.

—La experiencia del Líbano me dejó agotada, física y emocionalmente.

—Márchate entonces a Beauville, descansa este verano. Ya hablaré yo con tu redactor jefe...

—No es necesario —interrumpió—. Papá, ¿cuántos años tengo?

—Veintiocho —sonrió brevemente, a modo de disculpa.

—En ocasiones tengo la impresión de que todavía me ves con dos coletas y el uniforme del colegio.

Y en efecto, la observó atentamente. El instinto paternal no tenía nada de malo, al contrario. Siempre que se limitara al terreno personal. Su hija era una profesional, incluso a él le resultaba ridícula la actitud de gran jefe dando la cara por su niña.

—Ya he hablado con él y me ha dado permiso —informó Monique, dulcificando el tono.

No pretendía recriminarle aquel arranque de paternalismo. Aunque lo consideraba excesivo tratándose de un asunto laboral, no podía olvidar que fue él quien los crio en solitario, con la única ayuda de la abuela Georgette.

—¿Permiso? —cuestionó.

Monique disimuló la sonrisa. De nuevo tenía ante ella al jefe de jefes.

—Un permiso sin sueldo.

Su padre arrugó la comisura de los ojos casi de manera imperceptible, lo suficiente para demostrar que seguía siendo su padre.

—¿Y de qué piensas vivir durante estos tres meses?

—Algo tengo ahorrado. Pero descuida, ya te pediré que me hagas una transferencia si me quedo sin dinero para chicles y gominolas —sugirió en broma.

Su padre aceptó su decisión con un gesto conformista.

—Bien, pues. Recarga las pilas en el sur y tómate un respiro lejos de los focos y las cámaras —sugirió—. La tía Elora me legó en su testamento el usufructo vitalicio de la finca de la Jabonera, aunque la dejó en herencia al pueblo de Beauville. Así que podemos disfrutarla aunque sea propiedad del ayuntamiento. Pensaba renunciar a ese derecho, pero no pasa nada si lo dejo hasta que regreses.

El teléfono de André sonó en su bolsillo. Él lo sacó para apagarlo sin atender la llamada, ojeó brevemente la pantalla y volvió a guardarlo.

Desde que Monique tenía uso de razón, la vida sentimental de su padre se limitaba a una larga cadena de aventuras discretas. No lo culpaba. Con veintidós años era ya un divorciado con dos hijos, puesto que su madre se largó cuando ella aprendía a caminar. No esperó siquiera a que cumpliera el primer año. Todas sus fotografías de

cumpleaños eran iguales, aumentaba el número de velas pero siempre aparecían ella, Richard, papá y la abuela. Y el abuelo y fundador del imperio periodístico Briand, al otro lado de la cámara; según las copas de coñac que llevara encima ese día, sacaba la foto más o menos torcida.

—¿Una chica?

Él la repasó con una mirada larga. No era amigo de explicaciones en el terreno afectivo y preservaba su independencia por encima de todo.

—Sí, era una mujer —aceptó escuetamente.

—¿Estás seguro de que quieres renunciar al usufructo de la casa de la tía?

Su padre la miró extrañado.

—Es injusto que yo la disfrute en exclusiva cuando pertenece a todos los vecinos del pueblo. Nadie de la familia tiene el mínimo interés por pasar temporadas campestres en Beauville.

—Yo estoy a punto de hacerlo, ¿no?

Estudiando la cara de su hija, hizo una pausa prudente.

—Si no me equivoco, allí sigue aquel Paul —intuyó—. Y también la chica, aquella nieta de una prima de tu abuela. ¿Cómo se llamaba?

—Giselle —aclaró. Y ante la mirada inquisitiva de su padre, se aprestó a resolver sus dudas—. Ya no tengo quince años, papá, ni dieciséis, ni diecisiete, ni dieciocho. Ya no lloro por los rincones pensando en que ella me quitó al chico que me gustaba cuando éramos unas crías. Además, la casa está alejada del pueblo y voy con intención de descansar. Si los veo, será de casualidad.

—Ahora que hablas de la casa, pensándolo bien, hay un hotelito rural que abrieron hace unos años. Es nuevo y mucho más cómodo que un caserón que lleva año y medio deshabitado.

Monique sonrió con aire evocador.

—No lo ves como yo. A mí sí me gustaría volver a casa de la tía Elora por vacaciones. Cuando pensé en ir a la Provenza sentí una especie de llamada de la nostalgia.

—En tal caso, y si tu sentimental corazoncito así lo desea, adelante. Estás en «mi casa», porque así lo dejó escrito tía Elora en su testamento y si al ayuntamiento le parece mal, será su problema.

—Aunque no sea justo para el ayuntamiento.

—Pero es legal. La vida es así de injusta —sentenció—. Y mi conciencia va a estar absolutamente tranquila porque acabas de ponérmelo en bandeja para lavarme las manos. Tú y yo iremos a un notario, mañana o pasado. Acabo de decidir que voy a cederte el usufructo a ti —informó, dejando su cucharilla al ver de reojo que el camarero se acercaba con los cafés.

—Papá, no...

—Papá, sí. ¿En qué quedamos? Decide tú si quieres conservarla o no. Te repito que a Richard y a mí no nos interesa para nada, porque jamás hemos puesto un pie en

esa casa. A fin de cuentas, eras tú la que pasabas allí los veranos.

Monique aceptó a regañadientes. Siendo consecuente, era ella la que había insistido en no renunciar al derecho sobre la casa.

—¿Y eso es así de sencillo?

—Tanto como lo es firmar una cesión notarial.

—Pero ese derecho implica que tendré que ocuparme de las reparaciones y gastos, si no me equivoco.

—Sí, así está estipulado en el testamento. Yo no pienso invertir ni un céntimo en algo que no es mío. Pero si a ti te hace ilusión conservar el derecho a usar la casa, tampoco creo que te arruines por reparar una gotera —opinó—. Piensa que a cambio de eso podrás disfrutarla gratis toda tu vida.

—¿Aunque el dueño siga sienta el ayuntamiento de Beauville?

Su padre alzó un hombro, como si el asunto le importara muy poco.

—Yo no tengo la culpa ni tú tampoco de que nuestra anciana tía les dejara en herencia la finca de la Jabonera, que incluye la montaña y la casa, como si fuera un melocotón con un «bicho» dentro.

—Y ese bicho soy yo —asumió.

—De momento y hasta mañana o pasado, me corresponde ese dudoso honor. Tú lo serás en cuanto te la ceda en el despacho del notario.

Richard se unió a ellos para un segundo café e insistió en llevar a Monique hasta su apartamento, ya que ella no tenía coche. Lo consideraba un gasto innecesario, dado que para ir hasta la redacción solo debía pasear unas cuantas manzanas. Y durante años, contando los que vivió en el extranjero y los que pasó viajando continuamente para cubrir noticias, no lo echó de menos. Estaba acostumbrada a ir en taxi cuando tenía necesidad de desplazarse por la ciudad.

—¿Estás segura de lo que haces? —preguntó Richard, cuando detuvo el deportivo frente al portal.

No estaba de acuerdo con ella, opinaba que marcharse de vacaciones tres meses era una exageración, que atribuía a gente caprichosa, millonaria o excéntrica.

—Completamente.

—No me parece una buena idea.

—Pero a mí sí me lo parece. ¿No subes?

Richard negó con la cabeza y Monique se temió que el innato sentido de la responsabilidad de su hermano empezara a convertirse en adicción al trabajo.

—Ni hablar, no quiero correr el riesgo de tropezarme con la bruja.

A Monique no le gustaba que hablara así de una de sus dos mejores amigas.

—No la llares así. Patricia es encantadora.

—De serpientes.

—¿Por qué te cae tan mal?

Richard no se amilanó al ver a su hermana con aquel gesto defensor, las manos en las caderas y cara de gobernanta carcelaria.

—¿Ya no te acuerdas? ¡Se puso como una fiera rabiosa! Me gritó como loca por una tontería.

Tiempo atrás, un día que acudió a visitar a su hermana, Richard abrió la puerta del baño y sorprendió a su compañera de piso sentada en la taza del inodoro.

—A ninguna mujer le hace gracia que la pillen con las bragas bajadas y el rollo de papel higiénico en la mano.

—Ya ves qué drama —ironizó con una risita canalla.

—¿Qué habrías hecho tú, de haber sucedido al revés?

—Me habría reído de la situación.

—Seguro.

Como si no supiera ella lo ridículamente pudorosos que pueden llegar a ser los hombres cuando ven peligrar su imagen ante una mujer.

—¿Qué quieres? No estoy acostumbrado a llamar a la puerta cuando entro en el baño.

—Porque vives solo.

—Eso deberías hacer tú, que ya se te ha pasado la edad de vivir en un piso compartido. Hace años que saliste de la universidad.

Monique chasqueó la lengua, no tenía ganas de discutir ese asunto. Richard amaba la soledad, para él era sinónimo de calma y de paz. En cambio, ella adoraba esos momentos de charla con sus dos amigas, desayunar las tres en pijama cuando podían o una relajante película de chicas compartiendo palomitas y pañuelos de papel en el sofá.

—Entonces, lo de esas vacaciones es definitivo —insistió Richard.

—Necesito un descanso, creo que eso lo comprendes.

—Te aburrirás.

—Tú sí te aburrirías, yo no —rebatía convencida—. A ti nunca te gustó la Provenza. Pero yo encontraré mil maneras de entretenerme. Además, papá me ha pasado la pelota de un conflicto moral sobre el que tengo que decidir.

—¿Qué clase de conflicto?

Monique sonrió. Siempre con una pregunta en la boca, como su padre. Y como ella también. No podían negarlo, los tres habían heredado la curiosidad innata del abuelo, fundador del periódico y del imperio de la información que ahora dirigía el padre de ambos. Llevaban el periodismo en la sangre.

—Que te lo explique él —decidió, subiéndose la manga del jersey para mirar el reloj—. Te dejo, Richard. Ya iremos hablando. Cuídate, ¿vale? —Se acercó a la ventanilla y le dio un beso en la mejilla—. Y llámame de vez en cuando, que siempre tengo que ser yo.

Richard le acarició y pellizcó la nariz a modo de despedida.

—No tienes que preocuparte por nada. Tú no has hecho nada malo.

—Ya lo sé, pero no soporto estar en boca de todos.

—Todo pasa y todo se olvida —la tranquilizó—. Tú y yo sabemos la corta vida que tienen las noticias de esa clase.

—No siempre.

—Sobre todo cuando el protagonista es un capullo acabado que no interesa a nadie —insistió, entrecerrando los ojos al acordarse del antiguo novio de su hermana—. Ya me ocuparé, no me conoce cuando me enfado y no sabe con quién se la está jugando. Buen viaje y desconecta en el pueblecillo aquel.

Un coche hizo sonar el claxon, para que Richard se apartara porque le impedía aparcar.

—Lo haré. Adiós, Richard.

Monique subió a la acera y cuando metía la llave en la cerradura sonrió al escuchar a su hermano mientras ponía el motor en marcha.

—Te aburrirás —dijo por la ventanilla antes de apretar el acelerador.

2. Otro verano en Beauville

El viaje hasta la Provenza le supuso un tiempo de reflexión. Durante las tres horas, casi cuatro, que tardó el tren de alta velocidad en recorrer el país de norte a sur, Monique reflexionó sobre cómo iba a ocupar el tiempo. La suya era una vida de acción, de robarle minutos al reloj. Hacía años que no disfrutaba de tanto tiempo libre y, con una pizca de vergüenza, tuvo que reconocer que no sabía qué hacer con tantas semanas ociosas. Temía que Richard tuviera razón y al cuarto día se hubiera saturado de admirar el paisaje campestre y de tanto paseo bucólico.

No tenía por qué pasar, recordó alzando la vista hacia la bandeja portaequipajes, donde se hallaba el ordenador portátil en su maletín. Y en la maleta llevaba también el libro electrónico. Prefería leer como toda la vida, abriendo el libro y metiendo entre las páginas lo primero que encontraba, fuera un bolígrafo o un billete de metro, a modo de señal. Adoraba el tacto y el olor del papel, pero reconocía las ventajas del lector electrónico. Era ideal para viajar, y salió de París con un montón de títulos en edición digital cuya lectura siempre dejaba pendiente para otro momento que nunca acababa de llegar. No iba a aburrirse, por tanto. Además, estaba el kiosco del pueblo. Los periódicos y revistas la mantendrían alerta, como de costumbre. Aquellas vacaciones tampoco eran un retiro espiritual ni tenía intención de dejar de estar al corriente de cuanto pasara en el mundo.

Cuando bajó del tren en Marsella, fue hacia la ventanilla de una empresa de vehículos de alquiler, pero lo pensó mejor. Si alquilaba un coche para ir hasta Beauville, luego tendría que regresar a devolverlo. Y pedir a alguien del pueblo que la acompañara detrás, para que la trajeran de vuelta. Un engorro que prefirió evitar; así que optó por hacer el viaje hasta allí como solía hacer cuando veraneaba en la casa de tía Elora. Antes de preguntar en el punto de información por el autobús de línea y de averiguar los horarios, se sentó en un banco de la estación y buscó en internet la web de Lavanda Lachance para averiguar el número de teléfono. Estuvo de suerte; la empleada que atendió su llamada la pasó enseguida con el viejo dueño, Jérôme Lachance y padre de Paul.

Monique sonrió al escuchar su voz. El hombre debía tener ya los setenta años, o estaba cerca de cumplirlos, pero no dejaba de acudir a diario a la destilería de esencia de lavanda.

—La costumbre —le explicó—. ¿A qué hora llegarás?

Monique le explicó que aún no sabía qué autobús iba a coger. El hombre insistió en acudir a Marsella a recogerla en su propio coche, pero ella se lo agradeció asegurándole que no era necesario. Tuvo que negarse varias veces, ante la insistencia de *monsieur* Lachance.

—Sí así lo prefieres, haremos una cosa. Dejaré *la clâ* en la taberna de la plaza. Ya

la recogerás allí y así vas a la casa tranquilamente cuando llegues. ¿No habrás olvidado el camino?

«La clâ», pronunció mentalmente Monique. Qué extraño y agradable era escuchar ese modo de hablar salpicado de palabras en dialecto provenzal, después de tantos años.

—No, no lo he olvidado —aseguró antes de darle las gracias y colgar.

El autobús había cambiado, era de los modernos y no uno de aquellos autocares renqueantes que convertía la carretera llena de curvas en un infierno. Pero Beauville estaba como lo recordaba desde su visita para el entierro. Después de recoger la llave en el bar, tomó el camino de la calle estrecha de la panadería. Cuesta abajo, tiró de la maleta con ruedas hasta la salida del pueblo, deambulando por la calzada y pegándose a las fachadas de piedra cada vez que se topaba con un coche.

La tierra de Gocelin estaba a las afueras. Allí era conocida como «la finca de la Jabonera», puesto que el hombre que construyó la casa fue dueño de una fábrica de jabones de tocador, de las muchas que hubo a mediados del siglo pasado en todo el sudeste. La mayoría habían desaparecido, absorbidas por las grandes empresas de fabricación de jabones de Marsella y productos con los aromas de la Provenza, con distribución y franquicias de implantación internacional. Unos pocos negocios artesanales sobrevivían gracias al turismo, a modo de testimonio de lo que fue la explotación familiar de la riqueza de la región.

Y al subir la última cuesta, allí la encontró. Monique conservaba una imagen muy diferente. Durante el entierro se limitaron a acompañar el féretro hasta el cementerio, llegado desde una residencia de ancianos de Marsella. No se acercaron a ver la vieja casa y, en ese momento, contemplando las huellas del paso del tiempo, se recordó que la memoria es una compañera fiel, pero también traidora. Se empeña en conservar la mejor cara de nuestros recuerdos, no demasiado pareja a la realidad. Monique observó la marca en la madera de la puerta, vestigio de aquella aldaba con una cabeza de león que alguien había arrancado. Algún turista de paso para llevársela como recuerdo, seguramente.

La casa de tía Elora no brillaba ante sus ojos, tal como la recordaba. Los años habían pasado y ya no tuvo la misma sensación de una década atrás, cuando llegaba y la estampa campestre la recibía con su aspecto acogedor. Ella no era la misma y la casa tampoco. La que tenía delante se erguía como una vieja dama, ajada por el paso del tiempo, que espera con dignidad la llegada del ocaso.

Monique tiró de la maleta y sacó la llave de cañón. Las bisagras chirriaron, tomó nota mental de ello, estaba de vacaciones así que tiempo tendría de echarles unas

gotas de aceite. Al entrar en el vestíbulo la recibió un aroma a rancio. Un pomo de lavanda seco, que debía llevar dos años o más sobre la consola, había perdido su olor. Recogió con la mano algunas de florecitas que se habían desprendido del tallo, caídas sobre la madera, y aspiró con la vana esperanza de recuperar la fragancia que ella asociaba con el ocio estival. No olía a nada, como tampoco volvería a ver a la tía Elora recibéndola con un cálido abrazo.

Ni a Giselle.

La ausencia de perfume le recordó que otras cosas, en cambio, preferimos que se marchen. Como el aroma de aquel ramillete de lavanda marchita, se habían evaporado también la chiquilla tímida que siempre corría en pos de la más guapa de las dos como un cachorrito deseoso de caricias. Monique dejó de confiar en ella conforme fue creciendo y aprendió a distinguir el carácter de las personas. Dejó de admirarla cuando empezó a sentirse utilizada. Y de quererla como a la hermana que nunca tuvo cuando empezó a darse cuenta de que Giselle era de ese tipo de personas que necesitan a su lado alguien apagado para poder brillar.

Hacía años que no se veían porque la relación les vino impuesta, siendo ambas parientes de la tía, aunque eran primas tan lejanas que ni grado de parentesco había ya. La mujer, una solterona tan solitaria como bondadosa, las invitaba a las dos durante las vacaciones escolares porque conocía sus circunstancias. Tanto ella como Giselle eran la pieza que no encajaba en sus familias. Richard disfrutaba yendo al despacho con su padre, pero ella se aburría en casa con la abuela, quien recibió con alegría y descanso la invitación de su prima lejana, y no dudaba en mandarla al sur en cuanto le daban las notas. A la familia de Giselle le ocurría algo parecido. Era la mayor y un engorro para su madre, que había tenido otra niña de su segundo matrimonio y la mandaba a Beauville para librarse durante unos meses de ella y de sus celos enfermizos hacia su nueva hermanita y su padrastro.

Hacía años que no se veían, desde que ambas entraron en la universidad y escogieron carreras distintas. Con su dieciocho cumpleaños, Giselle decidió no volver a Beauville ese verano. Y a pesar de vivir las dos en París, perdieron el contacto. Solo volvió a tener noticias suyas cuando, por medio de un frío tarjetón, la hizo partícipe de su boda con Paul. Ni siquiera tuvo el detalle de llamarla para invitarla en persona. Monique correspondió con idéntica frialdad, excusando su asistencia.

Se quitó la cazadora y la colgó de la percha de la entrada, tomando nota también de quitar a fondo el polvo. Sí, era hora de quitar la capa polvorienta también de los recuerdos ingratos. Se sentía incómoda cuando pensaba en sí misma con dieciséis años y se veía anulada por la melosa y atractiva Giselle.

Se sacudió las florecitas de lavanda de las manos mientras apartaba de su mente el pasado. Tenía la casa para ella sola y un prometedor verano por delante que pensaba aprovechar.

Le costó, pero Monique había conseguido eliminar todo el polvo de la habitación. Escogió la misma que usó durante sus últimos veraneos en aquella casa, pero no por motivos sentimentales, sino porque era más pequeña que el dormitorio de tía Elora y costaba menos de limpiar. Se dio unos manotazos en los muslos. La mitad del polvo se marchó por la ventana o quedó en las bayetas, pero la otra mitad la llevaba encima.

Encontró sábanas limpias donde recordaba. El armario de roble y la robustez de los cajones habían preservado la ropa de cama impoluta después de un año o más, a saber el tiempo que llevaba allí guardada desde que la tía fue internada en una residencia de ancianos cuando fue incapaz de valerse. La colgó del tendedero para que se orea y perdiera ese tufo a tela añeja. Después hizo la cama y bajó a la cocina a llenar un cubo. Una vez fregara el suelo de tarima dejaría el resto para otro momento. Limpiaría el baño por la tarde, eso sí era fundamental; le daba grima ducharse después de ver aquellos grifos herrumbrosos. La cocina era otro cantar, si no se levantaba con ganas al día siguiente, desayunaría en el café y comería en la taberna. Tampoco tenía intención de pasarse las vacaciones limpiando.

Hasta que cerró el grifo del fregadero, no oyó que estaban llamando a la puerta. El repique sobre la madera era imperceptible con el ruido del chorro al llenar el cubo. Quizá encontrara a alguien que arreglara el timbre, pero para el tiempo que pensaba permanecer allí, tampoco tenía demasiado sentido. Se aupó y apartó la cortina para ver de quién se trataba.

—¡Mierda!

Era Paul Lachance, el amor secreto de su juventud. Qué oportuno. Y ella con aquellas pintas. Se quitó el lápiz con el que había improvisado un moño y se sacudió el pelo, peinándose con las manos. La ropa sucia no tenía remedio, pero antes de abrir, se lavó la cara y las manos allí mismo. Encontró en un cajón paños de cocina, al menos no tenía que secarse con la camiseta. No había vuelto a escucharlo golpear la puerta, así que corrió a abrir antes de que se marchara.

Cuando lo hizo se quedó sin saber qué decir. Ya había vuelto a subir al caballo, por lo mucho que Monique había tardado en abrir. Hacía un año que no se veían, desde el entierro de tía Elora. Entonces, rodeados de gente, no se fijó puesto que solo intercambiaron un breve saludo, igual que con Giselle. Pero ahora, observándolo con calma, le impactaba comprobar la huella que había dejado en Paul el paso del tiempo. Ya no era un modelo de anuncio.

Para ser sincera, tuvo que reconocer que su cuerpo seguía siendo magnífico, era su cara la que acusaba algunas líneas de expresión y las comisuras de su boca ya no apuntaban hacia arriba con la euforia del triunfador adorado por todos. Ya no era el chico estrella de las gafas de sol que corría con su coche brillante por aquellas carreteras. Pero sus ojos eran igual de azules y tan agudos como siempre. Se veía

imponente y dominador a lomos del caballo.

Y allí lo tenía otra vez, llamando a su puerta como si fuera ayer, pero sin ramo de flores. Mal que le pesara, los años le habían sentado bien y era todavía más atractivo, mucho más. Monique apartó inmediatamente esa idea de su cabeza.

—Como no abrías, me marchaba ya. Mi padre me ha dicho que habías vuelto.

—Ya lo ves, necesitaba unas vacaciones y ¿dónde mejor?

—Los años te han sentado bien.

—¿Tú crees? Me sorprende que te acuerdes de qué aspecto tenía la última vez que nos vimos.

Él esbozó media sonrisa que la puso nerviosa, no resultaba cómoda viniendo de un hombre casado.

—La chica invisible de entonces hoy está en el ojo del huracán.

Monique endureció la mirada. Había ido allí para no pensar en ello, no era preciso que se lo recordara.

—¿Siempre eres así de directo?

Él tranquilizó al caballo con la pierna para que se estuviera quieto.

—Por aquí somos así de rústicos. No nos van las medias tintas ni las insinuaciones y rodeos que utilizáis para comunicaros los de ciudad.

—Allí, a esa franqueza de la que presumes, la llamamos impertinencia.

—Tu cabeza siempre pensando, en eso no has cambiado. Me refería a la revista esa, pero también al premio periodístico ese tan prestigioso que te dieron. Por aquí también leemos la prensa —aclaró.

Viendo que ella seguía igual de seria y no le daba ni las gracias, se apartó el pelo con la mano evidentemente incómodo. No había acudido allí para hostigarla, sino con otro propósito.

—Ven a cenar esta noche.

A Monique le costaba reconocer al chico que idolatraba cuando era una chiquilla, siempre con la sonrisa bailándole en la boca. Se preguntó qué podía haberle agriado el carácter de esa manera.

—Dada tu actitud, te lo agradezco, pero declino tu invitación.

Paul dulcificó el talante.

—Cena con nosotros —rogó—. Cortesía provenzal —dijo con una sonrisa de disculpa.

Monique no tenía el menor interés en pasarse toda la velada con una sonrisa de cartón piedra.

—¿A Giselle no le importará? —preguntó con falsa inocencia, dado que la cordialidad entre ellas siempre fue inexistente.

La mirada de Paul se convirtió en algo parecido al acero.

—Nos divorciamos hace dos años.

Monique se quedó de piedra.

—Lo siento. No sabía nada, Giselle vino al entierro de tía Elora. Por eso creía que

seguíais casados —se excusó.

—Vino, sí. Pero entonces ya vivía en Bruselas.

Puesto que él presumía de directo, Monique no dejó que la cortesía frenara su curiosidad.

—¿Y vive sola?

Ante el mutismo de Paul, no insistió. Tampoco le quitaba el sueño la vida que llevara Giselle.

—Gracias por invitarme, me encantará cenar en tu casa.

—Y a nosotros.

—Paul... Siento lo de tu madre. La última vez apenas hablamos, me habría gustado decirte que me entristecí cuando lo supe. La recuerdo muy agradable y simpática.

Él agradeció su condolencia con un gesto casi imperceptible y apretó con la bota el flanco del caballo bretón para que girara hacia el camino.

—Te esperamos sobre las siete —dijo antes de ponerlo al paso.

Monique cerró la puerta y se dejó caer en la silla del recibidor. Giselle y Paul divorciados... Esa novedad sí que resultaba del todo inesperada.

La cena resultó francamente agradable. Jérôme era un hombre de aspecto lozano para haber cumplido ya los setenta años, edad de la que presumió delante de Monique puesto que estaba orgulloso de conservar el vigor de los cincuenta, en su opinión, gracias al aire sano y el sol de aquellas tierras.

Su esposa había fallecido hacía ya más de tres años. Paul fue el único hijo de un matrimonio tardío. A Monique, acostumbrada a una figura paterna juvenil, le chocaba que Paul, que tenía solo cinco años más que ella, tuviera un padre tan mayor.

Monique rehusó la invitación a un café, no tenía costumbre de tomarlo después de las seis de la tarde, porque la cafeína la desvelaba. Además, estaba cansada, por eso decidió no prolongar mucho la sobremesa en casa de los Lachance. Del mismo modo agradeció, pero se negó a aceptar, la invitación de Paul y de su padre para que se alojara allí en lugar de sola en la casa de la Jabonera, que llevaba tanto tiempo cerrada. Viendo que no iban a convencerla, Paul insistió en acompañarla y durante el camino de regreso, tuvieron tiempo de compartir un agradable paseo. Además, Monique tenía ganas de charlar a solas con él, sin la presencia de Jérôme, y saber qué había sido de su vida, más allá de lo que habían hablado durante la cena.

Era evidente que él sentía idéntica curiosidad. Caminaban por el estrecho arcén de gravilla entre la cuneta y el firme de la carretera, Paul con las manos en los bolsillos de los pantalones vaqueros.

—Siempre me he preguntado por qué te caía tan mal —confesó Paul.

Monique emitió una suave risa de incredulidad, mirando hacia las estrellas. Esa noche lucían preciosas, tal como las recordaba. Nunca había visto una noche igual, salvo en las llanuras del Líbano. En París, la polución y la iluminación artificial apenas dejaban verlas.

—¿Eso crees?

Paul la miró brevemente.

—Me extrañaba verte siempre tan distante. Parecía que huías de mí.

—Era tímida y tú me gustabas mucho.

No se avergonzó de confesárselo con tanta claridad. Eran un hombre y una mujer, y aquella verdad un recuerdo sentimental que, a esas alturas de su vida, evocaba con la ternura de algo que se fue para no volver. Sonrió al ver la cara de sorpresa de Paul.

—¿Y por qué nunca me di cuenta?

—Porque tú solo veías a Giselle.

—No creas. Para mí eras un enigma, me preguntaba qué habría detrás de aquella mirada que parecía significar tantas cosas.

—Ahora ya lo sabes.

—Qué poca perspicacia la mía.

Monique se recordó a sí misma a los quince años y sintió cierta pena por aquella chiquilla, que en su mente veía como en una antigua película de vídeo. Paul ni se acordaba de aquel beso que para ella fue el primero.

—Claro que, con veinte años —siguió él— y las hormonas revueltas la cabeza no me daba para mucho más. Nunca he sido especialmente listo.

—Eso es una tontería.

Paul dio un puntapié a las matas de aliaga que crecían en la cuneta.

—Me dabas un poco de miedo. Todos los años acababas el curso con calificaciones brillantes, o eso decía Giselle. Yo era de los que aprobaba por los pelos.

—Ya, la forastera empollona.

Contrariado, se detuvo y la miró a los ojos.

—Ni mucho menos, la chica más inteligente que habíamos visto por este pueblo.

—Inteligente, pero no la más lista —puntualizó, despertando la curiosidad de Paul.

—¿Por qué?

—Porque fue Giselle la que se llevó al chico más guapo.

Paul, que no esperaba esa respuesta, rio con ganas y ella se echó a reír también.

—Entonces me sentía invisible y muy tonta. Pero ya da igual.

—No lo eras, eso está claro porque el tiempo me ha dado la razón —reconoció con un deje de admiración—. Te has convertido en una periodista muy admirada. Me alegré mucho al verte en la televisión cuando te dieron el premio.

Monique se lo agradeció con una sonrisa y reemprendió la marcha. Al doblar la

última curva empezaron a ver la casa en el horizonte.

—No me mires como si fuera una estrella, que tú eres campeón olímpico. Y en dos Olimpiadas —le recordó—. Tú también has logrado algo que muy pocos consiguen.

—Cuando uno pone pasión en lo que hace, obtiene recompensas en forma de premio. O de medallas. Aunque no siempre ocurre, la mayoría deben conformarse con la satisfacción personal. Tú y yo pertenecemos al grupo de los afortunados.

Dejaron la carretera y tomaron el corto sendero que daba acceso a la entrada de la casa. A las puertas de la misma, Paul ojeó la fachada con cara de duda.

—Déjame un momento tu móvil —pidió. Monique lo sacó del bolso y se lo entregó. No dijo nada mientras él tecleaba—. Te he grabado mi número. Si necesitas cualquier cosa, llámame —rogó, devolviéndoselo.

Ella alzó una comisura de la boca, no estaba acostumbrada a ese tipo de gestos protectores. Ni le hacían falta. Pero le gustó que tuviera con ella aquel detalle de caballero andante, por eso se ahorró la respuesta irónica que habría dado a cualquier otro de estar en París y no en Beauville y ante un hombre del sur.

—Gracias.

—¿Estás segura de querer pasar la noche aquí sola? Este caserón está muy apartado del pueblo.

Monique sacó la llave del bolso.

—He venido buscando tranquilidad.

Paul dio un paso atrás, una manera sutil de despedirse sin más ceremonias que Monique agradeció. Le resultaba ridícula una despedida con los tres besos de rigor.

—Tranquilidad no es lo mismo que soledad —objetó él, antes de dar la vuelta y desandar el camino hasta su casa.

Monique, con fastidio, rememoró la portada escandalosa. El verdadero motivo que la había llevado hasta allí. Paul también la había visto y Monique no necesitaba fingir.

—En mi caso, sí —aseguró.

Monique estaba acostumbrada a madrugar. Con el clarear de la primera luz de la mañana ya se había duchado y vestido y estaba dispuesta a acercarse paseando hasta el pueblo para desayunar y realizar algunas compras para encontrar en la despensa algo más que botes vacíos y tarritos de especias.

Disfrutó con un delicioso café con leche y *microissants* calentitos en el café de la plaza. Era viernes y, por suerte, día de mercado. Se paseó por los puestos, eligiendo verduras recién traídas del huerto, queso tierno y salchichón del país, escuchando con

agrado a las viejecitas que se saludaban entre ellas y regateaban en provenzal con los verduleros, una lengua musical que por desgracia empezaba a caer en el olvido para convertirse en un mero vestigio como las ruinas romanas o las viejas tradiciones, apenas un recuerdo del pasado glorioso de aquella tierra.

Tenía intención de pasar por el pequeño supermercado a por yogures y algo de pasta fresca. Pero iba demasiado cargada; así pues, decidió dejarlo para otro día. De camino a casa, no fue capaz de resistirse a entrar en la panadería. Fue pasar por la puerta y el aroma a pan recién hecho la atrajo como el queso a un ratón. Salió con una *fougasse*, el típico pan en forma de abanico con la corteza brillante de aceite de oliva, sal gruesa y hojitas de romero.

Hacía equilibrios en la estrecha acera, para que no se le cayera el pan, cargada como iba con dos bolsas, cuando casi tropezó con Paul.

—Pasar por la puerta de la panadería es una tentación, sabía que no andarías muy lejos —dijo, tomándole las bolsas.

—Gracias, qué bien me viene tu ayuda. Pero ¿no tendrías que estar trabajando?

—Salía del banco cuando te he visto desde lejos.

Monique agradeció aquel encuentro casual porque la compra pesaba lo suficiente como para haber llegado a la casa con los dedos doloridos y sin riego sanguíneo. De hecho, libre de carga, subía la empinada calle mayor con un brío que obligó a Paul a apretar el paso.

—Está claro que estás en forma. No te recordaba tan atlética.

—¿Te ayudo? —se ofreció.

Hizo amago de cogerle una de las bolsas de plástico pero Paul apartó el brazo mirándola de soslayo. Disimulaba tan mal su cara de macho ofendido que a Monique le pareció una situación terriblemente divertida.

—Es lo que tiene echarse un novio fanático del ejercicio y las pesas.

—¿Y dónde está ese novio tuyo en lugar de cargar con tus bolsas? —dijo en broma—. ¿Lo dejaste en París?

Monique agradeció hasta el infinito que no mencionara a Phillip Vieil y las nauseabundas fotos robadas.

—Pues ya que lo preguntas, supongo que seguirá feliz en su despacho de Washington. Lo dejamos cuando regresé a Europa. Los amores a distancia no funcionan, y mucho menos cuando hay un océano por medio. Eso me queda, que conseguí contagiarme la afición por el ejercicio.

Ya habían llegado a la casa. Paul dejó las bolsas de la compra en el suelo y se frotó las manos.

—Eso está bien.

—No creas, ni punto de comparación contigo. Tú eras un deportista de élite.

—Era, tú lo has dicho. Pero no he dejado de nadar, porque me apasiona y además me mantiene en forma. Como ves, yo también me quedo con lo bueno que me dejó esa etapa de mi vida.

Monique lo miró con una pregunta en la punta de la lengua que no se atrevía a formular. Él se dio cuenta y, con una mirada de confianza, le dio pie a hacerla.

—¿No lo echas de menos? Quiero decir, el éxito, la adrenalina de los campeonatos, la concentración extrema, el esfuerzo, la fama, las fotos en las revistas.

—Nunca. Invierto mi energía en otro tipo de esfuerzo, en mi empresa sin ir más lejos.

—Sé de grandes deportistas que no llevaron el retiro tan bien como tú.

Paul se echó hacia atrás el pelo, con expresión convencida.

—Todo depende de cómo te lo plantees desde el principio. Yo me repetía cada día que todo aquello era algo pasajero. Del mismo modo que me preparaba anímicamente para el momento en que otros más jóvenes o más preparados me pasaran por delante.

—No es fácil.

—No lo es cuando te dejas llevar por la gloria irreal que te envuelve. Lo de los anuncios de bañadores estuvo bien porque gané más dinero del que había visto junto en mi vida, pero te aseguro que corría peligro de perder el norte.

—Salías muy *sexy* —reconoció con una sonrisa; aunque no fue capaz de confesarle que ella recortaba cada fotografía suya para admirarla por las noches—. Fuiste el protagonista de muchas fantasías húmedas femeninas.

Paul sonrió a su pesar.

—Yo era un chico de provincias, que no conocía más mundo que los aeropuertos y las piscinas de alguna ciudad lejos de este pueblo. Daba igual Sidney que París. Imagínate a ese chaval en los Juegos Olímpicos de Atenas, con la campaña publicitaria en pleno apogeo. Y una chiquilla que te persigue para que le firmes un autógrafo mientras su mamá te pide con los ojos que a ella se lo firmes en el cuerpo con la lengua. Era de locos.

—A esa locura muchos tíos la llaman suerte.

—No te creas —opinó con una expresión escéptica—. He visto a compañeros que no supieron asumir que todo aquello pasaría, que llegarían otros que ocuparían el escalón más alto del podio y nadie se acordaría de nuestro nombre. Muchos, incapaces de aceptarlo, cayeron en la bebida o en las drogas. Ha habido incluso casos de suicidio. Yo me preparé mentalmente para eso desde el día en que empecé a competir. Sabía lo que quería en la vida, elegí cómo quería que fuera mi futuro después de la natación, y eso soy: un hombre dedicado al campo como lo fueron mi padre y mi abuelo. Y me vuelco en mi trabajo con las mismas ganas con las que me zambullía en el agua.

—Admiro tu manera de pensar.

Paul alzó la mano y, tímidamente, le colocó el pelo detrás de la oreja. Fue el primer contacto físico entre ellos, tan sutil que a Monique le resultaba asombroso viniendo de aquella mano callosa acostumbrada a las tareas rudas.

—Tú también viste aquellos anuncios —dijo con cierto pudor—. Eso se acabó, aunque entonces sí escuchaba bastantes piropos. Pero lo que tú acabas de decir, vale

más que todos ellos juntos.

Monique le dio las gracias por acompañarla y Paul regresó a la fábrica. Mientras lo veía de espaldas camino abajo, continuaba dándole vueltas. Erraba en su opinión sobre el ego masculino. Paul acababa de revelar la verdad. Los hombres eran como las mujeres; sentirse objeto de deseo estaba bien, siempre y cuándo no los vieran como un cuerpo y nada más.

Ese fue el día de las llamadas. Aún no había dejado la compra sobre la mesa de la cocina, cuando se llevó el móvil a la oreja para escuchar la enérgica voz de su padre contándole que las fotografías de la discordia habían sido vendidas, después de dos años guardadas en un cajón, por tres motivos. Los dos primeros ya los conocían: el dinero que se habían llevado el fotógrafo y Phillip Vieil, además de la inyección de popularidad para este último, dado que su carrera como actor languidecía. El tercer motivo de la publicación de las fotografías fue la desagradable novedad que su padre tenía que comunicarle y que respondía a las sospechas que albergaban al respecto desde el día que apareció en los kioscos. El director del magazín amarillista había madurado su venganza durante años. Antiguo empleado de una publicación del Grupo Briand, al que no se le renovó el contrato, decidió hacerlas públicas al saber de su existencia como venganza personal hacia el hombre que más detestaba. Según le explicó su padre, confirmando con ello sus sospechas, no se trataba de un ataque ni de una estrategia de ningún periódico o rival. Tanto André Briand como sus dos hijos conocían las reglas del medio periodístico, un sector en el que la competencia era tan feroz como el corporativismo. Aunque el juego limpio no era ley entre la profesión, entre los grandes sí se respetaba el pacto tácito de «no me ataques y no te atacaré». Ello explicaba que la venganza obedeciera a un asunto personal de su director y no a una estrategia ofensiva por parte de la empresa dueña de la revista. Su padre concluyó la llamada del modo que Monique esperaba: le aseguró que tanto él como Richard ya habían movido ficha para que periodista, fotógrafo y actor no olvidaran las consecuencias que tenía incomodar a la familia Briand.

Un rato después, fue Patricia la que hacía sonar de nuevo la alarma del móvil. Monique sonrió, solo llevaba dos días fuera de casa y parecía que París se venía abajo en su ausencia.

—¿Cómo estás, guapa? ¿Qué es de tu vida en el sur? No nos cuentas nada.

—No sé, ¿qué quieres que te cuente? —respondió Monique, contenta de oírla—. Además de lo maravilloso que es no hacer nada.

También escuchó otra voz familiar, exigiendo a Patricia que conectara el manos libres.

—¡Que no! Luego te la paso.

—¡Cuéntanoslo todo! —oyó gritar a Sandra—. Que te has olvidado muy pronto de nosotras. Nos tienes marginadas. Que parecemos las leprosititas de *Ben-Hur*.

Monique se echó a reír, los símiles cinéfilos de Sandra eran tronchantes.

—A ver, confiesa —exigió Patricia—. ¿Cómo son los hombres? ¿Ya le has echado el ojo a algún labriego con el torso desnudo y sudoroso bajo el sol achicharrante?

—Solo a uno —dejó caer.

—¿Ya?

—Di que sí —intervino Sandra—. Que el tiempo es oro y no estamos para perderlo. ¿Es guapo?

—Mucho.

—¿Y cómo lo has conocido? ¿Te entró él o te tiraste tú en plancha al verlo? —La de las preguntas era Patricia.

—Nos conocemos desde hace años. Fue el amor de mi juventud.

—Pues muy bien que haces —exclamó Sandra con entusiasmo—. ¡A recordar los buenos tiempos!

—¡Alto! —saltó Patricia—. ¡Mucho cuidado! ¿Es el nadador?

—Ahora ya no compite, pero sí, es él.

—¿Y ya habéis jugado a *La Sirenita*? —preguntó Sandra con una risilla final.

—Mmmmm... Te tomo la idea.

—No se te ocurra —le ordenó Patricia—. Monique, escucha lo que te digo: ¡aléjate de él ahora mismo! ¿Me oyes? Cuidado con lo que haces que tú eres muy sensible para estas cosas.

—Ya no tengo quince años, Patricia.

—Sí, sí... Pero no lo has olvidado. Y esos son los que te destrozan el corazón dos y tres y cuatro veces, así que cuidadito.

—¡No le hagas ni caso, Monique! Tíratelo dos, tres y cuatro veces al día —aconsejó Sandra, reinterpretando a Patricia—. Y date el gustazo de tu vida, que el verano se acabará antes de que te des cuenta.

—Cuidadín con el nadador, cariño, que tu corazón corre un peligro muy serio. Te vas a quedar enganchada otra vez y luego vendrán los lloros.

—Patricia, por favor —objetó divertida a pesar de la seriedad del tono de su amiga—. No creo que vaya a pasar nada, porque no le veo yo demasiadas ganas. Pero si sucediera algo, que lo dudo, los amores de verano son lo que son.

—¡Huy, no! Que tú tienes su foto en el corcho de tu cuarto. Que lo he visto, así que no me digas que son de los que se olvidan.

—¿Es el mismo que acabó casándose con aquella prima lejana tuya? —preguntaba Sandra.

—Sí, es él. Pero, atención al dato, amiguitas: ¡se divorciaron!

—Pues cepíllatelo ya mismo. ¡El polvo de la venganza! Por perra y por mala

amiga.

—Tú calla, loca. Monique, no la escuches.

—Y tú deja de darle órdenes, que cuando te sale la vena antipática no te gana nadie.

—¿Antipática yo? ¡Y tú bruja!

—¡Y tú más!

Monique se despidió de ellas, que ni la escuchaban, y dejó el móvil sobre la mesa de la cocina con una sonrisa satisfecha. Patricia y Sandra continuaban peleándose como si fueran hermanas, eso significaba que en rue de la Paix la vida seguía con absoluta normalidad.

Almorzó calabacín, tomate y espárragos a la plancha, que aderezó con aceite de oliva y la mezcla ya preparada de hierbas provenzales que encontró en la despensa. Delicioso y sencillo plato que paladeó con inmenso placer. Qué distinta y sabrosa resultaba al paladar una humilde calabacita recién cogida del huerto esa misma mañana antes de llevarla al mercado. Nada que ver con las verduras que acostumbraba a comprar en el súper de París, envasadas y refrigeradas.

Después salió al jardín de la parte delantera de la casa, que no era más que un par de setos junto a la fachada y dos enormes maceteros en los que dos arbolillos de verónica se abrían paso entre matorros de cizaña. Monique decidió darles un respiro arrancando las malas hierbas. También pensó en regarlos a ver si conseguía hacerlos reverdecer como en primavera. Si continuaba sin llover, como era previsible en esas fechas, acabarían marchitándose. Iba a entrar a ver si encontraba en el cobertizo del jardín trasero unos guantes y unas tijeras de podar cuando vio llegar el coche de Jérôme. Lo esperó hasta que aparcó en la explanada que se abría ante la casa. El hombre se empeñaba en seguir conduciendo su Citroën Tiburón, que tenía más de cuarenta años, pero lo cuidaba como una joya. Y lo era, puesto que se había convertido en un clásico de colección.

—En París le darían una fortuna por este coche —comentó respondiendo a su saludo mano en alto, a través de la ventanilla bajada.

Jérôme sacó la llave del contacto y se apeó con innegable orgullo.

—No lo vendería, llevamos media vida juntos. Hace años me dije: «Si De Gaulle tiene un Tiburón, ¿por qué no voy a tenerlo yo?». Y me lo compré, a ver si un labrador no puede darse un capricho.

—Muy bien que hizo.

Monsieur Lachance sacó una llave del bolsillo que pendía de un sencillo bucle de hilo de palomar.

—La otra noche se me olvidó darte esto. Y, durante el entierro, quise hacerlo pero te marchaste antes de que pudiera dártela —explicó—. Esta llave me la entregó Elora antes de marchar a la residencia de ancianos. Me encargó que te la diera a ti si un día

volvía a verte.

—Una llave, ¿y por qué a mí?

—Eso no me lo dijo y tampoco le pregunté. Es la llave que abre su secreter, el que hay en la salita de estar.

Monique asintió, sabía de qué mueblecillo le hablaba. Recordaba a tía Elora sentada ante él, repasando cuentas y notas. Siempre tenía la precaución de cerrarlo con llave. Por entonces, Monique suponía que para evitar que ella o Giselle se dedicaran a fisgar durante algún rato de aburrimiento.

—No entiendo por qué no llamó a mi padre para hacérmela llegar, si quería que yo la tuviera.

Se sonrojó al observar la mirada elocuente del hombre, que por prudencia no replicó. Pero ambos, ella y él, eran conscientes de lo olvidada que tuvieron a aquella tía lejana. Ni la llamaban ni se les ocurrió nunca visitarla, hasta que no hubo más remedio porque cayó enferma. Entonces su padre sí se preocupó de buscarle y costear una residencia donde le proporcionaron todos los cuidados hasta su muerte, seis meses después. Monique se sintió culpable y desagradecida.

—Gracias —murmuró mirando la llave—. Ojalá pudiera saber por qué quiso que yo tuviera acceso a su secreter. Aunque ya es demasiado tarde. ¿Qué habría pasado con esta llave si no llegamos a vernos, Jérôme?

—Que habría reposado para siempre en el fondo de un cajón —determinó sin ambages—. ¿Estás a gusto en la casa?

—Sí, la verdad es que sí. Desde que estuve en el extranjero, es la primera vez en mi vida que disfruto de una casa para mí sola.

—Eso está bien. Me marchó, Monique —anunció alzando de nuevo la mano.

Los arbustos de verónica de la entrada quedaron en el olvido. Aquella llave en su mano avivó la naturaleza curiosa de Monique que, sin perder ni un minuto, entró en la casa y fue directa a la salita de estar. Se alegró de haber quitado el polvo porque, aunque los muebles eran anticuados, el efecto era acogedor tal como lo recordaba. Y el olor de las verduras asadas había devuelto la vida a la casa, barriendo el tufo a cerrado que la recibió cuando llegó. De nuevo la casa empezaba a oler a verano y no a abandono.

Abrió el secreter y deslizó la tapa curva hasta que desapareció de su vista. Abrió una cajita y curioseó en su interior. Un colgante de oro con una perla amarillenta en forma de lágrima. Monique no supo qué fue de los pendientes de azabache que nunca se quitaba la vieja tía, supuso que se perdieron entre la residencia y la funeraria, cualquiera sabía. No esperaba encontrar nada de valor porque nunca fue mujer de lucir joyas.

Levantó la tapa de un librito de los que en otros tiempos usaban los tenderos para llevar las cuentas. Ojeó las anotaciones, algunos nombres y cantidades en la columna

del haber. Parecían ingresos, porque se sucedían por fechas. En la página final, leyó la última anotación, un ingreso de 170 francos en noviembre de 1977. Y en la misma línea un apellido, Gervais. Cerró el libro de cuentas sin saber qué podía significar. Aún andaba dándole vueltas cuando, al abrir el único cajón, encontró un objeto que atrajo toda su atención porque la retrotrajo a su adolescencia. Cogió la libreta y la recordó, fue como un fogonazo que iluminó esa parte de su memoria. Ella acababa de llegar a Beauville y encontró ese mismo cuaderno de gusanillo en un cajón del armario de arriba. Empezaba a acordarse, aquella tarde tía Elora la reprendió justo cuando se estaba emocionando con la historia. Desde entonces, no volvió a verlo. Nunca se atrevió a preguntarle por él.

Abrió la tapa marrón, leyó por encima pero no comenzaba así. No, no era esa la historia. Pasó página y en la segunda, ¡sí!, allí estaba el texto que, conforme empezó a leer, comenzó a recordar. La jovencita con los zapatos de charol y la madre muerta. Volvió a la página anterior y se percató de que, hace años, no comenzó la narración por el principio sino por la página que, al abrir el cuaderno, quedó ante sus ojos por azar.

Ni se molestó en cerrar el secreter, puesto que nadie más que ella iba a fisgar en aquellos papeles. Fue a la cocina a por una lata de Coca-Cola fría y, con ella en una mano y el cuaderno de tapas de cartón en la otra, subió las escaleras hasta la galería del piso superior. Era una balconada amplia y cubierta, que ocupaba la fachada entera y daba a la parte de detrás. Se sentó en un sillón de anea, tan grande que, como en otros tiempos, le permitía cruzar las piernas como los indios sobre el asiento. A esas horas, el sol caía de pleno, pero allí arriba y a la sombra se estaba tan a gusto como recordaba. Destapó la lata y se refrescó con un trago largo antes de dejarla sobre el deslucido tablero de la mesa de patas de hierro, y abrió el cuaderno, esta vez, dispuesta a descubrir la historia desde el principio.

Querida hija, ya te he contado alguna vez por qué llevo un nombre tan especial. Tantas veces me han preguntado si mis padres llegaron de otro país que perdí la cuenta. Pero no, los dos nacieron en Bretaña como sus padres, sus abuelos, los padres de sus padres y los abuelos de sus abuelos.

Yo fui la primera parisina de los Feraud, porque allí se trasladaron al casarse y encontrar papá un buen empleo en la construcción de los barracones junto al estadio de Colombes, para las olimpiadas que iban a celebrarse en París el verano que yo nací. El caso fue que tu abuelo quería que me llamara Marie, como su difunta madre, y la mía quería ponerme Larissa, como la protagonista de aquella novela de Pasternak^[1] que le gustaba tanto. Así que llegaron a un acuerdo. Ni la abuela ni la chica rusa, o las dos. Y me llamaron Marissa.

Monique pasó las páginas, una tras otra, releendo la parte de la historia que ya conocía. Ahora ya sabía que aquel relato iba destinado a una única lectora: la tía

Elora. Y que fue la madre de esta quien quiso poner sus recuerdos por escrito antes de perder la memoria, como le ocurrió años después a la hija. Las dos fallecieron perdidas en una demencia inusualmente temprana como consecuencia de un tumor cerebral. Monique volvió a leer cada párrafo escrito por aquella tía Marissa que nunca conoció, hasta llegar a la parte donde, con letra temblorosa y renglones que a veces se torcían, le explicaba a su hija que antes de morir quería contarle unos hechos que debía conocer. La última línea decía:

Eso sí lo recuerdo bien, fue a mediados de julio de 1942.

Monique bebió un buen trago de refresco y pasó la página, ansiosa por seguir leyendo aquella historia que, sin esperarla, había vuelto a caer en sus manos después de tantos años.

3. La redada «Viento de primavera»

París, 16 de julio de 1942

Los días frescos de la primavera se alargaron hasta después de Pentecostés, como si ese año el verano se resistiera a hacer acto de presencia. Pero en julio, el sol calentaba con ganas y en París ya no se veía la zozobra en las miradas la gente ni la inquietud que reinaba en las calles durante los primeros meses de la ocupación. La ciudad había retomado su ritmo cotidiano y nadie se extrañaba de ver a los soldados alemanes paseando por las aceras ni en las terrazas de los cafés. Las muchachas presumían sonrientes cuando se cruzaban con aquellos jóvenes que se veían tan apuestos con sus uniformes de la Wehrmacht. Y los oficiales lucían la insignia del águila y la cruz gamada en las mesas del Moulin Rouge, solazando la vista con los pechos al aire de las vedettes, o disfrutando de una noche de cabaret en la platea del Folies Bergère.

Pero aquella tarde algo ocurría, como si un mal fario hubiera envuelto la alegría estival en un velo siniestro. Se respiraba inquietud, se comentaba en corrillos y a media voz. Con miedo. La entrada de la policía en las casas de algunos vecinos había pillado a todos por sorpresa. Marissa acudía, como cada jueves, al número 134 de rue du Temple. Trabajaba como costurera a domicilio y debía terminar un par de fundas de almohada y subir el bajo a una vieja falda que madame Bloch quería adaptar a la moda. Con suerte, le daría tiempo a repasar los botones sueltos de la ropa de los niños.

Pero, al doblar la esquina de rue Gravilliers, se inquietó al divisar a un gendarme apostado en el portal. Miró hacia los balcones, la gente se asomaba a las ventanas.

—¿Qué ocurre? —preguntó a un grupo de curiosos reunidos en la acera.

—Se llevan a los judíos.

—¿Por qué?

—Nadie lo sabe. Dicen que la orden viene del mismo mariscal —informó, refiriéndose al jefe del estado, cuyo gobierno se había establecido tras la ocupación en la lejanísima ciudad de Vichy.

—Los llevan al Velódromo de Invierno —susurró una mujer—. Eso he oído. Y que Pétain hace lo que los alemanes le ordenan.

Marissa apretó el paso y cuando estaba a solo unos metros se detuvo horrorizada. Le temblaron las rodillas al ver salir a monsieur Bloch custodiado por dos gendarmes. Llevaba una pequeña bolsa de viaje y una manta doblada bajo el brazo.

Tras él, su mujer, con el gran bolso de la compra colgado del hombro y un niño asido de cada mano.

No podía creerlo, pero estaba sucediendo ante sus ojos. Aquellas personas eran bondadosas y honradas, y la policía se los llevaba como a los delincuentes. Estaban siendo apresados por policías franceses, sus mismos compatriotas, reconoció angustiada. Ya nadie estaba seguro, cualquiera podía ser detenido sin haber hecho nada malo.

Marissa se acercó cuanto pudo, hasta que uno de los gendarmes la detuvo con el brazo extendido.

—¡Madame...! —llamó a la señora, reclamando ansiosa su atención.

Sus miradas se cruzaron y Marissa sintió una angustia terrible. En su cara había pánico. Con los ojos le señaló el balcón en tanto la hacían entrar en el furgón y ella tragó saliva al comprender la súplica que encerraba aquella mirada. Faltaba un miembro de la familia, Samuel no iba con ellos. El pequeño sobrino de madame Bloch, hijo de su hermana, había venido desde Créteil y llevaba allí dos semanas de vacaciones. Marissa abrazó el costurero y contempló cómo los gendarmes subían al vehículo y se llevaban a los Bloch en el furgón. Lo último que vio fue la carita de la pequeña Rebeca a través del cristal de la ventanilla, abrazada a su hermano Aaron, que le decía adiós con la mano.

Cuando la camioneta se hubo marchado, Marissa se abrió paso entre los vecinos que, impactados, comentaban lo sucedido ante la reja del ascensor, y corrió escaleras arriba hasta el cuarto piso. Sin resuello, avanzó hasta la puerta y cerró los ojos aliviada al ver que estaba entreabierta. Entró en la casa y cerró con cuidado de no hacer ruido. Recorrió una a una las habitaciones, llamando en susurros a Samuel, pero no había ni rastro del pequeño. Abrió los armarios, miró en la despensa de la cocina y en los balcones. Lo buscó en el baño, por si se había ocultado en la bañera. En el dormitorio del matrimonio, se agachó para mirar debajo de la cama, pero tampoco estaba allí escondido. Y entonces recordó que no había mirado debajo de las camas de los niños, fue hasta el cuarto del pasillo y se agachó. Al levantar la colcha descubrió el brillo de aquellos ojitos asustados que la miraban en silencio. Con cuidado alargó el brazo por debajo del somier y le tendió la mano.

—¿Te acuerdas de mí, Samuel? Soy Marissa, la costurera. No tengas miedo.

Marissa esperó a que se hiciera de noche para huir con el niño de la casa de los Bloch. Durante dos horas, había permanecido hecha un ovillo en la cama, abrazando a Samuel para tranquilizarlo. Después, se ocupó de un menester más perentorio. Lio un fardo con toda la ropa del pequeño, junto con toda la comida que

pudo cargar de la despensa.

Tres días después, aún lo tenía escondido en su casa. Por fortuna, Samuel era un niño obediente y muy listo, para sus seis años. Tenía mucho cuidado de no hacer ruido ni acercarse a las ventanas para que ningún vecino pudiera llegar a sospechar de su presencia allí.

Marissa continuó con su rutina como si nada hubiera sucedido y, como cada día, acudía a los domicilios donde se requerían sus servicios como costurera. Era ya tarde cuando regresaba ese sábado. Casi había llegado al portal cuando se le ocurrió la idea. Regresó hasta la bodega de la esquina y entró. Se trataba de una especie de colmado, con unas pocas mesas, donde también se servía vino y copas de licor. Evitó mirar a los tres soldados alemanes que entrechocaban sus vasos de Pernod en la mesa más cercana a la puerta. Se acercó al mostrador y pidió un puñado de caramelos con sabores de fruta, que guardó en el bolsillo de la falda.

Mientras contaba las monedas y pagaba, Marissa no podía ver a los jóvenes de uniforme. Ni que uno de ellos se había fijado en ella con extrañeza. Eran tiempos complicados y solo los ricos malgastaban el dinero en caprichos. La gente corriente, como ella, no compraba golosinas, sino mantequilla, lentejas o una barra de pan.

Cuando salió de la bodega, Marissa tampoco se dio cuenta de que alguien la seguía a cierta distancia.

Ya estaba en casa, dándole un caramelo a Samuel por ser tan bueno, cuando sonó el timbre. En principio no abrió, pero quienquiera que fuese insistía y tuvo miedo de que llamara la atención de los vecinos del piso de arriba. Hizo una seña a Samuel para que permaneciera en completo silencio y corriera a esconderse en la única habitación de su pequeña vivienda. Giró la mirilla y se asustó al toparse con unos ojos muy claros que la miraban desde el otro lado de la puerta.

—¿Qué quiere? —preguntó, haciendo un esfuerzo por que no le temblara la voz.

—Abre.

Marissa cerró los ojos, convenciéndose de que lo más sensato era obedecer. Descorrió el pestillo y abrió esforzándose en aparentar tranquilidad.

—Me ha parecido escuchar voces. —Arrastraba las erres pero dominaba el francés—. ¿Hay alguien más contigo?

—Eso es imposible, porque vivo sola. Habrá sido en casa de los vecinos.

El soldado la observó durante un minuto que a Marissa le pareció que no acababa nunca. Y aguardó callada mientras él paseaba la mirada por el pequeño recibidor. Con un marcial asentimiento, se despidió de ella y se dio la vuelta.

Marissa cerró la puerta y se apoyó en ella aliviada. Ignoraba que el soldado había cruzado la mirada con unos ojos infantiles que los observaban a través de la rendija del quicio, sin sospechar que su pequeño cuerpecito escondido se reflejaba en el espejo de tocador.

Al día siguiente, como era domingo y no podía salir de casa con Samuel, Marissa se dedicó a limpiar y hacer la colada. El niño se entretenía redibujando con el dedo los medallones y flores del empapelado de la pared, cuando el timbre de la puerta los sobresaltó a los dos. Secándose las manos en el delantal, caminó hacia el recibidor mientras Samuel corría a ocultarse como ella le había enseñado.

Al girar la mirilla y ver al alemán a través de la celosía, se llevó la mano al corazón. Esa segunda visita era la prueba de que sabía algo. Quizá un vecino había escuchado ruidos o había descubierto a Samuel a través de las ventanas en algún descuido. Las manos le temblaban cuando abrió el pestillo. Se quedó mirando al soldado, plantado ante ella con las manos a la espalda. Las palabras no le salían de la garganta. Bajó la vista al cinturón del uniforme, para evitar que sus ojos la delataran. Si la obligaba a entregarle al niño, nada podría hacer para impedir que se lo llevara. Unos días más y habría encontrado el modo de llevarlo hasta Créteil. Sus padres debían estar desesperados sin saber la suerte que había corrido el pequeño. Todo el mundo hablaba de la gran redada de judíos, ya debían tener noticia de lo ocurrido. Y seguramente pensarían que fue apresado junto con sus tíos y primos, en el hipotético caso de que los padres y hermanos de Samuel no hubiesen sido detenidos también.

Se negó a llorar, respiró hondo aparentando una serenidad que estaba muy lejos de sentir y lo miró a los ojos. No esperaba encontrar una mirada amable. El soldado sacó la mano derecha de detrás de la espalda y le tendió algo. Marissa se sorprendió al ver que se trataba de una tableta de chocolate.

—Gracias, pero no me hace falta —dijo con dignidad.

Él seguía mirándola de aquella manera que la hacía sentirse extrañamente tranquila.

—No es para ti —explicó con su marcado acento—. Es para tu pequeño amigo invisible, ese que se esconde detrás de la puerta.

Tan enfrascada estaba Monique en la lectura que, cuando oyó que alguien repicaba en el cristal, avanzó por el pasillo con el cuaderno en la mano sin dejar de leer.

Atravesó la galería, sorteando los muebles de la salita de invierno y anduvo por el pasillo hasta la baranda de madera. No le dio tiempo a reaccionar. Pisó en falso el borde del primer escalón, el pie le falló y cuando se quiso dar cuenta ya rodaba

escaleras abajo.

Jérôme oyó el golpe. Alarmado, volvió a golpetear repetidas veces sin que le abriera la puerta. Había acudido a la casa a llevarle como obsequio una cesta con queso de la región, una botella de vino y galletas de limón. Llamó a Monique a voces pero no obtuvo respuesta. El trompazo seco que había oído era motivo suficiente para alarmarse. Rodeó la casa y de un empujón hizo saltar el pestillo de la puerta de la cocina. Volvió a llamarla y aguzó el oído. Pero en la casa no se oía ni un alma. Salió al corredor que llevaba al vestíbulo y allí la encontró, inconsciente a los pies de las escaleras.

—Qué torpe soy, ¿verdad?

—Un poco despistada nada más. ¿Cómo te encuentras?

La primera cara que vio en la consulta médica fue la de Paul. Medio en sueños, recordaba que un doctor la había atendido, haciéndole mil preguntas sobre el estado de su vista y se su memoria. Debía haberse quedado dormida después de que la examinaran. Recordaba un viaje en ambulancia, una camilla, unas pruebas y poco más.

—Nos has dado un buen susto. Te quedaste dormida cuando la ambulancia te traía de vuelta del hospital y los médicos insisten en que debes permanecer despierta.

Segunda caída en menos de un mes, segunda vez que escuchaba esas mismas palabras. El barullo de la ambulancia, las preguntas del médico, el sermoncillo de preocupación, todo era un embarazoso *déjà vu*.

—Tomaré café —bromeó.

—Han dicho que tienes que estar veinticuatro horas en observación.

—No quiero quedarme aquí.

—No lo harás, esto no es un hospital. Esto es un ambulatorio de pueblo. Habría preferido que te quedaras ingresada en Avignon, pero tú te negaste como una loca.

—No lo recuerdo, pero me alegro. Odio los hospitales.

—Tuviste suerte de que mi padre te encontrara, si no podrías haber permanecido horas allí tirada en el suelo.

—Me caí por las escaleras.

Se palpó la cabeza y soltó un quejido con una mueca de dolor.

—No hace falta que lo jures.

—¿Cuándo puedo marcharme a casa?

—Supongo que cuando quieras. El médico ha dicho que en cuanto hablaras con normalidad. Siempre que no te marees al ponerte de pie.

Monique se incorporó con cuidado.

—De momento, estoy bien. Me duele.

—Es normal, te han recetado analgésicos. ¿Quieres que llame a tu familia?

—Luego llamaré a mi padre, tampoco quiero preocuparlo.

—Es lógico que se preocupen. No olvides llamar también a tu madre —aconsejó.

Monique lo miró sin saber cómo explicárselo. Paul estaba al corriente de que era hija de padres divorciados, pero no sabía que la relación con su madre se limitaba a alguna visita esporádica y sin avisar. Tras el divorcio, hizo su vida y dejó a sus dos hijos en manos de su padre. Se desentendió de ellos. A veces, Monique se decía que fueron las circunstancias y la inconsciencia de los veintiún años. Luego se acordaba de ella misma y de Richard con esa edad y reconocía a su pesar que la madurez no aumenta con las velas en la tarta de cumpleaños. Su padre era entonces igual de joven e inmaduro, en cambio apechugó con la responsabilidad. Mejor o peor, pero lo hizo.

—Mi familia es algo disfuncional.

—¿Qué quieres decir?

—Que no se parece en nada a la tuya. ¿Me ayudas a ponerme de pie?

Paul la cogió por debajo de los brazos y la ayudó a bajar de la cama.

—¿Qué tal?

—Bien, mucho mejor que hace un rato. ¿Llamas al médico para decirle que me voy a casa?

—Sí, claro. Pero, antes de que empieces a discutir, que te quede claro que no voy a llevarte a tu casa sino a la mía.

—No hace falta, de verdad. Solo ha sido una caída y no tengo nada roto.

—Estás muy equivocada si crees que voy a permitir que duermas sola en aquel caserón ruinoso —zanjó—. Ya me has oído, te quedarás en mi casa hasta que te recuperes del todo.

Se mostraba tan tajante que Monique no se vio con ánimos de hacer valer su opinión. Tampoco rechistó cuando, un rato después, se empeñó en transportarla en brazos hasta su coche. Con idéntica caballerosidad, a la antigua, la llevó a su casa y la depositó sobre una cama matrimonial. En el dormitorio no se apreciaba ningún detalle ni objeto de índole personal; los muebles, aunque cuidados, habían pasado de moda por lo menos hacía seis lustros. Todo ello le hizo comprender que se trataba de una habitación que no se usaba habitualmente.

Jérôme Lachance la recibió preocupado, aún acusaba el susto, puesto que fue él quien la encontró desvanecida.

—¿Te apetece tomar algo? Puedo prepararte una infusión.

—No, muchas gracias, de verdad.

La apuraba tanta atención, desde pequeña acostumbraba a solventárselas sola.

—Entonces, descansa hasta la hora del almuerzo. Ya te lo subiremos Lina o yo en una bandeja.

—No me dejan dormir —agradeció con una sonrisa.

—¿Quieres que te traiga algo de la casa? —se ofreció—. Un pijama, unas zapatillas...

—Algunas prendas de ropa y mi neceser sí que voy a necesitar, si voy a estar aquí un par de días. Paul insiste en que me quede.

—¡Faltaría más! —Apoyó la decisión de su hijo—. Ahora mismo me acercaré hasta allí y traeré todo lo que necesites.

Monique recordó el momento en que rodaba por las escaleras. No había confesado a nadie el motivo del torpe accidente, ni si quiera a los médicos del hospital a los que explicó que fue culpa de un tropiezo. Nadie iba a entender que la lectura de una historia apasionante la atrapara hasta el punto de dejar de ver incluso el suelo que pisaba. Y quería continuar leyéndola. Estaba claro que el coscorrón no había sido un escarmiento.

—Jérôme, recuerdo que llevaba una libreta en la mano. Una bastante vieja con tapas de color marrón. Me gustaría que me la trajera. Si debo guardar reposo, me servirá para distraerme.

El hombre asintió, dándole a entender que no olvidaría incluirla en su improvisado equipaje de emergencia.

—Veré si la encuentro.

Y sí lo hizo. Olvidó el desodorante, la ropa interior y otras cosas que ella decidió pedir que Paul le trajera cuando regresara de la destilería. Pero el cuaderno con la historia de Marissa sí venía en la bolsa que le trajo. Algo después, cuando la dejó sola, Monique retomó la lectura y sintió que la máquina del tiempo la devolvía al ingrato verano de 1942.

4. Aquel soldado alemán

Ya había transcurrido una semana desde los arrestos. El rumor se había propagado. Todos sabían que los judíos estaban siendo trasladados en tren hasta los nuevos campos de trabajo levantados en Drancy, a las afueras de París. Todavía se recordaba con estupor aquel asalto sorpresivo, operación militar que los alemanes denominaban «Viento de primavera» en un derroche de poética crueldad. La memoria no olvidaba tan pronto y la incertidumbre se había vuelto a adueñar de los ánimos de los parisinos. Solo los niños, que seguían jugando en las aceras con esa alegría desordenada de quien ignora el horror, constituían la única nota de normalidad en una ciudad inquieta como en los primeros días de la ocupación.

Marissa había descosido la estrella de David de las ropas de Samuel y, una a una, frotó con un trapo empapado de bencina las marcas deladoras de las puntadas hasta hacerlas desaparecer. La muchacha seguía con su rutina para no levantar sospechas. Por lo bajo, se comentaba que la Resistencia había puesto sobre aviso a algunas familias judías, que gracias a ese chivatazo habían podido huir de París. Saber que no era la única que contravenía las órdenes del gobierno la tranquilizaba en parte, aunque andaba en un sinvivir discurrendo el modo de llevar a Samuel con sus padres sin ser detenida. No contaba con la documentación del pequeño. Eso era bueno y malo a la vez, mostrarla a la policía en caso de que le fuera requerida equivaldría a la detención del niño. Y ella sufriría represalias, se echaba a temblar solo con imaginarlo.

Con esas cavilaciones regresaba a casa aquel día, cuando una mano la asió por el brazo, sobresaltándola. Al ver el puño del uniforme de la Wehrmacht, se zafó de un tirón y caminó deprisa sin volver la vista. Pero el soldado la detuvo agarrándola de nuevo por la muñeca. Marissa lo miró asustada.

—¿Qué quiere de mí? —preguntó, tragando saliva—. Se me hace tarde y aún tengo que hacer la comida.

Él continuaba observándola, su silencio la inquietó.

—¿Y vas a prepararla para ti sola? ¿O para ese niño también? —dijo por fin con esa manera inconfundible de arrastrar las erres.

—Déjeme, por favor.

Marissa trató de escapar, pero él le interceptó el paso. Su intento de esquivarlo no sirvió de nada porque el soldado aprovechó el recodo donde se angostaba la rue des Vertous y la aprisionó contra la pared.

—Dime qué está pasando —exigió, aunque su tono era amable—. Si fuera tu hermano no lo ocultarías.

Ella apretó los párpados. La impotencia fue más fuerte que su valentía y rompió a llorar. Estaba perdida. Pero, en contra de lo que esperaba, él sacó un pañuelo del

bolsillo y le secó las lágrimas. La cogió de la mano y la llevó hasta la bodega. Una vez allí, la hizo sentarse en la mesa más discreta y pidió dos vasos de vino en la barra. Al tabernero no le extrañó, tampoco hubo miradas curiosas por parte de los parroquianos. Ver francesitas acompañadas por uno de aquellos guapos militares era una imagen bastante habitual.

—Bebe un poco, te hará bien —indicó, poniéndole un vaso ante ella—. Y cuéntamelo todo.

Marissa tomó el vaso con las dos manos y lo hizo girar sobre el mármol, con la mirada fija en la superficie brillante del vino. Alzó el rostro y miró al soldado. Sus ojos eran claros, su mandíbula cuadrada y el pelo cortado al cepillo era tan claro como la luz de un farol. Su mirada era amable y su actitud invitadora. Marissa tenía miedo y necesitaba desahogar con alguien toda la tensión que le dolía dentro desde que se hizo cargo de Samuel. Se sinceró con él, le contó todo lo sucedido sin omitir detalle y le explicó que su conciencia le dictaba el deber de llevar a ese niño con su familia.

Después de escucharla sin interrumpir su relato, el soldado terminó de beberse el vino.

—¿Dónde tienes que llevar a ese niño?

—A Créteil.

Marissa aguardó mientras él meditaba con el ceño fruncido.

—Yo puedo ayudarte.

Nerviosa, se dedicó a retorcerse un botón de la blusa. Podía tratarse de una trampa y acabar presa ella también o confinada en esos campos de trabajo como una prisionera de guerra. Pero al observar los ojos del soldado recordó la pastilla de chocolate que le había llevado días antes. Aquella mirada no era la de un hombre ruin. Marissa observó su rostro, sin fijarse en su uniforme, convencida de que existían buenas personas en todas partes.

—¿Por qué? —quiso saber.

Él no respondió, se limitó a sonreír para tranquilizarla.

—Ahora vete. Es tarde. Tienes que hacer la comida, ¿recuerdas? Y ese niño debe estar ya muerto de hambre. ¿Cómo se llama?

—Samuel.

—¿Y tú?

—Marissa Feraud.

Él volvió a mostrarle aquella leve sonrisa.

—¿No quieres saber cómo me llamo? —Ella alzó los hombros y los dejó caer—. Conrad, ese es mi nombre.

Conrad Berg cumplió lo prometido. Solo habían pasado cuatro días desde que compartieron vino y confidencias alrededor de una ajada mesa de mármol, y Marissa ya se encontraba con el hatillo de la ropa de Samuel al brazo, preparados los dos para subir a un carro de los que transportaban la leña que servía como combustible para las cocinas económicas, ante la escasez de carbón.

El soldado Berg los había escoltado y protegido con su compañía hasta la puerta de Vincennes. Marissa no supo si se vio obligado a pagar al carretero o si cumplía con una deuda adquirida a cambio de otro favor. El caso es que aquel carromato los iba a llevar hasta Joinville y el resto del trayecto lo harían a pie, por el camino que discurría a orillas del río Marne. Aprovechando el barullo que mantenía a todos ocupados entrando y saliendo del almacén, Conrad intercambió unas palabras con el carretero, que alzó en volandas a Samuel. Entre los dos escondieron al niño en una especie de cabaña, al fondo del carro, hecha con varios haces de leña. Una vez la hubo cubierto con el último de ellos, nadie podía sospechar de aquel hueco oculto entre la mercancía.

Marissa iba a viajar sentada en el pescante, al lado del hombre. El percherón movía la cola y piafaba con el casco en el suelo mientras le ajustaban el arreo.

Antes de subir, Marissa quiso despedirse de Conrad. No sabía cómo darle las gracias ni entendía todavía el porqué de su bondad con ella y con Samuel.

—¿Por qué haces esto? —preguntó, con una súplica en los ojos para que le dijera la verdad.

Él arrugó la frente, como si fuera complicado de explicar y mucho más de comprender.

—Por mi abuelo, el padre de mi padre —confesó—. Era uno de los mejores hombres que he conocido.

Marissa no preguntó, pero entendió el secreto tremendo que escondía aquella confesión. Su difunto abuelo era judío. Contempló en su gorra el águila con las alas abiertas sobre el símbolo nazi. Cualquiera sabía la triste suerte que Conrad podía correr si la Wehrmacht descubría que era poseedor de un cuarto de sangre judía. Emocionada, se sintió en deuda con él, que estaba corriendo un riesgo serio por ayudarla. Sobre todo, por ayudar a Samuel.

—Sube —recomendó para que no se demorara más.

La ayudó a hacerlo y a dejar el bulto de ropa que llevaba en los brazos. Ya tenía un pie Marissa en el carro, cuando giró hacia él y le apretó la mano con una mirada de eterno agradecimiento. Se inclinó sobre su rostro y lo besó en la mejilla.

—Bendita inocencia.

Eso fue lo que dijo el carretero cuando sacó a Samuel de su escondrijo. El pequeño mostraba un entusiasmo contenido como si estuvieran jugando al escondite. Para premiar su buen comportamiento, puesto que no protestó ni una sola vez durante el viaje, el buen hombre cortó con la navaja un trozo del palo de regaliz que estaba mascando y se lo regaló. También le entregó a Marissa un cesto algo desvencijado que colgaba de un lateral del carro. Y le aconsejó que la llenara con manzanas, de camino pasaría por algunos huertos. De ese modo, si encontraban a alguna patrulla de vigilancia, podrían disimular diciendo que iban a venderlas al mercado de Créteil.

Marissa le dijo adiós, agradecida, y emprendió la marcha con Samuel de la mano y el hatillo de ropa colgado del codo. Medio kilómetro habían caminado por la vereda del río, cuando llegaron a los huertos de manzanos. Marissa miró hacia lo alto ideando el modo de hacerlas caer sin magullarlas, pero Samuel era un niño campesino. Sin pedirle permiso, trepó a uno de ellos con la agilidad de un monito y fue lanzándole las manzanas más lustrosas. Después, reanudaron camino cargando con el cesto lleno, sujetando cada uno un asa.

No se cruzaron con nadie durante un buen trecho. Ya se veía el pueblo a lo lejos cuando se toparon con una pareja de soldados alemanes armados que, al llegar a su altura, les dieron la señal de alto.

—¿Dónde vas, muchacha?

Marissa aparentó toda la calma de la que fue capaz.

—Mi madre está enferma en cama. Mi hermanito y yo vamos a vender estas manzanas al mercado de Créteil, las medicinas cuestan mucho dinero —explicó.

Uno de los soldados curioseó la mercancía que portaban en aquella cesta a punto de desfondarse. Marissa intuyó que sospechaban que eran robadas. Y se quedó sin aliento al ver a Samuel tomar una manzana y ofrecérsela al soldado.

—Son muy ricas. ¿Le apetece una, mi general? —ofreció con una sonrisa rebosante de inocencia.

Los dos soldados rasos se miraron entre ellos y estallaron en carcajadas, ante la confusión del chiquillo, que lo había ascendido en el escalafón sin necesidad de méritos ni carrera militar. El obsequiado cogió la manzana y les hizo una seña para que siguieran su camino.

Marissa dio gracias al cielo. Aquel chiquillo era muy listo, se los ganó con una lisonja disfrazada de ignorancia. A ella en la vida se le habría ocurrido camelárselos con tanta astucia.

Cuando entregó a Samuel a su familia, que habían perdido toda esperanza de

volver a verlo, Marissa contempló gozosa la alegría de los padres y de los hermanos mayores al recuperar a su querido benjamín. Una estampa feliz que la retrotrajo a tiempos que ya no volverían jamás. Y volvió a sentir esa clase de abrazos que solo dan una madre y un padre. El tesoro de una vida lo conforman los buenos recuerdos y esa envolvente calidez quedaba grabada para siempre gracias a los sentidos, que son los guardianes de nuestra memoria. Como el aroma de un perfume o el tacto de vieja ropa que evocamos con cariño. Aquel abrazo que Monique presenciaba en silencio encerraba todo el amor que no aniquila la muerte, la distancia ni el tiempo.

La familia Sounier la recibió con inmensa gratitud y Marissa sentía apuro de ver que la trataban como a una heroína, cuando su conciencia le dictaba que solo había hecho lo correcto. Madame Sounier le reveló las inquietantes noticias que corrían respecto al futuro de la comunidad hebrea, que estaba siendo expulsada de su propio país, y las sospechas de la triste suerte que había corrido la familia de su hermana.

Nada sabían de los Bloch. En el Velódromo de Invierno habían separado a los niños de sus padres y los habían enviado a Alemania en trenes distintos. Un mal agüero que hacía temer lo peor. Ellos habían optado por huir, según le contó entre sollozos de rabia de pensar que allí dejaba su casa, sus huertos y los esfuerzos de una vida. Iban a llevarse consigo el escaso patrimonio que cabía en las maletas y los recuerdos en la cabeza que nadie podía arrebatárles, nada más.

—Tenemos unos vecinos, buenos amigos —le contó—, españoles que se vieron obligados a huir también de su tierra por apoyar la causa republicana. Y ahora huyen de nuevo, tienen miedo. Ellos nos han ayudado a conseguir visados para entrar en México.

Le explicó que esas personas tenían conocidos que contaban con la amistad del cónsul mexicano que, con la ocupación alemana de París, había trasladado a Marsella el consulado general. Desde esa ciudad partirían en un vapor portugués con destino a Veracruz.

—Los pasajes nos han costado todos nuestros ahorros —confesó apretando los ojos para expresar lo mucho que significaba aquel pasaporte hacia la libertad—. Pronto nos iremos. Mi marido consiguió el visado también para Samuel. Él dejó de creer cuando mi hijo Ben fue a París en su busca, merodeó por la calle de mi hermana, preguntó... Y regresó sin noticias de mi pequeño. Pero yo me negué a perder la esperanza —dijo abrazándola.

Monsieur Sounier insistió en que aceptara, al menos, el dinero que costaba el billete en el coche correo para regresar a París. Se deshacían en atenciones para demostrarle lo agradecidos que estaban con ella. Y a media tarde, cargada con un capazo rebosante de verduras y frutas del huerto, jamón, queso, tocino y una hogaza de pan, Marissa se despidió de ellos. La acompañaron hasta la plaza y, antes de subir al autocar, le dijo adiós a Samuel, aliviada, al menos en México viviría en paz. Aunque eso no evitaba la congoja de saber que nunca más volvería a darle un beso.

—Prométeme que te portarás bien, que te bañarás sin protestar, que cepillarás

tus zapatos todos los días y que cuidarás de tus padres. Ahora eres muy pequeño todavía, pero llegará un día en que tú tendrás que cuidar de ellos.

—¿Como tú cuidabas de mí?

Samuel se aferró a ella con fuerza y Marissa sintió pagados con creces los días de incertidumbre y los abrazos en la cama por las noches para calmar su llanto porque quería ver a su mamá.

—Lo prometo —murmuró con la carita pegada a su cuerpo.

Monique había rodeado el sembrado de lavanda, calculaba que debía llevar por lo menos tres kilómetros de paseo. Se detuvo a descansar y aprovechó para atarse el cordón flojo de una zapatilla. Oyó el runrún de un motor que, poco a poco, se percibía más cerca y ojeó hacia la carretera. Reconoció el todoterreno, que aminoró la marcha y se detuvo a unos metros. Paul apagó el motor. Lo vio apearse del coche y caminar hacia ella.

—¿Qué haces andando sola por ahí?

La arruga de su entrecejo denotaba su contrariedad. A Monique le resultó chocante. No estaba acostumbrada a dar explicaciones porque hacía años que nadie se molestaba en pedírselas.

—Dar un paseo.

—¿Seguro que ya estás recuperada para andar por ahí? Los golpes en la cabeza hay que vigilarlos.

Ella sonrió con sorpresa.

—Cualquiera diría que estás preocupado por mí —ironizó.

—Y acertaría —zanjó su tono bromista.

Monique le cogió la mano como disculpa.

—Estoy bien, de verdad. Completamente recuperada del porrazo tonto que me di por no mirar por dónde piso. A partir de ahora estaré más pendiente de las escaleras.

Paul entrelazó los dedos con los de ella.

—Cuando te he visto desde lejos, he tenido la sensación de que estaba volviendo a ver a la chica solitaria de aquellos veranos. A veces te veía pasear sola por el margen de los sembrados, como ahora, y me preguntaba por qué te gustaba tanto la soledad.

—A lo mejor no me gustaba tanto como imaginas —confesó endureciendo la mirada, ciertos recuerdos eran como cicatrices viejas que duelen muy de tarde en tarde—. ¿Te acuerdas de aquel día que te presentaste en casa de nuestra tía con un ramo de flores para Giselle?

Monique sintió que su mano abandonaba la suya, lo notó molesto. Era ella la que

la había mencionado y se arrepintió. De un modo u otro, Giselle seguía vagando entre ellos como un fantasma. Los labios apretados de Paul denotaban que aún no la había olvidado.

—No me acuerdo de eso.

—Yo sí —reveló—. A mí nunca me regalaste flores.

Él sonrió despacio, con esa cadencia que multiplicaba su atractivo y ella recordaba tan bien. Girando la mano en el aire, le señaló la pradera de lavanda.

—Te regalo todas estas.

Monique le dio un golpecito en el pecho. La chispa de la atracción se hacía notar. Puede que fueran los dos días que llevaba en casa de los Lachance, durante los que ella no había dejado de hacerse la encontradiza. En cuanto a Paul, tampoco se escondía, al contrario, provocaba acercamientos, roces casuales o caricias tan respetuosas como cargadas de tensión sexual que la pillaban desprevenida. Como ahora, que lo tenía tan cerca que podía aspirar el aroma de su loción de afeitar mezclada con el olor a lavanda que traía la brisa. La sombra de Giselle le importaba un cuerno en ese momento.

—Qué mentiroso. A todas esas flores vas a darles un uso mucho menos romántico. Les cortarás la cabeza, las desmocharás y las cocerás en esa especie de alambique infernal.

—¿Preferirías que se marchitaran como un ramo en un jarrón? —cuestionó con una mirada que era pura seducción—. Yo me encargo de que su aroma no se pierda, de conservar su esencia que es lo mejor de ellas, lo que las define y lo más valioso que pueden ofrecer. En eso las plantas aromáticas son como las personas.

Con un gesto tan natural como respirar, le rodeó la cintura y cruzó las manos a su espalda. Monique apoyó las manos abiertas en su camisa. De algo estaba segura, Paul podía guardarse para sí sus sentimientos, pero jamás la engañaría con verdades a medias.

—Sí es así, creo que tu esencia es la sinceridad.

Sus rostros estaban muy cerca, sus labios parecían atraerse por una fuerza que ni él ni ella estaban dispuestos a mantener más tiempo sujeta.

—Y la tuya, esos silencios que dicen tanto.

Monique se aupó de puntillas, Paul ladeó la cabeza y sus bocas se unieron en un ajuste perfecto. Estrechó el abrazo y se besaron con avidez, con el recuerdo de la adolescencia y la maestría de un hombre y una mujer que se dejan llevar por el deseo.

Como continuaba en casa de los Lachance, Monique correspondió a su amabilidad con una bandejita de *macarons* de la panadería, ante las protestas de

Jérôme que lo consideraba un detalle innecesario, pero solo hasta que probó el primero y sintió cómo se le deshacía en la boca como una explosión deliciosa con sabor a frambuesa.

Cuando se retiró a su habitación, Paul subió detrás de ella y se despidieron con un beso. Y después otro más y otro más hasta que él detuvo las manos antes de que las caricias se convirtieran en algo imposible de controlar.

Con los labios todavía sensibles, Monique abrió la ventana y se sentó en la cama con las piernas cruzadas. Sin más compañía que la de una polilla atraída por la luz del farol de la fachada y el cricrí de un grillo solitario, volvió a retomar la lectura del cuaderno que la tenía completamente seducida.

Hacía dos noches que Marissa dormía tranquila, aunque extrañaba la compañía de Samuel. Sobre las nueve, unos nudillos repicaron en la puerta y, como no acostumbraba a recibir visitas, abrió confiada, sabiendo que al otro lado aguardaba el soldado Berg.

—¿Fue todo bien?

—Sí, gracias —respondió con idéntica cautela, para evitar que algún oído indiscreto pudiera delatarlos a ambos.

Él sacó un objeto redondo y plano del bolsillo, ante la mirada extrañada de Monique. No se trataba de chocolate, como la otra vez.

—Esto es para ti.

Ella musitó un tímido «gracias». Conrad Berg se lo agradeció con un ligero cabeceo y se marchó. Marissa cerró escuchando el firme pisar de sus botas al bajar las escaleras. Contempló el regalo que acababa de darle el soldado. Eran días difíciles y, para una humilde costurera, tener en las manos una pastilla de jabón de tocador significaba un lujo, un delicioso capricho femenino envuelto en papel de seda azul violeta. Se la acercó a la cara y aspiró con los ojos cerrados el maravilloso olor a lavanda. ¡Dios poderoso! Cómo iba a disfrutar, sacaría el balde de zinc y calentaría agua en una cazuela para darse un baño. Con mucha, con muchísima espuma. Esa noche iba a dormir con ese perfume en el pelo y en toda la piel.

Un nuevo timbrazo inesperado hizo que diera un brinco. Corrió por el pasillo porque el corazón le decía que era Conrad. Abrió y suspiró porque no se había equivocado. Era él. Se miraron como cómplices de algo prohibido, juntos habían logrado salvar a Samuel y ese secreto los unía. Era tan guapo y lucía tan apuesto de uniforme... En sus ojos había un brillo distinto, excitante. Marissa no sabía mucho de besos, pero se abrazó a su cuello ansiosa por probar el dulce sabor de su boca. Abrió los labios y aceptó su lengua con osadía, con la arrebatadora curiosidad de una

paloma que vuela libre por primera vez. Él la apretaba aplastándole los senos contra su torso duro, tanto que podía sentir el latir eufórico de su corazón mientras la llevaba por el pasillo. Se sentía bonita, femenina, descarada y feliz.

Y esa noche, en brazos de Conrad, aprendió cuanto debía saber.

5. Amar sin pensar en mañana

Monique cerró el cuaderno. Sin darse cuenta, estaba sonriendo. El relato había concluido con un cierre de cortinas cuando se avecinaba la parte más indiscreta. Era lo lógico, dado que la anciana Marissa lo escribió para que lo leyera su hija. Monique agradeció ese pudor maternal. A su criterio, había cosas que era mejor imaginarlas que decirlas. Pensó que escribir una novela basada en la historia que había llegado a sus manos sería un reto apasionante. Qué bonito sería contar sin concretar, sugerir a vuelapluma e invitar con las palabras para que la fantasía del lector diera forma al goce de los amantes, a las miradas, a la sensualidad y a las mil caras que puede mostrar el amor.

Llevaba un buen rato sentada en aquella postura; estiró las piernas porque las sentía entumecidas, bajó de la cama de un salto y se asomó a la ventana. A lo lejos se veía a Lina que venía caminando por el arcén de la carretera. Monique supuso que no subió a despedirse por no molestarla. Paul aún estaba trabajando, tampoco se oía a Jérôme. Apoyó los codos en el alféizar, contenta de poder disfrutar de aquel rato de soledad. Desde pequeña adoraba poder perderse en sus propios pensamientos sin tener que dar explicaciones, como le pasaba con la abuela Georgette, siempre reprendiéndola por esa tendencia suya a quedarse ensimismada.

Y mientras dejaba vagar la vista por los campos que, movidos por la brisa, semejaban un inmenso mar violeta, su mente retrocedió hasta una tarde de verano de 1942. Marissa había sido prudente al narrar aquel episodio, pero a Monique no le costó imaginar su azorada excitación al desvestirse ante Conrad. Y su curiosidad por mirarlo a conciencia. Sus ojos de sorpresa, ella que no habría visto más hombre desnudo que el pequeño Samuel, al bañarlo echándole agua por la cabeza con un cazo en la tina de zinc. E imaginó también sus primeras caricias de amante, sus besos encendidos, las manos de Conrad excitándola con su atrevimiento mientras ella descubría que la entrepierna de un hombre que arde por una mujer en nada se parece a las estatuas griegas del Louvre. Monique sonrió con ternura al pensar que Marissa solo conocía de cerca la colita minúscula de Samuel. Y el alivio de ella, al acariciar su pene sin circuncidar, puesto que por los suyos no era considerado judío por ser hijo de mujer gentil. El placer que él le daba, unido al que sentía compartiendo con alivio su secreto, ya que el judaico ritual lo habría delatado en los exámenes médicos militares. Sin querer, a Monique se le escapó un suspiro, imaginándolos a los dos, tentando y dejándose tentar, seduciéndose el uno al otro hasta saciarse con la furia ciega que precede al abandono sobre sábanas revueltas.

Y, sin poder evitarlo, echó de menos a Paul. No lo había visto en todo el día porque después de marchar a la destilería, partió directamente desde allí hacia Avignon.

Lina acababa de llegar a la casa. Era una chica del pueblo que había estudiado Diseño gráfico en Marsella. Pero se negó a irse lejos de Beauville, según le contó Jérôme. La chica se resistía a abandonar a su madre, que se quedó viuda muy joven, y a su abuelo. No le había llegado el momento de abandonar el nido, en opinión del señor Lachance. Y por eso, ante la imposibilidad de encontrar un trabajo allí acorde con su formación, subsistía de momento realizando algún diseño publicitario para algunas empresas de la comarca que habían requerido sus servicios. Pero de manera tan ocasional que no tenía reparos en acudir a echar una mano como asistente a la casa de los Lachance. Le pagaban muy bien una labor que no tenía precio, en opinión de Paul y de su padre, que sin su presencia hacendosa y organizada, vivirían en el reino del caos.

Monique oyó que Jérôme la llamaba a través del hueco de la escalera y bajó a ver qué quería de ella. Los encontró a los dos en la cocina.

—Lina necesita que le hagas un favor. Paul aún no ha vuelto de Avignon y yo no tengo ni idea de cómo funciona la impresora del estudio de mi hijo.

—¿Necesitas imprimir algo?

—Sí, un anuncio. Hace tiempo que quiero vender la bicicleta. Mi abuelo le dio un repaso, hinchó las ruedas y la engrasó. Ya no la uso desde que tengo la moto.

—¿Ah, sí? ¿Y cuánto pides por ella?

—Cien euros.

—Te doy ciento veinte y me la quedo.

Monsieur Lachance hizo aspavientos con las manos.

—¡Vaya manera de negociar! Se regatea al revés. Si vieras las subastas de Detroit, sabrías cómo se hace. Para que luego digan que la televisión no es educativa.

—Hecho. Ciento veinte —aceptó Lina, tendiendo la mano a Monique para cerrar el trato antes de que cambiara de idea.

—¡Genial! Voy a por mi cartera. Aunque no sé si tendré tanto en metálico. ¿Te parece que hagamos una cosa? Acompáñame al cajero y, de paso, pasamos por tu casa y recojo la bicicleta.

—Hala, hala... Marchad que ya me ocupo yo de la cena.

—¿Seguro? —dudó Monique que hasta ese momento no había reparado en ello.

—Sabe cocinar —lo tranquilizó Lina.

—¡Claro que sé! Desde que falleció mi Ségolène, me ocupo yo de hacer la comida. No me quedó otra. Mientras ella vivió, el trabajo de la casa me parecía algo que se hacía solo. Pero cuando faltó, empecé a valorar cuánto mérito tenía su labor de ama de casa —reconoció, lamentándose de ello—. Y siempre me pesará no habérselo dicho a ella en vida. Menos mal que vino Lina a salvarnos, porque hasta que no cayó enferma mi mujer, Paul y yo no sabíamos ni poner en marcha la lavadora. Pero id, id tranquilas que ahora ya me defiende sin ayuda —bromeó para alejar la tristeza que le provocaba pensar en su falta de reconocimiento al mérito de su difunta esposa.

—No tardaré.

—Hasta mañana, Jérôme —se despidió Lina—. Ya verás, la bicicleta te vendrá muy bien para ir y venir del pueblo. Tiene una cesta en el manillar, es ideal para bajar a comprar.

Monique la cogió del brazo.

—De paso, por el camino, me cuentas por qué te pusieron Lina. Suena a rumba caribeña.

—Lina me lo puse yo porque odio mi nombre, «Adeline» —confesó ya en el vestíbulo, mientras Monique emprendía las escaleras para ir a por su bolso—. La culpa fue de mi madre, de Richard Clayderman y de su puto piano.

—¡Esa boquita, *ma nine!* —la reprendió Jérôme desde la cocina al escuchar la palabrota.

Lina se tapó la boca con la mano para que no la oyera reír. Su abuelo habría hecho lo mismo.

Después de cenar, tenía aún fresca en la memoria la conversación de esa tarde con Jérôme acerca de las tareas domésticas. Insistió en ayudar a Paul a retirar la mesa y cargar el lavavajillas, alegando que el cocinero se merecía un descanso. Y el aludido aceptó encantado su ayuda, que le permitió disfrutar repantigado en su sillón preferido de esas apasionantes subastas de trasteros que emitía una cadena de la televisión por cable.

Monique ya se secaba las manos con el paño cuando, después de mucho dudar, se decidió preguntarle.

—¿Qué tal tu día en Avignon?

—Podía haber sido mejor. Giselle es así —murmuró sin querer.

Monique apretó los labios. Jérôme le había contado que, al casarse, decidieron instalarse en la ciudad para que ella continuara con sus estudios. Paul iba y venía cada día a Beauville a trabajar en la destilería. La pareja empezó a hacer aguas ya durante el primer verano. La cosecha y destilado de la lavanda le suponían a él jornadas de catorce horas y a veces más. Giselle se negó a dejar Avignon y acompañarlo, puesto que en el pueblo se moría de aburrimiento. Hubo llamadas sin respuesta, porque Giselle le dijo que no era asunto suyo en qué ocupaba sus días. Las cosas entre ellos empeoraron hasta el límite de lo soportable cuando ella decidió que tampoco era asunto de Paul en qué, dónde ni con quién ocupaba sus noches. El detonante de la ruptura fue la enfermedad de la señora Lachance. Paul se mudó a Beauville para dedicarle a su madre todo su tiempo libre. Giselle lo acompañó pero no duró allí ni tres semanas. El decimosexto día hizo la maleta y se marchó. Paul firmó su demanda de divorcio cuando su madre se encontraba en estado terminal.

—A pesar de todo, no te la quitas de la cabeza —reconoció disimulando su malestar.

—Cómo hacerlo cuando sigo pagando la hipoteca de una casa que es propiedad de los dos. Si pudiera volver atrás, no lo haría. Pero me casé pensando que duraría toda la vida.

—¿Ella no paga su mitad? Sería lo lógico.

—Yo me empeñé en hacerlo. Y no es eso lo que más me jode, aunque cada mes maldigo hasta que me harto cuando el banco me descuenta la letra. Lo que no entiendo es por qué pone tantas pegadas cuando un comprador se interesa, por eso he ido a Avignon. La agencia me llamó porque había una pareja interesada, pero una vez más Giselle y yo no nos hemos puesto de acuerdo.

—Lo siento.

Paul cerró el lavaplatos. Se limpió las manos bajo el chorro del fregadero y, con un gesto, le pidió el paño que Monique sostenía todavía.

—No es solo la casa. Giselle es el recuerdo de mi fracaso. No nos entendimos.

—Millones de matrimonios fracasan, el de mis padres, sin ir más lejos.

—Ella se enamoró de un tío que no era yo. Y yo me enamoré de una mujer que creía conocer y luego me di cuenta que no era como la imagen que me había forjado de ella.

—Esas cosas pasan a diario. Yo también me he equivocado al escoger. Y no solo una vez.

—Está claro que no soy el único. Pero sigo sin entender cómo pude equivocarme. No sé si recuerdas un verano que yo estuve compitiendo en los campeonatos europeos. Ella me enviaba desde aquí unos *e-mails* que lograron que me decidiera a dar el paso definitivo —confesó.

Monique tuvo que tragar saliva. Se retorció las manos, jamás se había sentido tan culpable. Era obvio que Giselle nunca le dijo que era ella quien escribía aquellos *e-mails*. Y en ese momento, se odió a sí misma con diecisiete años por no saber decir que no. Giselle la manipulaba como quería y ella fue tan tonta de prestarse a escribirle a Paul haciéndole creer que era ella.

—Sé que suena estúpido, pero después no podía reconocerla —prosiguió, ante su silencio. Monique intuyó que necesitaba sacarse de dentro aquella frustración—. Supongo que los años la cambiaron y nada quedó de la chica de diecisiete que me regalaba los oídos con aquellos párrafos llenos de sentimientos. Tú lo dijiste una vez, la culpa la tienen los amores a distancia. Mientras ella estudió los primeros años de carrera, apenas nos vimos. Ella venía o yo iba a París. La mayoría de las veces nos encontrábamos a medio camino.

Monique rogó que no siguiera. Paul no sospechaba que aquellos mensajes de correo tan íntimos fueron el detonante que la alejó para siempre de Giselle y de Beauville. Después de aquel verano, se sintió mema y dominada como un muñeco en manos de una más lista y más artera, que le tenía tomada la medida y era capaz de

hacerla bailar en la palma de la mano con sus marrullerías.

—¿Sabes qué me decía que era un viejoven? Y tenía parte de razón, porque yo tenía que acostarme pronto y madrugar a una edad en la que debía quemar la noche hasta el amanecer.

—Te llamaba viejoven por ser responsable —rebufó, asqueada—. En qué sociedad vivimos; a mí me pasaba lo mismo. Si trasnochas, te tachan de niñaata, pero cuando te tomas la vida en serio, entonces eres una tía aburrída.

—Hay gente que encuentra tiempo para todo.

—Eso debe ser —dijo sin convencimiento—. Yo, o salía o estudiaba, no tuve tiempo para fiestas hasta que acabé la carrera.

—Alguna noche —objetó Paul.

—Nunca en tiempo de exámenes. Mi prioridad era aprobar con buenas notas. Como ves, me lo tomaba tan en serio como tú tu trabajo. No te echas la culpa de eso, hacías lo correcto.

—Me dejó por otro, no sé si lo sabes.

—No tenía ni idea.

—Conoció en Avignon a un político que obtuvo un cargo en Bruselas. Y se fue con él. Allí encontró un trabajo fabuloso como relaciones públicas de una compañía aérea.

—Sí, eso siempre se le dio muy bien —rumió entre dientes.

Cuánto se alegraba de haber apartado de su vida a las personas como Giselle. Cuando cumplió los dieciocho, supo que la compañía de su lejanísima prima era dañina para ella. Giselle era una manipuladora sin un ápice de piedad. Sabía perfectamente que suspiraba por Paul y, aún así, no dudó en utilizarla para conquistarlo. Monique dejó que siguiera ella sola con sus veraneos en la Provenza, evitándose así tener que ver cómo se besaba con Paul delante de sus narices.

—Si ella es feliz con su vida, mejor para ella. Y mejor para ti si casados no lo erais. No se conoce a una persona solo durante los fines de semana. No le des más vueltas —opinó, harta de hablar de Giselle. Y miró el reloj de la pared—. Me marcho a casa.

—¿Como que te marchas? —inquirió dejando caer el paño sobre la encimera de cualquier manera—. ¿Te ha molestado que te hablara de Giselle?

—No es mi tema favorito, pero no me ha molestado. Necesitabas desahogarte y lo has hecho conmigo, supongo que te inspiro confianza.

—Me inspiras más que eso. No te vayas —suplicó, cogiéndole la mano.

Monique dejó que le acariciara la palma con el pulgar. La miraba de una manera que no le habría costado nada enroscarle los brazos al cuello y dejar que la sentara en la encimera y la besara durante mucho mucho rato.

—Esta tarde he llevado mis cosas a la casa vieja. Ya he abusado bastante de vuestra hospitalidad —opinó, mirándole los labios.

—Eso es una tontería, puedes quedarte el tiempo que quieras —insistió,

mirándole el escote—. Todo el verano, si te apetece. No hace falta que te lo repita.

—Gracias, pero prefiero quedarme allí —aseguró, pensando en lo poco que le costaría acariciarle los labios.

—Te acompaño —insistió, pensando en lo poco que le costaría bajarle la cremallera del vestido.

—No hace falta.

—No voy a dejar que vayas sola.

—¿Qué crees que va a pasarme? Es pronto y además, ahora voy en bicicleta.

—La he visto aparcada en la puerta, pero creía que era de Lina.

—Me la ha vendido —añadió, mirándole los ojos, eran de un azul precioso.

—Un día fuera y todo son novedades —comentó, repasando con la mirada la perfecta redondez de sus pequeños pechos.

—Así que no me entretengo más, que son casi las ocho y media.

—Adiós, entonces.

La atrajo por la cintura y le dio un profundo beso de despedida.

—Quién sabe, a lo mejor me echas de menos.

—Acabas de leerme el pensamiento.

Monique salió de la cocina pensando cuánto le habría gustado permanecer durante horas envuelta en sus brazos. Paul contempló su marcha pensando en las ganas que tenía de tocarle el culo.

Tanta afición le tomó a la lectura del cuaderno que los días siguientes los pasó enteros en la galería cubierta, pasando páginas adelante y atrás, para releer una y otra vez los episodios que más le gustaban. Ese viernes se hizo de noche y, al quedarse sin luz natural, Monique fue consciente de que empezaba a convertirse en una ermitaña. Decidió salir y dar un paseo hasta el bar del pueblo. No había salido a tomar algo desde que llegó de París y le serviría para despejarse de su encierro voluntario.

No esperaba encontrarse con Paul a mitad de camino.

—La casualidad vuelve a unirnos —comentó sonriente.

Él no se anduvo con rodeos y le dio un potente beso, que dio rienda suelta a todas sus ganas atrasadas.

—¿Dónde vas a estas horas y sola?

—A tomar algo y que me dé el aire. ¿Y tú?

—A nadar.

—Creía que ibas a la piscina por las mañanas, antes de subir a la destilería.

—Ahora aprovecho para no madrugar tanto. El encargado de echar el cloro está de vacaciones. Yo lo sustituyo a cambio de nada, porque lo echo una hora más tarde y

dispongo de la piscina para mí a puerta cerrada como por las mañanas.

—No te gusta la compañía —dedujo.

—Cuando nado, no. La natación no es un deporte de equipo. ¿Me acompañas?

—Claro —aceptó dándole la mano.

Durante el paseo, charlaron de todo y de nada. Al llegar al edificio de la piscina municipal, Paul abrió y encendió los diferenciales de las luces. Automáticamente, Monique contempló la oscuridad del agua iluminada por los reflectores a través del muro de cristal.

—Debe ser un orgullo que la piscina lleve tu nombre.

—Sí, fue un detalle.

Monique lo cogió por la cintura.

—Tu padre me dijo que la pagaste tú.

—No puede callarse nada —farfulló.

—Es encomiable que no presumas de ello.

—Es que no tengo motivo. Ya ves donde fue parte del dinero que me daban los de los bañadores por los anuncios. Además de otros caprichos, me di este. Porque antes tenía que coger el coche o un autobús e ir a Cavillon cada día a entrenar. Seguramente yo me beneficié más que nadie de este pueblo. Y el ayuntamiento es quien la mantiene y paga a los empleados, así que yo solo puse la primera piedra, como suele decirse.

—Una piedra muy importante, Paul.

No quería seguir hablando de ello, se le notaba. Monique lo admiró más que hasta entonces, otros habrían presumido no por el rótulo en la fachada, sino por el mérito de haberla costado. La llevó hasta el borde de piscina y le pasó el brazo por los hombros.

—Esta noche vamos a hacer algo parecido a una expiación.

—No sé por qué hablas en plural, el aquí el que va a nadar eres tú.

—La última vez que te bañaste desnuda te supuso un mal recuerdo. Hoy vamos a borrarlo con otro recuerdo bueno. Tienes toda la piscina para ti. Desnúdate y lánzate sin miedo, solo con ganas de disfrutar. La sensación es increíble, eso lo sabemos los dos.

—No sé yo...

—No temas, nadie puede verte. Ni siquiera yo. Voy a dejarte sola, para darte intimidad.

Le levantó la barbilla, la besó en los labios y se marchó camino del edificio. Monique tardó solo un par de minutos en decidirse. Se desnudó dejando la ropa amontonada a sus pies y se zambulló en la líquida oscuridad. Cruzó la piscina a braza, despacio, disfrutando del roce del agua, a esas horas tibia después de un día entero calentada por el sol. Cuando llegó al otro extremo, se colocó de espaldas con los brazos extendidos apoyados en el borde, echó atrás la cabeza y cerró los ojos, gozando de una sensación de maravilloso bienestar.

La despertó de su ensueño el chapoteo sordo de la inmersión de otro cuerpo. Monique sonrió al verlo avanzar bajo el agua, rápido y directo a ella como una criatura marina. Cruzó la longitud de la piscina bajo el agua para emerger justo delante de ella.

—Ya me extrañaba.

Paul se pegó mucho a ella, riendo a la vez que la levantaba para devorarle los pechos, tersos y pequeños, con los pezones endurecidos por el contraste de temperatura.

El contacto de sus cuerpos en el agua era doblemente erótico. Sentía su miembro erecto rozándole los muslos.

—Nuestra primera vez, en el agua —susurró lamiéndole el cuello, Paul sabía a cloro y sal.

—Como debe ser.

Abrió las piernas dejando espacio a su mano que le pedía paso entre sus muslos y arqueó la espalda cuando la penetró con el dedo.

—Tan suave —murmuró para besarla introduciéndole la lengua con la misma suavidad.

Monique estaba ansiosa por sentirlo dentro. Enroscó las piernas a su cintura y se dejó caer. El agua convertía su cuerpo en algo liviano, bajó despacio, a cámara lenta, ayudándolo en su empuje hasta que la penetró por completo. Paul le dio una palmada en el culo y ella supo qué le estaba pidiendo, tomó el mando y comenzó a mecerse arriba y abajo, sujeta a sus hombros, dejándose caer y emergiendo de nuevo. Paul giró con ella en brazos y la miró a los ojos, no necesitó palabras. Abrió los brazos y se dejó caer de espaldas. Como un avaro, se inclinó para lamerle el pecho, el cuello. Fue él quien marcó el ritmo creciente, Monique se cogió a su cuello y los dos compartieron el clímax rompiendo el silencio de la noche.

Todas las tardes, Conrad y Marissa se amaban hasta que se escondía el sol. Ella lo retenía, abrazándose a su cuerpo desnudo y él la acariciaba como nadie lo había hecho. En aquel escondite de cortinas corridas, Marissa supo que Conrad hablaba su lengua mejor que otros soldados porque había nacido cerca de la frontera y por allí crecían chapurreando algo de francés. Ella le pedía que le hablara de su tierra y, con la mejilla apoyada en su pecho, creía sobrevolar un paisaje de pastos brillantes de rocío y contemplar las montañas nevadas a vista de pájaro.

Soñaba despierta, repitiéndose en silencio esas palabras que él le susurraba al oído y no entendía, pero encerraban en cada sílaba la magia del amor. Y se aferraba a él sintiéndose amada, exigía su cuerpo, su boca y acariciaba sus manos sin

apenarse al palpar la marca originada por una alianza en su dedo anular. No le importaba que fuera casado y una esposa fiel lo esperara en Alemania, ni el pasado ni el mañana, porque durante esos preciosos instantes Conrad era suyo y ella de él. Nada más existía, nadie más.

Un día el soldado Berg no regresó. No acostumbraba a avisar de su llegada ni concertaron una cita jamás. Pero a Marissa le dolía su ausencia. A ratos lloraba de rabia, porque no hubo despedida y le habría gustado conservar el recuerdo de sus ojos claros al decirle adiós. Y otras se miraba al espejo, ilusionada. Se alisaba la falda sobre el vientre todavía plano y sonreía al pensar en el inmenso regalo que le había dejado. Esa pequeña vida que crecía dentro de ella era la cosa más bonita. Un hijo suyo, que la llamaría mamá, la colmaría de cariño y alegrías. Y, al verlo crecer, recordaría siempre que fue fruto del amor.

A Marissa no le faltó valor ni le tembló el pulso para escribir a los únicos parientes que recordaba. Les confesó su estado y les suplicó que la ayudaran. Los Briand eran tíos suyos por parte de madre y, por suerte para ella y para el bebé que venía en camino, personas bondadosas. Conmovidos por la llamada de la sangre, dieron a Marissa la respuesta que ella esperaba y la invitaron a alojarse en su casa hasta que alumbrara al niño. Dejó el pisito de alquiler en la rue Vertous y se mudó desde París hasta Orleans.

Y allí fue dichosa porque no le hicieron reproches. Su tía acalló la severa expresión de su esposo afirmando bien claro que no era la primera ni sería la última chica en quedar encinta y verse abandonada por el responsable del desaguizado; y añadió que no había mal que por bien no viniera, porque contar con una costurera en una casa con cuatro mujeres iba a ser una bendición. Marissa se guardó mucho de confesarles que el padre de la criatura era un soldado de la Wehrmacht. Su situación ya era complicada de por sí como para empeorarla. Una de las hijas de la familia era de su edad y se convirtió en su compañera de los paseos a la sombra de los chopos de la orilla del Loira con los que entretuvo los últimos meses de feliz espera.

La pequeña nació una tarde lluviosa y Marissa, cuando la comadrona se la puso en los brazos, supo que aquella carita que acababa de llegar como el sol en medio de la tormenta, iba a ser la luz que le alegraría los días tristes durante el resto de su existencia. La llamó Elora porque un bibliotecario jubilado, vecino de los Briand, al que el coñac le soltaba la lengua, le dijo que quería decir «luz brillante». Su tío, hombre muy leído, le dijo que no hiciera caso de aquel borrachín porque el nombre venía del griego antiguo y su significado era «paz». Marissa contemplaba a su niñita pensando que, de cualquier manera, ese iba a ser su nombre, porque su rayito de luz era un precioso don en tiempos de guerra.

Pasaron los meses. Marissa y la niña permanecieron con sus parientes, por la insistencia de sus primas. Su tía hizo correr la voz en el colmado y la panadería, consiguiéndole de ese modo unas clientas en el barrio. Le hacían encargos que le permitieron aportar algo de dinero a la economía familiar. Sus cuatro primas la

ayudaban cuidando a Elora, que crecía a ojos vista, y ella cosía y cosía sintiendo que la presencia de las dos en aquella casa no era una carga.

Y en Orleans vivió hasta que la hija mayor de la familia llegó desde París con su marido y su hijita con la intención de quedarse. Su esposo regresaría a la capital, pero ellas iban a estar más seguras allí hasta que acabara aquella guerra maldita.

La niña parisina se prendó de Elora nada más verla. La convirtió en su tesorito. La colmaba de achuchones, la vestía, la peinaba con lazos y se ofrecía a cambiarle los pañales cuando olía fatal, como si la responsabilidad de cuidarla le correspondiera solo a ella. Y Marissa se encariñó con aquella chicuela que la divertía con sus salidas de madrastrona vieja. Daba risa oírle tan resabida, con solo diez años. Se llamaba Georgette...

Monique levantó la cabeza de golpe al descubrir la relación que unía a la autora de aquel cuaderno con su familia. Llevaban su apellido pero tan apasionante le resultaba el relato de Marissa que no había caído en la cuenta. Aquel matrimonio Briand eran sus tatarabuelos paternos y la niña, Georgette, su abuela. No la imaginaba cariñosa; los años y las decepciones de la vida debieron amargarle el carácter. Aunque, por lo que acababa de leer, intuía que la madre de su padre fue un poco rancia desde el día que nació.

El repique de Paul con los nudillos en la jamba de la puerta la trajo de nuevo al momento presente. Supuso que había entrado por la puerta de la cocina que no estaba cerrada con pestillo.

—Se te van a poner los ojos rojos de tanto leer.

Se acercó a ella, le quitó el cuaderno y lo dejó sobre la cama. Monique se cogió de sus manos y se puso de pie.

—Cuando me meto en una historia, pierdo la noción del tiempo. ¿A ti no te pasa?

—Nunca he sido gran lector. En invierno, cuando se hace de noche más pronto, me entretengo con alguna novela policiaca o de intriga histórica.

—Ya me imagino que en verano, con la cosecha, no tienes tiempo —asumió Monique.

—Ni ganas —apostilló tirando de su mano—. Vamos, que la comida se enfría.

Monique se sintió culpable. Nuevamente la habían invitado a almorzar y, tanto se enfrascaba en el cuaderno, que no reparaba ni en acercarse un poco antes para ayudar a Jérôme, al menos, a poner la mesa. Qué menos que corresponder su gentileza.

—No estoy sirviendo de mucho.

Paul se detuvo en el rellano de la escalera, haciéndola chocar contra su cuerpo.

—Yo diría que sí —murmuró.

Le agarró las nalgas con ambas manos y exigió un beso. Monique disfrutaba cuando la apretaba así, con las manazas soldadas al culo. Se empujó contra su bragueta, le enroscó los brazos al cuello y no se lo pensó dos veces.

Después del almuerzo, Jérôme fue el primero en ir hacia la cuadra. Había quedado en ayudar al viejo Ferdinand a arrear las caballerías. Paul se fue cuando recibió el mensaje de su padre avisándolo de que ya lo esperaban al pie de la montaña. Salieron juntos y Monique regresó a casa. Subió a por la libreta de gusanillo y, ansiosa por retomar la lectura, decidió que el lugar idóneo a esas horas sería la sombra del jardín. Con las piernas plegadas como los indios, pasó las páginas hasta que leyó la fecha que buscaba: julio de 1944.

Marissa comenzaba narrando una noche en vela porque su hijita no dejaba de llorar.

El día anterior, al amanecer, las tropas aliadas habían desembarcado en las playas de Normandía. Los periódicos proclamaban que había llegado la hora de la liberación y Marissa, mientras mecía la cuna, pensó que para ellas había llegado también el momento de partir. Elora ya tenía casi año y medio, llevaban demasiado tiempo abusando de la generosidad de los Briand. En aquella casa ya eran bastantes bocas, a la niña le estaban despuntando las primeras muelas y sus llantinas por las noches no dejaban dormir a nadie.

Su tía aceptó su decisión, por un lado apenada, puesto que todos les tenían cariño a las dos, y por otro aliviada, porque su estancia con ellos se había alargado mucho más de lo previsto y las miradas censuradoras de los vecinos, cuando paseaban a Elora con su cabello tan rubio, empezaban a volverse muy incómodas. Sin demora, buscó a Marissa el empleo perfecto en un pueblo que quedaba al otro lado del Loira. Debía encargarse de cuidar a una viejecita soltera que vivía sola y carecía de familiares cercanos. A cambio, la mujer le ofrecía como parte del salario alojamiento y manutención para las dos. No le importaba que trajera a Elora con ella. Marissa consideró la oferta como un golpe de suerte. Poder trabajar como costurera o en cualquier otro empleo teniendo la obligación de cuidar de la niña, le habría resultado imposible de no haber llegado a su vida aquella ancianita como caída del cielo. Con lágrimas en los ojos y la boca llena de palabras de agradecimiento, se despidió de la familia Briand y se marchó contenta a Vouzon.

Durante los primeros meses, vivió tranquila junto a la vieja señora. La pobre perdía la chaveta, un día olvidaba peinarse, al siguiente dónde había dejado sus zapatos y otros parecía vivir en el pasado que recordaba con tanta nitidez como

olvidaba el presente. Marissa cuidaba de ella y a la vez de Elora, era como si tuviera dos niñas a su cargo.

Llegó agosto y toda Francia celebró la liberación de París. Marissa leía emocionada la página del periódico y acariciaba las fotografías donde aparecían los carros blindados de «la Nueve» de la división Leclerc jaleados con banderas. Los fotógrafos de prensa inmortalizaron aquel «España cañí» escrito con brocha en la chapa, para que el mundo supiera que los primeros en entrar en París y enfrentarse al fuego alemán fueron los soldados republicanos de la novena compañía, que habían perdido su guerra pero tuvieron el orgullo de ganar la libertad de su segunda patria.

Y con el júbilo general a Marissa le llegó la desgracia. Los alemanes habían sido vencidos y las miradas de censura hacia ella se multiplicaron. Era consciente de la hostilidad de ciertos vecinos del pueblo y procuraba no salir de casa salvo para comprar. Y, cuando lo hacía, caminaba deprisa y con la cabeza gacha. A Elora no la sacaba a la calle ni para tomar el sol porque sabía que era el motivo de la inquina de aquella gente. Un chivatazo alertó a los cabecillas de la Resistencia, que la llevaron a rastras, le escupieron en la cara por colaboracionista y le raparon el pelo al cero. Y aún hubo de darles las gracias porque en otros lugares, a las de su calaña, las desnudaban en la plaza y les marcaban la cruz de los nazis con un hierro candente como a las bestias de corral. La obligaron a volver a casa escuchando los insultos de los curiosos que se apostaban a uno y otro lado de la calle. Marissa recorrió el pasillo de la ignominia, con la cabeza rapada y la barbilla bien alta, porque la niña que llevaba en los brazos, cuya cabecita casi albina la delataba como bastarda de un soldado alemán, no era hija de la vergüenza como le gritaban todos ellos, sino fruto del amor. Esa noche, después de acostar a su anciana patrona, que no entendía el porqué de sus lágrimas, hizo la maleta sin saber a dónde ir. Pero, entre las fotografías que conservaba de sus padres, encontró el tesoro que más apreciaba. Aquel envoltorio de papel de seda era el recuerdo de Conrad. Leyó en voz alta las letras moradas que se sabía de memoria. «Jabón de lavanda. Hijo de J. Gocelin. Beauville, Provenza». Con los ojos cerrados, se lo acercó a la nariz y aspiró el aroma de los días más hermosos de su vida. Acababa de cumplir veinte años y ya nunca volvería a pisar el París de su niñez. Su sitio tampoco estaba en el valle del Loira, donde había nacido su hija y conocido el odio.

Alisó el papelito de seda con delicadeza y se acercó la punta de los dedos a la nariz. La felicidad olía como la lavanda. «Beauville», la villa bonita, leyó recreándose en su esperanzador significado. El recuerdo de Conrad, el hombre que le descubrió el amor y que, para que nunca olvidara ese precioso sentimiento, le dejó a una niña que tenía su cabello y sus ojos, la empujaba hacia el sur. Iría a Provenza en busca de una nueva vida para Elora y para ella.

6. La verdad duele, la decepción, mucho más

Monique bajó hasta el pueblo con la bicicleta. Se dedicó a dar vueltas por todas las calles, recordando y comprobando también cuánto habían cambiado. Pero la esencia seguía siendo la misma, las viejas piedras de los portales de medio punto que, al pasar las manos por ellos, te hacían sentir que estabas tocando la historia de Francia.

Bajaba hacia la plaza cuando se vio obligada a apartarse para dejar paso a un hombre a caballo. La cara le sonaba pero no acababa de ubicarlo.

—No tiene que preocuparse de nada, *ma nine*. Aquí sabemos cuidarnos unos de otros. Esos señoritos de las cámaras no volverán a molestarla.

Ella le dio las gracias sin saber el motivo de su amabilidad ni el significado de sus palabras.

Tras él, venía Jérôme, que paró un rato a charlar con ella. Y Monique, puesto que era obvio que conocía al hombre del caballo, le explicó la rara conversación que acababa de mantener. Aunque aún le extrañó más su cara de circunstancias.

—No te dijimos nada para que no lo pasaras mal. Vino un coche forastero y bajaron de él unos tipejos con cámaras haciendo preguntas. Perdona si te ofende, porque tú también eres periodista.

Monique se temió qué tipo de profesionales eran y a qué ramo pertenecían.

—Fotógrafos —supuso; Jérôme así se lo confirmó—. Cuando van solos, sin acompañar a un periodista es porque van a la caza.

—Estos ya no cazarán por aquí, te lo digo yo. Ferdinand se encargó de quitarles las ganas. Y lo hizo por su cuenta, ojo, para que veas que en este pueblo se te aprecia.

Le explicó que era el abuelo de Lina y empleado suyo, el más antiguo de la destilería, y con setenta y muchos años y jubilado seguía yendo todos los días a ocuparse de las caballerías; los cuatro bretones entrenados que se usaban en las labores agrícolas en la montaña, donde ningún vehículo ni maquinaria mecánica podía acceder. Y el gesto para espantar a los *paparazzi* no lo realizó a petición de los Lachance que, cuando se enteraron de su atrevimiento de arrojar una riada de purines sobre el coche de los recién llegados, se llevaron las manos a la cabeza y luego aplaudieron su retorcido ingenio.

—¿Qué son purines? —preguntó Monique entendiendo a medias su explicación.

—Los orines y toda la porquería de los cerdos. Antiguamente se usaba como abono, hoy está prohibido porque es muy contaminante. Pero a algún sitio tiene que ir, por eso se lleva en cubas a lugares donde se destruye con control y de acuerdo a las normas.

—Qué asco —murmuró.

—Sí, eso deben decir los fotógrafos a día de hoy. Porque, sin querer, Ferdinand dejó caer la cuba del purín encima de su coche reluciente. Debió filtrarse hasta el

último rincón, porque dejaron las ventanillas abiertas. Es lo que tiene el campo, que es más seguro que la ciudad y se confían las criaturas —remató con fino cachondeo—. Me marchó, este año tenemos más ilusión que nunca de que llegue la cosecha y aún queda mucho por hacer.

—Como cada año, es el ciclo de la vida.

—No, ya no —negó con tristeza—. Esta cosecha puede que sea la última.

Se preguntaba a qué venía ese pesimismo, si cada verano, más o menos fructífera, seguiría habiendo cosecha de lavanda que exprimir en la destilería.

Tomó el camino de la panadería en cuanto *monsieur* Lachance le dijo adiós. Una vez allí, ojeó las mejores delicias del aparador y pidió que prepararan una bandeja grande de *macarons* de todos los sabores y colores. Quería dar una sorpresa, le explicó a la dependienta, y esta le aseguró que ella en persona ejercería de chica de los recados. Sabía de sobra en qué calle vivía Ferdinand. Monique pagó el importe y le dio una generosa propina por el favor.

Regresaba con la bicicleta, camino de la plaza, cuando la detuvo un hombre al que conocía bastante. O al menos, al joven que era doce años antes. Lo recordaba como el hijo de *monsieur* Allamand, el amable señor que le vendía las novelas usadas. A veces atendía la tienda de su padre en su ausencia. Lo que no imaginaba es que le interceptara el paso, dirigiéndose a ella por su apellido. Mucho menos que se presentara como el alcalde. Monique no tenía la menor idea de quién ostentaba el cargo de máxima autoridad de Beauville.

Con palabras más comedidas, propias de un político, vino a repetirle la opinión que ya había escuchado de su propio padre cuando le pasó el testigo de la finca de la Jabonera. Alain Allamand también consideraba injusto que una sola persona hiciera uso de un bien común.

—La ley es así y no la he hecho yo —replicó ella.

—Pero sí está en su mano evitar la injusticia renunciando a su derecho. Seamos sinceros, señorita Briand, ustedes no van a disfrutar esa finca salvo en contadas ocasiones. Porque no me creo que tenga intención de venirse a vivir aquí desde París, siendo quien es. Y me refiero a la casa de la finca, que la montaña no veo que vaya a interesarle para nada.

—¿Se refiere a la que explota Lavanda Lachance?

—Obviamente. Qué bien les ha venido su veraneo en el pueblo. Y qué bien le ha venido también que su padre, *monsieur* Briand, ya no sea el beneficiario del derecho testamentario.

—Sí que corren las noticias.

—Sobre todo cuando uno tiene interés en estar bien informado. Comprendo que un ayuntamiento de pueblo no tiene nada que hacer frente a un tipo atractivo como Paul Lachance y que está haciendo los deberes con bastante éxito, por lo que sé.

—No sé a qué se refiere.

—Pues yo creo que hablo bien claro. No me gustan las medias tintas. Paul

Lachance sabe muy bien que el día que el ayuntamiento recupere la plena propiedad, tardará muy poco en salir de la finca Jabonera para no volver a poner en ella ni pie ni pezuña herrada. Esa lavanda es de todos, no suya, aunque lleve años aprovechándose de ella. Por eso intenta convencerla a usted a su manera y ganarse sus favores. Yo voy de frente y se lo pido por el bien del pueblo, no por uno de sus habitantes.

—¿Qué me está pidiendo exactamente? Porque creo que me he perdido —exigió con acidez.

—Que escuche a su conciencia antes de decidir si mantiene el derecho de usufructo o renuncia a él a favor del pueblo de Beauville.

Monique se negaba a creerlo. Las palabras del alcalde Allamand, llenas de insidia, eran fruto de la rabia. Ella creía en Paul, era imposible que un hombre que le hacía el amor cada noche con tal pasión tuviera una intención tan deleznable como la que dejaba intuir el comentario del alcalde.

Ningún hombre la había tratado con tanta veneración. Paul la hacía sentirse única, deseable y rabiosamente sensual cuando estaban entre las sábanas. Hacía un rato, se habían entregado el uno al otro con una pasión salvaje. Y en ese momento, abrazada a su torso, no podía pensar más que en la mano que le acariciaba la espalda con una suavidad de terciopelo.

—Cuando el verano se acabe y regreses a París, ¿cómo haremos para vernos? —murmuró Paul.

—Los dos sabemos que las relaciones a distancia no funcionan —dijo a su pesar, no quería que ocurriera pero negarlo era absurdo; se había enamorado de él.

—A veces sí. Piensa en los militares de misión en Afganistán. O en los funcionarios que se pasan dos años de destino forzoso en la Martinica.

—Si las dos partes se empeñan en que así sea, supongo que se consigue —aceptó—. O quizá podrías venir a vivir a París.

—¿Y qué haría allí?

—Dar clases de natación.

—Sí, supongo que podría —admitió, acariciándole el brazo con un lento ascenso y descenso—. Podría vender el negocio a una multinacional. Pero olvidas una cosa. No vivo aquí porque no me quede otra opción. Este es el lugar que yo he elegido porque aquí me dedico a lo que me gusta hacer. Sí, ese trabajo que me llena las manos de callos y me obliga a madrugar cuando no ha salido ni el sol. Eso es lo que quiero en la vida. ¿Comprendes?

—Sí —musitó.

Paul le tomó suavemente la barbilla para verle la cara.

—Monique, solo vivimos a cuatro horas de tren. O menos. Tú podrías venir a verme de vez en cuando.

—Hay parejas que viven más lejos y con menos facilidades, tienes razón. —Se incorporó sobre un codo.

Paul la miró a los ojos, recorriéndole el contorno del pecho con el dedo.

—¿Alguna vez das conferencias?

—¿Y eso a qué viene? —inquirió con una sonrisa curiosa.

—¿Sí o no?

—A veces. Sobre todo en la Facultad de Periodismo. O en algún congreso.

—Imagínate que estás dando una conferencia de esas, allí arriba en la tribuna. Y que yo aparezco sin avisar. ¿Sabes qué haría? Me sentaría en la primera fila y te follaría con la mirada, disfrutando de verte hablar y hablar tan seria, sabiendo cómo te excitabas más y más y más...

Monique le tapó la boca, riéndose.

—A ver, especialista, enséñame cómo se hace eso.

—Prueba a ver.

Monique paseó la vista desde sus ojos a los labios, pasando por la barbilla, la línea de vello que discurría hasta el ombligo. Al llegar a su sexo la detuvo y sonrió al ver cómo despertaba su miembro. Retornó la caricia visual hasta sus ojos y allí la dejó reposar hasta que miró de reojo su entrepierna. La imponente erección de Paul la colmó de satisfacción. Él la tumbó de espaldas y le sujetó ambas manos por encima de la cabeza.

—Para qué me pides lecciones si se te da mejor que a mí.

Tomó su boca con ganas a la vez que ella le rodeaba la cintura con las piernas. Paul se posicionó para penetrarla y gimió sin dejar de besarla con el primer roce. Era pura gelatina. Se hundió entre sus piernas de un empujón y gozó de la mejor amante que había conocido, la más entregada. Monique lo acariciaba con ternura y mirada de fiera, le hacía perder el control con sus besos, salvajes a veces y otras tan dulces que lo hacía temblar. En la cama se entendían con la mirada. Solo con ella había logrado rebasar todos los límites del placer compartido, porque disfrutaba del sexo tanto como él.

Ese día, Paul hizo una excepción. Se desperezó con los ojos cerrados disfrutando del placer de despertar más tarde de las cinco de la madrugada. Sobre todo cuando la compañía era tan grata que invitaba a pasar el día entero en la cama. Monique aún dormía, desnuda y destapada. Posó los labios en su hombro y la notó demasiado fría. La abrazó por detrás, para darle calor y la despertó besándole el cuello. Ella se

removió en sus brazos para quedar cara a cara.

—Buenos días —murmuró, dándole un beso en la nariz.

—¿Qué hora es?

Paul miró el reloj.

—Las ocho.

—Tengo que vestirme. Ayer quedé en ir a hablar con el alcalde.

Él sonrió con acidez.

—No le tengas miedo. Si se enerva y se pone hecho una furia, te marchas del despacho y en paz.

—¿Por qué tendría que enfadarse?

Paul se incorporó sobre un codo.

—Porque lo que vas a decirle no le va a gustar.

Monique arrugó la frente y se sentó en la cama.

—Así que ya has asumido que voy a comunicarle que no voy a renunciar al usufructo de la finca.

—Naturalmente.

—¿Por qué?

—Porque yo te lo pido.

Monique se apartó la melena, enrollándola para dejarla caer sobre el hombro derecho.

—El hecho de que tú y yo tengamos algo no significa que puedas influir en mis decisiones.

—Yo diría que meterme en tu cama significa algo más que «algo». —Ella estudió sus ojos, no le gustaba nada su expresión—. No me jodas, Monique —saltó, viendo su mirada hostil—. Tu decisión no va a afectarme tanto como supones. Porque el ayuntamiento tendrá que pleitear muy duro si cree que va a echarme de esa finca así como así, pero ya estoy harto de perder el tiempo y dinero con abogados y disputas legales. Ya tuve bastante con el divorcio.

Monique empezó a sospechar que el alcalde no iba tan desencaminado.

—Dime una cosa, ¿eso es todo lo que querías obtener de mí?

Paul se sintió herido y juzgado.

—Explícate mejor, no alcanzo a entender qué significa «todo» para ti. Tú también has disfrutado, ¿o no?

—Creo recordar que anoche sugerías que podíamos seguir viéndonos, que yo vendría, que tú irías a París.

—¿Y qué si lo dije?

Se sintió estafada, lo tenía por un hombre honesto y estaba demostrándole que no era más que un interesado. No había gran diferencia entre él y el indeseable de Phillip Vieil; la única, que a Paul lo había descubierto a tiempo.

—Eres y siempre serás un pobre infeliz. Mírate, das asco. Ofreciéndome sexo a cambio de una montaña de mierda.

Paul se mordió el labio hasta que no soportó el dolor. Creía que Monique había entendido el enorme valor que tenía para él la lavanda vera que crecía silvestre en aquella tierra. Creyó haberle contagiado su pasión, pero ante sí tenía la evidencia de que ella, una niña pija de París, jamás compartiría afecto por la tierra a la que había consagrado su vida. Era igual que Giselle. Se acercó a su cara con una mirada amenazante. Sabía cómo darle donde más le iba a doler.

—¿Y tú? ¿Te has visto? —siseó con rabia—. Mírate en el espejo y juzga por ti misma quien da más pena de los dos, gimiendo en los brazos de un hombre que sabes que piensa en otra mujer.

Monique saltó de la cama. Ni se molestó en taparse con la sábana, aunque en ese momento odió que la viera desnuda. Fue hacia la puerta y antes de salir, lo miró por encima del hombro.

—Vístete. Y hazlo ya. Cuando salga del baño, no quiero verte aquí.

Monique no derramó ni una lágrima. No le costaba llorar, pero en aquella ocasión la rabia le secó los ojos. Solo lamentó marchar de Beauville sin despedirse de Jérôme. Pidió un taxi que le cobró una fortuna por llevarla a Marsella, pero necesitaba irse de allí lo más rápido posible.

Una vez en la ciudad, antes de sacar un billete para el primer tren que la llevara a París, decidió llamar a su hermano para que le facilitara los datos de la notaría de Marsella más cercana a la estación. Prácticamente le ordenó que no hiciera preguntas. Estaba tomando un café, con la mirada perdida en los edificios de enfrente, cuando sonó la llamada de Richard. Tomó nota en su agenda y le dio las gracias sin más explicación.

Buscó la dirección en el navegador de su teléfono y tiró de la maleta hasta la calle que le había indicado su hermano, repitiéndose la misma letanía: «Maldito Paul y maldita Giselle», siempre destrozándole las ilusiones. Patricia tenía razón. Remover el pasado es tan peligroso como jugar con fuego.

Pero se recordó a sí misma que el amor era algo pasajero, de sobra lo sabía. Se desenamoraría de él tan rápido que pronto no sería más que el recuerdo de otra decepción. No la merecía, nunca la mereció. Podía vivir toda la vida amarrado al fantasma de Giselle, pero no a la finca. Eso sí que no.

No hubo necesidad de esperar, el notario la recibió sin cita porque julio, mes vacacional en que la gente se marchaba a las playas, no era época de mucho trabajo. En cuanto hubo hecho constar su renuncia al usufructo de la finca conocida como Gocelin, pidió que la hicieran llegar al ayuntamiento de Beauville.

—¿No prefiere entregarla personalmente? Es lo usual —propuso el administrativo

que tramitó el documento.

Monique negó tajantemente, ni en sueños pensaba regresar a Beauville. Guardó el sobre con su copia e insistió.

—Si no es molestia, preferiría que la remitieran mediante mensajería. Yo pagaré el envío, pude añadirlo a los gastos.

—No hay problema. Nosotros nos encargaremos, si así lo desea.

André Briand estaba solo en su ático de la avenida Víctor Hugo cuando llamaron al timbre de la verja de la calle. Ojeó su reloj, a esas horas ya se había marchado el portero que se encargaba de filtrar las visitas a los selectos habitantes de aquel edificio residencial. Pulsó el botón del mando a distancia y apagó el televisor maldiciendo por lo bajo. No eran horas.

Atravesó el pasillo improvisando una excusa, por si la visita intempestiva era una sensual ocurrencia de alguna de sus últimas amiguitas. Esa noche le apetecía estar solo. Ensayó algunas frases, las más delicadas de su repertorio, en busca del modo menos brusco de quitársela de encima. Pero cuando miró la pantalla del video portero y vio la cara de Monique, tan desolada, con la maleta al lado y la mirada de una niña perdida, el peso de la culpabilidad lo aplastó. Oyó a su propio corazón crujir como una cucaracha bajo la suela de una bota.

Pulsó el botón de apertura de la cancela y apoyó la espalda en la puerta. Durante el breve trayecto del ascensor, reflexionó. No podía hacer otra cosa.

«Otra vez él. Otra vez te ha roto el corazón. ¿Crees que hace quince años no me daba cuenta? Aunque mirara hacia otra parte, porque no sabía qué decirte ni cómo consolarte, tu dolor me hería el alma y tus ojos tristes me dolían.

Qué mal lo hicimos tu madre y yo. Se supone que los padres somos ese referente en el que los hijos se miran. Yo también crecí sin ese modelo en el que volcar mi admiración. Tu hermano es más cabal en todos los sentidos, en el profesional y en el personal. Ha sabido, y a veces me pregunto cómo, ser el escultor de sí mismo.

En cambio, tú eres como yo. Tienes la cara de tu madre pero es a mí a quien te pareces. Los dos hemos luchado para conseguir el éxito y lo hemos logrado. Y tanto empeño pusimos en superarnos que nos olvidamos de las emociones. No he sabido enseñarte a gestionar los malos momentos personales, porque soy un hombre de hierro en mi profesión y un inmaduro incapaz de manejar el afecto.

Cómo podría, a estas alturas, enseñarte que no debes imitarme también en eso. Tu vida es una eterna huida, Monique. Washington, Londres, Líbano, Provenza... Cada decepción, un escapada. No puedes salir corriendo cada vez que te rompen el corazón. Tú eres una mujer valiente, lo has demostrado con creces. ¿Por qué no te has

quedado? Con esa cabeza indomable, tan inteligente, ¿cómo es que tus sentimientos no son capaces de luchar cuando deben? Este regreso al nido, ¿no es una huida también? Pero no seré yo quien te cierre la puerta. Nunca lo haré...».

André cerró los ojos al oír el timbrado. Había llegado la hora de crecer y dejar atrás de una vez al hombre que lavaba su conciencia ocupándose de pagar las facturas y de que la nevera estuviera siempre llena. Abrió la puerta, los ojos de Monique gritaban su decepción. Pero esa vez no miró hacia otra parte, le hizo frente para compartir su dolor.

—No digas nada —musitó Monique—. Solo necesito un abrazo de los de verdad.

André abrió los brazos y la envolvió en ellos con la calidez y el cariño de un padre. De tenerlo delante, habría destrozado en pedazos al indeseable que había enviado a su hija de vuelta a París con el alma hecha un guiñapo. Valiente tontería, cómo iba a reprocharle nada cuando él mismo había roto, por lo menos, tres docenas de corazones por miedo a que le exigieran amor.

Ojalá algún día supiera explicarle a Monique que nadie aprecia el valor de la alegría si antes no ha conocido el dolor. Cómo enseñárselo si él mismo, en sus relaciones con las mujeres, nunca había visto el arcoíris porque se encerraba en su coraza en cuanto veía nubes de tormenta.

7. El regreso de Giselle

Septiembre de 2014

Dos meses habían pasado desde la marcha de Monique. Ocho semanas sin noticias tuyas. Ni ella lo había llamado, ni él pensaba hacerlo. Tentado estuvo, pero lo dejó estar. No merecía la pena espetarle cuatro verdades. La echaba de menos, no podía quitársela de la cabeza, pero lo conseguiría, como todo en la vida. Nada era eterno, su recuerdo tampoco iba a serlo. Al diablo con ella. Lo decidió el día que el alcalde lo abordó en medio de la plaza, blandiendo ante sus ojos un papelorio legal para decirle allí, bien claro, delante de todos, que iba a hacer lo posible por largarlo de la finca de la Jabonera cuanto antes. Amenaza que le resbaló. Él tampoco se arrugó al decirle, delante de todo el que quiso escuchar, que iba a gastarse mucho dinero del presupuesto municipal en pleitos. Porque no era un paleta y conocía sus derechos.

Pero era otro litigio al que se enfrentaba esa mañana. O fin de litigio, para ser exactos. Porque en realidad era un acuerdo. Al fin, Giselle se había avenido a aceptar el precio que un enésimo comprador estaba dispuesto a pagar. La venta era un hecho y para firmar junto a él, había acudido desde Bruselas. Paul miró el reloj antes de cruzar la calle donde se ubicaba la agencia inmobiliaria. Había encontrado más tráfico del esperado en la autovía y, Giselle, si era puntual, debía estar ya esperando.

El comprador también aguardaba. Después de un breve saludo de rigor y de excusarse por la tardanza, acudieron los tres, acompañados de la agente inmobiliaria, al despacho del notario que se encontraba a dos manzanas de distancia. Una vez solventado el trámite, cada cual recibió su cheque por la mitad del importe total. Paul se lo guardó en el bolsillo, satisfecho de deshacerse de esa carga. No era justo, puesto que Giselle no había aportado ni un euro para el pago de la vivienda que compartieron, pero con tal de librarse de la hipoteca le habría regalado hasta los zapatos que llevaba puestos. Había firmado y ese cheque que llevaba en la cartera era su libertad. Adiós para siempre a las letras y a las deudas. Qué satisfacción iba a sentir al acostarse cada noche con la tranquilidad de saber que no debía nada a nadie.

En la calle, se despidieron de la agente, dándole las gracias. El nuevo dueño de la casa se había quedado en la notaría para tramitar algo referente a la plusvalía. Una vez solos, Giselle lo miró con esa clase de sonrisa que se dedica a los conocidos con los que no se tiene ni trato ni intención de tenerlo.

—¿Me llevas a la estación? Dentro de cuatro horas sale mi avión, mejor que coja

cuanto antes el tren de Lyon.

—He aparcado el coche cerca —aceptó.

De camino, la tensión era palpable. Giselle inició una conversación para distender el ambiente.

—He quedado con el comprador en que pasaremos tú o yo a recoger algunas cosas que ni sabía que dejamos en los armarios. Algo de ropa y poco más.

—Por mí puede tirarlo a la basura o darlo a algún albergue.

—Y bueno, ¿cómo van las cosas por Beauville?

—Como siempre, en invierno, frío, en verano, calor. —La miró de reojo, aprovechando la parada ante un semáforo—. Este verano estuvo allí Monique, de vacaciones.

—¿En serio? —Paul no contestó—. ¿Y qué? ¿Sigue tan apocadita?

Monique no era en esos momentos la persona que tenía en más alta estima, después de la jugada sucia que le hizo poniéndole las cosas difíciles con respecto a la finca. Pero a Paul le indignó que hablara de ella con tanto desdén.

—No sé si estamos hablando de la misma mujer, porque la que yo conozco es cualquier cosa menos apocada. ¿No te enteraste de que le dieron un premio? El Albert Londres, el mayor reconocimiento, con el que sueñan todos los periodistas de Francia.

—No sabía nada.

—La noticia salió en los periódicos y en televisión.

—Yo leo la prensa belga, será por eso que no me enteré. Aunque tampoco es de extrañar que se lo dieran. A Monique siempre se le dio bien escribir.

—Desconocía esa afición tuya por la lectura.

—No seas sarcástico, no te pega nada —protestó con un mohín burlón—. Sé de buena tinta que Monique tenía talento para hechizar con las palabras. No como yo. A ver quién crees que escribía esos *e-mails* tan apasionados que te enviaba aquel verano, cuando era una cría. Paul, tú me conoces, ¿no pensarás que yo era capaz de escribir aquellas cosas que parecían salidas de la boca de un poeta? Hasta yo me emocionaba al leerlas.

—¿Qué estás diciendo?

Giselle emitió una risa cantarina que a oídos de Paul sonó a burla musical.

—Pues la verdad. Cosas de chicas con la sangre en plena ebullición y los sentimientos románticos a flor de piel. Yo le enseñaba tu *e-mail* en el ordenador de la biblioteca y le decía qué quería responderte. Y ella lo escribía con palabras bonitas.

Paul frenó delante de la estación.

—No hace falta que bajes. No he traído ni maleta, como ves. Adiós, Paul, hasta que nos volvamos a ver. Cuídate —dijo ya con un pie fuera.

Durante el camino de regreso, condujo como un autómatas. Llegó a Beauville y paró en la plaza. Se sentía un lerdo engañado por dos crías estúpidas que habían jugado con él para divertirse. Y él, concentrado en aquel hotel alemán del que no los dejaban salir más que para ir a la piscina durante las horas de competición, esperaba con ansia aquellos correos diarios con la esperanza de un tonto que se iba enamorando de Giselle con cada párrafo. Deseando volver a verla, y que le susurrara al oído todas aquellas palabras que leía una y otra vez. Una realidad que no llegó a cumplirse, y ahora, después de años de preguntarse el porqué, conocía la razón. Porque aquellas confesiones apasionadas tenían de verdad lo que el humo de tangible.

Estaba asqueado, par de forasteras ociosas con ganas de divertirse a su costa. Las maldijo mil veces a las dos. No había mayor bochorno que sentir lástima de uno mismo. Dio un golpe al volante y salió del coche. Saludó con gruñidos a los conocidos que encontró de camino al supermercado. Una vez allí, fue directo al estante de los licores y agarró una botella de vodka. Respondió con monosílabos a la amable charla de la cajera. Se guardó las monedas del cambio en el bolsillo y regresó a la plaza. Montó de nuevo en el coche y se dirigió hasta un descampado, en las inmediaciones de la finca de la Jabonera. Destapó la botella y dio un trago largo.

Desde allí veía la casa donde había compartido tantas noches con Monique. La misma que lo echó de allí con ojos ofendidos. Cuánto le habría gustado saber aquella mañana lo que en ese momento sabía. Porque le habría espetado en la cara que dejara de fingir porque era una falsa. Nunca jamás, con nadie, se había atrevido a hablar de su frustración ante el fracaso de su matrimonio. A ella sí se lo dijo, le confesó cuánto le pesaba haber escogido a una mujer con la que no tenía nada en común, le habló de los *e-mails* y ella se calló, sabiéndolo todo. Le abrió su corazón y a cambio no recibió ni una pizca de sinceridad por su parte. Volvió a acercarse la botella a la boca y dio otro trago tan largo que le rascó la garganta.

—Otra hipócrita —dijo en voz baja.

No era mejor que su querida primita, a la que además culpaba de todos los males. Monique era simplemente eso, otra decepción que no merecía ni un minuto de sus pensamientos.

Aquel dolor de cabeza era el infierno. Peor que la peor de las muertes. Paul habría dado un año de su vida por un poco de oscuridad. Tenía la boca pastosa y un regusto a alcohol insoportable, ¡y decían que el vodka no dejaba mal sabor! Beber no era lo suyo, no probó una gota durante su juventud consagrada al deporte y los treinta y tres no era edad para empezar.

Era incapaz de abrir los ojos más allá de una estrecha rendija. La claridad

mañanera que entraba por la ventana le quemaba las pupilas. Se llevó la mano al estómago y le entró una arcada. La culpa la tenía media botella que se echó al cuerpo la tarde anterior y lo dejó grogui en el coche hasta que una luz de cruce lo despertó. No, su conciencia le recordó que la culpa era toda suya. Respiró hondo y se ladeó en la cama, tapándose la cara con el antebrazo.

Gruñó cuando una mano lo destapó, llevándose la sábana de un tirón.

—¡Arriba!

Paul sintió un manotazo en el muslo.

—Cámbiate de ropa y a trabajar.

Levantó la cabeza y se echó un vistazo desde el pecho hasta los pies: llevaba puesta todavía la ropa del día anterior. Con razón estaba incómodo, dormir vestido era un asco.

—La cabeza me estalla —murmuró con ronquera.

Su padre rodeó la cama y se plantó delante de él.

—Si eres hombre para beber, demuestra que eres hombre para trabajar. Andando. Al tajo, que se hace tarde.

—Jodidas mujeres —murmuró, sentándose en la cama.

—No eches la culpa a las mujeres de tus errores. Y si te duele la cabeza, una ducha fría y un par de pastillas. Voy a hacer café para despejarte mientras te duchas —sugirió—. Y otra vez, te lo piensas antes de emborracharte. Gilipollas.

—Ha vuelto a llamar. Tal como me pediste, di orden de que no me pasaran la llamada.

—Gracias.

André Briand y su hija se hallaban acodados en la barandilla de la terraza, contemplando el atardecer. Los dos estaban preocupados, pero por distinto motivo. Padre e hija no eran de la misma opinión.

—Imagino que también ha intentado contactar contigo pero, como no respondes a sus llamadas, ha decidido llamar a la empresa.

—Hace semanas que bloqueé su número para que me dejara en paz.

Él guardó silencio. El cielo anaranjado sobre la ciudad era uno de los paisajes urbanos más hermosos que existían. Ellos eran privilegiados al poder disfrutarlo desde aquella atalaya en el corazón de París. André Briand pensó lo poco que le importaba aquella belleza ante sus ojos si su cabeza no se la dejaba ver. Inquietud ante el futuro de Monique, no veía otro panorama.

—Las cosas han cambiado, hija.

—Yo no lo veo así.

—Habla con él.

—Ya nos lo dijimos todo en Beauville.

—¿Has meditado con calma lo que estás haciendo?

Monique dejó de mirar el paisaje y giró bruscamente el rostro hacia su padre.

—Papá, ¿por qué insistes?

—Porque soy padre. Y si tu madre me hubiese hecho a mí algo parecido, nunca la habría perdonado.

—Es que su opinión me da lo mismo.

No quería discutir con ella. No, en su estado. Ni soltar los reproches que le ardían en la boca. Se pasó años machacándolos sobre la importancia del condón. Ironías de la vida, Monique le venía, nada menos que a los veintiocho años, con la sorpresa que nunca quiso recibir. Pero cualquier advertencia llegaba tarde y cualquier sermón a destiempo.

Sin perder la serenidad, rodeó con el brazo los hombros de su hija.

—¿Estas segura de querer tenerlo?

—Papá, quiero a este niño.

—No va a ser fácil criarlo sola.

Monique apoyó la cabeza en su mejilla.

—Tampoco lo fue para ti. Y éramos dos.

8. La Navidad

Paul Lachance mantuvo la cabeza ocupada durante casi medio año con el propósito inmediato de efectuar las mejoras necesarias en la destilería. Aprovechando el parón tras el verano, se encargó de que los fontaneros especialistas renovaran el serpentín, cerca de dos kilómetros de tubería donde discurría el vapor y, mediante enfriamiento, se condensaba la esencia de lavanda. Limpiaron, de paso, y remozaron la pintura donde se almacenaba la flor. Adquirió también una nueva desmochadora. Inversión que rondó los cincuenta mil euros. El precio de la maquinaria específica para la extracción de aceites esenciales con métodos tradicionales y rendimiento industrial era altísimo.

A pesar de tener mucho en qué pensar y todo relacionado con la destilería, no había podido olvidar a Monique. Aplacada la furia gracias a la sensatez y el tiempo, quiso pedirle disculpas. La conciencia le remordía porque no era hombre acostumbrado a hacer daño a nadie, ni siquiera mediante la palabra. Y con ella lo hizo, consciente de que sus palabras la herían. Por la época de la vendimia la telefoneó muchas veces, pero no hubo modo de que respondiera a sus llamadas. Un día, el móvil de Monique dejó existir, como si harta de ver su número en la pantalla lo hubiera lanzado a un pozo. Desconocía el número de teléfono de su apartamento. Y como los de su padre y hermano no figuraban en la guía, optó por intentar contactar con ella llamando a las oficinas del Grupo Briand. Tampoco obtuvo resultados por esa vía, puesto que sus llamadas nunca fueron atendidas. Fuera mañana o tarde, *monsieur* Briand o su hijo jamás estaban disponibles para dedicarle un mísero minuto.

Monique no se merecía cargar con la culpa de su propia candidez. Aquella broma juvenil de los correos, con la distancia de los años, parecía algo nimio que ni regañina merecía. Una anécdota más que contar en la vejez. Giselle y Monique no eran más que dos crías que se divertían enmascarándose detrás de una pantalla. Jugaron con sus sentimientos, sin tener conciencia de que él era un ingenuo que había sido educado en las reglas del juego limpio, el esfuerzo y no hacer trampa jamás. Con veintiún años carecía del bagaje suficiente para darse cuenta de que no todas las personas se mostraban de frente como él. Desconocía que su franqueza no lo inmunizaba ante el engaño. No le era grato recordarlo, porque le avergonzaba pensar cuánto se habrían reído leyendo sus respuestas a aquellos mensajes de enamorados, pero formaba parte de su pasado y ahí debía quedarse.

Ya no sentía aquel recelo malsano cuando pensaba en Giselle. Después de librarse de la losa que lo aplastaba con la venta del piso de Avignon, había pasado a ser una imagen del pasado que ya no le provocaba ni frío ni calor. Sencillamente, estuvo presente en un período de su vida, pero su recuerdo no le causaba malestar, ni

remordimientos por lo que pudo hacer y no hizo en su momento. Hasta el sentimiento de fracaso se había diluido, a fuerza de reflexionar con la mente serena, hasta desaparecer.

La que no podía quitarse de la cabeza era la imagen de Monique. Seguía albergando esperanzas respecto a ellos dos. Creía firmemente que podían retomar la relación donde la dejaron, esclarecer los equívocos y darse una nueva oportunidad. Ninguna mujer le había dejado una huella tan persistente, ni siquiera Giselle. Fue una relación corta la de aquel verano, pero tan intensa que a Paul le permitió conocerla, y le gustaba la clase de mujer que era. Se preguntaba si ella llegó a conocerlo a él de verdad, no se tenía por un gran hombre, pero sí se sentía orgulloso de ser una persona de palabra. Y, desde luego, fiel a quienes le importaban de verdad. Y Monique le importaba, de lo contrario no la tendría tan presente. Especialmente en esos ratos perdidos en los que las ideas vagaban a su aire y, sobre todo, por las noches. No era solamente la soledad de una cama, que desde su marcha, parecía demasiado grande. Era un cepillo de dientes olvidado, el bolígrafo que encontró entre los almohadones del sofá o los tarros de la despensa que dejó ordenados por tamaños. Pequeños detalles sin importancia que hacían su ausencia patente. Cuando conducía atravesando el pueblo de parte a parte, giraba la vista al pasar por la casa de la Jabonera y pisaba el acelerador. Demasiados recuerdos compartidos y casi todos buenos. Era curioso cómo el tiempo se llevaba consigo el dolor de los malos momentos, con el mismo ritmo que uno iba arrancando hojas al almanaque.

Faltaba una semana para la Nochebuena cuando montó en el todoterreno y bordeó sus hectáreas de lavanda. La nieve las había cubierto, protegiendo los arbustos bajo su blanca coraza de las bajas temperaturas y de la humedad, a la espera de florecer la siguiente primavera. La nevada había convertido los sembrados en una pradera surcada de líneas blancas que se extendían en un sube y baja infinito, hasta perderse en el horizonte. Tomó la autopista hacia París. No quiso ir en tren, conducir lo mantenía alerta. Durante su viaje al norte, cruzó por campos de viñedos, hileras de sarmientos pelados y leñosos. El invierno dejaba el campo desnudo hasta que, por marzo, despertaba del letargo con su vibrante reverdecer. Un ciclo eterno, una sucesión de paisajes que a Paul no dejaban de emocionarle porque era la plenitud, el ocaso, la muerte y otra vez la vuelta a la vida.

Se equivocó de salida y tardó más de lo previsto, dando vueltas y vueltas por la circunvalación de la capital hasta que el navegador lo llevó a rue de la Paix. Conocía la dirección de Monique gracias al alcalde. La relación entre ellos no pasaba por su mejor momento pero Allamand era un hombre de bien. Pidió que buscaran en los archivos del ayuntamiento y, tal como suponía, en el documento remitido por una notaría marsellesa a mediados de verano, figuraban los datos de ella.

Las calles ya lucían con las luces navideñas, en los escaparates se notaba la cercanía de las fiestas. Había árboles decorados por todas partes y se notaba el bullicio que precede a la llegada de Papá Noel.

Tuvo que pelearse con la portera para que le permitiera subir. Una vez estuvo ante la puerta del apartamento, se secó las manos en la pernera del pantalón. Qué estúpido se sentía, pero no podía negar que estaba nervioso. No fue Monique quien le abrió la puerta sino una morenita de pelo rizado. Paul había oído hablar de ella, era Patricia. Reconoció que Monique era buena con las descripciones, porque Paul nunca la había visto hasta ese momento y siempre la imaginó así.

El nerviosismo dio paso a la decepción cuando le dijo con tono de sargento que había hecho el viaje en balde.

—Monique ya no vive aquí.

—¿Sabes dónde puedo encontrarla?

—Lo sé, pero no te lo voy a decir. Llámala y que te lo diga ella.

—Te lo pido por favor.

—Se marchó a casa de su padre.

—¿Sabes dónde vive?

—Pregúntaselo a él.

Paul bajó las escaleras sin saber adónde ir. Barajó la idea de acercarse a las oficinas del Grupo Briand, no tenía idea de dónde estaban pero eso lo solucionaba comprando el periódico o buscando en Google Maps. Pero descartó hacerlo, tuvo mucha paciencia aguantando un desplante telefónico detrás de otro, meses atrás. Pero no iba a mantener el temple si los guardianes de la influyente familia Briand se atrevían a echarlo como a un pedigüeño. Estaba cansado de que lo ningunearan y no era un paria.

Tenía el coche bien estacionado. Un poco más adelante, en la misma acera, vio el toldo de un café y, al lado, una papelería. Fue hasta allí. Compró un sobre, un bolígrafo, por no bajar al aparcamiento y rebuscar en la guantera del coche, y un paquete de folios, porque no vendían hojas sueltas como en la pequeña librería de Beauville. Entró en el café y buscó una mesa discreta. Pidió un chocolate caliente y plasmó en una hoja todas las cosas que habría querido decirle a Monique, cogiéndole las manos y mirándola a los ojos. Sin acordarse del cacao, que se enfrió antes de probarlo, dejó que sus sentimientos fluyeran con las mejores palabras que supo encontrar.

—¿Se la darás, por favor?

—Se la daré —respondió Patricia muy seria.

Paul había vuelto al apartamento para entregársela a cualquiera de sus compañeras de piso y suplicarles que se la hicieran llegar a Monique. Fue Patricia de nuevo quien le abrió la puerta. No le sentó bien volverlo a ver, porque en ese momento, con la carta en la mano, lo miraba con una antipatía difícil de soportar. Por suerte para él, sonó el teléfono.

—Si me disculpas.

Paul dio gracias. La chica era demasiado educada como para obligarlo a salir y cerrar la puerta. La vio ir a la sala y desde el recibidor la escuchó responder a la llamada. Ojeó a su alrededor, decorado con un buen gusto acogedor. Se notaba la mano femenina en los detalles. A pesar de que Patricia seguía hablando, no quería marcharse sin despedirse dándole las gracias por aceptar el encargo de entregar la carta a Monique. Observó la puerta abierta de la habitación que había a su derecha y se acercó.

Una extraña sensación le encogió el estómago al ver que se trataba del dormitorio de Monique y se preguntó por qué se había marchado a casa de su padre. No tenía ni idea de si era una decisión definitiva o regresaría a aquel apartamento algún día. Descartó la idea de preguntarle a Patricia, puesto que no iba a decírselo.

Curioseó el tablón de corcho donde había clavados un montón de recortes de prensa, sobre el escritorio. Pero un detalle en la esquina derecha le dejó la boca seca, porque se vio a sí mismo con muchos años menos. Era una foto que se hicieron en la fiesta de la lavanda, se acordó entonces de aquella noche. Se la había hecho un amigo, con la cámara de Giselle. Él en medio de ellas. Pero en la imagen que tenía delante y que Monique conservaba desde su juventud, Giselle no aparecía. La había recortado. Solo estaban ellos dos. Y junto a la foto, colgaba un llavero, él los ganó esa noche gracias a lo acostumbrado que estaba a disparar con aquellas carabinas con la mirilla torcida por el dueño del puesto para escaquearles premios a los clientes con puntería. A las chicas les gustaron los pompones de colores y él consiguió un llavero para Giselle y otro para Monique. Ella lo había conservado intacto, sin usar, como un pequeño tesoro junto a la fotografía en la que parecían una pareja, él agarrándola por la cintura, después de eliminar a Giselle.

Oyó que Patricia se despedía, cogió el llavero, se lo guardó en el bolsillo y se apresuró a salir, consciente de que no tenía derecho a fisgonear sin permiso en la intimidad de Monique.

Patricia lo despidió incómoda. Él, en cambio, lo hizo agradecido. Mientras esperaba el ascensor, palpó el llavero en su bolsillo. Lo que acababa de descubrir confirmaba la razón de aquellos *e-mails* cargados de sentimiento. Aquello le rompía por completo los esquemas. Se equivocó al juzgarla. Para Giselle pudo ser un juego divertido, para Monique, no. Sus palabras eran sinceras porque las escribió con el corazón, el de una chiquilla medio mujer absolutamente enamorada de él.

Esa misma tarde, fue Richard quien llamó a la puerta del apartamento de las chicas. Patricia, por segunda vez en pocas horas, tampoco recibió su visita con alegría.

—Vengo a por algunas cosas que necesita mi hermana. Ella me ha pedido que viniera —aclaró ante aquella mirada hostil.

—Podía habérselas llevado yo.

—¿Puedo pasar o no? —preguntó, perdiendo la paciencia, en vista de que no le franqueaba el paso—. No he visto tu escoba aparcada abajo, de lo contrario no habría subido.

—Qué gracioso. Si sigues por ese camino igual te la rompo en la cabeza.

—Entonces tendrás que llevarla al taller —agregó con una sonrisa desesperante.

Patricia lo fulminó con una mirada y le señaló la puerta del dormitorio de Monique.

—Tú mismo, estoy ocupada y no puedo seguir charlando con alguien tan agradable como tú.

Tal como lo dijo, se marchó pasillo adelante y desapareció por la puerta de la cocina. Richard sacó del bolsillo de la chaqueta la lista que le había dado su hermana. Abrió el armario, sacó una bolsa de deporte y, a fuerza de rebuscar en cajones y perchas, fue llenándola con todo lo que Monique le había anotado. Cuando hubo acabado, salió con la bolsa al hombro.

Casi se tropieza con Patricia, que salía de la sala.

—¿Me dejas la llave del buzón?

—¿Para qué?

—Pues yo creo que es obvio —replicó con acidez—. Para recoger el correo de mi hermana y llevárselo.

—No es preciso, yo misma lo he recogido esta mañana —explicó con idéntica frialdad.

Le dio la espalda y fue hacia la sala. Tomó los sobres que esa mañana había dejado sobre la mesa y miró a ver si había alguno destinado a Monique. Ese día no había llegado nada. Vacío el cestillo de mimbre donde ella y Sandra habían ido almacenando la correspondencia de su amiga desde que no vivía con ellas. El sobre de encima de la media docena que había en el montón lo había depositado hacía unas horas. Se trataba de la carta que el culpable de las desdichas de Monique le había entregado en mano. Recordó las indicaciones de los médicos acerca del reposo absoluto, lo último que necesitaba Monique era sufrir disgustos. Y, pensando en el hombre que aguardaba en su recibidor, recordó que todos son una fuente de problemas, de mal humor y de enfados innecesarios. Si el guaperas del sur quería decirle algo a Monique, que insistiera con el teléfono, pero ella no iba a ser cómplice de un mal trago por culpa de aquella carta. Sin pensárselo dos veces, guardó el sobre aquel en un cajón y salió de la sala de estar con el resto en la mano. De momento, tranquilidad y nada de sobresaltos, que el embarazo era complicado. Monique ya tendría tiempo de leerla más adelante.

9. Sin noticias de Monique

A mediados de marzo, el lavandín crecía con el ritmo vigoroso propio de la primavera. Paul contemplaba los surcos donde se erguían las matas todavía verdes. Le habría gustado que Monique contemplara a su lado las labores de la siembra. Al tratarse de una variedad de lavanda híbrida, se plantaba mediante esquejes. Una labor manual para la que hubo de contratar peones. Cuánto habría disfrutado explicándole cada detalle de una labor agrícola que llevaba dos milenios realizándose de la misma manera. Hombres y mujeres, con la espalda doblada y la cabeza cubierta con gorros de paja se afanaban para sembrar todas las hectáreas de los Lachance. Una imagen del campo en plena vida que no pudo compartir con Monique porque, desde que se marchó, no había vuelto a tener noticias suyas. Nada sabía de ella.

En París, Monique también le había perdido la pista. Imaginaba a Paul en Beauville y, aunque se empeñaba en olvidarlo y pasar página, cada vez que sentía una patada del hijo que llevaba en su enorme barriga, era imposible no acordarse de él.

La espera no tenía nada de dulce. El embarazo la estaba matando anímicamente. Hubo complicaciones con la posición de la placenta y, por ello, llevaba tumbada en aquella cama desde el principio del segundo trimestre. La situación la superaba, el miedo a perder al bebé, la inactividad, el aburrimiento, los cambios físicos, el ardor de estómago y las piernas hinchadas, estaban convirtiendo aquellos meses en una de las etapas más difíciles de su vida.

Lo peor era la obligación de permanecer acostada. No estaba acostumbrada a ponerse enferma. Y el embarazo no lo era, pero el reposo prescrito por los médicos la convertía en una inútil. Ese fue el motivo por el que se trasladó al ático de su padre. Patricia y Sandra trabajaban y no podían hacerse cargo de cuidarla; allí contaba con una asistenta que, desde el embarazo, residía como interna, además de una señora de la limpieza. Siempre se encontraba acompañada durante su forzada inmovilidad. Richard acudía frecuentemente y su padre estaba más tranquilo teniéndola en casa, siendo su embarazo de riesgo. Monique contaba los días, ya estaba de ocho meses, pronto vería la carita del bebé y su cuerpo regresaría a la normalidad.

Sus amigas acudían de continuo para entretenerla. Gracias a ellas, que la distraían de su aburrimiento, sobrellevaba mejor aquellas interminables semanas. Patricia había llegado hacía un rato. La morena la ponía al día, furiosa con sus alumnos de aquella escuela de cursos de cocina que más parecía una tapadera de club de citas. Y Monique se reía con cada anécdota que le contaba, de las acontecidas durante los últimos siete días. Cuando la asistenta acudió a abrir, ambas sabían que llegaba Sandra, porque la estaban esperando.

Acababan de encargarle uno de sus trabajos chollo. Esta vez tenía que coordinar

la confección de una colección de modelos para un desfile benéfico. Y a Samoa que se iba, con gastos pagados por la revista, para dirigir a las costureras de la organización benéfica a la que iba destinada la recaudación del desfile.

Sandra desembarcó en la habitación de Monique con una carpeta bajo el brazo llena de diseños.

—¿A que no sabéis con quién me acabo de cruzar en la calle? —exclamó tan entusiasmada que no dijo ni «hola»—. ¡Con uno de los principitos de Mónaco!

—¡Qué me dices!

—Con la novia, como lo oyes.

—Y yo me lo he perdido —lamentó—. Con lo monos que son.

Monique chasqueó la lengua, mirándolas a las dos. Ella había vivido allí la mayor parte de su vida, pero sus amigas no estaban acostumbradas a sus vecinos. Y el que acababa de ver Patricia, pasaba temporadas en el piso que su mamá la princesa tenía en la calle de al lado.

Sandra ya había abierto la carpeta y se sentó en la cama. Patricia arrimó la silla para ver los diseños entre las tres. Los habían mandado las costureras desde Samoa, vía internet. A Sandra le habían encargado, además de coordinar las labores de costura, llevar allí las medidas de las modelos que los vestirían en el desfile, que no eran otras que varias artistas famosas que en su vida se habían visto en una pasarela. La intención era lo que contaba y además muy de agradecer, porque cualquier ayuda era inestimable. Además, su fama atraería público que llenaría la sala. De eso se trataba, de recaudar muchos fondos para aquella organización que mantenía varios talleres donde empleaban a mujeres sin recursos.

—Qué suerte, amiga, que tu madre te enseñara a coser —dijo Patricia.

—Pues sí. Como ella dice, el saber no ocupa lugar.

La madre de Sandra, acostumbrada a coser la ropa de cinco hijos, la aficionó a la costura desde pequeña. Y ese fue el germen de su inclinación hacia el periodismo de moda. Esa habilidad era el motivo por el que ella había sido la escogida para viajar hasta el Pacífico Sur y no otra compañera de la revista para la que Sandra trabajaba y que patrocinaba el desfile.

—A ver, Patricia, vete apuntando. Porque aquí es donde viene el problema y es de los gordos. Resulta que la agencia de las actrices nos ha pasado sus medidas, junto a las tallas de cada una para que las chicas cosan los vestidos a la medida.

—¿Y dónde está el problema? —preguntó Monique.

—Pues en que no encajan. No se puede gastar una treinta y ocho con un contorno de cintura de ciento veinte.

—¿Tú estás segura de que te las han pasado bien?

—Pues ya no sé qué pensar.

—¿Dónde tengo que apuntar? —preguntó Patricia, tomando el lápiz que le tendía.

—En la parte de detrás, que no se estropee el figurín.

—A ver, este.

Patricia se lo enseñó a Monique, un diseño de un pareo precioso color fucsia. Cuando le dijo el nombre de la actriz que lo iba a lucir, lo apuntó en la parte trasera del dibujo. Pero cuando apuntó la talla, tuvo que leerla dos veces.

—¡Qué dices! Es imposible. ¿Una treinta y seis?

—¿Verdad que no?

—Pero si tiene unas caderas así —señaló con las manos paralelas tan abiertas que cabían ellas tres.

—Y jura que tiene veinticinco años —agregó Sandra con maldad.

—Veinticinco en cada teta —afirmó Patricia.

Monique no podía parar de reír, oyéndolas a las dos.

—Pues ahora que lo dices, apunta una talla cincuenta y si le queda grande ya se lo ajustarán antes del desfile aunque sea con alfileres.

—Los pareos son amplios, dan mucho de sí —opinó Monique, sin dejar de reír.

—Esa suerte tengo, imagínate que el desfile fuera de monos de cuero. Seguimos, toma —indicó, tendiéndole otro dibujo a Patricia.

—Ese es divino —dijo Monique, admirando una túnica azul turquesa.

—¿Tú quieres que te hagan una? Te la traigo, en serio. Donde se cosen diez se cosen once.

—¿Y yo qué? —protestó Patricia.

—Para ti y para mí un sostén de cáscaras de coco. Ya verás lo potentes que vamos a estar. Nos lo pondremos una noche de copas y se nos comerán vivas.

—Calla, loba.

Sandra dijo el nombre de la afortunada que iba a desfilar con la túnica azul. Cuando dijo la talla, las tres abrieron los ojos como buhos.

—¿Cómo se atreve a decir que usa una treinta y ocho?

—¿Qué ponemos?

—Cuarenta y ocho. Si protesta, le digo que me equivoqué al tomar nota y arreglado.

Así continuaron como tres cotorras criticonas, hasta que Patricia terminó de asignar el último diseño. Tan a gusto lo pasaba con Sandra y Patricia que, cuando tenía que decirles adiós, le entraba una melancolía que podía con ella. La revolución hormonal también tenía mucha culpa de sus cambios de ánimo. Pero no pudo evitarlo, las lágrimas de risa se convirtieron de repente en un coro de pucheros.

—Pero no llores, tontorrón. Con lo bien que lo estamos pasando.

—Es que os quiero un montón.

—Y nosotras a ti.

—Es difícil de explicar —insistió Monique, secándose la mejilla—. De pequeña era introvertida, no tuve hermanas y mi madre se marchó. Apenas la veía. Estaba mi abuela, pero no nos llevábamos bien, siempre me estaba regañando por cualquier tontería. Me sentía sola muchas veces, como si no encajara en ningún sitio.

—Oh...

—Crecí sin mujeres cerca en las que confiar. Por eso nunca he tenido amigas, solo conocidas. Nunca llegué a crear ese vínculo especial. Tuvisteis que llegar vosotras para que eso ocurriera y, ahora mismo, no sé que haría si no os tuviera.

Sandra tuvo que secarse las lágrimas, porque se contagió enseguida. Patricia empezó a notar que la emoción se le subía a la garganta.

—Sandra, ven conmigo. Busca en la nevera tónica, hielo y limón.

—Para mí una botellita de Perrier —pidió Monique, imaginando que la fiesta de sonrisas y lágrimas iba a aderezarse con alcohol y ella no podía beber en su estado.

—Sandra, agua con gas para Monique —repitió—. Yo voy al mueble-bar a ver si encuentro una botella de ginebra, digo yo que alguna habrá en esta casa.

—Sois las mejores —musitó Monique, sorbiendo por la nariz, presa de un nuevo ataque de llanto.

Patricia ya rebuscaba el paquete de pañuelos a dos manos en el caos de su bolso.

—Esperad a que prepare los *gin-tonics* —pidió Sandra con las lágrimas a punto de rebasar el dique—. Si tenemos que llorar, lo haremos con *glamour*.

Fue a mediados de abril. André Briand nunca olvidaría aquella madrugada en la que conoció el significado auténtico de la palabra pánico. El parto, dado el riesgo que corrían tanto la madre como el bebé, había sido planificado por el tocólogo mediante una cesárea programada. Pero aún faltaban cinco días para el ingreso de Monique, cuando se presentó en su dormitorio en plena noche y lo sacó del aturdimiento entre quejidos porque tenía contracciones. Cuando se agarró la barriga con las dos manos, presa de un nuevo dolor, consiguió que brincara de la cama de un salto. En ese momento, recordaba el nacimiento de sus dos hijos como una nebulosa de nervios y alegría. Cuando nació Richard, recordaba la inquietud y espera del invitado sorpresa a una fiesta con regalo final. Tres años después vino Monique y todo transcurrió como estaba previsto, antes de darse cuenta tenía a su nueva niña en brazos envuelta en una mantita de franela. Pero esa vez era distinto, la que se doblaba de dolor, descalza sobre la moqueta y en camisón era su hija. Verla sufrir era un mal trago, saber que el parto estaba adelantándose a las previsiones lo tenía en un sinvivir, puesto que conocía las complicaciones a las que podían enfrentarse en las horas siguientes.

No estuvo tranquilo hasta que la vio tumbada en la sala de monitorización del hospital. Le impresionó verla rodeada de correas y cables conectados a una pantalla, pero estaba más relajada y eso era un alivio. Una enfermera le informó que aún tardarían veinte minutos como mínimo en subirla al quirófano, lo que tardara en llegar su tocólogo, que ya había sido avisado. El cirujano y el equipo que iba a

realizarle la cesárea se estaban preparando.

André observó el gotero sin molestarse en leer la etiqueta porque no la iba a entender. Lo importante es que fuera lo que fuese el medicamento que le estaban suministrando, había acabado con los dolores y Monique ya no estaba tan asustada como al llegar. Aprovechó esa tregua para avisar a su hijo Richard.

—Dile que no hace falta que venga —pidió Monique, cuando le dijo que salía un momento al pasillo para llamarlo.

—Da igual lo que le diga. En cinco minutos lo tendremos aquí.

—La verdad es que yo haría lo mismo —aceptó girando el rostro hacia el monitor.

Aquella máquina emitía un sonido, mezcla de zumbido y ruido de timbal, que era el corazoncito del bebé que latía vigoroso. Qué ganas tenía de nacer. De escucharlo se le humedecieron los ojos.

—Papá, tengo miedo —dijo tendiéndole la mano, antes de que saliera al pasillo.

Su padre se la apretó.

—Todo va a ir bien.

Miró de reojo la bolsa de plástico, junto a la silla donde había estado sentado, que contenía la ropa y efectos personales que Monique trajo al llegar. Le habían dado la llave de una taquilla para que lo guardara para mayor comodidad, pero tan nervioso estaba que se olvidó de hacerlo.

—Ahí está tu bolso. ¿Llevas el teléfono?

—Sí, lo metí antes de salir.

—¿Tienes ahí el número del responsable de esa barriga?

—Se llama Paul, papá —lo regañó.

Su nula relación con él no daba carta blanca a nadie para achacarle una culpabilidad añadida, puesto que eran responsables a medias.

—Ya lo sé —replicó su padre—. ¿Tienes su número o no?

—No lo llames —exigió, viéndolo venir.

—Sí, voy a hacerlo —sentenció con un tono que no admitía discusión—. Es el padre de ese niño. Los dos días más importantes de mi vida fueron los que nacisteis vosotros.

—No sabe nada del bebé.

—Eso ya no tiene remedio. Pero no le niegues la oportunidad de disfrutar del momento más importante de su vida, porque nunca te lo perdonará. Y me temo que, cuando pase el tiempo y mires a tu hijo, tú tampoco te lo perdonarías.

Monique cerró los ojos, escuchando el latido en el monitor. Y no tuvo corazón para negarse. No le apetecía su compañía en ese momento, pero su padre llevaba razón. Paul tenía derecho a estar allí.

—Está grabado en la agenda de los contactos —informó, claudicando ante la mirada expeditiva de su padre.

Todavía no había despuntado el sol, cuando Jérôme se despertó por culpa de un vocerío. Encendió la luz y escuchó que era su hijo discutiendo, obviamente por teléfono puesto que en la casa no había nadie más. Le extrañó que la voz no fuera de alarma, eso sí lo habría asustado porque las llamadas intempestivas suelen ser mensajeras de malas noticias. El tono de Paul era de indignación, así que salió al pasillo para enterarse de quién llamaba con ganas de bronca a una hora en que hasta los gallos del pueblo debían estar acurrucados disfrutando del penúltimo sueño.

Paul había encendido las luces, la puerta de su dormitorio estaba abierta y se le oía trajinar abriendo y cerrando cajones. Cuando entró, ya estaba vestido y calándose unos calcetines. Jérôme lo observó mientras se ponía de pie, abría el petate que usaba para ir a la piscina y metía a toda prisa una muda de ropa interior y una camiseta.

—¿Qué es lo que ocurre?

—Me marcho. Tengo que volar a París cuanto antes. Dejaré el coche en el aeropuerto de Marsella. Tengo que coger el primer avión que despegue.

—¿A estas horas y sin billete?

—Ya veré que hago. Si voy en tren no llegaré a tiempo.

—¿Con quién discutías y a santo de qué?

—Ahora no tengo tiempo de explicártelo, papá. Ya te llamaré y te lo contaré todo con calma. Cuando logre digerirlo.

Se puso los zapatos con tanto nerviosismo que su padre prefirió no alterarlo más. Sin abrir la boca, lo observó revisarse los bolsillos comprobando que llevaba el móvil, la documentación y las tarjetas de crédito.

—Dime al menos qué pasa.

Paul exhaló aire, se cargó el petate al hombro y lo miró con una expresión en la que se mezclaban la impotencia y la indignación.

—Lo que pasa es que estás a punto de ser abuelo.

Jérôme se dio una palmada en la frente y soltó un exabrupto. Paul pasó por su lado para salir cuanto antes y miró el reloj con cara de circunstancias.

—Y yo acabo de enterarme hace cinco minutos.

No fue fácil conseguir un billete. Tuvo que recorrer varias ventanillas de distintas líneas aéreas. Por fin consiguió asiento en un avión que despegaba a primera hora de la tarde. Paul tuvo mala suerte porque el vuelo fue cancelado. Después de mucho pelear, consiguió plaza en el primero del día siguiente. Tiempo sobrado tuvo para

pensar en su nueva situación, la de ambos. No era tan tonto como para hacerse el sorprendido; cuando Monique le comentó que había empezado a tomar anovulatorios, ya se habían dejado llevar por la euforia al menos una vez. Cerró los ojos y sacudió la cabeza, ante su propia inconsciencia. No fue una, fueron varias veces.

Estaba mordisqueando un bocadillo cuando recibió la noticia de que acababa de ser padre de un niño.

La voz del padre de Monique no transmitía la alegría propia del momento. Pronto descubrió que la parquedad de palabras se debía a la hostilidad que aquel hombre sentía hacia él, a pesar de que eran, prácticamente unos desconocidos que se habían visto de lejos dos o tres veces en su vida. Sintió un enorme alivio cuando respondió a las dos únicas preguntas que le interesaban. Sabiendo que el bebé había nacido sano y que Monique estaba bien, lo demás le traía sin cuidado. Tiempo habría de limar asperezas.

Hizo noche en la terminal, dormitó como pudo apoyando la cabeza en el petate. Lo mismo hizo durante el vuelo hasta que aterrizaron en el aeropuerto de Orly. Hizo una pausa brevísima para engullir de dos tragos un café en el mostrador de la cafetería, y fue directo a la parada de taxis.

Una vez llegó a la puerta del hospital, miró al cielo tomando aire. No era momento de reproches, ni de pedir explicaciones, por mucho que le doliera que Monique le hubiera ocultado un hecho tan crucial en sus vidas. Pudo haber optado por el aborto y no lo hizo, y por esa decisión iba a estarle eternamente agradecido. Nada de rencores ni caras largas en un día tan feliz. Era hora de felicitarle, los dos estaban bien y él era padre. Una maravillosa sorpresa que acababa de regalarle la vida. Aún no se lo creía, era el flamante papá de un niño al que estaba a punto de conocer.

En la puerta de la habitación aguardaba el padre de Monique. No hubo necesidad de presentaciones. Ambos sabían de sobra quién era el otro.

—Enhorabuena —se limitó a decirle André Briand cuando se estrecharon la mano.

—¿No puedo pasar? —preguntó al ver la puerta cerrada.

—Están curándole la herida en este momento. Por eso me han hecho salir.

—¿Herida?

—Fue un parto por cesárea. El embarazo no fue un camino de rosas y el médico prefirió no correr más riesgos.

Paul sintió un frío repentino que le recorría la espalda.

—¡Joder! ¿Por qué nadie me dijo nada?

—No me correspondía a mí informarte de todo esto, como comprenderás.

Dos enfermeras salieron, empujando un carrito de curas. Paul hizo amago de entrar a la habitación pero el padre de Monique lo retuvo por el brazo.

—Nada de reproches, ¿entendido? Mi hija y tú tenéis todo el tiempo del mundo para aclarar las cosas.

—Esa advertencia sobraba —advirtió, zafándose de su agarre con idéntica hostilidad.

André se interpuso en su camino, plantándole cara. Y habló en voz baja, puesto que la puerta estaba entreabierta, para evitar que Monique pudiera oírlos.

—Monique me pidió que inscribiera al niño en el registro con tu apellido. Decisión que aplaudo. Pero ten mucho cuidado, no utilices esa ventaja contra ella. Un movimiento, una mínima sugerencia al respecto y eres hombre muerto. Como intentes algo para separarla de mi nieto te mataré.

Paul se enfrentó a él, aproximándose un paso. Era cuatro dedos más alto, aunque eso carecía de importancia; de cualquier modo habría desafiado su mirada amenazadora. Se acordó de su propia madre, de su afecto. Le consagró su existencia y el destino la privó de la alegría de conocer a su nieto. Mentalmente, envió un beso hacia el cielo.

—Jamás apartaría a mi hijo de su madre. Solo un indeseable haría algo así. ¿Pero qué clase de hombre cree que soy?

La tensión quedó en el olvido en cuanto franqueó la puerta y vio a Monique con el niño en los brazos. Las piernas no le obedecían y, sintiéndose un idiota, permaneció como un muñeco contemplando la escena más hermosa que habían visto sus ojos, sintiéndose parte de ella también. Monique estaba desmejorada, se le notaba el cansancio en la cara y tenía los labios y párpados un poco hinchados. No le veía la carita a su hijo, le pareció diminuto y le habían cubierto la cabeza con un gorro.

—Ha pesado tres kilos y cien gramos —dijo Monique, por todo saludo.

Paul se acercó a la cama, se sentó cara a ella y acarició por primera vez aquella carita arrugada. Monique se lo tendió para que lo sostuviera en brazos, indicándole que le sujetara la cabeza. Lo sostuvo como algo muy delicado, le quitó el gorro y le dio un suave beso en la cabeza; al tacto de sus labios le pareció algo increíblemente caliente. Tenía el pelo castaño del mismo tono que el suyo, no tirando a rojizo como Monique. Hacía ruidos como un gatito. Paul notó que un par de lágrimas le resbalaban por las mejillas. Se las secó con la manga de la chaqueta deportiva que aún no se había quitado. Cogió la mano de Monique y se la besó mirándola a los ojos.

—Gracias —musitó—. Por ser tan valiente, por hacer tú sola todo el trabajo para que yo pueda ser tan feliz como lo soy ahora.

A Monique se le rompieron los esquemas de futuro emponzoñados durante los meses de embarazo. Estaba confusa. Aquello no se parecía nada a lo que había

imaginado. Viendo sus lágrimas de felicidad, supo que no podía negarle a su hijo la posibilidad de disfrutar de ese cariño.

Paul sintió un repentino pudor al ver que no dejaba de mirarlo y sonrió pasándose el dorso de la mano por los ojos.

—No sabía que se podía querer tanto a un ser tan pequeño —murmuró.

—Le he puesto Gabriel. ¿Te gusta?

—Sí.

—En cuanto le vi la carita, me dije que tenía que tener nombre de ángel —confesó sonriendo.

Paul le dibujó las cejas, casi invisibles, con la yema del dedo.

—Hola, Gabriel. ¿Sabes quién soy? —musitó emocionado—. Yo soy tu papá.

Monique le pidió con un gesto que le entregara al niño, porque volvió a protestar con leves gemidos.

—Tenemos que hablar —dijo Paul.

No era una exigencia, sino un ruego y Monique así lo entendió.

—Ahora no. Estoy dolorida, hecha un lío y agotada.

—Como quieras —aceptó—. ¿Me dejas que me quede un rato con vosotros?

Monique tuvo que cerrar los ojos porque le dolía más de lo que podía Paul podía sospechar. Durante meses imaginó cómo sería tenerlo a sus pies, pero le partía el corazón oírlo suplicándole.

Paul desconocía la montaña rusa emocional que sufría una mujer después del alumbramiento. Monique tenía los nervios a flor de piel, tan pronto reía como le entraban ganas de llorar. A la fatiga de no dormir se añadía la inquietud que la sobresaltaba durante los pocos ratos que conciliaba el sueño y que la obligaban a mirar corriendo la cunita por si el bebé no respiraba. Otras veces lloraba, se lo acercaba al pecho pero no tenía hambre. Se sentía impotente al no adivinar si tenía frío, calor, hambre, sed, un dolor de tripita o simple aburrimiento.

Esa mañana, después del baño diario, le habían puesto un termómetro y, como la matrona lo notó un poco bajo de temperatura, la hizo abrirse el camisón y colocárselo desnudo sobre el pecho, piel contra piel. La mujer no era partidaria de los métodos artificiales. Monique aceptó con agrado el método tradicional; como cualquier mamífero, no existía mejor calor para el recién nacido que el de la madre. Pero mientras Gabriel descansaba como un cachorrito feliz ella estaba tan agobiada de calor, con la calefacción puesta y el sol dando fuerte en la fachada, que temía que le saliera un sarpullido.

Paul desconocía ese tipo de incomodidades, y aunque intuía el frágil estado

anímico de Monique, no acabó de entender por qué se mostraba tan arisca cuando lo dejaron entrar por fin en la habitación. Con una mirada resignada y triste le explicó la situación y por qué no podía incorporarse ni siquiera destapar la sábana y la manta de algodón que los cubría y solo dejaba fuera la cabeza de Gabriel y los hombros de ella.

Sentado a su lado, se quedó observándola antes de empezar a hablar de ellos y no del bebé.

—¿Por qué no me llamaste? Esperaba al menos una respuesta después de leer aquello que te escribí.

—Perdona, pero algo me he perdido porque no sé de qué estás hablando. ¿Cuándo me escribiste?

Paul maldijo a la morena de la melena rizada.

—Poco antes de Navidad, vine a París para hablar contigo. No hubo manera de encontrarte —explicó; por su mirada de asombro supo que ni lo sospechaba—. Prefiero olvidarme de aquello. Al no encontrarte por ningún sitio y como tu compañera de piso se negó a decirme dónde vive tu padre, y llamar a su empresa era inútil, te escribí una carta en la que te pedía disculpas y una nueva oportunidad. Asumo que no llegó a tus manos, así que además del viaje más frustrante que he hecho en mi vida veo también que fue una absoluta pérdida de tiempo.

—No lo sabía.

—Ya lo veo —aceptó decepcionado—. Da lo mismo porque voy a repetírtelo ahora. Sigo pensando igual que entonces. Sé que te hice daño y no me siento orgulloso, porque sabía lo que hacía cuando te dije aquello. Pero he tenido meses para pensar. Giselle y yo vendimos la casa, entonces comprendí que el pago de la maldita hipoteca era el motivo por el que la tenía siempre en la cabeza. Desde que me quité esa carga de encima, sentí una liberación, económica y mental.

—Felicidades —dijo sin entusiasmo.

Paul metió la mano bajo las sábanas y buscó la suya hasta que la encontró.

—Giselle vino desde Bélgica para formalizar la venta, ya sabes que estaba a nombre de los dos —indicó, vacilando antes de seguir—. Me confesó que fuiste tú la mano que escribía aquellos correos. Y me gustaría que entendieras lo confundido que me sentí. Yo creía que me iba enamorando poco a poco de ella, cuando en realidad me estaba enamorando de ti. Nada cambia las cosas y el pasado es eso, algo que pasó y punto. Y no voy a flagelarme por algo que sentía hace más de diez años. Yo era más ingenuo que vosotras porque desde pequeño me inculcaron las reglas del deporte, la honestidad y el juego limpio —relató sin un ápice de reproche—. No era capaz de sospechar que las palabras que leía las escribía alguien distinto. Acabo ya —decidió, notándola incómoda—. Solo quería que lo supieras, ya que la carta nunca llegó a tus manos.

Monique lo miró con escepticismo durante cinco eternos segundos. Apartó la vista y volcó su atención en el bebé, acariciándole la mejilla con el dedo.

—Qué curioso que esa misteriosa carta haya desaparecido y que tú vengas a

decirme todas estas cosas ahora que tenemos un hijo.

—Monique...

—Un hijo con tu mismo pelo, tu misma nariz, la misma barbilla, los mismos dedos y los mismos pies largos y estrechos. Cómo para dudar de su paternidad — concluyó sonriendo sin ganas.

—No bromees sobre eso.

Monique lo miró con dureza.

—Si me lo tomara a broma nuestro hijo no se llamaría Gabriel Lachance — recalcó.

—Acabas de hacerlo.

—Y tú acabas de provocarme un terrible dolor de cabeza hablándome sin parar de Giselle, como siempre.

La puerta se abrió y Monique se alegró de ver a una enfermera con el termómetro neonatal en la mano.

Paul había pasado la noche con Monique y el bebé, prácticamente en vela en el sofá, porque cuando el niño no se cogía al pecho, lloriqueaba o había que comprobar el pañal por si expulsaba el meconio. Y cuando callaba en la cunita, entonces era ella la que quería ir al baño y se levantaba para ayudarla porque le tiraban los puntos. A Monique aún no le habían subido alimentos sólidos y eso aumentaba su mal talante. Aprovechando el rato en que se llevaron a Gabriel para bañarlo, se lavó la cara y bajó a la cafetería. Mientras desayunaba, meditó el panorama de los siguientes días y decidió quedarse en París hasta que le dieran el alta a Monique. Tampoco podía permanecer allí indefinidamente y, dado que la casa de ella era un piso compartido con otras dos chicas, no era buena idea imponerles su presencia además de la incomodidad que iba a suponerles a las tres convivir con un bebé.

Tampoco le había preguntado qué intenciones tenía. En el caso de que decidiera regresar a la casa de su padre hasta encontrarse plenamente recuperada, allí definitivamente él no tenía cabida. Eso le quedó claro después de la breve y desagradable conversación mantenida con André Briand.

Cuando subió de nuevo a la habitación, estaba decidido a proponerle la idea que llevaba madurando desde el momento en que anularon su primer vuelo en Marsella. Lo que no esperaba es que Monique lo recibiera con el ruego de que se sentara para escuchar lo que tenía que decirle.

—No te he preguntado todavía si estás con alguien.

Aunque su duda entraba dentro de la lógica, a Paul en ese momento le sonaba como algo inverosímil.

—¿Yo? No.

Monique parpadeó con una mirada serena.

—Paul, he estado pensándolo. Y créeme que me ha costado tomar esta decisión. Pero cuando te vi con Gabriel, sentí la necesidad de volcarme durante un tiempo en criar a nuestro hijo. Quiero disfrutar de él y verlo crecer, sin perderme ni un minuto. Y quiero que tú vivas esa experiencia también.

—Monique, yo quería pedirte...

—Déjame terminar, te lo ruego. Más que por nosotros, lo hago por él. A mí nunca me faltó de nada, pero cuando quería una caricia era una niñera la que me la daba. Y cada vez una distinta. Mi padre estaba demasiado ocupado o no se percataba de esas cosas y mi madre no estaba porque se marchó a vivir su vida. No quiero eso para mi hijo, ni que tenga que criarse con la maleta a cuestas porque sus padres viven cada uno en un extremo de país. Lo hago por Gabriel, quiero que crezca en un hogar de verdad, con papá y mamá alrededor de la mesa a la hora de cenar.

—Y tú y yo, ¿qué?

—Intentemos llevarnos bien por nuestro hijo.

A Paul le parecía una solución aséptica, no era eso lo que él quería para su hijo porque ese acuerdo de convivencia le era muy familiar. Él fue el nexo de unión entre sus padres, unidos por un matrimonio, si no de conveniencia, sí de mutua compañía. Sus padres compartieron cariño pero no pasión. Más que amantes fueron amigos con uso marital, compartían afecto, derecho a desfogar los instintos más primarios y un hijo al que querer. Eso lo hicieron muy bien, fueron los mejores padres que pudo soñar pero, como pareja, la más insulsa que había conocido. Se querían, pero no con la clase de amor que él deseaba para sí. Monique se conformaba con muy poco. Él no. Pero en ese momento no le quedaba otra salida que evitar discutir y acatar su decisión.

—Ahora mismo estoy en una nube —siguió ella, como si no quisiera ahondar en el tema de ellos dos—. Necesito unas semanas para prepararlo todo, pero quiero pedirte por favor que vivamos los tres juntos en Beauville, en tu casa.

—Es de mi padre. Quiero decir, que él también vive allí —le recordó.

—Es el abuelo de Gabriel, para él será muy bueno y estoy segura de que Jérôme le va a dar una alegría detrás de otra.

Paul extendió el brazo hasta la cuna y posó la mano abierta sobre el cuerpecito de su hijo.

—No tienes que pedirme nada, porque yo venía a proponerte precisamente eso. Quiero que vengáis a Beauville. No hagamos planes, Monique. Dejemos que los días se sucedan —rogó, viendo su cara de resignación; no era eso lo que quería de ella—. Un verano, Monique. Me conformo con eso de momento, solo te pido que disfrutemos de este verano los tres juntos. Si en septiembre no te sientes a gusto allí y tienes ganas de volver, encontraremos la manera de que nuestro hijo nos tenga a los dos. No te preocupes ahora de eso.

—Quiero un hogar para él.

Paul la miró a los ojos, le cogió las manos y se las apretó para infundirle confianza.

—Vuelve conmigo a la Provenza y no te arrepentirás. Te juro que vamos a tener ese hogar. Todo el verano, tú, nuestro hijo y yo. Los tres juntos.

—Monique me ha llamado esta mañana. Me ha dicho que vendrías —le espetó Patricia por todo saludo cuando le abrió la puerta.

Se hizo a un lado para dejarle paso y Richard entró en el apartamento sin molestarse en saludar, mucho menos en responder.

—¿Qué tal están ella y el bebé? —insistió al verlo callado.

—Bien.

Richard notó que a ella le dolía la hosquedad de su tono, pero era lo que merecía por ser tan insoportable. Fue directo al dormitorio de su hermana y, con alivio, oyó los pasos de Patricia que se alejaba por el pasillo. No le apetecía tenerla allí plantada mientras buscaba la ropa interior que su hermana le había pedido que le llevara al hospital. Encontró una bolsa de papel de Max Mara colgada de una percha y pensó que sería suficiente. Cuando la tuvo llena hasta rebosar, salió de la habitación pensando en despedirse a voces desde allí de la morena con la mirada más fría de todo París. Pero desde la cocina llegaba un aroma delicioso. Por su hermana sabía que Patricia era cocinera o algo parecido, pero no tenía ni idea de que se le diera tan bien. Así que fue en su busca.

—Me marchó —anunció plantado en el quicio de la puerta.

—Bien —dijo, con la cabeza prácticamente metida en el horno.

—¿Puedo saber qué estás cocinando?

—No, no puedes saberlo —respondió cerrando el horno—. No vale la pena. Ni sé para qué me esfuerzo —añadió gesticulando con las manos—. No sé de qué sirve afanarme tanto, cuando a nadie le importa si está bueno o es bazofia.

Richard se sorprendió de verla tan enojada.

—A alguien le importará, digo yo.

—¿Eso crees? No tienes ni idea. No sabes lo frustrante que es intentar enseñar a cocinar, día tras día, mes tras mes, a una pandilla de negados que solo van a ver si consiguen ligar. No te imaginas lo que es darlo todo cuando sabes que lo único que les interesa es conseguir llevarme a la cama, a mí o a cualquier alumna que, dicho sea de paso, asisten a las clases con la misma intención.

—Sin ánimo de ofender, intentar entrarle a una tía pelando una cebolla...

La morena le dio la razón con cara de impotencia.

—Desde que los cursos de cocina se han puesto de moda entre los *singles*, tengo la frustrante sensación de que mi trabajo no sirve para nada —prosiguió, la furia se había convertido en desesperación—. Para esto tanto estudiar, tanto empeño en algo que me apasiona, para acabar cocinando en casa sola, comiéndomelo sola y dándome la enhorabuena yo sola. Al menos antes tenía a Monique y a Sandra, pero tu hermana se marchó y Sandra está de viaje. ¿Quién queda? Yo, y solo yo.

Richard dejó la bolsa en el suelo del pasillo. Avanzó hacia ella, sin creerse del todo lo que acababa de intuir. La tomó por los hombros y la miró a los ojos sin decir palabra. Los tenía brillantes, a punto de convertir su frustración en lágrimas. Tragó saliva. La bruja tenía sentimientos y él no soportaba ver llorar a una mujer. La soltó despacio.

—El horno —le recordó.

Patricia dio un respingo y volvió a abrirlo, preocupada por haber olvidado el carré de cordero que estaba cocinando. Richard aprovechó que le daba la espalda y se quitó la chaqueta, se aflojó la corbata y tomó dos servilletas de papel del estante que colocó sobre la mesa de la cocina.

Al escuchar el ruido del cajón de los cubiertos, lo miró confusa.

—¿Qué haces?

—Poner la mesa. —Patricia abrió la boca pero no supo qué decir—. ¿No querías alguien que juzgara tu plato? —explicó al verla fruncir el ceño, a la vez que colocaba los tenedores y cuchillos sobre las servilletas.

—¿Lo dices en serio?

Richard asintió con la cabeza.

—¿A qué viene esa amabilidad repentina? —tanteó ella con una mirada suspicaz—. No me digas que desde hace un minuto te caigo simpática.

—Es tu día de suerte, te estoy dando la oportunidad de envenenarme. Aunque dudo que lo consigas con algo que huele tan bien —agregó, cogiendo dos copas de un estante.

—El vino está en ese armario de abajo —dijo Patricia.

Y por primera vez, Richard constató que la bruja también sabía sonreír.

Llegó mayo cargado de lluvias. El cielo estaba siendo clemente con los agricultores porque, en lugar de tormentas, los bendijo con finas lloviznas, tan beneficiosas. La cosecha se avecinaba magnífica, aunque nunca se sabía. En la Provenza, todos encendían velas y cruzaban los dedos para que ninguna granizada imprevista acabara fastidiando las buenas expectativas.

Paul se afanaba con los preparativos para la llegada de Monique y del bebé con la

ilusión de un padre primerizo; acababa de dar los últimos retoques de brocha a las esquinas del techo del cuarto que había escogido para Gabriel. Ya había encargado los muebles en una tienda de Avignon, confiaba que a Monique le gustaran.

Jérôme subió a ver sus progresos, sorprendiéndolo en plena faena.

—Nadie pinta las paredes cuando llueve —comentó, señalándole la ventana abierta.

—La lluvia es buena.

—Pero tardará más en secarse la pintura.

—No hay prisa.

A Jérôme le sorprendió tal derroche de optimismo, una rareza en él en los últimos tiempos. Era la euforia de la paternidad, no había duda. Dada la tormentosa relación entre su hijo y Monique, él no era tan optimista.

—Esta habitación no se parece en nada a la que era —reconoció, paseando la vista por las paredes de un celeste muy alegre.

Paul miró a su alrededor, en aquel cuarto había dormido él hasta que se casó. También lo había hecho Monique mientras estuvo con ellos. Le pareció una buena idea escogerla para Gabriel. Además, no quedaba lejos del suyo, en el que dormirían ellos dos. Tenerlo cerca sería práctico por si lloraba por las noches.

—Deja eso ya —lo animó su padre—. Vaya manera de celebrar tu cumpleaños.

Paul se encogió de hombros. Jérôme observó preocupado su cara de felicidad y él se dio cuenta.

—Papá, sé que Gabriel no ha venido en el momento ideal, como deben nacer los niños. La situación es extraña, pero estoy tan contento de tenerlo que me da igual.

—Dijiste que Monique y el niño solo vienen a probar cómo os van las cosas durante el verano. No quiero pecar de excéptico, pero será mejor que no te hagas demasiadas ilusiones.

Paul bajó de la escalera, dejó la brocha sobre la sábana vieja con la que había cubierto el suelo y examinó cómo había quedado su obra.

—¿Crees que no sé que Monique es un periodista famosa y yo un don nadie? —cuestionó.

—No te atrevas a decir eso. Sí eres alguien. Cada persona lo es, con medallas o sin ellas.

Paul no replicó. Las medallas olímpicas llevaban años en un cajón y los dos habían entendido qué quería decir.

—Ya he pasado por ello —alegó—. Es difícil que una mujer acostumbrada a una vida tan distinta se resigne a llevar la de unos campesinos.

—Monique no es Giselle. Y un hijo une mucho —agregó su padre, para que evitara pensar en su fracaso anterior.

—Lo sé. Por eso no pierdo la esperanza. Voy a disfrutar del día a día mientras estemos juntos. Septiembre queda muy lejos.

No esperó a la llegada oficial del verano. El uno de junio, al despuntar el sol, Paul puso en marcha el todoterreno y, después de las seis horas que le costó cruzar el país, llegó a París para recoger a Monique y al bebé. Prefirió hacerlo en persona y se negó a aceptar la sugerencia de ella de viajar en avión hasta Marsella. Lo consideraba su obligación, además no le convencía imaginarla ocupándose del embarque, de facturar el equipaje ella sola y cargada con el niño.

Durante el viaje de vuelta, hicieron varias paradas en la autopista. A Paul le pilló por sorpresa ver que ya no le daba el pecho. Monique le explicó los motivos, algo sobre que su leche no valía y por eso Gabriel no ganaba peso. Por eso el pediatra optó por la alimentación artificial.

—No tienes de qué preocuparte —le dijo ella con aspereza—. Millones de niños se alimentan con biberón y crecen sanos y fuertes.

—Ya lo veo —aceptó, acariciando el rollizo moflete de su bebé.

Monique sentía una extraña mezcla de pena y ternura. Veía a Paul encantado con su nueva situación, era el papá perfecto. Estaba muy ilusionado con la llegada del bebé a Beauville y a Monique le habría gustado percibir un poco más de entusiasmo por ella. La alegría de Paul la descomponía precisamente por ese motivo. Se sentía como una comparsa inevitable en aquel viaje.

Cuando dejaron la autopista y se adentraron por las carreteras de la comarca, el mal humor de Monique fue en aumento. Paul era muy popular y no dudaba en parar en cada pueblo por el que pasaban, en cuanto veía a un conocido, para presentarles a su hijo. Sí, a ella también, pero siempre en segundo lugar. Todos los felicitaban, pero el conocido era él; y, en consecuencia, era Paul quien recibía las alabanzas de sus vecinos. Como si el mérito fuera todo suyo. Después de meses de reposo y del sinvivir de aquel complicado embarazo, Monique se sentía ninguneada viéndolo presumir como flamante padre de la criatura.

El último trecho del viaje, Monique se dedicó a escuchar mientras él le contaba los libros de puericultura de los que se había empapado durante las últimas semanas. Se sabía de memoria todos y cada uno de los consejos teóricos sobre la crianza de un bebé.

—Hay que verle el lado positivo. El biberón tiene sus ventajas —opinó Monique, por fin, al hilo de lo que decía en ese momento.

—No es lo que dicen los libros.

Monique se hartó de oír su murga, parecía una primeriza cansina.

—Las tiene —rebatía con fría calma—. La primera de ellas, que me libra de la obligación de darle el pecho a todas horas. Fíjate si es una ventaja: de los biberones de madrugada te encargarás tú.

Paul sospechó que la adaptación no iba a ser fácil si Monique no estaba por la labor de poner de su parte. Pese a que la habitación del bebé la entusiasmó, los muebles, el tono azul que había escogido para las paredes y también la ropita de cama. Le encantó la mecedora antigua que bajó del desván, limpió y barnizó para que estuviera cómoda meciéndolo o dándole de comer. Tan emocionada le dio las gracias que lo conmovió.

—La cuna es el regalo de la gente de la destilería —aclaró Paul.

—Es muy bonita. Dales las gracias por el detalle.

—Ya lo hice. La eligieron las chicas.

Los problemas vinieron después de deshacer el equipaje, bañar, dar el biberón y acostar a Gabriel. Cuando al fin se quedó dormido, Paul la invitó a tomar una ducha para relajarse del cansancio del viaje.

Monique se quedó mirando la cama de matrimonio del que, en teoría, iba a ser su dormitorio compartido, con una cara que auguraba discusión.

—Hay más habitaciones vacías —recordó.

Paul la miró a los ojos, para que cesara aquella actitud hostil.

—Fuiste clara cuando hablamos en el hospital. Deseas que Gabriel se críe en un entorno familiar estable. Y eso, en mi opinión, descarta la idea de papá y mamá en dormitorios separados.

Sin decir palabra, Monique agarró un camisón y se metió en el cuarto de baño. Paul se tumbó en la cama y aguardó a que llegara su turno. Después de una desesperante espera mirando al techo, Monique salió del cuarto de baño y fue él quien sacó unos calzoncillos del cajón y se dio una ducha. Cuando hubo terminado, salió secándose la cabeza con una toalla. Resultaba chocante verla tapada hasta el cuello en pleno junio, como una novicia aterrada en la cama de un donjuán. Después de aguantarla malhumorada durante un día entero, pensó que tenía derecho a una pequeña revancha.

—Han pasado dos meses —comentó—. Supongo que ya puedes tener sexo.

—Que pueda no significa que quiera.

Paul la miró con acidez y se metió en la cama.

—Duerme tranquila, no voy a lanzarme sobre ti.

—Ni yo te lo permitiría, mientras sigas pensando en ella.

Con ese comentario rebasó la paciencia de Paul, que se incorporó sobre un codo y la acribilló con una mirada beligerante.

—Ya te dije que te escribí una carta explicándote muchas cosas —recalcó—. Cosas que también escuchaste de mi boca en el hospital.

—Y que desapareció, qué casualidad más oportuna.

—Te repito que la escribí y se la di a la chica morena para que te la entregara. Si

no lo hizo, no es culpa mía.

—Insisto en que no sé de qué carta me hablas —dijo, ya harta.

—Y yo insisto en que no te he mentado, ni ahora ni antes, porque nunca miento. Jamás —recalcó endureciendo la voz—, así que deja de ofenderme con tu mirada.

Paul le dio la espalda, apagó la luz dando un manotazo al interruptor y cerró los ojos. Debía madrugar y no iba a perder horas de sueño discutiendo.

10. Como el perro y el gato

Richard y Patricia llevaban ya seis cenas compartidas. Para él era una grata novedad, acostumbrado como estaba improvisar un tentempié sano y desaborido cuando volvía del gimnasio. En una ocasión se les unió Sandra, otra amiga realmente encantadora de Monique. Pero Richard prefería cenar a solas con la morena que tanta antipatía le tuvo. Sentimiento mutuo que desapareció seis semanas atrás. Acudir al apartamento de las chicas, cenar y, sobre todo, charlar con ella, le había dado la oportunidad de conocerla. Porque mientras él paladeaba las exquisitas creaciones culinarias que Patricia preparaba, sin darse cuenta, ella le iba contando parte de su vida, sus anhelos y sus frustraciones. Se notaba que tenía necesidad de compartir todo aquello con alguien y él apareció en el momento idóneo para convertirse en el receptor de todos sus pesares. Gracias a esas confesiones había descubierto que Patricia era una mujer con apariencia de acero y un tierno corazón.

Richard sabía que la tenía algo desconcertada, porque todavía no había dado un paso más allá del beso amistoso en la mejilla para darle las gracias. Cada vez que salía por la puerta, lo hacía convencido de que Patricia aún no creía por qué no se comportaba como el resto. Ni un beso, ni una caricia, ni la mínima intención de arrastrarla hacia la cama.

Aún se reía a carcajadas cuando Monique lo llamó por teléfono, bastante mosqueada, pidiéndole explicaciones de por qué su amiga la había llamado preguntándole si era gay. No lo era, obviamente. Y a Patricia le constaba por lo poco que le había contado de sus relaciones pasadas. Él siempre tuvo clara una cosa, que un día aparecería una mujer, y desearía tanto verla que tendría ganas de acabar el trabajo y salir del despacho. Solo ella le haría replantearse el futuro.

Curiosamente, eso sucedía los días que Patricia lo invitaba a cenar. Por eso la escuchaba atento, pendiente de los sentimientos que se transparentaban a través de sus ojos negros, tan fieros a veces y tan vulnerables, cuando ella, por propia voluntad, se los dejaba entrever.

—Entonces, ¿qué piensas de todo esto? —quiso saber Patricia, sacándolo de sus pensamientos.

Richard ya sabía lo poco que le gustaba su trabajo como profesora en aquella escuela gastronómica de cursos cortos y sencillos, enfocada a clientela que veía su formación como una excusa para encontrar pareja o rollo sexual. Pero Patricia acababa de confesarle su proyecto de abrir una pequeña empresa de *catering*, donde solo ella sería la responsable de su empleo, de su éxito o su fracaso.

—Hasta ahora he probado platos exquisitos y, sin entender mucho del asunto, creo que el éxito en el paladar obedece más a tu mano que a la calidad de la materia prima.

—Gracias —dijo con una sonrisa.

—No es un cumplido para tenerte contenta. Se nota que pones pasión en lo que haces.

—Me da un poco de miedo lanzarme.

—¿Te preocupa el papeleo y la parte técnica? Es más sencillo de lo que crees, yo podría ayudarte.

—¿Tú? —cuestionó. Richard alzó las cejas y ella se sonrojó—. Qué tonta, te dedicas a eso.

Cómo dudar de su palabra si encabezaba codo a codo con su padre la cúpula directiva de un grupo empresarial. Él había estudiado Periodismo, pero desde el principio optó por el negocio de la información y por eso estudió después *Marketing* y Dirección de empresas.

—Y conozco a quien te facilitaría el proceso encargándose de todo.

—Esta época de crisis no sé si es la mejor para abrir un negocio.

Richard apoyó los codos en la mesa y la miró a los ojos, pensativo, antes de proponerle una idea.

—Estamos en junio. Queda medio año. ¿Te ves capaz de encargarte del pisolabis navideño del Grupo Briand?

—No sé, dejar la escuela... —meditó—. Tengo dinero ahorrado, eso no es problema para empezar. Tendría que alquilar y acondicionar un local, quizá algún restaurante en traspaso o que lleve tiempo cerrado, para aprovechar la instalación de una cocina profesional. Y la sala para almacenar las bandejas de los pedidos. —Guardó silencio unos segundos y miró a Richard, convencida—. Creo que sí. Pero, no sé cómo enfocarlo. ¿Y si no gusta?

—Me tienes a mí para ir ensayando, ¿no?

—¿Por qué confías en mí, Richard?

—Y me lo preguntas después de las exquisiteces que me acabas de poner delante —dijo señalando su plato de postre vacío.

—Hablo en serio. Un encargo de esa importancia no es una cena para dos.

—Me fío de ti, a pesar de tu inexperiencia en banquetes, porque eres tan responsable que serás capaz de no dormir en una semana con tal de que el cóctel sea un éxito.

Patricia sonrió con tanto entusiasmo que Richard tuvo que hacer un titánico esfuerzo por no levantarse de la silla y besarla.

—No sé nada de presupuestos.

—Yo te presentaré a una persona que te enseñará a calcularlos.

—Yo sola no podré, tendré que contratar a camareros y ayudantes de cocina.

—En principio, te aconsejo que recurras a las empresas de trabajo temporal. Más adelante ya te plantearás si necesitas ampliar plantilla.

Ella asintió, agradeciendo sus consejos. Y volvió a sonreír, esa vez con malicia.

—¿Y si tus jefes no aceptan? —bromeó.

—No soy el amo del castillo, pero aunque no lo creas, mando bastante —aseguró guiñándole un ojo para seguirle la broma, puesto que ese tipo de decisiones eran cosa suya, no de su padre.

Miró su reloj y se levantó de la mesa.

—Es hora de irme. Gracias, una vez más. Tienes unas manos increíbles.

Patricia lo secundó, le dio su chaqueta y lo acompañó hasta la puerta, con la decepción pintada en la cara. Richard se dio cuenta, pero no se arrepintió de su decisión. Ella misma le había confesado sus decepciones con los hombres insensibles. Como toda mujer, merecía respeto y ser tratada con cuidado y delicadeza. Además, su relación con ella empezó tan mal que no quería equivocarse, necesitaba conocerla muy bien antes de dar un paso más.

Antes de abandonar el apartamento, le tomó la mano y le besó el dorso. Patricia se quedó mirándolo.

—¿La galantería de antaño es tu truco para seducir a las mujeres?

Él la miró absolutamente serio.

—No. De hecho, tú eres la primera.

Patricia cerró la puerta tras él sintiendo que acababa de besarle el alma.

Las vacaciones en el sur no estaban resultando el viaje de placer y descanso que Monique imaginó. Aquella Provenza mágica, el único lugar del mundo donde se podía oler el color azul, donde la mezcla de sonidos de la naturaleza convertía el viento en melodía que acariciaba el oído con la cadencia propia de cada estación, había desaparecido a ojos de Monique. Ese verano solo sentía el calor, la piel pegajosa y apestosa a toallitas de bebé que solo huelen bien hasta que su aroma se asocia a pañales sucios, olor en las manos a leche en polvo y el zumbido constante de las moscas.

No todo era malo. Jérôme era de gran ayuda, sobre todo cuando Gabriel se emperraba en llorar y llorar sin que nadie supiera averiguar por qué. Y Lina su salvación, puesto que se ocupaba de la limpieza de aquella casa tan grande. De no haber sido por ellos dos, Monique se habría derrumbado. Con Paul mantenía una relación respetuosa pero tirante. Bañaban juntos a Gabriel pero, el resto del día, su conversación se limitaba a preguntas corteses sobre el niño y si se encontraba a gusto en Beauville, el montón de trabajo que tenían en la destilería, el sabor de la comida de ese día o el calor que hacía.

Solo había una cosa que no olvidaba nunca. Solía acostarse después que ella, pero nunca se dormía sin darle un beso de buenas noches. Nunca en la boca, siempre en la mejilla o en el hombro. Monique vivía cansada, el ritmo de sueño interrumpido cada

tres horas la estaba matando, unida a la inactividad salvo para encargarse a todas horas de Gabriel, la tenía mentalmente agotada. Durante el embarazo, cuidarse fue su prioridad, por el bien de los dos. Pero desde que el pequeño nació, se sentía relegada a un segundo plano, como si su vida careciese de sentido y su única misión fuese cuidar del hijo que monopolizaba todo su tiempo, sus días y sus noches. Ella siempre había sido organizada, no demasiado metódica, pero desde que tenía a Gabriel su tiempo era un caos. Cuando el niño dormía, no sabía en qué ocuparlo. Llamaba a sus amigas a París, a su hermano o a su padre y, cuando se daba cuenta, ya tenía que correr para poner una lavadora o ayudar a Jérôme en la cocina antes de que acabara la tregua del sueño de Gabriel.

Se sentía, a pesar de la amabilidad de padre de Paul, extraña en casa ajena; como un ser vivo sacado de su hábitat que debe cuidar de otro bichito recién llegado. Paul apenas estaba en casa durante el día y no lo culpaba. Ella había llegado para invadir su espacio y no precisamente cargada de alegría. Reconocía que demasiadas veces le daba respuestas secas. Se perdonaba a sí misma achacándolas a las hormonas aún no asentadas tras el parto. Una suerte de autoengaño, puesto que era consciente de que Paul estaba dolido con ella desde la primera noche que se dieron la espalda después de discutir.

Debían ser las once de la mañana cuando lo llamó por teléfono. Esa mañana ya había salido de casa cuando ella se despertó a las seis. Quiso tender un puente, preguntándole qué le apetecía almorzar.

—Solo te llamaba para preguntarte qué te apetece y a qué hora vendrás a almorzar.

—No voy a llegar. Aún no he salido de Avignon y tardaré un rato. Comeré cualquier cosa por aquí. Ya nos veremos esta noche.

—No me dijiste ayer que tenías que ir a Avignon.

Se hizo un silencio muy molesto al otro lado de la línea.

—¿Para qué?

Monique no respondió. Le advirtió que tuviera cuidado por la carretera y colgó.

Horas después, Jérôme le quitó importancia al hecho de que tampoco acudiera a cenar, atribuyéndolo a que tenía mucho trabajo. Le aseguró que su hijo debió ir directo a la destilería, puesto que tenía que contratar a los peones para la cosecha. Y le estuvo explicando que las praderas de lavandín, un híbrido extraído de la lavanda vera, la de hoja estrecha, y el espliego, sí se segaban con cosechadora. Pero la lavanda verdadera que crecía silvestre en la finca de la Jabonera y las hectáreas de otra variedad, cuya esencia se empleaba para uso medicinal, se segaban siguiendo la tradición: a mano y con hocino, una pequeña hoz parecida a las navajas de pico de loro que se usaban en la vendimia. Labor que requería de muchas manos, cuidadosas con la planta, rápidas y expertas, por eso Paul tenía que contratar tantos segadores y no servía cualquiera.

Después de cenar, como Gabriel dormía ya, se acostó y se adormeció antes de que

él llegara. A las doce de la noche la espabiló ese nuevo reloj interior que adivinaba los horarios de las tomas. Le extrañó que Gabriel no lo pidiera. Pasó por el cuartito infantil y se quedó muy quieta para no hacer ruido. Paul le había dado ya el biberón a Gabriel. Se había quedado dormido en la mecedora con el niño en brazos. Le maravilló ese instinto del ser humano que, incluso sumido en un sueño profundo, agarraba con fuerza a su cría y no lo dejaba caer.

Se acercó de puntillas y le cogió a Gabriel de los brazos para dejarlo en la cuna. Paul, entonces, se despertó. Se desperezó y sacudió la cabeza. Se puso de pie de un salto y le dio un beso en la sien murmurándole un perezoso «buenas noches».

Monique lo oyó salir con una mezcla de alegría y decepción. Fue ella la que sugirió que intentaran llevarse bien y, sí, eso hacían ellos dos, convivir civilizadamente, que era mucho. ¡Y tan poco a la vez! La emoción le inflaba el corazón viéndolos a los dos, porque Paul quería con locura a su hijo. Pero a ella...

Monique decidió ir a la casa de tía Elora a por la bicicleta. Tenía ganas de dar paseos sin tener que empujar el carrito y poder disfrutar, al menos, de un rato diario de libertad. Se moría de envidia cuando veía a Paul pasear a caballo en compañía de Jérôme o de Ferdinand. A ella no la invitaba a acompañarlo, entre otras cosas, porque no sabía montar.

Como tenía que traer la bici, pidió a Jérôme que la acompañara para empujar el carrito de Gabriel en el camino de vuelta. Una vez allí, quiso dar una mirada a la casa, aunque ya no tenía derecho puesto que había renunciado a su disfrute. Pensaba pedir permiso al alcalde para retirar de allí algunos efectos personales y recuerdos. Pero no quiso irse sin llevarse consigo el cuaderno escrito por Marissa que todavía permanecía bajo llave en el secreter de la salita.

Dejaron el cochecito del bebé en la entrada y Jérôme la acompañó, con Gabriel en brazos. Monique era de naturaleza perspicaz y notó que el hombre contemplaba las paredes de la casa evocando recuerdos.

—Todo lo demás lo dejaré aquí. Estos libros de cuentas no sé qué significan, cosas de la tía sin importancia.

Se quedó sorprendida al ver a Jérôme abrir el librito de cuentas y sonreír con tristeza al leer en voz baja aquellos nombres cuyo significado y razón Monique desconocía.

—Todavía no comprendo por qué dejó esta llave para mí, precisamente — comentó.

—Ahora que has leído este cuaderno, sabrás que Elora tuvo que enfrentarse a muchas malas miradas. Y conoces el porqué. No debió serle fácil vivir bajo el

estigma de ser hija de la vergüenza, así los llamaban.

—No terminé de leerlo pero sé que su padre fue un soldado nazi. Mi familia nunca me lo contó, no creo que mi padre lo sepa.

Jérôme contempló el retrato de Elora que descansaba sobre la repisa.

—Con ese cabello de oro que tenía y esa piel que la obligaba a cubrirse con un sombrero de ala ancha para protegerse del sol, era imposible no sospecharlo. Fue una mujer extraordinaria. Y yo la amaba como nunca he vuelto a querer a nadie.

Monique tragó saliva, pero no supo qué decir. Prefirió que continuara contándole. Jérôme volvió al libro de cuentas de las tapas azules.

—¿Ves todas estas anotaciones? Son los nombres de los niños que cuidó. Y al lado, el dinero que le pagaban por hacerlo. Si te das cuenta —señaló con el dedo—, hay huecos en blanco. Algunas madres se olvidaban de hacerlo pero ella no dejó desamparado a ninguno de aquellos niños que sobraban en todas partes.

—Si la amaba, ¿por qué no sé casó con ella?

—Porque ella no sentía lo mismo —se sinceró, asumiendo la realidad—. Ella era cinco años mayor que yo, una mujer, y yo un muchacho. Los años pasaron y la diferencia de edad dejó de ser tan evidente. Pero ella fue incapaz de amar a nadie salvo a aquellos niños. Ella no fue una niña querida, salvo por su madre.

—Eso lo sé, el relato que Marissa le dejó escrito aquí —levantó el cuaderno que llevaba en la mano— contiene párrafos que me emocionaban mientras leía. Vino dejándolo todo atrás para que su hija fuera feliz.

—Y lo logró. Esta casa pertenecía a *monsieur* Gocelin, que fue dueño de una fábrica de jabón de tocador de las muchas que había en la comarca. Ahora casi ya no quedan ni siquiera en Marsella con la fama que tiene su jabón. Entre cuatro llevan el negocio. A lo que iba, el viejo Gocelin ya había vendido la fábrica cuando Marissa Feraud llegó con su hija. Fue deruida y sobre el terreno construyeron las viviendas que hay saliendo del pueblo por la carretera de Aix. La madre de Elora llegó como criada, para cuidar de él que ya andaba mal de salud. No se hablaba con su familia y, cuando murió, le dejó a Marissa la casa y la finca en su testamento.

—Usted era ya el aparcerero —adivinó.

—Vamos a ver, Monique —dijo mirando a su nieto—. Gabriel tiene dos abuelos, ¿al otro lo tratas de usted?

Ella se echó a reír.

—Desde luego que no.

—¿No me merezco el mismo trato?

—Por supuesto —aceptó sonriendo—. Tú ya trabajabas las tierras.

—Mi padre era el aparcerero en esa época. Yo trabajaba con él. Marissa murió rápido, de la misma enfermedad que su hija. Cuando Elora se quedó sola, subsistía del dinero que le reportaba la finca. Muy poco, la verdad.

—¿Por eso se dedicó a cuidar niños?

—Sí. Era bastante seria y poco sociable, todo hay que decirlo. No quiso buscar

trabajo en el pueblo. Todo debió empezar con una jornalera venida de fuera que le dejó a su hijo durante la temporada de siega. Después vino otra. Se corrió la voz entre algunas prostitutas de Avignon que empezaron a dejarle a sus criaturas, algunas ya no volvían a por ellos hasta pasados meses. También hubo algunos nacidos fuera del matrimonio. Incluso hijos de un hombre que no era el marido. Todos los chiquillos no queridos, ella los recogía. Y Elora se olvidó de vivir. Dedicó su vida a darles cariño a esos niños y se olvidó de sí misma. Fue incapaz de querer a un hombre porque dio todo el amor que tenía a esos niños que, igual que ella, nacieron de la vergüenza, sin buscarlos, o que parecían molestar en sus propias casas.

—Y tú seguiste amándola en silencio.

Jérôme le entregó a Gabriel porque ya le pesaba en brazos.

—No fue el amor platónico que imaginas. Que no me amara, no significa que no sintiera como mujer.

Monique correspondió a su mirada sagaz con una tímida sonrisa. Le costaba imaginar a Jérôme y su tía en los momentos eróticos que acababa de confesarle.

—Yo seguía viniendo —continuó Jérôme—. Le traía frutas del huerto, pan recién hecho, dulces, leche... Los niños costaban más de criar de lo que sus padres pagaban. Pero yo me ocupé de que nunca les faltara de nada.

—Quizá peco de indiscreta, pero ¿valió la pena amar a una mujer que nunca le dio esperanzas?

Jérôme miró la vieja fotografía al responder.

—Todos los amores merecen la pena. Incluso los que no son correspondidos.

A Monique le impactó aquella declaración, tanto que se le erizó la piel de los brazos.

—Pasaron los años y yo decidí que tenía que casarme y tener hijos, es lo que se suponía entonces que todo hombre debía hacer. Y era lo que yo quería. Busqué a una buena mujer. Ya era un solterón cuando Ségolène aceptó casarse conmigo y ella no era mucho más joven que yo, por eso solo tuvimos a Paul.

Monique no se atrevió a preguntarle si fue fiel a su esposa o no. De cualquier manera, ya no importaba porque las dos mujeres de su vida, la esposa y la amante, descansaban para siempre en el cementerio del pueblo.

—Quise a mi mujer, pero no con la intensidad que amé a Elora.

—Ojeé las anotaciones —dijo señalando el cuaderno con la cabeza—. Acaban en la década de los setenta.

—Tu tía empezó a resentirse de los huesos, no podía con el trajín de los chiquillos. Y con lo ahorrado y lo que recibía de mí por explotar la finca, tenía suficiente. Años después, volvió a sentir la necesidad de dar ese cariño que tenía dentro y fue cuando aparecisteis vosotras por aquí.

—Y no se equivocó. Giselle y yo éramos como las piezas de dos puzzles familiares que encajábamos a la fuerza, sobre todo en verano que no hay clase y sí muchas horas incordiando en casa.

Monique cerró el secreter y salió de la salita, con el cuaderno de gusanillo en la mano y Gabriel al brazo.

Ya fuera de la casa, Jérôme la cerró con llave y se la dio a ella, que aún la conservaba. Monique pensó que debía ir cualquier día a entregársela al alcalde. Ya había subido a la bicicleta y ya Jérôme agarraba el mango del carro donde había tumbado al bebé, cuando le dijo algo que le dio que pensar.

—Antes decías que no sabes por qué Elora te dio esa llave. Yo sí creo saber por qué lo hizo: por lástima.

Tanta franqueza le dolió.

—¿Sentía lástima de mí?

—Yo te recuerdo. Eras tímida, solitaria y callada. Parecías siempre triste, ¡una jovencita guapa en la flor de la vida! Todo lo contrario que Giselle, que era la alegría en cualquier corrillo. Elora sentía lástima viéndote tan infeliz teniéndolo todo. No era una mujer de palabra fácil, ya lo sabes. Supongo que por eso quiso que leyeras los documentos del secreter, para que comprendieras que existe gente mucho más desgraciada que tú. Como su madre, como ella misma o como muchos de aquellos niños. Y aún así, todos supieron salir adelante y hallar, de un modo u otro, su propia felicidad. No quería que desaprovecharas tu vida, recuerda que solo tenemos una.

Monique pedaleó todo el camino de regreso pensando en ello.

Estaba en el jardín, envuelta en una manta y entretenida en leer los mensajes de texto de su teléfono. Gabriel, tumbado a su lado, daba patadas hasta quitarse los calcetines.

Paul cruzó la verja y ella levantó la cabeza al oír el chirrido. Llegaba de trabajar más temprano de lo que solía.

—Hola.

Se agachó a coger al bebé y le dio unos cuantos besos. Aprovechando que estaba en cuclillas, sacó el teléfono del bolsillo.

—Monique, sonrío a la cámara.

Acercó la cabeza a la suya, Paul alargó el brazo y disparó cuando Gabriel miró también.

—Nuestra primera foto de familia.

Se enderezó y, con el pequeño en brazos, entró en la casa. Monique dobló la manta, la dejó en una cesta de mimbre bajo el mueble del recibidor y lo siguió hasta el despacho. Paul, sentado en el escritorio, se las arreglaba muy bien para mover el ratón del ordenador con una mano mientras con la otra sostenía al pequeño. La impresora escupió una hoja con la fotografía impresa. Él giró la silla hasta quedar

cara a cara con Monique y le tendió al pequeño.

—¿Lo coges?

Monique lo hizo. Una vez libre, dio un nuevo giro de noventa grados y sacó un álbum de un cajón. Rebuscó en otro hasta encontrar una barra de pegamento y recortó la fotografía ante la mirada de Monique. Pintó el dorso con adhesivo y pasó páginas hasta llegar a la primera libre y la pegó con esmero.

—Nunca me las habías enseñado.

Paul la miró brevemente.

—Es algo provisional. Un día que vaya a Avignon con tiempo, las meteré todas en un lápiz de memoria y las llevaré a imprimir a una casa de fotografía.

Fue pasando páginas para que ella las viera. Había ido pegando todas las imágenes que ella le fue enviando de Gabriel mientras estuvo en París, antes de que él fuera a buscarlos para pasar el verano en Beauville. Monique las observó con ternura, comprobando cuánto había crecido el pequeñín. En algunas fotografías también aparecía ella. Sobre todo, en las que les había hecho Paul sin que se diera cuenta. Esas eran las mejores, instantáneas robadas de ella y Gabriel que le arrancaron una sonrisa por la sorpresa.

Pero en ninguna estaba Paul. Se sintió fatal por él. Gabriel y su padre no tenían ninguna fotografía juntos de sus primeras semanas de vida.

—Faltas tú en ese álbum.

—Ya no, acabamos de hacernos una los tres juntos.

—Siento no haber caído en la cuenta —lamentó con sincero pesar—. Tenía que haberos hecho alguna juntos cuando Gabriel era más bebé.

—No importa, cuando sea mayor y las vea, sabrá que papá estaba detrás de la cámara —le restó importancia tirando cariñosamente del pie de Gabriel.

—Has venido muy pronto hoy.

—Me han invitado a una fiesta. Un amigo que vive en Cavaillon inaugura su casa nueva. Después de una eternidad, se la han acabado por fin. Y va a celebrarlo con una cena en el jardín. ¿Te apetece venir?

Monique se miró en el reflejo de la ventana.

—No conozco a nadie.

—No importa, enseguida te harás a ellos. Casi todos son de la pandilla, salíamos juntos cuando estudiábamos hasta que nos fuimos casando y haciendo nuestra vida. Pero seguimos viéndonos, en estos pueblos todos salimos por los mismos sitios porque no hay muchos. ¿Vienes?

—No, de verdad. Ve tú solo.

Paul giró el rostro y cerró el álbum de fotos.

—Como tú quieras.

Acababa de salir de la ducha, todavía estaba untándose la loción corporal cuando oyó llegar a Paul. Salió del baño y al entrar en el dormitorio, lo vio de espaldas a ella, quitándose el reloj, que dejó en la mesilla. Lo mismo hizo con la cartera, el móvil y las llaves que sacó de los bolsillos.

—Te esperaba más tarde.

Él la ojeó por encima del hombro, desabrochándose la camisa.

—No me sentía a gusto —le explicó—. Todos estaban con sus parejas, los niños corrían por allí. Era una reunión de familias. Yo, allí solo, me sentía un poco fuera de lugar.

Monique se sintió culpable, tanto como cuando vio las fotografías que él sí había tenido el detalle de ir haciendo y coleccionando. No le había confesado la razón por la que no lo había acompañado a la fiesta. Viendo tanta decepción en su mirada, le pareció un pretexto absurdo. No hacía más que meter la pata una vez tras otra y echarle la culpa a las hormonas o al agobio de mamá primeriza. Era una trola que ya no colaba.

—¿Has terminado? —le preguntó Paul, señalando la puerta.

Monique entendió que se refería al cuarto de baño y asintió con la cabeza. Cuando las excusas no la convencían ni a ella, mejor callárselas.

Durante el desayuno, Monique quiso sincerarse y contarle el verdadero motivo por el que no lo acompañó a casa de su amigo. Sentía que le debía una explicación y no quería que Paul sacara conclusiones erróneas.

La cocina olía a pan recién hecho porque él, cosa rara, debió pasar por la panadería después de salir de nadar. Aún llevaba el pelo mojado.

—Buenos días.

Monique se sirvió un chorro de café sobre la leche templada y se sentó con él. Jérôme había salido a dar un paseo matutino, antes de que el sol estuviera alto, como solía. Monique, aún en la cama, lo oyó cerrar la puerta poco rato después de que lo hiciera Paul.

—No quiero que creas que no quiero saber nada de tus amigos. Ahora, con la luz del día y horas para pensar, me he dado cuenta de que tenía que haber ido contigo porque a lo mejor piensan que soy una estirada que no quiere juntarse con ellos. Y eso no es así.

—Nadie va a pensar mal de ti. No lo hicieron cuando salieron aquellas fotos tuyas, ¿o tienes algo que reprochar a alguien de por aquí?

—Al contrario, tengo mucho que agradecer. Pero si no te acompañé anoche fue porque no tengo nada que ponerme. ¿No te has dado cuenta de que siempre llevo lo

mismo? Estos vaqueros y dos o tres camisetas que me voy cambiando.

—No me había fijado. ¿Debí hacerlo? Los hombres solemos fijarnos en el cuerpo, no en los detalles de adorno —dijo con una mirada muy masculina.

—Pues peor me lo pones, eso significa que me miras poco. —Paul arrugó la frente—. ¿No te has dado cuenta de que no quepo en la ropa? Estoy hinchada, aún no he logrado perder el peso que gané durante tantos meses tumbada en la cama cuando estaba embarazada.

—Yo creo que exageras.

—No dirías eso si vieras que me falta un palmo para abrocharme la ropa que traje de antes del embarazo.

—Monique, no íbamos a una fiesta en el Ritz. Se trataba de una sencilla cena de amigos, de pie en el jardín, con platos y vasos de cartón. Nadie te habría mirado por encima del hombro si hubieses ido tal como vas ahora mismo. ¿O no me viste a mí?

—No busques explicación lógica a las inseguridades femeninas porque te volverás loco.

Paul terminó su café y ojeó el calendario de la pared.

—Estamos en julio ¿qué día es tu cumpleaños? Miré la documentación en tu cartera pero no lo recuerdo.

—Fue la semana pasada, el jueves.

Paul la miró de un modo tan inquisitivo que consiguió inquietarla.

—¿Por qué no lo celebramos?

Monique arrancó un pellizco de la *fougasse*, que untó con queso fresco y mermelada casera de fresas.

—No estaba de humor. Y además, no me parecía justo porque tampoco celebramos el tuyo. Aunque no sé si ha pasado o está por llegar —explicó—. No fui tan hábil como tú para averiguarlo.

—Y eso que de los dos, la sagaz periodista eres tú —apuntó con una breve sonrisa—. Fue el 20 de mayo.

—De haberlo sabido, te habría hecho un regalo.

—Me lo hiciste —señaló el techo con la frente; Gabriel dormía en el piso de arriba—. El mejor regalo.

Paul llegó a mediodía cargado con un montón de bolsas de ropa.

—No tienes que celebrar tu cumpleaños si no te apetece, pero aún estoy a tiempo de hacerte tu regalo, aunque sea con retraso —anunció, dejándolas sobre la mesa.

Monique llevaba a Gabriel en brazos. Se quedó mirando las bolsas.

—Gracias. No hacía falta.

—Dijiste que no cabes en la ropa que tienes en el armario.

Ella fue sacando algunas prendas. Y lamentó haberlo comentado. No entendía qué clase de ropa era aquella, él jamás la había visto con esas licras apretadas, ni esos colores chillones. A lo mejor es que no se fijaba. Sacó un pantalón y lo dejó sobre la mesa de la cocina. Si así la veía, era para echarse a llorar, porque le había comprado cuatro tallas más de la que llevaba puesta.

—De verdad que te lo agradezco, pero prefiero que la devuelvas.

Paul, que esperaba un agradecimiento emocionado por su esfuerzo en comportarse como un hombre detallista, se indignó ante su rechazo.

—¿Qué he hecho mal esta vez? —gritó—. Dime, a ver si adivino, acabo de darte un motivo más para que andes desde la mañana hasta la noche con esa cara agria que arrastras desde que llegaste. Estoy empezando a cansarme, ¿sabes?

—¿De mí? ¿De los dos? —inquirió señalando con la barbilla la cabecita de Gabriel. Gesto que sacó a Paul de sus casillas.

—¡Ni te atrevas a sugerir algo tan ruin! Y ya está bien de echarme la culpa de todo con la mirada. Ya me disculpé contigo por no haber sido lo que se dice un caballero. Pero deja de mirarte el ombligo y de hacerte la víctima porque estoy harto de verte aquí como una mártir camino del sacrificio.

—Me estás ofendiendo.

—¿Y tú qué? ¿Te he echado alguna vez en cara que me ocultaras que estabas embarazada? Gabriel es mi hijo también, no sé si has reparado en ese pequeño detalle —replicó con una dureza que Monique nunca le había visto—. Me has negado la experiencia de verlo crecer en tu barriga, nunca podré sentir cómo se movía en la palma de la mano, nunca veré una ecografía suya ni podré escuchar los latidos de su corazón ni fue mi cara la primera que vio al abrir los ojos. Y todo porque tú decidiste que era solo hijo tuyo hasta que, de repente, cambiaste de idea como si me estuvieras perdonando la vida con ello. ¿Y te atreves a mirarme con desprecio? ¿Quién te has creído que eres para decidir sobre la vida de los demás?

Monique aguantó su ataque de ira. No podía negar ninguno de sus argumentos porque tenía razón.

—No sabía si querías asumir la paternidad de un niño que engendramos por culpa de un error. Y yo tenía claro que sí lo quería.

Paul la asaeteó con una mirada incendiaria y le quitó a Gabriel de los brazos.

—No vuelvas a decir eso jamás. Ningún niño debe escuchar que fue un error. Gabriel no es un error. Fue un regalo inesperado, eso no lo convierte en un niño indeseado.

—Paul, deja de gritarme.

—Y tú deja de sacrificarte, si tan mal estás aquí. Te pedí un solo verano, nada más, tres meses para intentarlo. Pero está claro que no vas a poner de tu parte. Márchate a París. Y llévatelo contigo.

—¿Me estás echando?

—Qué cínica eres. No, no te echo, eres tú la que no quiere estar aquí. Las puertas de esta casa siempre estarán abiertas para ti. Y no creas que me da miedo que te lleves a Gabriel. Ya haré yo por estar presente en su vida, te guste o no. Aunque tenga que gastarme todo lo que gano en viajes a París. Hay padres que lo tienen peor, no pueden ver a sus hijos porque el trabajo los mantiene a miles de kilómetros y lo sobrellevan. Yo me sentiré afortunado de tener a mi hijo a dos horas de avión.

Gabriel rompió a llorar en sus brazos. A Paul le temblaba un músculo en la mandíbula. Le entregó al niño a Monique y apretó los párpados.

—¡Basta! ¿Qué estamos haciendo? —murmuró—. No es esto lo que queríamos para él, ninguno de los dos. Quiero que nuestro hijo crezca sin escuchar peleas y tú querías lo mismo, por eso te traje. Por eso quisiste venir —recalcó, saliendo de la cocina.

11. Días difíciles

Paul y Monique se veían lo justo. Él hacía lo posible por no coincidir con ella. Las pocas veces que se miraban a los ojos, de manera huidiza y evitando una nueva discusión, Monique había visto tristeza en los suyos, tan diáfanos que no sabían mentir. Y sabía que el motivo de su mirada abatida era porque ya hacía cuatro días que no bañaban juntos a Gabriel. El único momento de la jornada, cuando Paul llegaba de la destilería y compartían siempre los tres, que era un ritual de su incipiente y frágil familia.

Eran también cuatro los días que Paul no había acudido a la hora del almuerzo. Lo mismo ocurría al atardecer, llegaba a casa cuando Jérôme y ella hacía rato que habían cenado y solía hacerlo solo en la cocina. Ni la invitaba a sentarse con él ni ella se ofrecía a hacerlo. Cuando iba a calentarle la cena, Paul le daba las gracias y le quitaba el plato de la mano, diciéndole que ya se ocupaba de ello. Cuando subían a acostarse, lo encontraba en la ducha o dormido. Lo único que no le faltaba nunca era su beso de buenas noches. Tan dulce como el afecto de un hermano. Y Monique tenía que tragarse su decepción en silencio pensando en lo poco que significaba para él si no hacía nada por conquistarla.

Fue su amiga Sandra la que le dio el primer consejo sincero. Puesto que fue a ella a la primera que se atrevió a abrir su corazón. Monique siempre había sido retraída y se guardaba para sí sus sentimientos. Hasta que el cambio de vida pudo con ella. No era la misma, su teléfono en París siempre sonando por los mensajes y llamadas, ahora permanecía silencioso. Su vertiginosa vida de periodista se había convertido en la de una mamá a tiempo completo. Nada era igual, ni la casa, ni el ambiente, ni la compañía, ni el cuerpo que le costaba reconocer en el espejo. Ni ella lo era. Había perdido hasta las ganas de arreglarse con una ligera capa negra en las pestañas y color en los labios. Adaptarse a tantos cambios con el ánimo por los suelos y la frustrante sensación de no servir para nada más que para cuidar de Gabriel, la hacía sentirse desubicada y sin saber qué rumbo tomar.

—Tú decidiste marcharte al pueblecito encantador con Gabriel —le recordó Sandra.

—Lo sé. Fue mi decisión. Pero no sabía que sería todo tan difícil.

—¿De qué te quejas? Tienes un niño precioso, una situación que te permite vivir sin carecer de nada, una familia que te apoya, nos tienes a Patricia y a mí, y al padre de tu hijo que se está comportando como tal. Por Dios, Monique, ¿que tú has estado en el Líbano y has visto lo que es sufrir! ¿Cómo te atreves a quejarte?

—Lo sé y me siento mezquina cuando pienso en ello, te lo juro. Pero eso no hace que me sienta mejor.

Oyó a Sandra chistar con la lengua, como si fuera incapaz de seguir escuchando

tanta sandez. Monique se sintió odiosa, pero reconocer su egoísmo no mejoró su ánimo depresivo.

—La vida real no es una película de Disney —dijo suavizando la repentina tensión que se había creado sin quererlo ninguna de las dos.

—No hace falta que lo jures. Sobre todo cuando el príncipe ni te mira —reconoció, pensando en la terrible pelea de la cocina.

—Y tú, ¿lo miras a él?

Monique permaneció callada.

—Entiendo —dijo Sandra desde París, interpretando su silencio—. Si lo que quieres es vivir con un hombre que te dé cariño y respeto, haz porque así sea.

—No voy a conformarme con eso, lo sé.

—Yo tampoco me conformaría. Toda mujer se merece que la amen con pasión, con fuego en el cuerpo. Todas queremos sentirnos deseadas. Actúa y haz algo para que las cosas cambien.

—No voy a suplicarle que me ame.

—Él tampoco lo hará si no le das pie, Monique. Y menos si dices que la frialdad entre vosotros es tan espesa que se puede cortar. Los hombres, a veces, esperan que les lancemos señales.

Ese mediodía también almorzó sola con Jérôme, que fingía no dar importancia a las ausencias de su hijo; pero Monique no era tonta y adivinaba su preocupación. Cuando lo vio sentado en el sofá, atento a las noticias, le dijo desde la entrada que salía a dar un paseo con Gabriel.

Caminó hasta la destilería recordando los días que llevaba allí. Se había comportado como una estúpida, haciendo un drama de una situación tan normal como la incomodidad que siente toda mujer durante el postparto. No era sencillo estando lejos de su ambiente, pero era ella quien así lo había decidido. Una vez más, como cuando era una adolescente, volvía a esconderse. Había crecido pero no era una gran muestra de madurez agazaparse detrás de tantas excusas. Cerca de la destilería, se cruzó con unas chicas que regresaban a casa, acabada su jornada. Ella las saludó y respondieron con cortés frialdad. No entendía por qué, aunque dado lo poco sociable que se mostraba desde que llegó, no podía esperar más. Su contacto con los vecinos se limitaba a las visitas semanales al médico para que, en ausencia de un pediatra, realizara a Gabriel los controles periódicos de peso, crecimiento y estado general, como a todos los niños del pueblo.

Divisó a Paul sentado a la sombra de un árbol. Siempre le había llamado la atención ver aquellos olivos que crecían solitarios. En el centro de cada prado de

lavanda se erguía uno, uno nada más, como un guardián. A la sombra del más cercano a los edificios de la destilería Lavanda Lachance estaba su dueño, con la espalda apoyada en el tronco, mordisqueando un bocadillo. Bordeó el margen del campo con el carrito pero era imposible avanzar entre los surcos. Decidió dejarlo allí mismo, sacó a Gabriel y, con él en brazos, caminó hasta el olivo.

—¿Por qué comes aquí solo?

—Mi presencia en casa te incomoda. Y si tú estás nerviosa, Gabriel también lo está —dijo, antes de apurar el botellín de Coca-Cola de un trago.

—Hazme sitio.

Sorprendido, abrió las piernas. Antes de sentarse entre ellas, le pidió que sujetara a Gabriel, que se alegró mucho de aquella visita a papá en un lugar tan distinto a las cuatro paredes de la casa.

—Una nube negra no es más que eso, una tormenta pasajera. Y para ver el arcoíris, antes tiene que llover.

—Y yo que creía que los refranes eran una costumbre del campo.

Monique sonrió.

—Y yo espero que cese la frialdad. No me refiero solamente a nosotros. No sé por qué sospecho que no soy muy querida en este pueblo.

—¿Por qué lo dices?

—Acabo de cruzarme con unas chicas y me da la sensación de que no caigo muy bien.

—Están molestas contigo —reveló con su característica sinceridad—. Trabajan aquí y no les sentó bien que no tuvieras un rato para darles las gracias por la cuna.

—¡Creía que se las diste tú!

—Por supuesto que se las di —aseguró—. Pero las cosas se hacen de otra manera por aquí. En París vais tan rápido que no os paráis para nada. Aquí nos detenemos a charlar cuando pasamos por la calle. A la gente le gusta que le preguntes por su salud, que te preocupes por ella. Y las chicas fueron hasta Cavaillon para elegirla y les habría gustado que les dijeras lo bonita que es, cuánto te gusta. Esas cosas.

—Y lo haré, te lo prometo —afirmó, girando el rostro hacia él—. Quiero que volvamos a empezar, Paul. Como si acabáramos de bajar del coche.

—Monique, no te pido más. Intentémoslo lo que queda de verano.

—Septiembre aún está muy lejos —confirmó, mostrándole que quería lo mismo que él—. ¿Sirve de algo decirte que lamento no haber ayudado con mi mal carácter?

—Sé que para ti no es fácil con tantos cambios. Y este lloroncete tirano monopolizándote día y noche no ayuda mucho.

—Y le puse nombre de ángel, en qué estaría pensando.

Los dos rieron juntos la broma.

—No queramos adivinar el futuro —pidió Paul. Cuánta tranquilidad le aportaba su cambio de actitud—. Pase lo que pase, aunque no llegue a funcionar, lo único que quiero es que, cuando Gabriel sea mayor esté orgulloso de nosotros porque lo dimos

todo por intentarlo.

Monique se acomodó apoyando la espalda en su pecho y la cabeza en su hombro. La lavanda estaba en lo más álgido. La brisa movía las espiguillas, ahora a un lado, ahora al otro. Unas cuantas mariposas de colores parecían danzar sobre las olas de flores azuladas.

—Cuéntame quién plantó este árbol solitario y por qué.

—¿A qué viene esa pregunta? —inquirió, ladeando la cabeza para mirarla.

—Tengo curiosidad.

—Es una costumbre que perdura desde que esta tierra se convirtió en la provincia romana de la Galia Transalpina. Los romanos nos dejaron más que ruinas. Plantaban un árbol en medio de los sembrados por una razón muy sencilla: para tener una sombra donde descansar y donde colgar la calabaza con agua para que no se recalentara al sol.

—Y dos mil años después, se sigue haciendo. Míralo, se ha quedado dormido —indicó acariciándole la cabeza del pequeño con la barbilla.

—Cierra los ojos tú también y solo escucha. Nada más —murmuró cerrando los párpados—. Hay momentos irrepetibles en la vida, Monique, y este es uno de ellos.

Una semana había transcurrido desde que Paul y Monique decidieron darse una segunda oportunidad. Jérôme agradeció la tranquilidad que reinaba en la casa, solo rota por los naturales berridos de su nieto que, según él, sonaban a alegría y a vida... durante los cinco primeros minutos. A partir de ahí empezaba a maldecir.

Paul y Ferdinand regresaban a caballo. Los habían llevado al veterinario para que les hicieran una revisión de rutina. Por el camino, Paul le explicó que su padre le había contado el original y fétido modo con que se deshizo de los *paparazzi* aquellos que, el verano anterior, se dejaron caer por el pueblo.

—Algo había oído, pero creí que era un bulo aumentado. Ya sabemos cómo son las habladurías.

El hombre rio como un bellaco, recordando la escena. El detritus de los cerdos debió corroer hasta la pintura del coche deportivo de los fotógrafos. Seguro que se les fueron las ganas de regresar por allí.

—A cambio tuve mi premio, ¿no te lo han dicho también?

—No sé nada de eso.

—Tienes una chica muy agradecida.

—¿Monique?

—Quién si no —agregó con una mirada divertida—. Cuando supo que yo era el responsable, corrió a la panadería y encargó que me llevaran a casa una bandeja así

de grande de *macarons* —dijo soltando las bridas y abriendo los brazos—. Pero eso no es lo mejor, los regalos siguen llegando. Desde que la trajiste otra vez, cada semana me llega una bandeja de *macarons* a casa. Mi hija me riñe, porque dice que suben el azúcar o no sé qué cuentos. No veas cómo disfruto con esos pastelillos de colores.

—Si te los comes a gusto, no pueden hacerte mal.

—Son una bomba de calorías —reconoció—. Cuando los guardo, la caja de cereales de mi nieta sale huyendo de la despensa del susto.

La carcajada de Paul alteró al caballo y tuvo que azuzarle los flancos. Al llegar a casa, desmontó y dio la rienda a Ferdinand para que llevara los dos caballos al establo de la destilería.

—La otra no te convenía, pero esta sí —aconsejó el anciano—. No la dejes marchar.

Paul miró hacia la ventana de la cocina, Monique estaba apoyada hablando por el móvil.

—Sí, esta sí —afirmó como despedida.

Entró en la casa y fue directo a la cocina.

—Ahora me entero que tienes un admirador —ella lo miró extrañada—. Menos mal que tiene setenta y siete años, si no me preocuparía.

—¿Te preocuparías?

Por primera vez vio en sus ojos el brillo de la seducción y a Paul le encantó esa novedad.

—¿Tú que crees? Si tuviera líquido de frenos en las venas a lo mejor me daría igual, pero resulta que tengo sangre caliente —recalcó con una sonrisa lenta.

Monique se puso nerviosa. Demasiadas novedades en muy poco tiempo.

—Ferdinand es encantador —afirmó adivinando quién era ese supuesto admirador.

Sentía devoción por el abuelo de Lina.

—Setenta y ocho —corrigió Jérôme, que al oírlos dejó el televisor y entró a unirse a la conversación—. Los cumple mañana.

—Es verdad, lo había olvidado. Y eso que lo comentaron las chicas el otro día —dijo Paul, refiriéndose a las empleadas de la fábrica.

—A su edad, no debería trabajar —opinó Monique.

—En teoría está jubilado, porque cobra la pensión —aclaró Paul—. Pero la gente del campo estamos acostumbrados a trabajar hasta que el cuerpo aguanta. Ocuparse de los caballos es lo que lo mantiene vivo.

—Y funciona —opinó Monique—. Porque está estupendo para la edad que tiene. Y creo que, después de tantos años trabajando para vosotros, deberíamos organizarle una fiesta de cumpleaños.

—Es mañana —le recordó Paul.

—Algo sencillo, en la destilería. Que sea una sorpresa. Una tarta con las velas,

solo harán falta platos y cucharillas de plástico. Y también unos vasos y algunas botellas de litro de refresco. Si me dejas las llaves del todoterreno, puedo ir a comprar todo eso y así lo subo directamente hasta allí.

Además, pensaba aprovechar para dar las gracias a todos por el regalo de la cuna de Gabriel. No veía mejor ocasión que estando todos los empleados allí reunidos.

—Yo te acompañaré para ayudarte —se ofreció Jérôme.

—Perfecto. De hacer la tarta me encargo yo.

—¿Estás segura?

Ella lo miró desafiante con los brazos en jarras.

—No soy la reina de la cocina pero me defiendo si tengo que hacer un bizcocho, rellenarlo de mermelada y cubrirlo de chocolate.

Paul alzó las manos en son de paz.

—¿Gabriel duerme? —preguntó.

Monique le señaló el interfono encima del microondas.

—Ya lo ves.

Cierto, no se oía nada. Buena señal.

—Voy a lavarme las manos que me huelen a caballo —anunció; antes de salir, se dirigió a ella—. Monique, has tenido muy buena idea con lo de la fiesta de cumpleaños.

Sonrió enviándole un beso y ella sintió que, después de un largo letargo, su corazón volvía a la vida.

Paul llegó muy tarde. Hasta que la cosechadora no terminó de segar todo el prado y no se hubo descargado el último remolque de flores en la nave, no dio por terminada la jornada.

La casa estaba en silencio, supuso que Monique y su padre se acostaron cansados de esperar. Se hizo un sándwich de salami y queso, que devoró acompañado de una bolsa de patatas fritas y unas aceitunas. Encendió el televisor pero a esas horas solo emitían programas para gente con insomnio. Se entretuvo mientras cenaba con un episodio de las subastas de trasteros americanas que tanto le gustaban a su padre. Después de cerrar el lavavajillas, subió a ducharse, procurando no hacer ruido para no despertar a Monique.

Se metió en la cama con idéntica cautela y dejó caer la cabeza sobre la almohada, los días de cosecha eran agotadores y estaba realmente cansado. Empezaba a dejarse llevar por el sueño cuando notó que Monique se le subía encima. Abrió los ojos, tratando de enfocarlos para verle la cara en la penumbra. La imaginaba dormida y la tenía sobre él, preciosa y sonriéndole a un centímetro de su cara.

—Quiero mi beso de buenas noches.

Por primera vez, y sin pensar en ello, Paul se lo dio en los labios. Pero Monique no se movió, con la mirada le pedía más. Él recorrió los pómulos con las yemas de los dedos para acabar colocándole el pelo detrás de las orejas.

—No cruces esa frontera —murmuró—. Porque una vez pises la línea, no habrá vuelta atrás.

Monique rio con suavidad y lo besó dulcemente. Paul abrió los labios y dejó que profundizara el beso hasta que lo hizo perder el control. Tomó el dominio sujetándole la cabeza con el brazo, enlazando su lengua con una cadencia lenta y sensual que fue a más. Se besaban el uno al otro a lo loco, en la barbilla, el cuello y la cara, en la boca, una y otra vez, mientras tiraba del camisón hacia arriba y ella trataba a duras penas de bajarle los calzoncillos. Casi lo había logrado cuando oyeron el llanto de Gabriel.

Paul musitó un quejido de frustración antes de resarcirse con un impetuoso último beso. Miró el reloj levantando el brazo hacia la luz de la luna que entraba por la ventana. Su hijo no fallaba, era la hora del biberón.

—¿Me dejas y se lo doy yo? —propuso. Si no se quitaba de encima no podía bajar de la cama.

Monique le atrapó la mano que le acariciaba la barbilla.

—Ha sido un día duro y estás agotado. Ya voy yo.

Antes de bajar de encima de él, le dio un beso en la palma de la mano.

12. Una tarta y muchas ilusiones

Ferdinand se llevó la sorpresa de su vida cuando lo hicieron entrar engañado en la sala de destilado y todos le cantaron el «cumpleaños feliz».

Monique partió la tarta ayudada de Lina, que no dejaba de darle las gracias por el detalle que había tenido con su abuelo. Entre todos fueron distribuyendo los platos con las porciones y, de pie, se las fueron comiendo. Además de aparente, el bizcocho le salió delicioso y así se lo dijeron un montón de veces.

Aprovechó, como era su intención, para dar las gracias a todos los empleados por regalarles la cuna. Y felicitó a las chicas que fueron a escogerla a Cavaillon. Ese gesto, más que con ellos, la reconcilió consigo misma, pues se sentía en deuda. Como insistieron en que la cocinera no iba también a ocuparse de recoger, se dedicó a recorrer la destilería observando con curiosidad la maquinaria moderna. Paul la acompañó, explicándole el funcionamiento y utilidad de cada una de las máquinas para el proceso de extracción del aceite esencial.

—Me lo imaginaba todo antiguo, de cobre, y esto parecen robots —afirmó pasando la mano por la superficie brillante de la caldera, en ese momento apagada—. Son increíbles.

—Increíbles y carísimas.

Monique lo miró sorprendida.

—¿Cuánto vale todo esto?

—Su valor es relativo, porque depende de lo que quieran pagar, en el caso hipotético de que decidiera venderlo algún día. Sí puedo decirte lo que he invertido y es mucho.

—¿Tanto?

—Para construir algo similar —comentó Paul señalando en redondo con la mano— partiendo de cero es necesaria una inversión cercana a los quinientos mil euros.

Monique abrió los ojos como si hubiera visto un monstruo.

—Medio millón —exhaló—. Somos ricos.

—Sí, claro, por eso me levanto todos los días a las cinco de la mañana.

—Qué poco sé de todo esto, tienes que ponerme al día.

Paul aprovechó que estaban lejos de los demás y la atrajo por la cintura.

—Cuando venías hace años de vacaciones, nunca subiste por aquí. Pero es un error que aún estamos a tiempo de subsanar.

Lo tenía muy cerca y Monique aprovechó también la recién nacida intimidad.

—Mi único error fue enamorarme de aquel chico que un día llamó a mi puerta con unas flores que no eran para mí.

Paul le sujetó la nuca y la acercó más a su rostro.

—No. Tu error fue esconderte detrás de Giselle y no dejarme ver lo que me estaba

perdiendo.

Atrapó sus labios y la besó con ansia. Monique enlazó la lengua con la suya y se pegó a él exigiéndole más aferrada a sus hombros. Habrían seguido y seguido de no ser por la tosecilla que los interrumpió.

—Perdón.

Paul fusiló a Lina con la mirada y una amable sonrisa, mientras Monique apoyaba la frente en su pecho.

—Esto... Monique, mi madre me ha pedido que te diga que pases por la *boutique* un día de estos. Quiere hablar contigo sobre algo de una ropa.

Ella recordó de qué se trataba, las prendas que le compró Paul y no iban para nada con su estilo. Se separó un poco de él y miró a Lina.

—Dile que iré mañana sin falta.

Monique fue consciente del recelo de la madre de Lina en cuanto entró por la puerta. Intuyó que Blànce suponía que iba a pedirle que le devolviera el dinero, cosa que no tenía intención de hacer. Ya imaginaba que en un pueblo pequeño como Beauville, las ventas daban para subsistir y la de Paul había sido importante. Si ella hubiese estado en su lugar, tampoco habría querido perderla.

—La ropa que escogió Paul era muy bonita —mintió imaginando que Blànce le ayudó en la elección—. Pero no es mi estilo. Normalmente uso pantalones, casi siempre vaqueros porque son más cómodos. Hace tiempo que quería venir a cambiarla por prendas más de mi gusto, pero con un bebé nunca veía el momento.

—Dímelo a mí, que crie a Lina yo sola.

Monique ya sabía que era viuda y que su marido falleció cuando Lina era muy pequeña. Por suerte, contaba con su padre. Ferdinand era el pilar en el que se apoyaban las dos. Pensando en él debía estar porque se apresuró a darle las gracias por la tarta y por las bandejas de *macarons*. Monique le aseguró que merecía eso y más. Fue sincera porque así lo pensaba, pero sus palabras le llegaron al alma a Blànce.

Durante un buen rato estuvo en el probador poniéndose y quitándose blusitas, pantalones y algún vestidito para los días calurosos. Escogió de todo, pero aún así, no llegaba al importe del montón exagerado de ropa que compró Paul. Además, ella no necesitaba tanta, puesto que poco a poco había recuperado la figura y volvía a caberle la de antes del embarazo.

No sabía cómo solucionarlo, cuando vio unos dibujos enmarcados que decoraban las paredes. Eran muy bonitos, por lo originales y llamativos.

—Me encantan esos colores, contagian alegría.

—Por eso los puse, aunque mi hija se negaba. Pudor de artista.

—¿Todos esos cuadros los ha dibujado ella? —preguntó realmente admirada.

—Sí, estudió Diseño gráfico.

—Eso lo sabía, pero no me imaginaba que era tan buena. Estarás orgullosísima de ella.

—Mucho —afirmó rebotando satisfacción—. Bueno pues, ¿dices que ya lo tienes todo?

—Me haría falta una camiseta negra, pero nada complicado. Una básica que pega con todo.

Blanche agitó la mano.

—Huy, de esas tengo para vestir a todo el pueblo. Ven conmigo al almacén y te las enseñaré.

La acompañó a la trastienda. En un rincón había apiladas varias cajas con camisetas negras de todas las tallas, en modelo de hombre y de mujer.

—No vendo ropa de hombre, pero me las quedé porque son unisex, ¿no dicen eso? Aunque a nosotras estas que son entalladas y con un poco de escote nos sientan mejor —indicó mostrándole una de su talla.

Monique volvió con ella al probador para vérsela frente al espejo. Le quedaba estupenda. Y mirándose y remirándose de un lado y de otro se le ocurrió una idea.

—Escucha, Blanche. Esas camisetas que tienes en el almacén, dices que no las vendes.

—Llevan ahí dos años, fue una buena compra pero habré vendido unas veinte desde entonces.

—No sé si con lo que me queda de saldo habría suficiente para comprártelas todas. Verás, se me ha ocurrido que Lina podría hacer un diseño, en realidad modificar uno que ya existe. Quisiera estamparlo en esas camisetas, ¿conoces alguna empresa de serigrafía que pueda hacerlo aportando yo las prendas?

—Sí, creo que sí.

—Pues voy a hablar con Lina, a ver cuánto me cobra por el diseño.

—¡Lo hará gratis!

—Ni soñarlo. El arte se paga y el trabajo también. No te preocupes por eso, sácame la cuenta y dime cuánto tengo que abonarte por la diferencia de lo que cuestan las camisetas.

—No tienes que abonarme nada. Lo uno por lo otro, me haces un favor quitándomelas de encima. Incluso tendría que pagarte yo, por la ilusión que me va a hacer ver un diseño de mi hija serigrafiado en ellas.

Monique la regañó con la mirada.

—Solo faltaría eso, que tuvieras que pagar tú.

Cuando Blànze le mandó recado para que fuera a la tienda porque ya habían llegado las camisetas de la imprenta, Monique buscó a Jérôme, le plantó a Gabriel en los brazos, cogió la bicicleta y acudió sin demora.

Blànze estaba encantada con el resultado, pero realmente se entusiasmó al ver la reacción de alegría de Monique cuando las vio. Estaba tan orgullosa del talento de su hija que la *boutique* se le quedaba pequeña. Ambas coincidían en la opinión de que habían quedado infinitamente más bonitas de lo que imaginaron. Acordaron que Ferdinand llevaría las cajas hasta la fábrica en su camioneta. Pero Monique quiso que el primero en verlas, a parte de ellas dos y de Lina, que era la artista del diseño, fuera Paul. Por eso cogió una de la talla XL calculando a ojo la envergadura de su espalda de nadador.

Cuando llegó a casa, Paul ya estaba bañando a Gabriel. Monique dio un beso a cada uno y le rogó que lo mantuviera en el agua para hacerles una fotografía. No olvidaba hacerlo desde que vio el álbum de recuerdos.

Luego lo ayudó a envolverlo en la toalla y juntos se dirigieron al cuarto del bebé. A Paul le costó ponerle el pañal, porque el pequeño disfrutaba pataleando desnudito. Entretanto, Monique cogió la bolsa de la camiseta que había dejado en el baño.

—Te he traído una cosa, a ver qué te parece.

Le mostró la camiseta desplegada.

—¿Y eso?

—El diseño es de Lina.

Paul observó con detalle la leyenda sobre lo que podía convertirse en el nuevo logotipo de la marca. Nunca pensaron en ello y, viendo aquel llamativo dibujo morado sobre negro, reconoció que las simples letras de toda la vida se veían aburridas.

—«Lavanda Lachance. El aroma de la Provenza» —leyó en voz alta—. Está genial.

—¿Te gusta?

—Me gusta mucho.

—¡Menos mal! —exclamó con alivio—. Porque hemos hecho doscientas.

—¿Doscientas? ¿Las has pagado tú?

Monique cogió a Gabriel de los brazos de Paul y lo tumbó en el cambiador para ponerle el pijama. Sí había pagado a Lina por diseñar el logotipo, pero le hizo un precio de amiga tan simbólico que ni merecía la pena mencionarlo.

—Aquella ropa que me regalaste, ya sabes que la mayor parte no era de mi estilo, llegué a un acuerdo con Blànze e hicimos un trueque. Me la cambió por un *stock* de camisetas negras que tenía en el almacén, las compró de saldo por su buena calidad pero no las vendía. Así que, al ver los dibujos de Lina colgados en la tienda, se me ocurrió que podía diseñar uno para nosotros y llevarlas a estampar.

Paul reparó con agrado en un novedoso matiz. Había dicho «nosotros», eso significaba que Monique empezaba a sentir que era parte de Lavanda Lachance.

—La idea, no sé que te va a parecer, es que las lleven todos los empleados — continuó mientras abrochaba el último corchete—. La publicidad es importante. Y no les va a importar llevarlas, cuando se las regala la empresa. Y como hay muchas, puedes obsequiar a los clientes o a las visitas. Ese tipo de detalles dejan una grata impresión.

—Tus sugerencias son muy bienvenidas. Eres buena vendedora, creo que voy a recurrir a ti muchas veces.

Monique besó la cabecita de Gabriel y lo dejó en la cuna.

—Pruébatela.

Paul alzó las cejas con evidente diversión y ella lo apremió con un gesto. Se quitó el polo que llevaba y se la puso.

—¿Qué tal?

—Con un cuerpo como el tuyo, espectacular.

Paul la observó parpadeando despacio. Los ojos de Monique delataban su deseo. Se ponía como un semental sabiéndose el blanco de aquella mirada caliente. Solo tenía que abrir los brazos y se lanzaría sobre él, enroscándole las piernas a la cintura. Pensarlo lo ponía tan duro que le molestaba el roce de los botones de la bragueta. Y él no se quedaría atrás, la aplastaría contra la pared y empujaría...

Pero se negó a sí mismo ese placer. No, no lo haría. Y no por falta de ganas. Ya no se conformaba con eso. El sexo entre ellos era del bueno, el mejor. Pero necesitaba saber si Monique lo deseaba como desfogue a esa necesidad básica o quería algo distinto a un torso embutido en una camiseta. Optó por hacerse de rogar.

Pero no era inmune a su propia libido. Giró en redondo para darle la espalda y apretó los dientes. Tenía una erección de caballo, si seguía así, poco iban a durarle las castas intenciones. En un esfuerzo de control mental, buscó un recurso que le bajara el entusiasmo rápido. Visualizó la declaración de los impuestos y el calentón se esfumó con efecto instantáneo.

Entonces reparó en el folleto que había dejado sobre la cómoda y se giró hacia Monique con él en la mano.

—Yo también tengo una idea que contarte. Me gustaría que apuntáramos a Gabriel a clases de natación.

—Me parece muy bien, si le gusta, que siga tus pasos. Pero es un poco pronto para pensar en ello, ¿no crees?

—Creo que cuanto antes, mejor. He ido a informarme. En la piscina municipal de Cavailon imparten cursillos de natación para bebés.

Monique pasó más miedo en aquella clase de natación para bebés que si la

hubieran empujado por un precipicio. De primeras, aunque las clases se ofertaban como matro-natación, se negó a ser ella la acompañante de Gabriel en la piscina porque tenía pánico a que se le escurriera desnudito y resbaladizo y se fuera al fondo. Y eso que la monitora les había explicado al inicio, para tranquilizarlas, que sus bebés aún no habían perdido el instinto adquirido durante los nueve meses que vivieron en el medio líquido y que cerraban la glotis de manera automática cuando sumergían la cabeza; que estaban en su salsa debajo del agua, en definitiva.

Dado que el especialista en deportes acuáticos era Paul, fue él el que se puso en bañador y se metió en el agua rodeado de mamás mientras ella los observaba desde el borde de la piscina. Todos los chiquitines llevaban pañales especiales a prueba de fugas. Y Gabriel había heredado las habilidades paternas, porque era medio pez, igual que Paul. Cómo estaba disfrutando, y, Monique, de verlos a los dos. Siguiendo las instrucciones de la monitora, Paul lo lanzaba sin miedo y lo recuperaba después de unos segundos bajo la superficie con una maestría que la tenía admirada. Y su pequeño pecesito buceaba que daba gusto, con unos ojos abiertos tan azules que a Monique le daban ganas de retratarlo y hacer un póster que ocupara toda la pared. Se juró que la semana siguiente se metería con ellos en la piscina, provista de una cámara de las que hacen fotografías debajo del agua.

Paul le puso la mano abierta debajo de la barriguita y lo sacó a la superficie. Con él en brazos, se acercó a Monique.

—Cada vez que lo lanzas lejos, me da un vuelco el corazón.

—Lejos es medio metro, mi brazo es más largo.

Gabriel empezó a protestar, porque quería seguir divirtiéndose con aquel juego nuevo.

—Le encanta, es como tú.

Paul movió un poco al pequeño en brazos para que dejara de protestar y se acercó más a Monique.

—A lo mejor lo hicimos aquella noche en la piscina y por eso le gusta tanto —murmuró con una mirada tan caliente que Monique notó que las mejillas le ardían.

—Puede ser.

Paul le guiñó un ojo y regresó al centro de la piscina. Monique le miró la espalda con ojos codiciosos. Y no era la única, dio un vistazo a su alrededor. Las mamás estaban embobadas con él. Monique sonrió satisfecha porque era el más deseado de la reunión, pero solamente tenía ojos para ella.

Esperó en la puerta de los vestuarios, porque como era de prever, Paul se llevó consigo a Gabriel al de hombres y no al infantil para poder ducharse él también. Cuando salieron, los dos olían a champú de bebé. Monique respiró hondo, le parecía muy seductor aquel aroma a niño en un hombre de verdad. De estar solos, ya se habría lanzado a lamerle el cuello. En ese momento parecía el nadador de las revistas, pero había ganado en atractivo con los años. Y así se lo dijo.

—Ya no soy el chico del anuncio.

—A mí me gustas mucho más ahora. —Paul la premió con una caricia—. Y a las otras mamis también.

—¿Tú crees? —dijo con falsa inocencia.

—No te hagas el tonto. —Paul sonrió como un canalla que quiere hacerse perdonar—. ¿Por qué nunca he visto tus medallas?

—No las necesito para estar contento con quien soy.

—Pero yo quiero que las cuelgues en casa. Quiero que Gabriel se acostumbre a verlas y que sepa que las ganó su papá.

—Tú tienes una más grande que las mías.

Monique esbozó una sonrisa. El premio Albert Londres consistía en una medalla de bronce del tamaño de un platillo de postre.

—Sí, pero solo tengo una y tú tienes tres. Dos de oro en mariposa y una de plata en estilo libre.

—Qué bien te acuerdas —reconoció contento—. Las colgaré el día que tú cuelgues la tuya. Ese es el trato. Gabriel tiene que presumir de los dos.

Paul le entregó al niño para que lo sostuviera en brazos mientras él se recolocaba en el hombro la bolsa de deporte.

—No estoy muy segura de eso —confesó apagando la sonrisa—. No sé qué pensará de mí el día que vea mis fotos desnuda en internet.

Paul tapó las orejitas de Gabriel con las palmas de las manos.

—Cuando las vea dirá: «vaya culo tenía mi mamá».

Monique le dio un manotazo en el pecho pero con la sonrisa le daba las gracias, le tocó el corazón que minimizara la importancia de aquel incidente. Gabriel dio un chillido de protesta. Ella se quedó mirando su carita de enfado, parecía regañarla. Así que estaba de parte de papá y lo defendía a su manera. Pues sí que empezaba pronto la alianza de hombres.

La seducción no se acabó en la piscina. Seguía, pero de una manera desesperantemente lenta. Paul llevaba dos noches sin tocarla. Y no era tonta, la cautivaba despacio, la llevaba al límite de su aguante y cuando la tenía emocionalmente acorralada, le daba el beso de buenas noches y salía por piernas del dormitorio con cualquier excusa. Y ella se metía en la cama con una frustración de mil demonios, hasta que se quedaba dormida de puro cabreo.

Pero esa noche iba a ser diferente, no iba a esperar a que Paul tomara la iniciativa. Iba a arrinconarlo si era preciso, estaba segura de que él no era inmune. Monique sabía bien cuánto le afectaba su particular juego de «sí pero no», porque su erección lo delataba. Pensaba hacerlo babear. Blànche le había proporcionado el arma perfecta.

Tanto como perfecta no era, en realidad se trataba del único recurso *sexy* disponible. Rebuscó en los estantes del almacén de la *boutique* y halló un conjunto de lencería de novia olvidado entre montones de cajas que le vino como anillo al dedo.

Se ajustó el último enganche del ligüero y se miró en el espejo. Toda de blanco satén. Las medias también lo eran y aunque le gustaba demasiado aquella claridad inmaculada, le daba igual. Para ponerlo cardiaco valían, puesto que en cuanto viera cómo le sobresalía el pecho de las copas del sujetador, Paul le arrancaría la lencería a estirones y mordiscos sin fijarse ni en el color.

Antes de ponerse de nuevo el vestido que llevaba, se recolocó el sujetador. Tener un bebé reportaba ventajas añadidas. Una de ellas, el aumento de pecho que ahora lucía con una redondez que atraía los ojos masculinos como un imán. Los de Paul, en particular, se regodeaban avizores con esa sensual parte de su cuerpo.

Gabriel estaba tumbado en la cama y la miraba haciendo ruiditos y pedorretas.

—Cómo se nota que eres hombre, pequeñajo —dijo viéndolo detener los ojos justo donde debía ponerlos su padre en breves instantes.

Bajó las escaleras con él en brazos, sin percatarse de que había llegado una visita hasta que llegó al vestíbulo. La puerta de la casa estaba abierta y Paul hablaba con una mujer.

—Te traigo una caja con algunas cosas tuyas que dejaste en la casa. El nuevo dueño la llamó por teléfono, preguntando qué hacía con ellas.

—Ya le dije a tu hermana que podía tirarlas, no sé por qué te has molestado.

—A Giselle le supo mal y, claro, no iba a venir desde Bruselas. Así que me encargó que pasara por Avignon y te las trajera.

Acababan de entrar. Paul tiraba de la maleta de Delia, la hermana pequeña de Giselle. Monique la recordaba como una niña insoportable y consentida de ocho años, pero había crecido, de eso no había duda.

—Podría haberme llamado a mí y yo mismo me habría acercado a Avignon a recogerlas —le decía Paul.

—No es molestia, me venía de paso. Voy camino de Saint-Tropez. Iba, mejor dicho.

A Monique le molestó tanta sonrisa meliflua y tanto contoneo de caderas. Le vino a la cabeza un dicho que su hermano Richard usaba a menudo: «cara de boba, dientes de loba». La niña estúpida reconvertida en gogó de discoteca se le estaba insinuando a Paul con una falta de vergüenza absoluta.

Menos mal que Gabriel dio un gritito y su papá giró la cabeza, porque Monique empezaba a sentirse invisible.

—Ah, Monique —le sonrió con inocencia—. Ya os conocéis, me imagino. Supongo que te acuerdas de Delia, la hermana de Giselle.

—Claro que me acuerdo. ¿Cómo estás? Hace siglos que nos veíamos, por lo menos quince.

—¡Es verdad! Tú eres la chica aquella.

Lo dijo con tal desdén que Monique habría podido clavarle los colmillos, de haber sido una loba como ella. Pero no lo era, y para evitar tentaciones se repitió tres veces que ella era una mujer inteligente y muy bien educada.

—Delia ha venido a traerme la ropa y alguna cosa más que yo ni sabía que aún estaban en la casa que vendimos —le explicó Paul.

—Le estaba contando a Paul que se me ha estropeado el coche. Ha empezado a hacer ruidos y se ha parado. Gracias a que los hombres del pueblo son un encanto, me han ayudado a empujarlo hasta el taller ese que hay a las afueras. Y he tenido que caminar hasta aquí arrastrando la maleta —relató con cara de agotamiento, como si cruzar el pueblo fuera la subida ciclista del Tourmalet.

—Un fastidio lo de tu coche —dijo tratando de sonar amable.

—¿Y tú qué haces aquí? —le preguntó con una tonta caída de mandíbula.

—Monique y yo somos pareja. Y Gabriel es nuestro hijo.

—¿Qué? ¿Tenéis un niño? —Monique pensó que la barbilla iba a rozarle los pezones—. Qué mono.

Ni lo miró. En cambio, a Paul sí le regaló una caída de párpados y una sonrisa que a Monique no le gustaron nada de nada.

Paul soltó por fin el mango de la maleta que parecía habersele pegado a la mano con pegamento de contacto, se echó el pelo hacia atrás y se dirigió a Monique.

—Hasta que le arreglen el coche, le he dicho que puede quedarse en casa. Estás de acuerdo, ¿verdad?

Eso último lo dijo con un esbozo de sonrisa y una mirada sagaz que la acabó de enfurecer. No debería haber dejado que la conociera tan bien, porque a la legua se veía que era muy consciente de que estaba celosa. Monique se maldijo a sí misma por ser tan transparente.

—¿Cómo iba a importarme? —aseguró; la sonrisa de Paul era felina, se notaba que estaba disfrutando—. Tenemos habitaciones vacías, subiré a prepararte una, Delia.

—¡Gracias! —canturreó.

Adiós noche romántica, masculló Monique para sus adentros. La visita imprevista de la cuñadita gorrina y la cara de gozo de Paul sintiéndose protagonista de tanto tonto, le habían quitado las ganas. Se sentía ridícula con la lencería virginal y el ligero sorpresa debajo del vestido.

—Monique, ¿te ayudo a hacer la cama?

—No te preocupes.

—Yo estoy agotada —aseguró con un suspiro fatigoso—. Pero tú también debes estarlo. Ya veo que acabas de llegar del trabajo —le señaló las piernas con el dedo—. Como aún llevas las medias blancas. Giselle no me dijo que al final estudiaste para enfermera.

Monique apretó los dientes, dio media vuelta y tiró escaleras arriba con Gabriel en brazos. Tenía que fijarse en las medias blancas. Justamente.

—Mirada astuta —murmuró entre dientes—, cara de...
Y se mordió la lengua. No iba a decir palabrotas delante de su chiquitín.

13. Una visita inesperada

Sí, estaba celosa. ¿Y qué? E indignada porque aquel derroche de atenciones sin venir a cuento sucediera en su casa y ante sus mismas narices. Aunque, para qué negarlo, los celos ganaban a la indignación.

Y encima tenía que preparar la cena y poner la mesa para aquella arpía disfrazada de niña buena. O Paul era ciego o era tonto, por no darse cuenta del juego sucio que se traía con tanto piropo disimulado. Ni lo uno ni lo otro, reconoció Monique en su fuero interno. Lo que ocurría es que se ponía más ancho que un hipopótamo viendo a la cuñadita engordarle el ego.

Jérôme acostó a Gabriel mientras ella sacaba a la mesa el lomo y la ensalada que habían preparado entre los dos. En ese momento vio por el ventanal del comedor que llegaba el todoterreno con Paul al volante. Delia iba en el asiento de al lado, detalle que acabó de enfurecerla. Fue a abrir la puerta y, plantada en el dintel, los esperó de brazos cruzados, reconcomiéndose porque Paul la hubiera abandonado a su suerte para pasear a la huésped de marras, justo en la hora crítica de bañar a Gabriel, cambiarle el pañal, ponerle el pijama, darle el biberón y esperar a que se durmiera con la cena por hacer. Los vio cruzar la verja del jardín, ella como una señorona y Paul detrás con una caja de cartón que le ocupaba ambos brazos.

—¿Lo habéis pasado bien?

—Maravillosamente —respondió Delia.

Paul y ella habían ido al taller mecánico, donde aún estaba su coche pendiente de arreglo, porque la caja con las cosas de Paul estaba en el maletero.

Monique se hizo a un lado para dejarla pasar y, cuando Paul iba a hacerlo, bajó la voz para que solo la oyera él.

—Al desván o a la basura, tú verás. No quiero ver esa caja en el dormitorio.

Él la repasó con una mirada de advertencia que de súbito volvió a ocultar bajo aquella falsa cara de inocencia mezclada con guasa que lucía desde la llegada de Delia.

—¿Se puede saber qué te pasa?

—Lo sabes de sobra.

—Si te molestaba la presencia de Delia, haberlo dicho y se habría alojado en el hotel.

—Ya.

—Y la ropa que hay en esta caja es mía —puntualizó—. No son recuerdos de mi matrimonio.

La sugerencia le dolió. Aunque, en el fondo, lo que más le irritó fue que le leyera la mente. Pensar en un montón de cachivaches y ropa que él había compartido con Giselle de vuelta otra vez, aunque fuera un pensamiento absurdo, le provocaba un

pesar igual de irracional.

—Hummm... Qué bien huele. Subo a lavarme las manos —oyeron a Delia.

Pero ni Paul ni Monique le hicieron el menor caso, continuaron con su guerra visual a ver cuál de los dos apartaba antes la mirada.

Fue Monique quien retiró los ojos, pero no por derrota, sino porque el ruido de un motor reclamó su atención en la carretera. Paul giró la cabeza y lo que vio le sentó peor que un yogur caducado siete meses. Porque eso justamente es lo que tenía ante los ojos. Un yogurín que acababa de salir del coche, con una melena pelirroja hasta los hombros, vaqueros bajos enseñando los huesos de las caderas al andar y pinta de surfero comehembras. Lo vio avanzar hacia la verja a cámara lenta con un petate militar al hombro. ¿Qué se creía aquel payaso? ¿Que estaba en un anuncio de colonia? Para mayor escarnio, vio a Monique correr a su encuentro. Y sin poder hacer nada por sujetarla, como su instinto le impulsó a hacer, porque llevaba las dos manos ocupadas con la maldita caja.

Paul subió la caja al desván. Cuando bajaba de nuevo, vio cerrada a cal y canto la puerta del cuarto de baño del pasillo. Y por el ruido de dentro, se preguntó qué largo ritual de higiene realizaba Delia para lavarse las manos. Seguro que estaba retocándose el maquillaje como si fuera a una fiesta.

Desde el rellano de la escalera podía ver a través de la puerta abierta. Se quedó parado observando la escena. En el jardín, Monique estaba increpando al de la pinta de rey del surf. Él se arrodilló a sus pies y le cogió la mano. Paul perdió la paciencia cuando empezó a besuqueársela sin parar, incluso tuvo la desfachatez de ascender, un beso tras otro, hasta medio antebrazo. Todas las posibilidades desfilaron en su cabeza como las frutas en una tragaperras hasta que la ristra se detuvo en un triple luminoso que le calentó la sangre. Un exnovio, ¿eso era? Y cómo había llegado hasta allí y qué cuernos hacía delante de su casa besando las manos de Monique, que se hacía de rogar sin pedirle que se levantara de aquella risible postura, rodilla en tierra.

A ella le había cambiado la cara, se la veía satisfecha recibiendo los halagos de aquella especie de príncipe de los paquetes de galletas. Terminó de bajar las escaleras con una bomba de furia a punto de estallarle en la boca. Cuando cruzó el umbral, unas gotas le empezaron a mojar la camiseta y la cabeza, pero no le importó. La lluvia imprevista se intensificaba por momentos, Paul vio al visitante levantarse del suelo y, sin soltar la mano de Monique, corrieron a guarecerse en la casa porque aquello amenazaba con convertirse en un aguacero.

—Paul, te presento a Luc, es un compañero de la prensa gráfica.

Entendió que el Skywalker aquel era fotógrafo.

—Un placer —correspondió con frialdad, aunque le tendió la mano.

—Paul —indicó Monique—, el padre de mi hijo.

A Paul le molestó especialmente que no lo presentara como su pareja.

—Cómo han cambiado las cosas, Monique Briand, mamá.

Ella sonrió con glacial cortesía, detalle que no pasó desapercibido para Paul y se preguntó el porqué. Ya lo averiguaría más tarde, en cuanto el pelirrojo se largara por la puerta y quitara su coche del camino.

—Está lloviendo a mares —recordó Monique—. Quédate a cenar con nosotros. Seguro que en un rato habrá parado, aquí las tormentas de verano duran un chaparrón.

—Gracias por el detalle, eres una tía guay. Espero que me perdones y lo digo con el corazón en la mano. No sabes las veces que me he arrepentido durante estos meses —afirmó ante los atentos oídos de Paul y una seria Monique; su actitud suplicante desapareció y volvió a lucir su sonrisa de seductor—. Gracias por invitarme, tengo un hambre de lobo. Voy a aparcar bien el coche.

Paul esperó hasta que vio correr al tal Luc bajo el aguacero y se encaró con Monique.

—¿A qué ha venido?

—A pedirme perdón.

La tragaperras de la duda sentimental volvió a ponerse en marcha en la cabeza de Paul.

—¿Por qué? —exigió.

—Porque me lo merezco —aclaró, igual de tajante.

Paul estrechó la mirada hasta convertirla en una rendija de peligro contenido.

—¿Por qué tiene que quedarse a cenar con nosotros?

—Está cayendo un chaparrón de miedo.

—Tiene coche —objetó—. Que enfile hacia el bistró de la plaza o que se marche al hotel, en un sitio u otro le darán de cenar.

Monique le regaló la misma sonrisa fría que Paul le había visto mientras charlaba con el fotógrafo.

—Cortesía provenzal —alegó irónica—. La misma que tú mostraste invitando a Delia a quedarse. Seamos hospitalarios, Paul. Y relájate, te veo tenso.

—Él no es tu familia.

—Ni la mariputa esa tampoco —afirmó con los dientes apretados.

—Ese lenguaje —advirtió.

—¿Qué? Además, no sé por qué te molesta la presencia de otro hombre en la casa. Si es por lo bueno que está, que ya te digo yo como mujer que está para comérselo —puntualizó con maldad—, me sorprende todavía más. Puesto que no existo para ti. No te me acercas ni por error.

—Tampoco he notado que tú te acerques a mí. Tengo la impresión de que duermo con un maniquí.

Monique apretó los puños.

—¡Pero al menos yo tengo el valor de reconocer que estoy caliente!

Oyó pasos y se envaró, con un carraspeo de disimulo al ver que era Jérôme quien bajaba las escaleras.

—Misión cumplida, he conseguido dormir a mi nieto. Hoy me he ganado mi sustento, ¿cenamos? Me ha parecido oír que la cena ya está caliente.

—Por favor, Monique. ¡Te lo suplico! No me han renovado el contrato en *Paris Match*. ¿Qué voy a hacer?

Ella siguió con lo que estaba haciendo. De las dos botellas que tenía en la mano, eligió el burdeos, con el lomo iba perfecto. Todos aguardaban alrededor de la mesa, excepto ella y Luc. Pero a Monique no le afectaban sus ruegos lastimeros. Y se felicitó por la suerte que le había caído de nacimiento. Richard era implacable y su padre tan respetado como temido.

—Haberlo pensado antes, Luc. Te prestaste al juego sucio, hiciste unas fotos y te pagaron bien.

—¿Es que nunca has necesitado dinero? Por favor, Monique, una llamada de tu padre y volverán a readmitirme.

Monique lo miró de arriba abajo mientras descorchaba la botella. Por lo que Richard le había contado, a Phillip Vieil tampoco le iban las cosas mejor que cuando decidió impulsar su fama mediante el reportaje escandaloso. Según su hermano iba a acabar protagonizando culebrones en alguna cadena televisiva de la Martinica, eso era todo lo cerca que lo veía de París. Luc también había arriesgado su futuro profesional, porque cuando disparaba la cámara sabía el riesgo que corría.

—Mi economía no es asunto tuyo. Pero sí te diré que cada euro que me gasto me lo he ganado trabajando sin perjudicar a nadie —aseveró satisfecha—. Y no me vengas ahora con súplicas. Cuando hiciste esas fotos sabías que era yo, somos colegas y nos conocemos desde hace años.

—¡Te saqué de espaldas! Me preocupé de que no se te viera la cara.

—Luc, no me cuentes cuentos, que los dos estamos dentro de este negocio. Sabías de antemano lo que podía pasar.

—Esas fotos eran antiguas, Monique. Lo sabes.

—No me pidas piedad cuando tú no tuviste conmigo ni un mínimo de compañerismo.

Giró el rostro hacia la puerta al escuchar a Paul desde el comedor, apremiándola porque se enfriaba la cena. Amable manera de hacerle entender que estaban cansados de esperarlos. Y tenían razón; así que salió de la cocina no sin antes advertir a Luc de

que no se le ocurriera sacar el tema en la mesa.

—Ni una palabra más, Luc. Eras un fotógrafo serio y la cagaste, ahora asume las consecuencias.

Se unieron al resto en el comedor y Jérôme se dispuso a trinchar el lomo. Paul se sirvió ensalada e hizo correr el recipiente pasándoselo a Monique, con una mirada inquisitiva. La curiosidad lo reconcomía, respecto a la conversación que acababa de tener lugar en la cocina, pero ella eludió su silencioso interrogatorio.

La cena estaba deliciosa, sin embargo, la noche no transcurría precisamente como una velada idílica. Luc parecía haber olvidado dónde se encontraba, porque no paraba de ligar con Delia ante la vista de todos. En su comedor, comiéndose su comida y bebiéndose su vino.

Y Delia, visto lo visto, risita va, toqueteo viene por debajo del mantel, ignoraba el significado de la palabra «comedida».

—Esta tarde he visto una rata cruzar la carretera, ha sido horrible —comentó arrimándose al fotógrafo.

—Conozco un ratoncito muy juguetón.

Monique se tragó el bocado de golpe al escuchar aquel doble sentido claramente sexual. Y miró a Paul que también lo entendió.

—De esos no encontrarás muchos por aquí —le advirtió Paul con una mirada cortante—. En París son graciosos como los de *Ratatouille* pero las ratas de campo son más grandes que un caballo percherón.

Solo se oyó una risilla chusca de Jérôme. Y no fue el único que captó el mensaje, puesto que Delia entrecerró los ojos y le hizo morritos a Paul.

—¿Me defenderás tú si tropiezo con una de esas?

Monique ojeó a Paul y casi saltó por encima de la mesa, ¿a qué venía aquella sonrisa? Parecía encantado. Aunque un segundo después, como lo conocía mejor de lo que él imaginaba, constató que aquella pose era pura apariencia.

—Mañana tengo que madrugar —anunció levantándose—. Si me perdonáis, me marcho a dormir.

—¿Sin postre? —protestó Delia, con una vocecita mimosa—. Buenas noches, Paul.

Eso sonó todavía peor.

—Gracias por la cena, Paul —dijo Luc—. He comido tanto que creo que voy a tener dolor de estómago.

Delia se arrimó a él como una gatita en celo.

—No hay problema, tenemos una enfermera en casa. Ella te curará.

«¿Una enfermera?». Aquello fue la gota que colmó el vaso. Se levantó echando atrás la silla con un chirrido y apoyó los brazos en la mesa, consciente de que Paul la miraba estupefacto con la ensaladera en las manos.

—¡Soy periodista! —advirtió inclinándose hacia aquellos dos—. Tú eres idiota. Y tú una zorra.

Cogió la bandeja del lomo y, antes de marcharse, miró abochornada al único comensal sensato de entre todos los presentes.

—Lo siento, Jérôme.

—Por mí no te sofoques, *ma nine*. Esto es más entretenido que uno de esos *realities* de la tele.

Ya en la cocina, Paul cogió a Monique por el hombro. Estaba guardando los botes de las especias y se temió que de un momento a otro empezara a lanzarlos como proyectiles.

—Dime, ¿qué está pasando aquí?

—¿No tienes ojos?

Paul la sujetó con suavidad por la cintura y la obligó a apoyarse de espaldas a la encimera. Colocó ambas manos a sus costados y la miró a los ojos con una actitud amable que nada tenía que ver con la hosca rivalidad que se traían los dos desde la llegada de Delia.

—Me gustaría que me explicaras qué hace aquí ese de la melena, pero no voy a obligarte. Cuéntamelo solo si quieres hacerlo.

—Ha venido a disculparse —explicó con una exhalación, para tranquilizarse—. No, no es verdad. Está aquí porque ha perdido su empleo como fotógrafo en una revista muy importante. Su carrera hace aguas y quiere que yo hable con mi hermano para que vuelvan a contratarlo.

—¿Y para eso ha venido hasta aquí? Lo vi arrodillarse ante ti, no es manera de ir a pedir empleo.

—Él fue quien sacó las fotos en Acapulco y el responsable de que toda Francia haya visto mi culo.

Monique lamentó haberlo dicho, la mirada incendiaria de Paul la asustó. Y más cuando se apartó de ella, con intención de volver al comedor.

—Se va a enterar, el media mierda ese. Le voy a dar de hostias...

Ella rodeó la mesa y se apresuró a agarrarlo del brazo.

—Ven aquí. No merece la pena —rogó.

—Suéltame, Monique.

Pero ella todavía lo asió más fuerte.

—No pierdas los papeles como acabo de hacer yo —insistió, prácticamente implorándole—. Con uno de los dos que haga el ridículo esta noche, ya hay suficiente. Ha dejado de llover. Con mucha educación, voy a decirle que se marche.

Paul apretó los dientes. Y asintió en silencio para que se quedara tranquila. No habría paliza de dientes rotos y sillas volcadas, aunque se moría de ganas.

—Sí... No... Sí... Sí... Ah... ¡Sí!

—Oh... Mmm... Cómo te mueveeee...

El vapor dentro del coche podía cortarse, la temperatura era la de una sauna.

Los dos cuerpos se agitaban frenéticos y la carrocería se movía con un bamboleo de amortiguadores que parecía un carricoche de feria.

—Sí... Uhhhh... Sí... —Delia gimió mordiéndole la oreja.

—Tómala toda... Toma... Toma... —jadeó el pelirrojo mientras ella le estiraba los pelos empapados en sudor.

—Sí... Sigue... Me viene... Me ohhhh...

Ella tensó las piernas y aplastó el claxon con el pie izquierdo que pitó y pitó y pitó sin parar durante un larguísimo orgasmo.

Paul aún estaba terminando de meter los platos en el lavavajillas cuando escuchó la escandalera. Apartó la cortina y soltó toda la sarta de exabruptos existentes al constatar que el coche del melenas traidor aún estaba por allí. Salió a zancadas, mascullando un sonoro y provenzal: «Vai te caga!» para que dejara de tocar la bocina o iba a despertar a Gabriel.

Hasta que no cruzó la verja no se percató de lo empañadas que estaban las lunas del coche. Abrió la puerta del copiloto de un tirón y el pitido estridente cesó de golpe, para ser sustituido por un alarido femenino. Paul habría preferido ahorrarse el chillido y la visión de las nalgas blancas del pelirrojo, enterrado entre las piernas de Delia.

Se sintió tonto, estúpido y enfadado consigo mismo por haberle seguido el juego a aquella culebrita juvenil que había crecido hasta convertirse en una auténtica víbora. Y más lo sintió por Monique, soslayando con desprecio al sujeto que no hacía ni dos horas se arrodillaba ante ella y le cubría las manos de besos hipócritas.

No perdió más tiempo. Señaló al fotógrafo con el dedo.

—Tú, arranca el coche. Fuera de aquí cagando leches —sentenció con un tono bajo y amenazador—. Y tú, tienes quince minutos justos para sacar tus cosas de mi casa —ordenó mirando el reloj.

—¿Qué?

—¡Lo que oyes! Y espabila que te quedan catorce.

Monique salía del cuarto de Gabriel, que esa bendita noche los premi6 con un sueño profundo, cuando vio a Paul arrastrando la maleta de Delia por el pasillo.

—¿Qué ha sido ese escándalo? —preguntó en susurros—. Casi despierta a Gabriel.

—No quieras saberlo.

—Sí, sí quiero —insistió, con una elocuente mirada a la maleta.

—Es fácil de adivinar. Cristales empañados, cuerpos sudorosos y el resto de detalles te los ahorro.

Monique tardó en reaccionar durante el brevísimo lapso de tiempo que tardó en asumir lo necios que habían sido ella y Paul. Los celos provocados eran un arma de doble filo, porque al final los perjudicados con aquella humillante situación solo eran ellos dos. Y se juró no volver a utilizar esa trampa estúpida en su vida.

Claro que, tan adulta y sensata decisión no significaba que no pudiera darse un gustazo final.

—¿Y tú vas a bajarle la maleta a la señora marquesa? —cuestionó alzando las cejas.

—Por no verla entrar otra vez, lo que sea.

—De eso nada.

Le arrancó el mango de la mano y a tirón limpio la arrastró hasta el balcón del final del pasillo. La abrió de par en par, y con un levantamiento hercúleo, la lanzó por encima de la barandilla. El maletón cayó con un estruendo sordo y se despanzurró contra el suelo. Monique sintió una maravillosa sensación de bienestar al oír el grito de espanto de Delia. Por el rabillo del ojo observó el coche de Luc a unos cien metros, con las luces de posición encendidas. Le daba lo mismo, era mejor incluso que la estuviera esperando. Antes la perderían de vista. Apoyó la mano en la baranda y la vio recoger sus cosas que, con el golpe y despachurramiento de la maleta, habían quedado esparcidas por el jardín.

—¡Te voy a denunciar! ¡Te has cargado mi maleta de Louis Vuitton!

Monique rio con ganas, esa sí que era buena. Menuda lista.

—Pídele la garantía al chino que te la vendió —le gritó desde allí arriba.

Y cerró el balcón más relajada que si se hubiera tomado una garrafa de tila.

Después de la calma, vino la vuelta a la realidad. Jérôme salió en pijama al pasillo, preguntando qué era tanto jaleo de pitidos, golpes y gritos. Paul se lo explicó de manera sucinta, haciéndolo reír a carcajadas.

—Es como vivir dentro de una telenovela —exclamó con un nuevo arranque de risa.

Oyeron lloriquear a Gabriel. Monique puso cara de resignación, pero Jérôme se ofreció a mecer la cuna. Ella cayó en la cuenta que solo faltaba una hora para que volviera a despertarse pidiendo el biberón.

—Son casi las dos —dijo a Paul, ajustándose el cinturón de la bata.

Él le tendió la mano. Había presenciado con innegable diversión y aún más orgullo el espectáculo de la maleta voladora.

—Vamos —la invitó.

Bajaron las escaleras cogidos de la mano, en un mudo gesto de disculpa mutua.

—Ya tengo ganas de que deje de pedir la toma de la noche —confesó Monique— y duerma al menos hasta las seis.

—Yo también. Todo llegará.

Tan abochornados estaban que los dos preferían evitar hablar de lo ocurrido y de su infantil manera de actuar.

—Deja el biberón ahora —rogó Paul en la cocina—. Saca una botella de vino y dos copas.

Lo vio coger una sartén, encender el fuego e ir a la nevera. Cuando ella ponía las copas en la encimera, él ya batía dos huevos para hacer una tortilla de queso.

—Apenas has cenado —le explicó, indicándole con la cabeza que se sentara a la mesa.

Monique agarró el rollo de papel de cocina, para usarlo a modo de servilletas, y se sentó. La enterneció que tuviera ese detalle con ella. Cuando Paul le colocó delante el plato con la tortilla, ella lo arrastró con el dedo hasta el centro de la mesa.

—Tú tampoco has cenado mucho —recordó—. Me la comeré solo si la compartes conmigo.

Paul sonrió apenas, partió un trozo con el tenedor y se lo acercó a la boca que ella abrió como una niña buena. Luego tomó otro para él que masticó mientras Monique servía el burdeos que había sobrado de la cena.

—Por lo idiotas que hemos sido —brindó alzando su copa.

Paul entrechocó la suya y dio un trago de vino.

—Por que no se repita. Y me alegro de que lo hayas dicho en pasado. No tenemos motivos para sentir este tipo de inseguridades estúpidas, Monique. Ni tú ni yo.

Ella tomó un nuevo trozo de tortilla, pensativa.

—Es complicado. Giselle me eclipsaba, me hacía sentir fea, pequeña, desmañada. Y hay veces que el pasado regresa.

—No veo por qué.

—Porque tú te casaste con ella.

Paul encogió un hombro. No sabía cómo hacérselo entender.

—Esa historia es pasado. Un matrimonio que no funcionó, como miles y miles. No hay más.

—¿No le guardas rencor?

—¡Ya no! ¿Qué ganaba con ello? Me abandonó, sí, pero lo que hizo fue seguir

con su vida. Ella nunca se adaptó a vivir en un pueblo como Beauville. El campo ata mucho, es una servidumbre continua, veinticuatro horas al día, cincuenta y dos semanas al año. Y en verano, que es cuando más trabajo tenemos, olvídate de viajar. No encajábamos, eso es todo.

—Peor, te dejó en la estacada cuando tu madre estaba enferma.

—Hay cosas que hay que hacerlas solo si te salen del corazón. No la eché de menos, al contrario, me hizo un favor. Mi padre y yo necesitábamos cada minuto para dedicárselo a mi madre, porque sabíamos que se nos iba. No podía desperdiciar esos días valiosos peleándome con Giselle.

—Y la casa —recordó Monique—. No se portó bien.

—Ya da igual. La vendimos, saldé la hipoteca y adiós problema.

Monique tomó otro trozo de tortilla.

—Me admira tu capacidad para mirar adelante.

—Llevo años viviendo por mí mismo. Las decepciones pasan, siempre que no nos empeñemos en mantenerlas presentes en nuestra cabeza.

Paul llenó las copas y la miró a los ojos dudando si continuar o no. No sabía si era el momento para revelar lo que estaba a punto de decir.

—Hubo un momento en que te odié.

—¿A mí?

—Sí, a las dos. Fue cuando tú te marchaste y ella me confesó que aquellos *e-mails* los escribías tú. Piensa que entonces los cinco años que nos separaban se notaban mucho. Yo ya estaba en el ocaso de mi carrera deportiva y empezando a asumir las riendas del negocio. Mi padre es mayor, era mi futuro. Y no quería demorarme más ni dejar que la empresa fuera a menos, puesto que mucha gente vive de esto.

—Te sentiste engañado.

—Yo era un ingenuo, ya lo sabes. Y cuando Giselle me contó la verdad, me sentí utilizado por dos niñas que se divertieron a mi costa. Porque si yo hubiera sabido entonces que no era ella la chica con la que estaba convencido de hablar vía *e-mail*, seguramente no me habría casado con una mujer a la que apenas conocía. Pero todo eso te lo expliqué en una carta que vete a saber dónde fue a parar, ya te lo dije en el hospital el día que nació Gabriel.

Monique obvió el asunto de la carta dichosa, porque le recordó aquel mes de julio, cuando aún no sospechaba que llevaba un hijo en su seno, y su partida de Beauville, profundamente ofendida por las duras palabras de Paul.

—El verano pasado fuiste muy duro y muy claro.

—Fui sincero —matizó—. Eso era lo que sentía entonces.

—Eso no quita que no me doliera. Después de oírte, no te extrañes que la imagen de Giselle me ronde por la cabeza.

Paul estiró las manos por encima de la mesa y cogió las suyas.

—Algún día entenderás que para Giselle solo fui un trofeo. Hace meses que

llegué a esa conclusión. Me tuvo en el punto de mira solo porque sabía que yo te gustaba a ti. Tú te sentías inferior y no te dabas cuenta de que ella envidiaba tus notas, tu inteligencia y cómo brillabas en tus estudios. Para ella solo fui el caramelo que te arrebató para hacerte rabiar.

—No lo sé.

—Te lo digo yo. Ni te imaginas las veces que te tenía en la boca mientras estuvimos casados, con cada éxito tuyo, su envidia crecía —reveló. Volvió a servir un poco de vino y propuso un nuevo brindis—. Vamos a hacer un pacto, a partir de hoy vamos a dejar de lado a Giselle cuando hablemos de ti y de mí.

Monique correspondió haciendo sonar las dos copas.

—Prometido.

—Ella no pinta nada entre nosotros dos —agregó Paul—. Yo nunca te pregunto por los hombres que ha habido antes que yo. ¿Sabes por qué? Porque me importan un carajo. Lo que cuenta para mí es que estás aquí, ahora, y no solo porque tenemos un hijo. Hay algo más que te retiene aquí.

Monique sonrió; sí, ese algo era él. No hacía falta decirlo porque se le notaba.

—He disfrutado esta cena contigo más que ninguna desde que llegué.

Paul asintió con un leve gesto. A él también le llenaba compartir cosas con ella, tan sencillas como una tortilla y un solo tenedor.

—Yo también estoy caliente —confesó—. Hace mucho.

Monique se tapó los ojos con las manos. Y lo miró levantando un dedo detrás de otro, con un brillo de deseo y una sonrisa de diversión.

—Falta un cuarto de hora para que Gabriel pida el biberón.

—Suficiente —opinó, echando atrás la silla, en una clara propuesta para que se sentara encima a horcajadas.

—Ya hemos quemado la etapa de follamigos. No lo quiero así, ni tú tampoco.

—Yo soy muy primitivo y me adapto a todo —dijo entre carcajadas; alargó la mano para que ella se la diera.

A pesar de lo dicho, él también iba a querer más de ella que quince minutos contrarreloj. Miró la hora y se levantó.

—¿Mañana vas a madrugar para ir a nadar? —preguntó Monique.

—Esa era la idea.

Lo llamó con el dedo y él se inclinó para darle el beso de buenas noches. Se acercó en busca de su boca y con inmenso placer cumplió con su exigencia. Cuando separó los labios, se demoró acariciándole la nuca. Antes de abandonar la cocina, necesitaba sincerarse del todo con ella.

—Siempre has pensado que era yo quien tenía a Giselle en la cabeza, cuando el verdadero problema es que estaba en la tuya.

—A partir de hoy, ya no. Nunca incumplo mis promesas.

—Tienes cara de ser una chica de palabra —bromeó rozándole los labios con un rápido beso.

—Sube y duerme un poco que es tardísimo —murmuró Monique—. Ya me encargo yo de darle el bibe a Gabriel.

Paul salió de la piscina tiritando. Aún no había despuntado el sol y el agua almacenaba todo el frío del relente nocturno. Caminó rápido hacia las duchas, loco por abrir el grifo del agua caliente y meterse bajo el chorro. La prefería tibia, pero el contraste con la de la piscina lograba que la sintiese arder.

Sacudió la cabeza sin importarle las salpicaduras y se quitó el bañador, que dejó sobre un banco del vestuario. Fue entonces cuando lo oyó. Se quedó quieto como un animal al acecho. Se suponía que estaba solo en la piscina. Miró su reflejo en el espejo y su ridícula cara de susto. O no tanto. A ver por qué había un grifo abierto, si estaba solo. Y quién lo había hecho. Peor todavía, ¿quién estaba duchándose allí, a esas horas y sin avisar? Como hubieran entrado a robar y aquella fuera una maniobra de despiste, iba a cagarse en todo. Unos posibles ladrones por allí y él en pelotas. No sabía qué hacer, si vestirse, si coger un extintor de la pared a modo de arma defensiva... Finalmente decidió ir hasta la ducha, la poca lógica que funcionaba en el caos de posibilidades que era su cabeza, le recordó que nadie iba a entrar para no robar nada. Lo más valioso que había allí era el ordenador del despacho y los euros de la máquina de chokolatinas.

Caminó con sigilo asomándose poco a poco. La mampara de cristal esmerilado le dio la respuesta a todas sus dudas que fueron reemplazadas por otras distintas. Había alguien duchándose, por qué extraño capricho, por qué a esas horas y por qué no se duchaba en su casa. El visitante se pegó a la mampara y en aquella semiclaridad adivinó un par de pechos redondos. Una mujer. Lentamente su boca se curvó en una enorme sonrisa. Conocía de memoria esa manera de enjabonárselos en círculos, disfrutando de sus propias caricias.

—Chica mala —murmuró yendo a toda prisa a su encuentro.

Aprovechó que estaba de espaldas y le dio un ligero empujón con el torso para hacerla volver a él agarrándole un pecho con cada mano.

Levantó la cara y dejó que el caudal tibio los envolviera a los dos como una fina lluvia.

—¿Te has perdido? —jadeó en su oído.

—Y tú me has encontrado, qué suerte tengo.

Paul le dio la vuelta y la levantó en volandas, empujándola contra la pared. Se empotró entre sus piernas abiertas. Las ventajas de la natación, tenía tanta fuerza en los brazos y las piernas que estaba increíblemente cómodo sosteniéndola contra la pared, saciándose con sus pezones como desayuno.

—Cuánto nos gusta el agua —gimió Monique entre risas, anclando las piernas en sus caderas.

—Tú me gustas más.

La penetró con un movimiento, para que no se moviera de donde la tenía. Y con rápidos empujes la llevó a la locura. Paul se sorprendió de la rapidez de su orgasmo, quería hacerlo durar porque ella se había lubricado con algún potingue misterioso que le provocaba frío y calor. No pudo aguantar. Sintió que se derramaba con cada contracción que lo reclamaba para ella, más, más y más...

Desayunaron en el café de la plaza. A esas horas, con el sol todavía bajo, era una delicia estar en aquella terraza.

—Me gusta esto de hacer cosas tú y yo. Y no me refiero solo a actividades acuáticas —precisó en voz baja.

Con expresión maliciosa, Paul le hizo cosquillas en la cintura. Ella le atrapó la mano y la sujetó sobre la mesa, jugueteando a hacer manitas.

—Me siento como si fuéramos novios —confesó ilusionada.

—Nos saltamos esa etapa y ahora estamos recuperando el tiempo perdido.

Y se alegró de haberlo dicho en voz alta. Gabriel era la alegría de sus respectivas vidas, pero no el centro de ellas. Le rodeó el cuello con un brazo y la acercó para besarla con una dulzura perezosa.

—Nos mira todo el mundo —murmuró, apurada y feliz.

—Esto es la Provenza, cariño —dijo satisfecho—. Miles de turistas vienen hasta aquí para llevarse un recuerdo romántico como este. Y nosotros tenemos la suerte de que podemos hacerlo todos los días y a todas horas.

El camarero, con el mandil anudado bajo la oronda barriga, se puso de su parte con un convencido «¡Bien sùr!» al pasar por su lado. Paul alzó la mano y el hombre se la chocó, puesto que estaban de acuerdo.

Monique se reclinó en la silla, agotada por el madrugón y por la sesión de sexo matinal, pero contenta y con ganas de sonreír a las nubes. La plaza estaba engalanada con tiras de banderitas de papel y Paul, observando cómo se fijaba en ellas, volvió a cogerle la mano para jugar con sus dedos.

—¿Sabes qué día es hoy?

—Quince de agosto —dijo sin dejar de vagar la mirada por la plaza—. El Festival de la Lavanda.

A él le hizo especial ilusión que se acordara. Difícil no hacerlo, cuando el pueblo entero llevaba semanas preparándose para la celebración.

—La gente de la fábrica ha preparado una carroza.

—¿Sí? No lo sabía, hace días que no subo por allí. ¿Tú irás en ella?

Se trataba del remolque del tractor engalanado con flores de papel de colores y unos arcos de metal con guirnaldas, imitando las antiguas carretas.

—Hace años que no voy en la carroza, desde los veinte por lo menos.

—Y ¿crees que habrá sitio para mí?

—Claro que sí —aseguró sorprendido—. ¿Quieres desfilas ahí arriba?

—¡Sí! Y Gabriel también, es su primer Festival de la Lavanda. Me hace tanta ilusión que ya me estoy emocionando. Quiero que nos hagan muchas fotos de recuerdo.

La brisa cálida hizo acto de presencia removiéndole el pelo, Paul se lo apartó de la cara demorándose con el placer de acariciarle el rostro.

—Ya os las haré yo cuando os vea pasar.

Monique le acarició el dorso de la mano con el pulgar.

—Entonces, tú no saldrás en el desfile.

Paul adivinó el curso de sus pensamientos.

—¿Quieres que os escolte a caballo? Porque tendría que cepillarlo y enjaezarlo...

Rebufó estirando los brazos por encima de la cabeza, hastiado solo de pensar en ello, y ojeó a Monique. Ella no decía nada, se limitaba a mirarlo con ilusión. Paul cogió una servilleta de papel, hizo una bolita y se la lanzó como castigo.

—Eres una caprichosa.

Ella sonrió feliz. Era una gozada ver cómo se cumplía su deseo; y sin necesidad de soplar una florecita algodonosa de diente de león.

14. Con buena voluntad

Monique había encontrado tiempo para sí misma y, sobre todo, para disfrutar de esos ratos de lectura en soledad que tanto echaba de menos. Muchas tardes, se sentaba a la sombra de un castaño y hasta la hora de la cena, perdía la noción del tiempo releendo el cuaderno escrito por Marissa Feraud. A veces, levantaba la cabeza de las páginas y se quedaba pensativa, con la vista fija en la línea del horizonte. El relato le recordaba la conversación mantenida con Jérôme el día que fueron juntos a recuperar aquella libreta y él le contó el significado del diario de notas del secreter.

No podía olvidar el extraño amor de Jérôme y Elora. Su renuncia a luchar por una meta imposible y su matrimonio con la madre de Paul. Él había crecido con el referente de un matrimonio cariñoso y desapasionado. Monique intuía que esa era la razón por la que, en principio, aceptó cuando ella le propuso en París vivir juntos como un acuerdo. Por y para su hijo, y a él no le extrañó porque fue el nexo de unión de sus padres que vivieron por y para él.

A esas alturas del verano, Monique tenía las ideas claras. No era ese el tipo de vínculo que quería para ellos. Gabriel siempre los mantendría unidos, pero ella quería que su relación tuviera cimientos más profundos. Ellos dos se amaban, pero tenía miedo de que el amor no fuera suficiente, puesto que la realidad era que pertenecían a mundos distintos. Tenían que conseguir ese tipo de aficiones compartidas, ilusionarse por los mismos proyectos, alegrarse de los éxitos del otro y apoyarse en los malos momentos.

Ella dio el primer paso con la idea de las camisetas como promoción y él había dado el segundo, alentándola a escribir la historia de Elora. Un proyecto que en ese momento vislumbraba lejano pero posible. No tanto como hacerse rico apostando en las carreras de galgos, pero sí como una ilusión a la que dedicarse de lleno a la que aún no le había llegado su momento.

Existían ilusiones mucho más cercanas que compartir y así lo decidió de camino a casa.

Mientras bañaban a Gabriel, se lo dijo y logró sorprenderlo.

—Por supuesto que puedes venir. Me alegraré mucho de verte en el campo.

—De vernos —puntualizó—. Gabriel viene conmigo, ¿creías que iba a dejarlo en casa? Para él también va a ser su primera cosecha.

La alarma que despertó a Paul sonó de madrugada. Monique se revolvió bajo la

sábana, como una criatura perezosa. Antes de que abandonara la cama, lo retuvo pidiéndole un beso.

—El médico me ha dicho que dentro de un mes le iremos introduciendo los cereales en la dieta. Y dice que al estar más satisfecho, dormirá toda la noche de un tirón. ¿Te lo imaginas?

—Sueño con ese día —aseguró besándole el cuello.

—Qué descanso —musitó desperezándose—. Tendremos que celebrarlo.

Sus pechos erguidos en aquella postura, atrajeron toda la atención de Paul. Por un rato que se retrasara no iba a hundirse en mundo. Y para algo mandaba más que nadie.

—Lo celebraremos así. Cansándonos hasta agotarnos —afirmó abriéndose hueco entre sus piernas, amándola como solo él sabía.

Fue una mañana para recordar. Monique evitó madrugar, porque no iba a segar, y acudió al campo con Gabriel cuando ya estaba bien alto el sol.

Cuando llegó a la finca de la Jabonera, casi se queda sin resuello subiendo la cuesta con el pequeño en brazos. Se asustó viendo a los caballos trepar casi como cabras; había que ser un jinete muy experto para no caer por encima de la cabeza de la montura en laderas tan empinadas. Los hombres se afanaban a colocar de pie las gavillas y Paul les iba dando indicaciones de dónde agruparlas. Al ver a Monique, retrocedió hasta el camino de tierra.

—No se pueden apilar —le explicó, después de darle un beso que fue jaleado con más de un silbido—. La flor debe secarse de pie.

—Creía que extraías la esencia con la flor fresca.

—Sí, pero dejamos que pierda la humedad de la mañana durante dos días. Así es de mayor calidad.

—¿Cuántos kilos se necesitan para extraer un litro de esencia? —preguntó con curiosidad.

—Esta que ves, es lavanda verdadera, la vera flor. La única que se usa en alta perfumería. Para obtener un litro de aceite esencial necesito ciento cincuenta kilos de flores.

—¡Eso es una barbaridad!

—Esa esencia es oro líquido. Tanto o más que la de jazmín de Grasse. Estas flores son el tesoro de la Provenza, Monique. ¿Entiendes ahora por qué la estimo tanto? ¿A que sí, Gabriel? —aseguró, pellizcando con cariño la mejilla de su hijo.

—Gabriel dice que sí —confirmó sonriente.

—Es bueno que lo hayas traído. Quiero que aprenda todo esto desde pequeño, al

menos mientras esté aquí. O mientras viva su abuelo.

La alegría de Monique desapareció de repente.

—¿Por qué dices eso?

Él le besó los labios con una mirada imperturbable.

—Porque yo no tengo derecho alguno sobre esta tierra, el aparcerero es mi padre en virtud de un apretón de manos. Un contrato verbal entre Elora Feraud y él.

—¿Así de simple? ¿Dándose la mano?

En su cabeza urbanita no cabía que se respetara la palabra como si fuera ley.

—Tiene tanto valor como un contrato escrito, pero solo mientras viva mi padre. Y así pensamos pelearlo en un juicio si Allamand se empecina en complicar las cosas. Todo por rencores políticos, ya que mi padre apoyó al candidato del bando rival.

—Tanto que presumía de hombre de palabra —refunfuñó Monique rememorando el discursito moralista que le soltó en plena plaza.

—Pero el día que mi padre no esté, ya veremos qué pasa.

—No pienses en eso ahora. Además, no iba por ahí mi pregunta. Aclárame por qué has dicho «mientras Gabriel esté aquí».

Paul resopló, buscando las palabras adecuadas.

—Monique, no me hago ilusiones. Tú eres periodista y muy buena. ¿Qué vas a hacer siempre aquí? Hace poco te sentías anulada de tan agobiada como estabas con la llegada de Gabriel. Algún día volverás a sentirte anulada de pura inactividad.

—Vamos a ver —rebatía, con idéntica prudencia verbal—, hay muchos medios de comunicación locales. Incluso un periódico de Marsella es de mi padre. Pero eso da igual. Para escribir artículos solo necesito una conexión a internet y un ordenador.

Paul le cogió la mano derecha y le mostró los callos en la palma de la suya. Luego levantó su dedo medio, que lucía el callito de apoyar el bolígrafo; Monique era de la generación que aún tomaba los apuntes a mano.

—El campo es esclavo y desagradecido, ya lo sabes.

Monique le mostró la palmas abiertas y le señaló los callos que le habían salido debajo de cada dedo.

—Lo sé.

Paul le dio un impetuoso beso de castigo.

—Tramposa, esos callos son del manillar de la bici.

Esa noche se ducharon juntos. Monique disfrutó enjabonándolo y dejándose enjabonar por sus manos. Demorándose en cada curva, redibujando los contornos con espuma. Besándose bajo el chorro de agua tibia. Paul la envolvió en una toalla y, después de secarla de la cabeza a los pies, le tendió otra seca con la muda petición de

que le diera el mismo placer. Y lo hizo, Monique era una experta en despertar su codicia con caricias.

La llevó en brazos hasta la cama, exigiendo sus besos. La tumbó, abriéndole las piernas con las suyas. Monique se dejó hacer. Susurró pidiéndole que le lamiera el cuello, los pechos, la oquedad del ombligo hasta que Paul tomó la iniciativa y le besó el interior de los muslos, acercándose cada vez más a su sexo hinchado por el deseo. Lamió con una delicadeza que se oyó a sí misma suplicando en voz alta. Él intensificó el envite de su lengua, moviéndola con la maestría de quien conoce sus deseos más secretos hasta que ella le estiró del pelo, avisándole de que estaba muy cerca de culminar. Paul retiró la boca con erótica maldad.

—Llegué a creer que no volvería a probar tu sabor —murmuró, mordisqueándole el pubis. La sorpresa de sus dientes le provocó algo parecido a descargas eléctricas—. Un placer que es solo mío. Podías tatuarte mi nombre aquí —volvió a hacerla brincar con un nuevo mordisquito.

Monique lo obligó a levantar la cabeza para verle los ojos.

—El día que tú te tatúes el mío donde tú sabes.

Paul reptó para colocarse sobre ella, con una risa profunda. Y la besó, le encantaba compartir su sabor a mujer con ella y a Monique le parecía uno de los juegos más sensuales que existían. La penetró por sorpresa susurrándole al oído.

—Mejor nos conformamos con un rotulador permanente.

Ella rio con los ojos cerrados. Paul se meció con ella y, poco a poco, sus risas se convirtieron en gritos ahogados.

Monique llevaba tiempo madurando la idea de escribir una novela sobre la historia de Marissa y Elora. Le apetecía probar el reto de escribir ficción. Y mucho más basando la historia en hechos verídicos. Pero, a pesar de lo que llegó a emocionarla la lectura de aquellas páginas, temía que no despertara interés en otras personas.

Era afortunada de disponer de bastante tiempo libre desde que vivía en la Provenza. Y como se conocía a sí misma, reconocía que Paul llevaba bastante razón al opinar que con el tiempo acabaría por echar de menos el tipo de retos y satisfacciones que le aportaba la escritura.

Pero quería una opinión sincera, sin rodeos. A ser posible de una persona tan directa como sensible para apreciar los matices de la vida de aquella mujer que se vio obligada por las circunstancias y la intransigencia, a ir de un lugar a otro en busca de hogar donde su hija fuera feliz. Como otros muchos, ella había presenciado los rostros de los que sufren similares injusticias. Llamó a París, con intención de recabar la opinión de Patricia.

Durante la primera media hora de charla, le estuvo contando su proyecto.

—¿Serás sincera si te parece una vida desgraciada de tantas?

—Ya sabes que sí. Me has despertado la curiosidad de una manera, que estoy deseando que me cuentes la historia de esa señora.

Monique sonrió.

—Enseguida. Pero antes ve a buscar una caja de pañuelos de papel.

Esa noche Patricia soñó con una carta que nunca llegó a las manos que debían leerla. Que fue enviada desde la región alemana de Renania. Que llegó a una dirección de París y, al no hallarse su destinataria, fue devuelta a su país de origen con la palabra «Desconocido» estampada en el anverso con tinta roja.

Y soñó con un hombre que salió de su casa. Que acababa de mentirle a su esposa diciéndole que salía a dar un corto paseo. Patricia vislumbró en su sueño cómo se perdía bajo la llovizna. Pudo verlo sentándose en el banco de un parque, abrir el sobre y, después de leer las palabras que él mismo había escrito, cómo la dejaba caer a sus pies. Marissa se había esfumado, nunca sabría cuántos años, en secreto, llevaba pensando en ella. Y a pesar de ser un viejo soldado, en aquel sueño lo vio sacudir los hombros mientras sus anhelos se deshacían en lágrimas. Mientras las palabras de amor, emborronadas a sus pies, se las llevaba la lluvia...

Patricia se despertó sobresaltada y se incorporó de golpe. Tenía el camisón empapado en sudor y sentía que le faltaba el aire. Los remordimientos eran un peso muy difícil de soportar. Se preguntó cómo había podido cometer tal equivocación, quién era ella para decidir el destino de nadie. Solo había sido un sueño, pero ¿acaso la carta de Conrad Berg no pudo ser real? Nadie podía asegurar que todo aquello no hubiera ocurrido de verdad. Y ella le había arrebatado a su amiga la posibilidad de decidir por sí misma al ocultarle la que Paul le entregó con el ruego de que se la diera. Se dejó llevar por el cariño y el afán por proteger a su amiga. Era tarde para lamentarse, pero no para reconocer que los sentimientos a flor de piel no son buenos consejeros.

Se preguntó qué podía hacer para enmendar su error, más allá de pedir perdón a los dos, a Paul y a Monique. Y darle la carta, eso era obvio, además de una convincente explicación. Pero ¿cómo hacerlo? De inmediato le vino un nombre a la mente: Richard, él sabría aconsejarla, confiaba en su opinión, y no solo por ser el hermano de la interesada.

—¿Tan importante es lo que tienes que contarme?

—Perdona que me haya presentado así, sin avisar. Siento interrumpirte.

Richard estaba en su despacho cuando la secretaria lo avisó de la llegada de Patricia.

—No me interrumpes. Pero es la primera vez que vienes aquí y solo ha sido eso, la sorpresa. Ya veo que no te ha costado encontrarme —apuntó con una sonrisa.

—Tampoco hace falta ser muy lista —objetó con una mirada elocuente—. Este edificio no pasa desapercibido con ese letrero gigante de la fachada. Y ahí abajo, ha sido pronunciar tu nombre y solo les ha faltado extenderme una alfombra roja hasta aquí.

Richard se echó a reír. Observó que Patricia examinaba la estancia con una mirada rápida.

—¿Te gusta?

—Es muy tú. Masculino, organizado, elegante y discreto.

A Richard le gustó su descripción, por lo que implicaba respecto a la imagen que tenía de él. Se levantó de su sillón y se sentó en una esquina de la mesa, muy cerca de ella, para escucharla.

—Qué es eso que te preocupa tanto.

—He cometido un error muy grave, Richard. Imperdonable.

—Tan grave no será. Cuéntame.

—Hace mucho tiempo, cuando Monique estaba embarazada, Paul vino a casa y me dio una carta para ella. Me pidió que se la hiciera llegar. Al día siguiente viniste tú y estuviste muy desagradable.

—Como tú, entonces nos portábamos así los dos, recuérdalo.

—Sí, lo reconozco. Pero nuestras diferencias de entonces no vienen al caso. Yo me enfurecí contigo por lo antipático que te mostraste y me vengué con Paul y de paso con todos los hombres. Pensé que Monique no necesitaba más disgustos en ese preciso momento en que los médicos le habían aconsejado reposo absoluto.

—No le diste nunca esa carta —dedujo Richard.

—No te la entregué a ti, junto con el resto del correo aquel día, ¿te acuerdas? Pero debí dársela a Monique, no soy quién para confiscar la correspondencia de nadie. Esta mañana me he acordado de que ese sobre aún está en el mismo cajón donde lo dejé olvidado hace meses.

—Sea lo que sea lo que diga esa carta, Paul ya se lo habrá contado, ¿no crees? Hace mucho que viven juntos.

—Esa no es la cuestión. Si la hubiese leído en su momento, quizá las cosas entre ellos habrían sido diferentes. Y Paul no se habría perdido la oportunidad de vivir el embarazo de su primer hijo.

—Lo único que creo es que solo puedes resolver este embrollo hablando con Monique. Llámala y cuéntaselo tal como me lo estás contando a mí.

Patricia se retorció las manos sobre el regazo y lo miró angustiada.

—Debo hablar con ella cara a cara, explicarle por qué lo hice y, sobre todo, disculparme personalmente con Paul.

—Muy bien, pues vámonos a la Provenza —decidió Richard—. Yo te acompaño. Ella lo miró sorprendida, no esperaba que se ofreciera a acompañarla.

—No es necesario que dejes tus compromisos, ya viajaré yo sola. A fin de cuentas, soy yo quien debe solucionar este lío.

—Está bien, si no quieres que vaya contigo...

—Sí quiero —se le escapó.

Richard le acarició la mejilla y enseguida apartó la mano.

—Perfecto pues. ¿Tienes planes para este fin de semana? —Patricia negó con la cabeza—. Nos iremos el viernes por la tarde y el lunes a primera hora ya estaremos de regreso en París. Déjame que lo organice todo.

—Puedo hacerlo yo también.

—Insisto, me ocuparé yo. ¿Conoces la Provenza?

—No he estado nunca en el sur. Mi familia vive en la Bretaña.

—No es que sea un fanático del campo, pero estoy seguro de que todo aquello te va a gustar. Además, estoy deseando ver cuánto ha crecido mi sobrino. No tengo otro, ¿sabes? —bromeó alzando las cejas.

15. Historias que merecen ser contadas

—Sí, una escapada. Eso me ha dicho Patricia —comentó Monique durante el desayuno—. El lunes hablé con ella y no me dijo nada.

—Lo habrán pensado de improviso, por eso se llaman escapadas —opinó Jérôme.

Paul untó mantequilla en un trozo de *baguette* aún caliente. Acostumbrados como estaban él y su padre a desayunar con pan congelado, del día anterior o galletas industriales, aplaudían la manía de Monique de mantenerse en forma. La bicicleta era un ejercicio sanísimo, la animaba Jérôme, con los dedos cruzados para que no dejara de pedalear hasta la panadería con la fresca de la primera hora, gracias a lo cual disfrutaban de pan oloroso y crujiente.

Ella volvió a servirse café y leche.

—Llegarán este fin de semana.

—Me alegro de que lo hagan. Espero que sirva para limar asperezas —comentó mirando a Monique—. Cuando estuve en París, no hubo buenas vibraciones entre Patricia y yo. Tu hermano tampoco se mostró especialmente amistoso.

—Eso ha cambiado.

—¿Su opinión hacia mí?

—Sí. Igual que cambió la relación entre ellos dos, como de la noche al día.

Jérôme asistía a la conversación alternando la mirada entre uno y otro, sin intervenir.

—¿Y eso?

—Me notan contenta —explicó, mirándolo con íntima complicidad—. Y, casualmente, no achacan esta alegría a la tranquilidad ni a la llegada de nuestro hijo. Todo el mérito te lo achacan a ti, ¿por qué será?

Paul sonrió satisfecho. Si su padre no hubiera estado presente, ya la tendría sentada en sus rodillas comiéndosela a besos.

Monique se pasó la servilleta por los labios y apoyó los antebrazos sobre la mesa, dispuesta a consultar con ellos una idea que llevaba días cavilando.

—Cuando llamé a Patricia el otro día, en realidad, más de dos horas nos tiramos al teléfono —explicó, suspirando al recordarlo—, le hablé del cuaderno de Marissa. Bueno, no os imagináis, las dos lloramos mientras le contaba la historia de esa mujer.

—Fueron tiempos difíciles —dijo Jérôme.

—Para unos más que para otros —opinó Paul.

—Le hablé de tía Elora y de todo lo que sé ahora gracias a lo que dejó escrito Marissa respecto a su nacimiento. Imaginamos cómo se debió sentir al saber que no era hija de la vergüenza, sino fruto de una intensa y efímera historia de amor.

Jérôme se levantó y comenzó a recoger la mesa del desayuno. Monique lo miró de reojo, intuía que la mención a tía Elora hacía que reviviese recuerdos que le

incomodaban en presencia de su hijo y que ese era el motivo de alejarse de la conversación. Respetando su decisión, se dirigió a Paul.

—Patricia me animó a contar la historia, de la madre y de la hija. O de Marissa hasta que nació la niña y vino a Beauville. En realidad, ni sé qué se puede contar ni por dónde empezar.

—¿Te refieres a escribir un libro?

—Una novela —matizó—. Creo que la idea es buena, llevo toda mi vida escribiendo, pero nada tan largo ni con un estilo literario. Y el caso es que intentarlo me despierta un gusanillo dentro que no había sentido nunca.

—Hazlo. O inténtalo al menos.

—No sabría ni por dónde empezar. De momento, solo tengo unas cuartillas manuscritas.

—Por la mejor mano que pudo escribirlas, la de la auténtica protagonista.

—Sí, pero... —Vacío antes de seguir—. Ese es el caso, que no es mi historia. Me encantaría hacerles a las dos un homenaje. A tía Elora, sin duda se lo debo.

—¿Qué pierdes intentándolo?

Paul parecía tan convencido... Pensativa, se entretuvo en recoger con la mano las miguitas del mantel. Se levantó y las echó al cubo de la basura.

—No me pertenece, Paul. No tengo derecho a remover el pasado. Si al menos pudiera pedirles permiso, pero eso es imposible. Tengo la sensación de estar traicionando un secreto que fue escrito por Marissa para que lo leyera solo una persona, su hija.

Se acercó a Paul y él la sujetó por las caderas. Esa mañana se había puesto un pantalón corto y una camiseta que le dejaba a la vista el ombligo. Tanto preocuparse por la línea, cuando era dueña de un cuerpo tan tentador. Dejó de lado los pensamientos golosos y volvió a lo que le ocupaba, para Monique era importante.

—Yo no opino como mi padre. No creo que *madame* Elora te dejara esa llave por lástima.

Monique frunció una esquina de la boca. Paul le cogió la mano, consciente de su incomodidad al saber que estaba al tanto de la conversación que ella y su padre mantuvieron, cuya sinceridad no la dejó muy bien parada.

—No, no fue la lástima —recalcó—. Tu tía te dejó la llave de su secreter, precisamente a ti, porque eras la única persona que conocía con talento y pasión para contarla.

Monique se mordió los labios y sacudió la trenza con la cabeza llena de dudas.

—Escribir artículos no tiene nada que ver.

Paul le cogió la mano.

—Recuerdo ciertos *e-mails*... Yo me enamoré de una chica que ponía el corazón en cada párrafo.

Ya no le causaba rencor aquel episodio del pasado, ni le hacía sentirse engañado. Era ternura lo que le provocaba su recuerdo.

—Sí —musitó, evocando días tan lejanos.

—Vuelve a hacerlo —la animó, besándole los nudillos—. Deja que sea tu corazón el que mueva los dedos sobre el teclado.

Richard cambió de idea a última hora y tomó dos billetes en el tren de alta velocidad para el viaje de ida, no así para el de regreso que lo harían en avión. Su decisión obedecía a la necesidad de conocer mejor a Patricia y las casi cuatro horas que tenía por delante, desde París a la Provenza, les brindaban la oportunidad de conversar con intimidad. Una vez en Beauville, pocas veces podrían estar a solas.

Ya llevaban un buen trecho del viaje. El pasajero que ocupaba la butaca más cercana a Richard al otro lado del pasillo corregía exámenes. De matemáticas, por lo que se deducía de una mirada rápida a los papeles que amontonaba sobre la mesilla. De tanto en tanto se reía solo, sin dejar de rayotear con saña sobre los ejercicios con un bolígrafo rojo. A Richard le recordó a cierto profesor tirrioso de su segundo curso de Bachillerato. Dejó que el hombre siguiera suspendiendo a sus alumnos con sádico placer y miró a Patricia. Hacía rato que guardaba silencio distraída.

—Estás muy callada, ¿te preocupa la reacción Monique?

Ella negó con la cabeza, se acomodó ladeándose en el asiento para poder hablar cara a cara.

—Estaba pensando lo poco que te pareces al tipo odioso que conocí.

Richard sonrió despacio.

—Yo me pregunto a veces qué fue de la bruja que me recibía siempre con las uñas afiladas.

—¿Así me veías? —murmuró.

—Así te mostrabas.

Patricia se apartó la melena y la dejó caer sobre el hombro derecho.

—No empezamos con buen pie. Fue horrible que abrieras la puerta cuando estaba haciendo algo para lo que todos exigimos absoluta intimidad.

—Te pedí disculpas.

—No fue solo eso. Aquel día estaba especialmente enfadada y tú pagaste mi frustración —confesó algo cohibida—. Había tenido una cita con un hombre que parecía encantador pero no llevábamos ni media hora y me soltó que las «sudamericanas» somos muy listas porque venimos a Europa y todas conseguimos casarnos bien.

—Un imbécil.

Patricia apretó los labios, recordando la humillación que sintió.

—No tengo intención de cazar a nadie. Pero además, ¿es que yo he nacido aquí!

Mi padre nació en Paraguay, pero yo solo he estado allí una vez de vacaciones para conocer a mis abuelos. ¡Soy francesa, y aunque no lo fuera, no hay derecho! — exclamó indignada—. No te imaginas lo mal que me siento cuando tengo que aguantar ese tipo de comentarios.

El hombre del bolígrafo inmisericorde rezongó en voz lo bastante alta para que lo oyeran, protestando por la falta de silencio. Richard lo miró por encima del hombro y retornó la atención a Patricia.

—Me cuesta creer que exista gente tan borde —afirmó, bajando un poco la voz—. Libertad, igualdad y fraternidad significa mucho más que cantar *La Marsellesa* con la mano en el corazón en un partido de fútbol.

La observó con detenimiento, admirando la belleza de sus ojos ligeramente almendrados y su piel del color de la canela. Cuánta belleza había en aquellos rasgos latinos. Quiso saber más y ella le contó que su madre fue de mochilera a recorrer América del Sur y que, meses después, su padre cruzó el Atlántico por amor, tras aquella turista bretona que le robó el corazón. Ella y sus hermanas habían heredado los rasgos del padre, con cierta ascendencia de indios guaraníes, que les inculcó el orgullo por sus raíces, su cultura y tradiciones, y se empeñó en que hablaran español además de francés, sin olvidar la lengua guaraní tan viva, rica y cotidiana entre el pueblo paraguayo.

—Estoy orgullosa de quién y cómo soy. Y no pienso alisarme el pelo como hacen muchas para disimular su origen.

—No lo hagas —rogó tomando entre los dedos un tirabuzón, tiró de él y volvió a enroscarse para su deleite—. Sería pecado.

A pesar de su mirada admirativa, Patricia sentía un mal humor inevitable cuando hablaba de ello. Pidió que la dejara pasar para ir al lavabo y Richard aprovechó para estirar las piernas. El profesor seguía inmisericorde, garabateando aspas y tachaduras de un rojo cruel.

Ella regresó y ambos volvieron a ocupar sus asientos. Hacía bastante que habían dejado atrás Lyon; ya surcaban los viñedos occitanos. Por la ventanilla se veía un paisaje dominado por la presencia de la gran mole caliza del Mont Ventoux, la montaña de los vientos. Patricia comentó admirada la hermosa imagen del gigante blanco de la Provenza.

—Esta tierra es un precioso lugar para vivir —comentó más animada—, Monique ha escogido bien.

—París también es un buen sitio —rebatía Richard—. Está lleno de rincones increíbles.

—Es verdad —reconoció recordando el pasaje de los Suspiros, por el que habían paseado juntos esa semana.

Eran muchos los paseos vedados al tráfico rodado. Pequeñas callejuelas de adoquines, flanqueadas por casitas con jardín, deliciosamente secretas incluso para muchos parisinos. Ella que había llegado desde el norte, disfrutaba descubriendo esos

oasis recónditos que invitaban a la calma y a respirar un poco de paz en la caótica ciudad. Su más reciente hallazgo, que quiso compartir con Richard mediante un romántico paseo, fue la barriada escalonada de antiguos chalets campestres en lo alto de Belleville. Parecía increíble que existiera un lugar con tanto encanto a escasa distancia de la mismísima avenida República.

—Nosotros somos afortunados porque lo tenemos todo a mano. Con grandes parques donde pueden jugar los niños, correr en bicicleta y llenarse de tierra.

Patricia lo miró con curiosidad.

—¿Estás hablando de tus futuros hijos?

—Tengo solo treinta y dos años. No es algo que vea en mi futuro cercano, pero me gustaría tenerlos.

—Yo también prefiero esperar. Quiero viajar a algunos lugares que siempre he querido conocer antes de planteármelo —confesó, secretamente contenta de coincidir con Richard en ese aspecto—. Además, ahora tengo un proyecto en marcha que requiere todo mi tiempo. Y primero tendría que encontrar también al donante ideal.

El gesto de él fue muy elocuente al mostrar su contrariedad.

—¿Te refieres a un banco de esos de inseminación artificial?

Patricia esbozó una sonrisa al ver que no había entendido su ironía, o fingía no entenderla.

—Era una manera de hablar. Pero ¿es que tienes algo en contra de esa opción?

—En absoluto, cada cual es muy libre de escoger y yo lo respeto. Aunque creo que los niños deben nacer fruto del amor. Y hablo por experiencia, puesto que yo fui una especie de accidente engorroso para mis padres.

—¿Y eso te ha dejado secuelas?

—Algo siempre queda —se sinceró—. Por suerte tuve a mi abuela que estuvo para reprenderme y para cuidar de mí, ambas cosas —recalcó—, siempre que hizo falta y cuando mis padres no estaban o no tenían ganas de hacerlo.

—Monique habla de tu abuela como una mujer bastante severa y poco cariñosa.

—Es que era así. Pero entre ella y yo siempre hubo un vínculo especial. Supongo que en cierto modo nos parecíamos y vio en mí al hombre que quiso que fuera su marido o su propio hijo, que la decepcionó haciéndole un bombo con diecisiete años a la novieta de turno. Mi padre y yo solo nos llevamos dieciocho años, ¿lo sabías?

Algo había escuchado pero se lo calló. Sabía que Richard y Monique tenían un padre joven, pero no imaginaba que lo fuera tanto.

—Tu hermana nunca habla de vuestro abuelo.

—Porque le tenía miedo. Era un periodista brillante pero un pieza de cuidado. Menos mal que mi padre se hizo cargo de la empresa porque si llega a ser por él, se lo habría jugado todo a las cartas y en el casino. Una vez, recuerdo que ganó mucho dinero en una timba, se presentó en casa con una bandeja de pasteles para celebrarlo. Pero iba tan borracho que tropezó por las escaleras y cayó de bruces encima de la bandeja —recordó con una sonrisa triste—. Mi abuela aguantó sin perder la

compostura, como ella era, mientras mi hermana se encogía aterrorizada al ver a mi abuelo en aquel estado. Ese es el recuerdo más vivo que tengo de él, pidiéndome que contara una y otra vez un fajo de billetes ante un montón de pasteles completamente aplastados. Yo tenía ocho años y Monique cinco.

—No es algo que deba vivir un niño.

Alcanzaba a imaginar el desamparo que él y Monique pudieron llegar a sentir de pequeños, sin faltarles una buena posición social, estando bien cuidados y teniendo abundantes bienes materiales. Ella era hija de gente corriente y creció rodeada de amor, entendía que Richard basara en ese sentimiento su hipotética paternidad.

—Monique es más soñadora, la abuela y ella no tenían mucho en común —prosiguió Richard—. Yo soy pragmático como ella y por eso nos llevábamos tan bien, a pesar de lo seca y distante que era. Ella me daba estabilidad, seguridad y cariño, a su modo. Me hizo prometerle que conocería a mi futura mujer antes de morir. Lamentablemente, nos dejó sin ver cumplido su deseo.

—Lo siento.

Le tomó la mano y Richard entrelazó los dedos con los de Patricia, asumiendo con un gesto lo inevitable.

—Hoy vas a conocer un lugar especial. En Beauville vivió una tía lejana nuestra, a lo mejor Monique ya te ha hablado de la tía Elora.

—Algo me ha contado, pero pensaba que se llamaba Marissa.

—Esa fue su madre. Te habló de la hija, la que conocimos nosotros. Ella nació en unas circunstancias muy duras.

—Eso sí lo sé.

—Por eso dedicó su vida a dar un hogar a muchos niños no deseados con todo el afecto que debe rodear a un crío cuando crece.

—Y eso es lo que quieres para tus hijos, el día que los tengas —resumió.

—Sí, eso quiero.

La conversación se vio interrumpida por un nuevo murmullo de protesta del profesor, porque no paraban de darle a la lengua. Richard se cansó de soportarlo y, al escuchar la voz grabada que anunciaba la próxima parada del tren en la estación de Aix-en-Provence, propuso:

—¿Qué te parece si bajamos en Aix, alquilamos un coche y terminamos el viaje por carretera?

—Pero si tenemos el billete hasta Marsella.

—En coche se ve mejor el paisaje, es la primera vez que vienes, así conocerás un poco mejor esta parte de la vieja Occitania.

—Me apetece que tú me la enseñes.

Dicho y hecho, se levantaron y Richard bajó las dos maletas del portaequipajes. Observó que el profesor quisquilloso los observaba de reojo, con visible alivio. Hizo un gesto a Patricia para que lo siguiera cuando el tren aminoró la velocidad. Estirando el mango de la maleta, clavó la mirada en el sujeto aquel y su montoncillo de papeles.

—Y tú, relájate —recomendó a modo de despedida—. Y deja quieto el boli rojo de una vez, hombre. No los suspendas a todos, pobres chavales.

Paul y Monique estaban en la cocina, mientras ella despuntaba un cuenco de judías verdes, él estaba perdido en sus cavilaciones, apoyado en la encimera de brazos cruzados.

—¿Estás enfadado con Patricia? —preguntó Monique, desde que habló con su amiga lo veía demasiado serio.

Paul sacudió la cabeza.

—La furia me ha durado el poco rato que he tardado en asimilar sus razones y perdonarla. Me jode que hayas tenido que leer esa carta que te escribí hace meses para creer lo que te dije en su momento.

Monique dejó lo que estaba haciendo, se levantó y se acercó a él.

—No es cierto —rebatí cogiéndole la muñeca con suavidad. Paul descruzó los brazos—. Pero tienes que entender que me cuesta confiar en las personas, he recibido muchos palos de gente en la que creía.

—Yo nunca te mentaría. Creo que mi problema es ser demasiado sincero. Y la sinceridad, a veces, duele.

—Ya lo sé —reconoció Monique, acariciándole el brazo—. Dame tiempo, ¿vale?

Paul exhaló un suspiro de resignación y miró hacia el comedor. Desde allí se veía a Patricia con Gabriel en brazos y a Richard en el sillón de enfrente, absorto, como si la imagen que tenía enfrente fuera más sublime que las *madonnas* de Da Vinci que se exhibían en el Louvre.

—¿Te apetece dar un paseo a caballo? —propuso Paul.

—Me encantaría. Pero aún está la ropa en el tendedero.

—Yo la recogeré luego. Además, tienes que practicar. Todavía no montas con soltura.

—Pero aprendo rápido, ¿o no?

Paul le apartó el pelo de las mejillas, contento de verla orgullosa. Él también lo estaba, gracias a su empeño y a la paciencia de Ferdinand enseñándola a montar, podía disfrutar de esos valiosos ratos de intimidad que compartían cuando vagaban por el campo a caballo.

—Vamos, ahora que somos libres. Es una gozada contar con más manos que se ocupen de Gabriel.

Se marcharon por la puerta de la cocina, no sin avisar antes a Richard y Patricia de su partida, que insistieron en que se fueran tranquilos y no tuvieran prisa en volver, dejaban a Gabriel en buenas manos.

Richard no dejaba de mirar a Patricia, estaba preciosa y relajada desde que habló con Paul y Monique.

—¿Estás más tranquila ahora?

—Sí, ¿no se me nota? —sonrió.

Richard la observó sin decir más. Se veía preciosa, con Gabriel en brazos. No dejaba de acariciarle la mejilla y el pequeño sonreía feliz con sus monerías. Sería una madre maravillosa, sus hijos serían muy afortunados, no tendrían que entristecerse por abandonos repentinos, besos anhelados ni abrazos ausentes cuando más se necesitan, como les ocurrió a él y a Monique.

—Es un niño tan mono —comentó, mirando al bebé—. Se parece a Paul. Con esos ojitos azules y estos mofletes regordetes que dan ganas de comérselos. Richard, no me estás escuchando —reclamó su atención, al verlo ensimismado—. ¿En qué piensas?

Él se levantó del sillón como un resorte y se inclinó sobre ella.

—Me estoy enamorando de ti como un idiota —murmuró, cogiéndole la cara entre las manos.

Y la besó con ternura, despacio, con todas las ganas acumuladas desde aquella primera cena. Después, la miró a los ojos para observar su reacción y se sintió infinitamente grande al ver su sonrisa.

—Se ha hecho esperar. A traición y con un bebito en brazos —sonrió de un modo distinto, muy cómplice—. Este primer beso no se me va a olvidar en la vida.

—Y el segundo tampoco —susurró poniéndole la mano en la nuca.

Esa vez la besó con mucha más pasión, a conciencia, con ganas de que durara mucho más de lo que duró. Apoyó la frente en la de ella y los dos suspiraron satisfechos. Richard rio por lo bajo al ver que Gabriel tenía los ojos fijos en ellos dos y se encaró con él.

—¿Y tú qué miras, pequeñajo?

No fue algo planeado. Richard había reservado habitaciones separadas en el hotel de Marsella, ya que el avión en el que debían regresar a París despegaba de madrugada. Pero una vez allí, pidió una habitación para dos. Y después de horas de descubrirse, amarse y saciarse el uno del otro, en esa misma cama, aguardaban la llegada del sueño que no venía y tampoco echaban de menos. Ya dormirían en el avión.

Él estaba tumbado boca arriba y Patricia sentada a horcajadas sobre sus caderas.

—Eres la cosa más bonita que existe —dijo Richard, acariciándole la curva de los senos con las yemas de los dedos.

Ella no dijo nada, continuó acariciándole el pecho con las manos abiertas, sin dejar de mirarlo; y él le preguntó con un gesto.

—Quiero convencerme de que no eres un sueño, de que eres real —murmuró.

Paul hinchó el pecho y tiró de su mano para tumbarla sobre él.

—Ven aquí.

La abrazó y unieron sus bocas otra vez, ávidos de besos.

Amaneció, ellos regresaron a París con sueño pero enormemente satisfechos, mientras en Beauville, Monique seguía dándole vueltas a la cabeza.

Escribir un libro era un proyecto que vislumbraba lejano. Contaba con una idea todavía vaga y una maraña de sucesos que iban y venían a su imaginación, huidizos y rebeldes. Tenía la misma sensación que cuando la acuciaba una idea para un posible reportaje. Ella era partidaria de meditar a conciencia los temas de sus artículos, cuando no le venían impuestos por el director o por la actualidad. Pero a veces, aparecían fogonazos casuales que solían ocurrírsele en lugares tan inoportunos como la cola del supermercado, la ducha o sentada en el sillón de tortura del dentista. Aparecían brillantes como chispas de genialidad y, más tarde, cuando intentaba analizarlos y trabajar mentalmente sobre ellos, los recordaba a medias con la frustrante sensación de haber olvidado las mejores frases y se veía incapaz de recrearlas por escrito.

Llegó a la conclusión de que la redacción de un libro requería más trabajo del que *a priori* suponía. Ella contaba con los ingredientes principales, que eran la ilusión, algo que contar y tiempo para hacerlo. Pero debía encontrar lo fundamental: «el momento». Y ese mes de agosto no lo era. Porque conocía bien el esfuerzo que significaba escribir y, si unos pocos folios con la calidad que ella se autoexigía le costaban horas de trabajo, qué decir de un texto del calibre de una novela. La euforia era el mejor motor y a la vez la peor de las trampas, así se lo habían enseñado y ella creía en esa máxima a pies juntillas. La ilusión irreflexiva aseguraba un arranque motivador que se desinflaba tan veloz como se disipaba la efervescencia de los primeros días. Monique era consciente de su situación, Gabriel era todavía muy pequeño y ella una mamá novata a jornada completa. No quería volcarse en el reto de contar la historia de Marissa haciéndolo a saltos, robando un rato entre un berrinche y el siguiente biberón. Tampoco perdía de vista su principal talón de Aquiles: era experta en narrar con brevedad, dominaba la técnica de la concisión pero era debutante en escritos largos. Desconocía las claves para mantener al lector pegado a las páginas más allá de las seis primeras.

Y como tenía algo inspirador que contar, y además estaba convencida de su

interés, prefería esperar a confiar más en sí misma para lograrlo. Ya llegaría el día o el año de disponer de tiempo sobrado para estructurar las ideas e imbuirse de eso que llaman «vena literaria» y que en lenguaje prosaico significa trabajo, trabajo y más trabajo.

A pesar de su sensato juicio, su cabeza inquieta no dejaba de tramar. Y volvía a ocurrirle, como de costumbre, cuando se hallaba sola y sin más distracción que darle a la máquina pensante. Durante sus paseos matinales en bicicleta, llevaba días barruntando sobre lo mismo. Sí, un homenaje escrito a la labor generosa a la que la tía Elora consagró gran parte de su vida sería bonito, pero temía que la apasionante historia de la madre eclipsara todo el mérito de la hija. Podían hacerse otras cosas que no solo reconocieran ese cariño que repartió de manera callada, sino que además lo perpetuaran en el tiempo. Su labor podía continuar, siempre que alguien dispuesto a hacerla retomara el testigo. Sola no podía, pero con ayuda sería un proyecto factible. La cuestión era cómo y con ayuda de quién.

Y esas dos premisas eran las que la impulsaron a dirigir la bicicleta hasta la plaza del pueblo en vez de dar la vuelta y regresar a casa. Más de un día había visto por allí al alcalde; se limitaban a saludarse con un gesto de pura cortesía. Monique decidió que era hora de aliviar tensiones, puesto que no había nadie como él para ayudarla a materializar su idea. Había hablado largamente con Paul y a él, aunque ardua, no le parecía una tarea imposible. Su opinión sincera, no enmascarada por el entusiasmo, que la animaba a intentarlo, fue fundamental para Monique.

Allí estaba, como cada día, ojeando la prensa ante una taza de café con leche. Monique suponía que en el ayuntamiento contaría con el diario, puesto que debían estar suscritos a varias publicaciones. Pero Alain Allamand llevaba toda su vida haciendo esa pausa matinal para leerlo en el café, como cuando trabajaba en la tienda de antigüedades de su padre. Un ritual y pequeño placer de la vida que se negaba a desterrar de su rutina.

Ella bajó de la bici, la apoyó en la fachada y fue directa al velador de la terraza donde se encontraba distraído pasando páginas.

—Buenos días.

El alcalde alzó la vista, sin molestarse en disimular su asombro, por su presencia y por la cordialidad. Monique se aprovechó de su sorpresa.

—¿Le importa que me siente? —propuso con actitud encantadora—. Bertrand, otro café con leche, por favor —pidió al dueño y se sentó sin esperar su permiso.

—Si quiere hablar conmigo, creo que sería más apropiado hacerlo en mi despacho.

Monique aderezó su expresión cordial con una pizca de humildad.

—Con esta mañana espléndida que tenemos sería una lástima encerrarnos en el ayuntamiento. Y lo que quería comentarle no es un asunto oficial, *monsieur* Allamand.

Él levantó las cejas.

—Ni alcalde ni Allamand, Alain —pidió—. Aquí los formalismos nos duran una semana a partir del nombramiento, no más.

—Me alegro —sonrió.

Y lo dijo convencida. Mientras él doblaba el periódico y lo dejaba a un lado de la mesilla, Monique lo recordó como el hombre joven y demasiado serio —porque no le gustaba su oficio de chamarilero—, que ayudaba por obligación a su padre en la tienda de antigüedades y trastos viejos donde ella compraba por dos euros las manoseadas novelas de bolsillo que solía devorar con catorce y quince años. Con voluntad, supo dar un giro a su destino, convirtiéndose en la máxima autoridad. Beauville era un pueblo con suerte al tener como alcalde a una buena persona; algo cabezota, pero decente.

—No me andaré con rodeos, Alain —enunció—. Sé que sigue enfadado con Paul porque se empeña en reivindicar sus derechos adquiridos sobre la finca de la Jabonera.

—Ya que hablamos con claridad, ¿le parece justo...?

—Véndale la finca, él se ha ofrecido a comprarla.

—No está en venta.

Su mirada se tornó tajante. Mucho. Monique captó que odiaba ser interrumpido tanto como detestaba su sugerencia. Una palmada encima de la mesa no habría sido ni la mitad de efectiva para conseguirla.

—¿Por qué no nos tuteamos? —propuso, conciliadora, al ver que la mención de ese asunto le agriaba el gesto.

—Como quieras, ¿te parece justo que una sola persona disfrute de un bien que es de todos? —insistió.

—Si te refieres a la montaña, no vas a hacerme creer que tú, que el ayuntamiento —corrigió— había pensado explotar la lavanda, porque no me lo creo. En primer lugar, porque, ¿qué ibais a hacer con ella una vez recolectada? Vendérsela a los Lachance.

—Hay más destilerías.

—Por supuesto, fuera de aquí. Qué medida política más acertada —ironizó con agudeza—, llevarse el negocio lejos de Beauville. ¿O también pensaba el ayuntamiento levantar una nueva destilería? Una inversión económica tan grande que convierte el proyecto en inviable.

—Hay decisiones que nos vemos obligados a tomar por motivos ajenos a las cuestiones sentimentales.

Monique echó su segundo azucarillo, lanzándole una mirada fija que consiguió ponerlo nervioso.

—No sé si recuerdas a qué me dedico, o me dedicaba, hasta que vine a vivir aquí. Estoy al tanto. Para los políticos es fácil encabezonarse en una idea, puesto que afecta al dinero de todos. Así, cualquiera.

—No es el caso.

—Estamos hablando con sinceridad, ¿no? —recordó—. Pues seamos sinceros, tú y yo sabemos que tu empeño en este asunto no obedece a razones prácticas.

—Podía crearse una escuela taller.

—Para que los alumnos echaran a perder la lavanda por no saber cómo manipularla. Salvo que el ayuntamiento contratara a expertos. Y hoy día, todos ellos trabajan para Paul Lachance. Y comprar caballerías y entrenarlas para subir por la pendiente... ¿De verdad quieres dedicar dinero público y esfuerzo a una tarea que supondría la desaparición de un montón de empleos?

Observándola, Alain Allamand se alegró de no haberse casado. Siempre tuvo claro que había nacido para ser soltero. Pero ante semejante batería de argumentos que no parecían tener fin, se felicitó por no tener que soportar la cháchara mortificante de una esposa emperrada en discutir hasta por la mermelada de arándanos o de higos del desayuno.

—Los Lachance llevan dos siglos explotando esa lavanda —insistió Monique—. En cuanto a la casa, reconozco que podría usarla el pueblo.

—Para abrir una biblioteca más grande, por ejemplo.

—¿A un kilómetro de aquí? Ya me imagino a los vecinos yendo y viniendo bajo la lluvia. Una idea muy poco práctica, si te interesa mi opinión. Una biblioteca tiene que estar en el corazón del pueblo.

Bertrand, el dueño del café sorteaba las mesas con la bandeja, charlando con unos y otros. Al verlos tan enfrascados, prefirió no interrumpir su conversación.

—De eso quería hablar contigo. Como alcalde —anunció Monique—. Sé que es una idea muy grande, quizá nunca se materialice, porque se necesita financiación de patrocinadores para no agostar el presupuesto municipal.

—Que no va sobrado —matizó, antes de que empezara a pedirle dinero.

—Creo que alguien debe continuar con la labor de mi difunta tía Elora. Yo no conocí esa época, pero he sabido que acogió a muchos niños y les dio temporalmente un hogar. Y creo también que la casa sería ideal para reconvertirla en un albergue de colonias. Para que muchos chiquillos con escasos medios puedan disfrutar de unas vacaciones en la Provenza. Yo pasé varios veranos en esa casa y los conservo entre mis mejores recuerdos. ¿Por qué no ofrecer esa posibilidad a quien más falta le hace?

El alcalde apuró su café y se pasó una servilletita por los labios.

—Y en ese proyecto, ambicioso y loable, ¿qué papel juega el ayuntamiento? ¿Benefactor? ¿Director? Porque...

—Propietario, lo que es. Yo me comprometo a poner en marcha la idea y a buscar patrocinadores dispuestos a financiarlo. Una vez remodelada la casa, hablaríamos con los servicios sociales de la comarca para que nos asesoraran. Solo voy a pedirte dos cosas.

—La finca no se vende —advirtió con tozudez—. Ni a Lachance ni a otro.

—Tu opinión al respecto me ha quedado clara. Por eso quiero pedirte que el ayuntamiento otorgue, en calidad de propietario, el permiso expreso para realizar las

obras necesarias.

—¿Y si no aparecen esos potenciales patrocinadores?

—Otórgame al menos un voto de confianza.

—Dime cuál es tu segunda petición, no a mí, sino a la institución que represento.

—Un compromiso por escrito que ratifique el derecho para que la familia Lachance continúe ocupando la finca y cosechando la lavanda verdadera.

—¿Durante cuantas generaciones?

—No había pensado en ello.

Alain Allamand la miró con suspicacia.

—Ahora el apellido Lachance no se acaba con Paul.

Monique juntó las manos y sonrió, entendiendo por fin su desconfianza.

—¡Yo no pensaba a tan largo plazo! ¿Quién sabe a qué querrá dedicarse Gabriel cuando sea mayor? Igual no quiere saber nada de la lavanda, se aficiona a la política y acaba siendo alcalde.

Él rio como un zorro. Con aquella salida, Monique consiguió llevárselo a su terreno.

—Todo es negociable —aceptó, viendo que ella sacaba un billete de cinco euros para pagar, le sujetó la mano sobre la mesa—. Esto no lo es. Invito yo.

—Por favor, insisto. Aunque sea para celebrar que ya nos tuteamos.

—De ninguna manera.

El dueño del café, al ver la pugna que se traían por quién abonaba la consumición, decidió ponerle fin.

—Invito yo, no se hable más.

—¡Hombre, gracias! —dijo el alcalde.

—Al final, a pagar siempre el más pobre. *Peuchère!* —protestó en broma.

—Te compensaremos viniendo muchas veces —agregó Monique.

El hombre se encaró con ella agitando la mano.

—Eres una periodista famosa, ¿cierto? Consigue que vengan muchos más turistas y abarroten el café a todas horas y me daré por satisfecho.

Monique regresó a casa pedaleando y cavilando las palabras de Bertrand: «Fama», «publicidad», «hacer ruido» y muchos conceptos, todos beneficiosos para el proyecto. Se preguntaba cómo llamar la atención de los medios de comunicación sobre Beauville.

Fue al llegar a casa cuando la chispa de la genialidad le iluminó las ideas. Y ocurrió al entrar en el salón y ver a Jérôme sentado frente al televisor. Había que ver qué maestría se daba con los concursos, pero aquel de *La ruleta pizpireta* lo dominaba como un maestro.

—Hola, *ma nine*. Lina se ha llevado a Gabriel a pasearlo un rato con el carrito. ¡Bombardero! —exclamó respondiéndole a la pantalla—. ¿Es que no lo ves, infeliz?

—He estado hablando con el alcalde.

—¿Sí? —dijo sin prestarle atención—. ¡Alicates! ¡Hay que ver qué torpes! Yo

creo que los eligen adrede para ahorrarse el premio.

Monique se sentó en el borde del sofá, inclinándose hacia él. «Un jubilado del pueblecillo de Beauville, triunfa en televisión», ya visualizaba hasta el titular. ¿Y dónde está Beauville?, se preguntarían los medios nacionales. E irían con una unidad móvil a averiguarlo y se pasearían por el pueblo con cámaras y micros y...

—Si yo te pido un favor, como algo personal, ¿qué me dirías?

—Depende. Si está en mi mano ayudarte, no diría que no. ¿Para qué?

—Eso te lo contaré luego con calma. ¿Me dejas que te apunte para participar en ese concurso?

—¿Yo? ¿Y eso se te ha ocurrido así, de repente?

—Viendo lo bien que lo haces, no fallas una.

—Alguna vez me equivoco —reconoció en un alarde de modestia.

—Pocas veces.

—Muy pocas —aceptó, orondo de satisfacción.

—Puede que no te llamen, esto de la tele a veces es más cuento que otra cosa. Pero si por casualidad te seleccionan, ¿irías?

—Claro que iría. Y no lo haría peor que esa muchachada —señaló la pantalla con una mirada burlona—. Me gustaría saber qué os enseñan en la universidad.

16. Mamá y compañía

Cuando Monique se levantó aquella mañana y escuchó que su móvil piaba como un pajarito, anunciando un mensaje de WhatsApp, creyó que su padre había meditado durante la noche la idea de visitarlos. Habían estado hablando largo rato y, después de la visita de Richard y Patricia, quiso convencerlo para que se dejara caer por allí aunque fuera un fin de semana.

Pero no. Eran noticias de su hermano. Escuetas pero tan potentes como para ponerla atacada. Al leer en la pantalla «Prepárate. Mamá va para allá. Que te sea leve» se le heló la sonrisa. No sabía cómo iban a tomarse Paul y Jérôme la visita de su madre y compañía.

No tuvo tiempo de prepararse para su llegada ni de allanar el terreno ante ellos dos, ya que aún no habían acabado de retirar la mesa del desayuno y ya escucharon el alegre repicar del claxon.

Paul y Monique salieron a recibirlos al jardín de la entrada.

—No sé por qué estás tan nerviosa.

—Porque no sé cómo va a resultar esto de tener a mi madre en casa —confesó, mirando como Billy, su novio, aparcaba a trompicones la furgoneta pintada de flores reconvertida en autocaravana.

Paul le cogió la barbilla para que lo mirara a los ojos.

—¿Te has dado cuenta? Hace mucho que ya no dices «tu casa». Por fin la consideras tuya —reconoció con una mirada complacida.

—Así lo siento —murmuró sonriéndole.

—Lo es. Nuestra casa —recalcó—. Y tu familia y la gente que aprecias siempre será bienvenida.

El conductor se apeó del coche y saludó a Monique estirando la espalda con las manos en los riñones.

—¡Hey, baby!

—El problema es ese, ya te he dicho que mi familia es algo peculiar —murmuró.

—¿Qué familia no lo es?

—La mía más.

De la furgoneta floreada se apeó una mujer a la que poco debía faltarle para cumplir los cincuenta, con el pelo ondulado como el de Monique, pero tintado de caoba. Llevaba un caftán corto de color berenjena y pantalones pirata blancos. Y tras ella se apeó también otra rubia de edad similar, con pantalones vaqueros rotos muy ajustados, blusita ceñida y sandalias de cuña.

—La más guapa es mi madre —indicó Monique, contemplando cómo cerraban las puertas delanteras y sacaban bártulos y petates de la trasera.

—Te pareces a ella.

—Él es Billy, su novio. Y la rubia es Helga, la mujer de su novio.

—¿Son un trío? —preguntó mirándolos boquiabierto.

—Sí.

—¡Joder! —siseó Paul.

—Sí, a eso creo que se dedican, básicamente —comentó con ironía—. El novio de mi madre está casado y conviven los tres juntos. Que son felices así, es obvio.

—¡Cariño! —exclamó la del pelo rojo caminando hacia Monique con los brazos abiertos.

Monique acudió y dejó que la abrazara y achuchara con ganas.

—He escuchado lo del trío —comentó Jérôme, poniéndose al lado de su hijo—. Esto va a ser muy divertido, anda que no va a haber cotilleos en el pueblo.

Paul lo miró de reojo, no lo había oído salir de la casa.

—No empieces.

—¿Te has fijado? Son verdaderos espíritus libres de los sesenta. No llevan sujetador.

Paul observaba al tal Billy, con sus patillas de hacha, pantalones de campana y la camisa abierta hasta el ombligo. Un remedo de Elvis en épocas bajas, mezclado con el calavera roquero patrio Johnny Hallyday. En ese momento bailoteaba con Monique cogida de las manos con una alegría infantiloides. Paul lo catalogó como un bobo inofensivo. Aunque de tonto tenía poco, teniendo en cuenta a las dos pedazo de hembras que se beneficiaba.

—En los sesenta estos tres debían estar en el jardín de infancia —rebató incómodo al constatar que su padre no quitaba ojo a los pechos de sus dos suegras—. Además, no las mires con esos ojos viciosos que son mi familia política.

—No lo estropees con esa palabra infame. La política es lo peor de lo peor —rebató sin dejar de comérselas con la mirada—. Fíjate en la palabra «madre», qué hermosa, qué sublime concepto, no existe nada más grande... Le añades la palabrita de marras, dices «madre política» y ya la has jorobado.

—Mira por dónde, yo tengo dos —farfulló.

—Tienes suerte, parecen simpáticas. Y sin sostenes ya ves lo bien que se conservan para su edad. Otras llevarían las cantimploras colgando a la altura de la rodilla.

—Papá, que te van a oír.

Monique se acercó a la casa, acompañada de los recién llegados. Tras las presentaciones y los besos, Èlise abrazó de nuevo a su hija.

—Mi pequeña ya es mamá.

Gabriel se convirtió así en el centro de la conversación. Los tres estaban deseando conocer, achuchar, besuquear y mimar al bebé en cuanto despertara de su siesta mañanera.

—Os veo estupendos —dijo Monique—. A los tres.

A Paul le chochó la naturalidad con que aceptaba la rocambolesca situación

sentimental de su madre.

—¿Entramos? —propuso—. Seguro que estáis deseando poneros cómodos. Os hemos preparado una habitación. La cama es grande.

Monique le dio un codazo disimulado al ver su sonrisilla cachonda. Pero no hubo ocasión de más reprimendas porque Helga la tomó del brazo. No podía negar su origen alemán, con su cabello rubio casi albino y su piel de nácar.

—Y a mí, ¿cómo me ves, bebé? —preguntó zalamera—. ¿No me notas nada?

—Estás divina, como siempre.

—¿Solo eso? —protestó poniendo morritos.

—Tú siempre estás guapísima —aseguró Monique, para salir del paso porque no sabía a qué se refería.

Un segundo después, Jérôme averiguó por fin el misterio de la firmeza pectoral de las suegras de su hijo, que lo tenía en ascuas. Porque Helga se desabrochó los botones y se abrió la blusa de par en par mostrando al mundo su tesoro.

—Pero mira, bebé. ¡Tetas nuevas!

En París, la cara de circunstancias de Patricia superaba con creces a la de su amiga Monique.

Aquella situación era macabra, sentía que le ardían las mejillas de puro bochorno, pero no fue capaz de negarse cuando Richard se lo pidió. Así que allí estaban, en el aristocrático cementerio de Passy con vistas a la torre Eiffel, plantados uno al lado del otro ante la lápida de la abuela Georgette.

—Abuela, prometí que te traería a la elegida y aquí la tienes. Se llama Patricia.

La aludida miró hacia todas partes, por suerte estaban solos. Si alguien llega a ser testigo de aquella conversación con el más allá, Patricia habría huido de allí más rápido que un cohete. Ojeó al vecino de tumba y leyó el nombre del gran cómico Fernandel. Vaya casualidad, porque el asunto no era cosa de risa. Pero Richard seguía a lo suyo, convencido, como si hablar con una lápida de mármol fuera algo normal.

—¿Qué te parece, abuela? Ya ves que es guapa, lista, cariñosa, ¡ah! y una cocinera excelente. Y tiene un par de...

Patricia le dio un manotazo al ver qué parte de su anatomía señalaba con el pulgar. Pero él ni caso hizo.

—Venga, no te tapes —insistió, tirándole de la muñeca para que descruzara los brazos—. Que te vea la abuela.

Ella sacó pecho, exhibiendo sus encantos ante la tumba, y volvió a cruzarse de brazos con ganas de matar a Richard.

—Es buena, honesta, responsable...

—¿Cuánto rato va a durar esto?

Richard se giró hacia ella y la miró a los ojos.

—Es la mejor mujer que existe, abuela. Pero lo mejor de todo es que ella piensa que yo también soy el mejor —añadió bajando la voz.

A Patricia se le removieron todas las emociones. Cogió las manos de Richard y se las apretó con muchísima fuerza. Nunca se había sentido tan valorada. Se puso de puntillas y le dio un beso en los labios, delicado y tierno.

—Esta es la declaración de amor más fúnebre y absurda de la historia. E incluso así consigues emocionarme.

Richard sonrió despacio.

—Yo creo que me merezco un premio. Tal vez una noche de sexo salvaje, de esas en que los vecinos llaman a la policía.

—Vale —aceptó Patricia.

Y suspiró loca de amor.

Èlise, novedad extraordinaria, se brindó a preparar un bizcocho para el desayuno. Monique aceptó la sugerencia sorprendida y algo asustada solo de pensar cómo podía quedar la cocina después del experimento. Por precaución y por cierto remordimiento filial, madrugó para ayudarla, puesto que iba a ser la primera vez desde que la dejó caer en este mundo que trajinaran juntas como madre e hija en una cocina.

No se arrepintió, o solo a ratos, puesto que mientras Èlise oficiaba como repostera novata, Monique tuvo que asistirle en calidad de pinche. Harta estaba de fregotear la multitud de cacharros que ensució para elaborar una sencilla torta. Los papeles se habían invertido y se preguntó en qué momento de su vida empezó a comportarse y preocuparse por ella como si fuera la madre de su propia madre.

—Y lo de la música, ¿os va bien? —preguntó con cautela.

—¡De maravilla!

Juntas tomaban el primer café de la mañana mientras el experimento se cocía en el horno. Monique supo que no maduraría nunca, e intuyó que esa bonanza económica consistía en llenar una gorra de monedas en cualquier esquina de cualquier ciudad de Europa.

Èlise se dio cuenta de su preocupación y se dispuso a tranquilizar sus cuitas. Eso sí, muy a su manera. Monique, para no perder la costumbre, la vio cantar entusiasmada y bailotear sin levantarse de la silla.

—Venga, cariño, ¡las dos juntas!

—*Aaaalways look on the bright siiiide of life...* —la secundó entre dientes y con desgana.

Y no le quedó más remedio que contentarla como a los locos, coreando juntas el famoso silbidito de los Monty Python y sin dejar de pensar que no estaban en los setenta del siglo pasado, sino en el presente y en la cocina de su casa. Y que el lado brillante de la vida que había que ver ¡era el de la vida real! Por mucho que su madre se empeñara en confundir la suya con una película de risa.

La tranquilizó pensar que contaba con la herencia de sus abuelos maternos. Monique tuvo poco trato con ellos, ella y Richard los veían una vez al año cuando su padre los llevaba a rastras a felicitarles la Navidad. Su madre era la oveja negra de una familia adinerada. Cada hijo recibió en herencia un edificio de viviendas en el centro de París, cuyo alquiler impedía que Helga, Billy y Èlise se murieran de hambre. Todo un éxito artístico el de Billy y sus coristas pasando la gorra entre los transeúntes, pensó Monique. Seguro que sí, qué brillante optimismo cuando se cuenta con dinerito seguro sin tener que sudarlo.

Resignada, observó cómo sacaba el pastel del horno.

—¡Ay, qué orgullosa estoy! ¿Lo probamos? —propuso.

Lo dijo con tal ilusión que a Monique le inspiró ternura. Tocó la superficie del bizcocho con un dedo y fue incapaz de hundirlo. Estaba duro como un pedrusco. Se obligó a sí misma a ser positiva. Y tomó ejemplo de la persona más optimista que conocía, Sandra, con su natural conformar y sus símiles cinéfilos; ella sí sabía verle a todo el lado brillante, como decía la canción. De estar con ellas allí en la cocina, habría dicho que no era para tanto. Si su madre quería vivir como una bohemia madurita, lo importante es que eso la hacía feliz. Y justo era reconocer que había tenido un bonito detalle, aunque necesitaran la motosierra de *La matanza de Texas* para cortar el bizcocho.

Ya estaban en septiembre. Monique acababa de arrancar la hoja del calendario cuando sonó el teléfono.

—¿Sí, dígame?

Llamaban de una cadena de televisión local. Monique escuchó con atención; de los nervios, convirtió en un gurrño la hoja de agosto que llevaba en la mano.

—Sí, sí, sí, ¡sí!... Lo busco ahora mismo. No cuelgue, por favor. O mejor, deme un número donde pueda llamarles —desde el otro lado de la línea le aseguraron que no había tanta prisa—. No tardo ni cinco minutos, se lo prometo.

Grabó en la memoria de su móvil el número que le dictó aquella voz femenina y, con él en el bolsillo, corrió a calzarse las zapatillas de deporte.

—¡Lina! —gritó hacia lo alto de la escalera—. Vigila a Gabriel si se despierta, ¿te importa? Yo vuelvo enseguida.

Helga la sorprendió sentada en el primer escalón, atándose el cordón de las deportivas.

—Hey, ¿te marchas, bebé?

—Ahora no puedo explicártelo, Helga. Tengo mucha prisa.

Sin coger ni el bolso ni las llaves, salió al jardín, se montó en la bicicleta y enfiló en dirección al pueblo más rápido que Induráin en sus buenos tiempos. Tenía que encontrar a Jérôme y darle la noticia. Ojalá estuviera de tertulia de jubilados en la terraza de la taberna. Debía llamar cuanto antes a los de la tele, no fueran a echarse atrás. Parecía increíble, pero había ocurrido. ¡Los de *La ruleta* lo habían seleccionado para participar en el próximo *casting* de concursantes!

17. Nunca es tarde

Los estudios de la productora tenían su sede en Avignon y hasta allí se desplazó Jérôme en su Citroën Tiburón. Se negó en redondo a que lo acompañaran Monique o Paul, ofendido porque la sugerencia implicaba que los dos pensaban que el coche era una carraca y que él ya estaba chocho para conducirlo más allá de las carreteruchas de Beauville.

Monique lo aleccionó para que se mostrara natural en el *casting*, puesto que en su opinión, esa era la clave para que resultara escogido como participante del concurso. Pero Jérôme llegó a una conclusión distinta durante el rato que estuvo esperando su turno. El director del programa no era lo que se dice el rey de la discreción y las puertas de la sala de reuniones estaban abiertas. Desde su butaca y disimulando con una revista en las manos, pudo escuchar toda la conversación del equipo.

—Necesitamos darle vida, morbo, que se hable del concurso más allá de la media hora de emisión, ¿comprendéis?

—Alguna famosilla con cuerpo potente.

—No, que esas quieren cobrar por participar.

—Una abuela *punk*.

—Por ejemplo.

—¿Y dónde la encontramos?

—*Atrezzo* y maquillaje.

Los redactores se miraron entre sí, poco convencidos.

—Danos alguna idea tú también —pidió uno de ellos al director.

—Un concursante guapo, de los de polvazo y morbo, que tenga dos novias. El día que gana el bote, en el estudio tenemos a una de ellas, embarazada y felicísima de la vida abrazándose al campeón. Y al día siguiente, en la prensa aparece la otra despechada y traicionada. Lo mismo que en el concurso de cocina aquel de la televisión italiana.

—Ya, pero en Italia pasó de verdad.

—Pues tiramos de guion. ¿Qué es la tele, eh? ¡Una fábrica de sueños!

O de pesadillas, pensó Jérôme mirando a los de la reunión por encima de la revista. Naturalidad, le había aconsejado Monique antes de salir. Qué equivocada estaba. Ella era periodista, pero la televisión no era su medio. Informar era una cosa, y otra muy distinta entretener. Y más cuando había patrocinadores implicados que se dejaban una pasta en los premios.

Un cuarto de hora después se hallaba sentado alrededor de esa misma mesa de reuniones. De un lado, los aspirantes, del otro, dos redactores del programa.

—Vamos a ver... Ehhh... —vaciló leyendo el folio que tenía delante—, Alain, si ganas *La ruleta pizpireta*, ¿en qué invertirás el premio? —preguntó, tuteándolo para

que se relajara, como si estuviera en una reunión de amiguetes en el bar.

—En tapar unos agujerillos.

Como todos, se dijo Jérôme, viendo la mueca de aburrimiento del director. Originalidad, muchacho, eso es lo que quieren. Oscuro lo tenía aquel tipo con pinta de funcionario mustio.

El director volvió a ojear el papel con los datos de los aspirantes antes de preguntar a la siguiente candidata.

—¿Y tú, Corinne? Si resultases ser la vencedora, ¿en qué emplearías el dinero?

—En fundar un refugio para perros callejeros.

Jérôme observó la mirada de agrado del director. Por ahí iba bien su rival en ciernes, los amantes de los animales eran legión y tener contenta a la audiencia intuía que era razón de peso para que la cadena renovara el contrato y seguir, por tanto, en antena. No sabía nada del mundo televisivo, pero sí de los negocios, puesto que llevaba toda su vida dedicado a producir esencia de lavanda y a venderla bien.

—¿Y tú, Phillip? ¿Por qué quieres ganar el concurso?

—Para comprarme un Porsche y vacilar delante de las nenas en el *parking* del Carrefour.

Jérôme supo que el chaval acababa de fastidiarla, porque la mirada del director podía traducirse por una patada en el culo. Estaba claro que no seguía el concurso, o sabría que los premios no daban ni para la rueda de repuesto de un Porsche.

El director lo miró de refilón, era su turno.

—Y tú, Jérôme. ¿Qué harías con el dinero del premio?

—Irme de putas.

Los redactores dieron un salto en sus sillas. Los otros aspirantes observaron alucinados a aquel señor con la camisa abotonada hasta el cuello como buen labriego setentón. El director levantó la cabeza de los papeles, lo miró con ojos febriles y extendió el brazo hacia él señalándolo con el dedo.

—¡Te quiero en mi concurso! —gritó.

Tener en casa a la familia de Monique era una divertida novedad que empezaba a cansar a Paul. Esa noche, mientras ellos dos se dedicaban a doblar la colada en la mesa de la cocina, Èlise, Helga y Billy estaban cómodamente apoltronados en el sofá. Ya habían dado el biberón y acostado a Gabriel, que también acusaba el cansancio de ir todo el día de mano en mano desde que eran tantos en la casa. Jérôme miraba la televisión y parecía no molestarle el guitarreo de Billy.

—Oh, nena, hazme caso si quieres que te meta un repaso... —canturreaba una nueva composición musical.

Paul lo miró de reojo a través de la puerta abierta de la cocina.

—Cuánto romanticismo, ¡es pura poesía! —farfulló. Monique hizo una mueca resignada—. Pero míralos, es que son incapaces de echar una mano. Desde que llegaron, las lavadoras se han multiplicado. Y tenemos que doblar su *bugada* también —protestó; cuando se enfadaba, el provenzal le salía solo.

—No tienes por qué hacerlo.

—No pienso cargarte a ti con todo —rebatío.

Lina acudía a diario, pero con limpiar la casa de arriba abajo tenía bastante.

—Se marcharán el día menos pensado —dijo Monique—. Prefiero doblársela yo que ver su ropa amontonada en una silla durante días.

Paul observó que Billy dejaba la guitarra detrás del sofá con un gesto de frustración y se repantigaba con la mirada en el techo. Su supuesto estado de trance duró dos segundos.

—No se me ocurre cómo seguir...

—Este tipo ha nacido con suerte —reconoció Paul, bajando la voz—. Canta mal, no es rico, inteligencia la justa y tiene a dos mujeres con la cabeza perdida por él.

—¿Te gustaría tener dos como él?

—Me basta con la que tengo.

Monique sonrió y él le guiñó un ojo.

—Billy es de los que tienen el encanto oculto —dijo ella con una mirada maliciosa.

—Muy oculto.

—Si fueras mujer, te habrías fijado en el bulto de su bragueta y entenderías el secreto de su éxito.

Paul rio por lo bajo y le lanzó una camiseta a modo de castigo. Se observó su propia bragueta y la miró con el ceño fruncido.

—¿Y eso dónde me deja a mí?

—Tú podrías tener hasta tres si quisieras. Pero yo... no... comparto... —puntualizó lanzándole como proyectiles tres pares de calcetines doblados en forma de bola.

Antes de que le dieran, Paul los atrapó al vuelo. Miró a Monique con aire victorioso y no solo por su pericia malabarista. No sospechaba que le satisfaría tanto esa faceta posesiva. Intrigado, observó de nuevo al trío del sofá.

Èlise y Helga se acababan de medio tumbar sobre su cantautor para consolar su derrota creativa.

—Busquemos ideas —propuso Èlise—. Estoy sedienta, maldito calor...

—Bien, nena, bien —la animó el artista.

—Odio el verano...

—¡Y te meto mano!

Se le echó encima y le plantó las garras en la pechuga. Èlise se echó a reír como una quinceañera con las hormonas revueltas.

Paul no daba crédito a la escena que tenía lugar en su sofá y delante de todos.

—La está sobando.

—Mira, Paul, ya te dije que mi la mía no es una familia normal —puntualizó Monique—. Me duele decirlo, porque es mi madre, y aunque no se lo merezca, en el fondo la quiero. Hace años me abochornaba que se comportara como una impresentable hasta que asumí que no es mi responsabilidad.

Paul le cogió la barbilla y se inclinó sobre la mesa para darle un beso en los labios.

—Por supuesto que no —susurró, rematando su afirmación con un segundo beso—. Lo raro es que tú hayas salido tan sensata.

—Porque tuve suerte y no me crie ni en esa furgoneta ni en las anteriores que fueron al desguace.

Billy retomó su importante labor artística de componer en voz alta.

—En el campo y en la sierra... disfruté como una perra...

—¡Yeaah! —coreó Èlise dando palmas.

—Odio el calor, pasa el verano. Llega el otoño...

—¡Y me pica el...! —exclamó Helga.

Èlise se lanzó sobre ella y le tapó la boca.

—No lo digas, ¡guarrilla!

Los tres se rieron a carcajadas. Paul veía a sus dos suegras, prácticamente la una sobre la otra, demasiadas manos y un magreo entre mujeres que lo hizo sentirse realmente incómodo. Ya no aguantaba más el volumen del televisor que Jérôme subía y subía para poder oír, con tanto escándalo por parte del trío del sofá. Si tres son multitud, seis eran una marabunta.

—Deja la ropa que nos vamos —decidió.

Cogió a Monique de la mano y el transmisor infantil de encima del microondas, y salió de la cocina con una clara intención: desaparecer.

—Papá, encárgate de vigilar a Gabriel. Hasta ahora no ha rechistado, no creo que te dé faena —pidió, entregándole el transmisor.

—¿Y la cena?

—Monique y yo cenamos hoy en el bistró.

Jérôme la miró alarmado. Ella lo tranquilizó guiñándole un ojo.

—Hoy no.

Paul giró la cabeza sin ocultar su contrariedad.

—¿No?

—Otra noche —rogó.

Ajeno a la silenciosa complicidad entre su padre y su chica, aceptó sin discutir. Ya habría tiempo para las preguntas.

—Volveremos a tiempo —rectificó—. Èlise —la llamó para que dejara de hacer el tonto—, si no te importa, os encargáis vosotros de preparar algo para cenar.

—Id tranquilos, ya nos apañaremos.

—No olvidaréis recoger la cocina, ¿verdad? —advirtió Monique—. Y si nos hicierais el favor de terminar de doblar la ropa...

—Sí, jefa —aceptó como si la hija fuera ella y no al revés.

Paul se pidió a sí mismo paciencia y salió de allí todo lo rápido que pudo.

Ya que Monique había echado a perder la cena íntima, exigió como compensación que condujera ella y se limitó a darle indicaciones sin revelar el destino. Mantuvo la intriga durante dos kilómetros hasta que la hizo adentrarse por un camino vecinal. Cuando detuvo el coche, tiró de ella hasta colocársela encima. Entonces Monique entendió sus intenciones. Sin la molestia del volante, el asiento del copiloto iba a resultarles mucho más cómodo.

—¿Y ahora qué?

—¿Esa pregunta es deformación periodística? —cuestionó subiéndole la camiseta—. Porque creo que sabes lo que está a punto de pasar.

—¿Aquí? —preguntó besándolo una y otra vez.

—¿No te da morbo?

Paul le cogió las manos, indicándole que le desabrochara los vaqueros y liberara su miembro.

—¿Y si nos ven? —susurró tanteando su erección.

—Si te refieres a los grillos y los ratones de campo... Nena —gimió amasándole los pechos sobre las copas de encaje a manos llenas.

Monique tiró de su camisa pero le costaba sacársela, quiso desabrocharle los botones pero estaba tan excitada que sus dedos se volvieron torpes. Lo acarició con las manos abiertas, la tela se ceñía a sus pectorales esculpidos por años de ejercicio en el agua. Paul le desabrochó el sujetador y se lo quitó por la cabeza a la vez que la camiseta. De un tirón le subió la falda, Monique se alzó para dejarlo hacer, ronroneó al sentir cómo le apartaba a un lado el tanga con una caricia sutil y maliciosa que la hizo querer más. Gimió avariciosa al notar que sus dedos ya no estaban donde los quería y premió su abandono mordiéndole el cuello.

Paul le rodeó la espalda con un brazo, la quería más cerca. Atrapó un pecho con la boca. En respuesta, sus pezones se endurecieron provocándole un dulce dolor. Arqueó la espalda ofreciéndose a él y movió las caderas pidiéndolo dentro ya. Paul movió la pelvis con un ligero vaivén, haciéndose de rogar. Rio exhalando un quejido al notar un nuevo mordisco de castigo en el lado contrario del cuello.

—Me vas a marcar si sigues... —musitó.

Ella lo calló con un beso tan caliente que lo puso al límite de su aguante. Paul reclamaba y Monique retrocedía, él huía con la maldad de un maestro y exigía con

furia. Era el juego de dar y negar, de avivar el apetito sin tregua, de codiciar y alcanzar.

Monique asió su miembro, tan suave y tan caliente, le ardía en la mano. Lo acarició con la uña en toda su longitud y suspiró de placer al sentir que un gemido de Paul se perdía en su boca. Echó la cabeza atrás para verle los ojos, brillaban de lujuria. Tembló en sus brazos sabiéndose tan deseada.

Mirándola fijamente, le agarró las nalgas y la atrajo para empalarla con una rudeza primitiva.

—Tan dulce, tan caliente... —musitó moviéndola de arriba abajo.

Monique estaba al límite, notaba la espalda perlada de sudor. Se contrajo para enloquecerlo con sus espasmos. Paul empezó a acompasar sus movimientos con un empuje dominante, cada vez más rápido. Ella lo sentía tan adentro, tan duro. Dejó escapar un grito ahogado al sentir el rítmico palpitar que la llevaba con él al séptimo cielo.

Se abrazó a su cuello y musitó un ronroneo felino de satisfacción al sentirse envuelta en sus brazos. Permanecieron callados, sudorosos y con los ojos cerrados. Temiendo que se quedara dormido, Monique comenzó a recorrerle la mandíbula con besos hasta la oreja.

—No podemos quedarnos aquí toda la noche. Nos esperan.

Paul la abrazó con más fuerza.

—Déjame tenerte un rato solo para mí.

Una hora después, como si nada hubiese pasado, se encontraban todos de nuevo reunidos frente al televisor. Los aplausos de Billy, Helga y Èlise cada vez que Jérôme acertaba una palabra en la pantalla tenían al protagonista de la noche más orondo que un pavo real. Monique no dejaba de mirar a Paul, absolutamente dichosa. E incluso se dio el gusto de inmortalizar su expresión de orgullo viendo triunfar a su padre en aquel concurso, fotografiándolo disimuladamente con el móvil sin que se diera cuenta.

El teléfono de la casa no había dejado de sonar, tanto que tuvieron que dejarlo descolgado para poder disfrutar de la emisión. Tanta llamada de felicitación y extrañeza era la consecuencia del impacto que supuso para los habitantes de Beauville darle al mando a distancia y descubrir en la tele a uno de sus vecinos. Monique y Jérôme guardaron el secreto. Y aunque el programa se había grabado con antelación, no informaron a nadie del día de emisión. Mucho menos a Paul, puesto que los dos querían darle una sorpresa.

Y tanto que se la dieron. En realidad se la llevaron todos. Cuando lo vieron

levantar los brazos en la pantalla celebrando la victoria, los gritos de alegría de todos fueron tales que Monique tuvo que chistarles para que bajaran el tono, temerosa de que despertaran a Gabriel.

Paul abrazó a su padre y le palmeó la espalda, incrédulo todavía.

—Cuando te pregunté qué tal había ido me diste la impresión de que todo aquello de la tele te pareció una tontería. ¿Por qué no me dijiste que ganaste el concurso?

—Solo son dos mil euros.

Farfulló huyendo de su abrazo. Tantas alabanzas inesperadas lo cohibían.

—¿Te parece poco? Dime, ¿has pensado en qué vas a gastártelo?

—¡Gastar, gastar...! —rezongó—. Guardarlo en el banco, eso pienso hacer. Por si vienen tiempos difíciles.

Èlise propuso brindar para celebrar la victoria del héroe de la noche. Monique aplaudió la idea y sugirió hacerlo con champán. Con una mirada, pidió a Paul que la acompañara a la cocina a ayudarla descorchar una botella.

—No pienses que es un tacaño —explicó él, en defensa de su padre—. Pasó una guerra. Y los que han padecido necesidad, piensan como él.

Monique sacó la sexta copa de la vitrina.

—Y hacen muy bien. Creo que es una manera de obrar muy acertada. ¿Tú no?

Paul sonrió de medio lado mientras hacía saltar el corcho con un ruido sordo.

—Por aquí todos somos previsores porque dependemos de las cosechas. Aunque yo no tengo nada. Invertí los beneficios de los últimos años en renovar la maquinaria y ampliar la nave. Los últimos ahorros se me fueron cuando compré la desmochadora nueva. Por supuesto, conservo un colchón de seguridad para poder pagar las nóminas de los empleados, por si algo falla. Estoy a merced clima, nunca se sabe —le explicó—. Conclusión, tienes ante ti a un hombre pobre.

Monique acababa de colocar las copas sobre una bandeja, con la que se dirigió al salón. Antes de salir por la puerta, giró la cabeza.

—Te equivocas. Me tienes a mí —matizó con una sonrisa—. Y eso te convierte en el hombre más rico, por lo menos, de toda la región.

—No seas presumida —murmuró devolviéndole la sonrisa.

Contempló su cuidadoso caminar, cargada con la bandeja, con una grata sensación. Ver a Monique valorarse como merecía lo ponía contento.

Cuando despertó, Paul le tenía preparada una nueva sorpresa. Bien temprano había telefoneado a Lina, pidiéndole el favor de ocuparse ese día de Gabriel. La chica, presintiendo que algo romántico flotaba en el aire esa mañana, aceptó de buena gana la tarea extra de hacerse cargo del bebé. Además, Paul iba a pagarle el esfuerzo

con una generosidad que no era cuestión de despreciar.

Monique preparó un par de bocadillos, cogió dos latas de cerveza del frigorífico y partió encantada a aquella excursión improvisada. Paul condujo hacia el sur, quería sorprenderla y lo logró. El paisaje de la Camarga se le grabó en la retina, jamás podría olvidar las emociones evocadas. Paul sabía que su corazón se enamoraría para siempre de aquella tierra occitana, adentrándola de su mano en la región más sureña de la Provenza. Cruzaron el río Ródano y devoraron el pan con salchichón apoyados en el capó del todoterreno, admirando las dos lenguas que conforman el delta.

Paul la condujo hasta rebasar las salinas y allí, abrazándola por la espalda, contemplaron juntos una carrera, puesto que ese era el motivo sorpresa de su viaje. Los caballos blancos de la raza camarguesa, que vivían en libertad sin pisar nunca una cuadra, galopaban sobre la marisma. Monique disfrutó de la belleza de los flamencos que emprendían el vuelo, espantados por el enérgico trote de los cascos que batía las aguas. Monique sintió una inesperada sensación de abandono cuando fue perdiéndolos de vista, cada vez más lejos.

—Gracias por descubrirme toda esta belleza —dijo ella, girando en sus brazos.

Paul le acarició la frente con los labios y sonrió al ver su cara de felicidad.

—Hay cosas que prefiero disfrutarlas a solas contigo —confesó—. Monique, tú y yo funcionamos muy bien como padres. Pero tenemos que construir algo sólido entre nosotros dos.

Ella apoyó la frente en su pecho y rio con suavidad. Cuando volvió a mirarlo, notó una pizca de alarma en sus ojos que la enterneció.

—Ya lo tenemos. ¿No te das cuenta? Me pasé años soñando con que algún día tú me mirarías así, como ahora. Porque cuando lo haces, siento que me estalla el corazón como una burbuja que vuelve a recomponerse para volver a explotar —musitó cogiéndole la mano, que sujetó sobre su pecho—. Y, aunque quiera, no puedo pararla. Siéntelo —rogó—. ¿Lo notas?

—¿Estás segura?

Monique sonrió con los ojos cerrados. Cuando volvió a despegar los párpados, él la estaba mirando como si no existiera nada más importante que ella sobre la faz de la Tierra.

—Con quince años me enamoré del chico más increíble que había visto. Pero es contigo, con el hombre que eres ahora, con quien quiero compartir cada minuto del resto de mi vida.

—Te quiero tanto que me voy a volver loco si sigo callándomelo.

—No te lo calles y dímelo siempre —murmuró Monique, justo antes de que sus bocas se unieran en un beso interminable.

—¿Te ocurre algo?

Monique se echó a reír al escuchar a su padre. Para él la ausencia de llamadas era el mejor indicador de que todo marchaba bien. Tratándose de una familia propietaria de un imperio de la información, resultaba irónico que en el terreno personal se comunicaran entre ellos de manera esporádica. La falta de afecto con la que creció su padre y la solitaria infancia de Richard y ella, los convirtieron en adultos despegados, lo que no significaba ausencia de cariño. Solo se telefoneaban cuando era necesario.

—Gabriel y yo estamos perfectamente, papá. Esta es una llamada de trabajo.

—¿Te reincorporas? Eso quiere decir que regresas a París.

—Ni lo uno ni lo otro. Y por eso te llamo, porque no tengo ganas de volver. Si no, habría esperado a comentártelo en persona.

—Dime de qué se trata, acabas de intrigarme.

—Quiero escribir un artículo y me interesa tu opinión.

—Que jamás has pedido —matizó—. Tampoco es que te hiciera falta, porque eres una periodista brillante. Lo sé yo y lo sabe toda Francia —puntualizó para recalcar que aquel escándalo fugaz no había mermado su valía profesional—. Si no lo fueras, no te habrían dado el Albert Londres. Distinción que, con todo mi prestigio y años de profesión, nunca he ganado.

Monique procuró que no se le notara en la voz la emoción que la sorprendió, viéndolo tan orgulloso de ella.

Mantuvieron una larga y fructífera charla telefónica. Monique le contó que había madurado la idea, tras el paso de Jérôme por la famosa ruleta. Un hombre de pueblo de setenta años había ganado un concurso de rapidez mental en el que el resto de contrincantes eran universitarios con edad para ser sus nietos. Hecho por sí insólito y merecedor de un reportaje. Monique pensaba titularlo *Nunca es tarde* y versaría sobre la voluntad por no perder el tren de la vida.

—Me parece una idea interesante. Pero ahora dime por qué me has llamado a mí y no a tu redactor jefe.

—No disimules, que aunque no escribes más que artículos de opinión y muy de vez en cuando, sigues siendo un maestro husmeador.

—Si es un cumplido, gracias.

Monique lo oyó reír al otro lado de la línea.

—Mi intención va más allá de lo anecdótico. Quiero que se publique destacado, no en las páginas de entretenimiento. Por primera vez voy a aprovechar la ventaja de ser tu hija. Quiero atraer la atención sobre Jérôme.

—¿Quieres atraerla sobre él o sobre la empresa Lachance?

—No es ese tipo de publicidad la que busco. Aunque de eso, de anuncios a buen precio y algún que otro reportaje, ya hablaremos más adelante.

—Eres muy lista.

Ella le dio la razón.

—Sería tonta de no aprovecharme. Pero escucha y te cuento.

Le narró hasta donde conocía esa faceta ignorada por la familia sobre la vida de Elora. Le contó que consagró los mejores años de su vida a acoger y dar afecto a niños que desconocían lo que era una caricia. Y su idea de poner en marcha una colonia veraniega en la casa, una especie de hogar de verano donde muchos niños pudieran disfrutar de un verano feliz en la Provenza, como los que ella misma recordaba con tanto cariño.

—Cuenta con la ayuda del grupo, si ese proyecto llega a materializarse.

—Quiero que se implique más gente, en especial la administración pública. Y para eso necesito darlo a conocer. El artículo es un anzuelo para que algún programa de televisión nacional se interese por Jérôme. Un primer paso para que se dejen cautivar con la historia de Elora y le den el tratamiento de noticia de interés humano.

—Eso no te lo enseñaron en la facultad —advirtió con tono sagaz.

—Para que luego digas que no te hago caso. Aprendí a gestionar la información escuchándote a ti.

—Tanto regalarme los oídos, empiezo a pensar que me he equivocado de día y hoy es mi cumpleaños.

—Es la verdad.

—Me esperan en una reunión —concluyó—. Cuídate. Y envíame ese artículo cuando lo tengas.

La visita de Sandra a Beauville resultó una sorpresa tan bienvenida como inesperada. Desde que conoció a Gabriel y después de despedirse de él y de Monique, cuando el bebé apenas había cumplido su primer mes de vida, su amiga hubo de conformarse con verlo crecer a través de las fotografías que su orgullosa mamá le enviaba por WhatsApp. En ese momento, allí sentadas las dos en la cocina, a Monique se le caía la baba viendo a su amiga con su hijito en brazos.

—Es increíble cómo ha cambiado este grandullón —comentó Sandra, acariciándole la cabeza ya poblada con un abundante cabello castaño como el de Paul.

—Entonces, ¿te marchas a un crucero? —dijo Monique.

Eso le había contado cuando se presentó sin avisar, cargada con dos enormes maletas.

—No es un viaje de placer —apuntó disimulando una sonrisa.

—Sí, claro —rio Monique—. Trabajos como el tuyo querrían muchos. Desde luego, las hay con suerte.

La revista de moda para la que trabajaba la enviaba de crucero por el Mediterráneo para que comprobara de primera mano las ventajas e inconvenientes de

ese tipo de vacaciones tan de moda. Después de experimentarlo en persona, Sandra debía realizar un extenso reportaje con el fin de avivar las ganas en los lectores y captar potenciales clientes. Por eso iba invitada por la compañía naviera. Ese tipo de ventajas laborales, como aquel viaje a Samoa para supervisar a las costureras, que suponían más placer que obligación, eran la envidia de sus dos mejores amigas.

Sandra levantó la vista del pequeño y miró a Monique.

—Siempre he sido una chica con buena estrella —reconoció, encogiendo los hombros.

—Y que lo digas.

Había aprovechado el viaje para hacerles una visita relámpago, puesto que su barco partía al día siguiente desde el puerto de Marsella.

—No me mires como si hubiera nacido con un talismán en la mano, ¿quieres? —protestó medio en broma—. ¿Sabes en qué consiste mi suerte? En ser feliz con lo que tengo. Y cuando no lo he sido, he procurado buscar cosas nuevas que me alegren la vida.

Monique se quedó pensativa. A ella le habría resultado insufrible viajar sola, en cambio Sandra estaba tan contenta. No necesitaba compañía para lanzarse a la aventura.

—Quizá en eso radique el secreto.

—Yo creo que sí —afirmó Sandra—. Al menos a mí me funciona.

Gabriel empezó a inquietarse y alargó el brazo, reclamando la atención de Monique. Ella le cogió la manita, pensando que Sandra tenía buena parte de razón. Sandra poseía un chollo de trabajo con el que se sentía realizada y jamás se había quejado por no tener un hombre a su lado.

Mientras jugueteaba con los deditos de Gabriel, Monique observó el paisaje a través de la ventana. Vivía en un lugar muy parecido al paraíso, era madre de un bebé maravilloso y amaba a un hombre con tantos defectos como virtudes. Sonrió al reconocer que no hubiera sido el perfecto protagonista de aquellas novelas de segunda mano que leía durante su adolescencia. Lo quería tal cual era, con sus silencios desquiciantes y su enorme bondad, con sus arranques de mal humor y sus abrazos protectores, con esa sonrisa que se hacía tanto de rogar y su aplastante sensatez. Un hombre que la quería, la valoraba y que, por encima de todo, confiaba en ella. Contemplando el sol radiante sobre los campos segados, lamentó el tiempo perdido empeñándose en ser desdichada cuando en realidad era tan afortunada.

Miró a Sandra y, quizá por primera vez, la admiró de verdad. Ella era optimista pero en absoluto fantasiosa. Su actitud desenfadada enmascaraba su carácter práctico y puede que en ello radicara el secreto de la felicidad. Sandra disfrutaba de la vida que le había tocado y que en parte había escogido, sin malgastar ni un segundo en ilusiones vanas ni en perseguir sueños imposibles.

18. Un encuentro casual

—¿Como que te vas de crucero? ¿Así, por las buenas? ¿Sin avisar?

—Necesito un descanso.

André había entrado en el despacho de su hijo esperando una palmadita en el hombro con un sincero: «Buen viaje, papá». Aquella especie de regañina lo había dejado perplejo, nadie se atrevía a discutir sus decisiones. Salvo Richard, por supuesto, que había heredado su carácter intransigente y su expeditivo modo de actuar.

—Sí, claro —dijo Richard con una risilla cínica—. Ahora dime que te marchas a una especie de retiro espiritual. ¿Cómo se llama tu nueva amiguita?

—Ya te he dicho que me voy solo. Hace años que no disfruto de unas verdaderas vacaciones. Mi cabeza no descansa nunca.

—La mía tampoco y aquí me tienes, tan contento.

Su padre se encogió de hombros.

—Richard, no he venido a pedirte permiso.

—Como si lo necesitaras...

—Es evidente que no —recalcó; incluso a él le sonó demasiado tajante. Hizo una pausa con gesto conciliador—. Tranquilidad y un respiro es lo que me hace falta ahora mismo.

Richard, en cambio, no tenía ganas de tregua.

—¿Y qué pasa con la empresa?

—Encárgate tú. No creo que en ocho días, nueve a lo sumo, me vayas a echar de menos. En el futuro tendrás que ocuparte tú de todo.

Richard soltó con enfado el bolígrafo que tenía en la mano, se hizo atrás y apoyó la cabeza en el sillón. Su padre lo estudió, esforzándose por no echarse a reír. Tal como lo veía, repantigado con aquella falsa indolencia al otro lado de su escritorio, con el nudo de la corbata perfecto y los puños blancos con gemelos de acero, era la viva imagen del poder. Tuvo que reconocer que se parecía mucho a él.

—De crucero —asumió a regañadientes.

—Sí, de crucero —reafirmó André con una sonrisa que no admitía discusión.

—¿Y cuándo piensas volver? Si es que piensas volver, obviamente. Porque puede que, después de recorrer tantas ruinas por Italia te dé un arrebató senil y... ¿Y? —inquirió escamado ante tanto silencio.

Su padre se limitó a mirarlo muy fijo. Acababa de decirle que el crucero duraba una semana y no acostumbraba a repetir las cosas.

En las naves de Lavanda Lachance, Paul salió del despacho al oír el revuelo. Era la hora de la pausa matinal y su padre aprovechó para darse un baño de multitudes. Y le salió bien la jugada, porque la plantilla entera se arremolinaba a su alrededor mientras exhibía su foto en el reportaje a doble página.

Advertidos por Monique del día que iba a publicarse el artículo, a primera hora, y aún oliendo a tinta de imprenta, ya se habían agotado los ejemplares de *Le Figaró* en Beauville y en todos los pueblos de alrededor.

Los empleados de la destilería felicitaban al héroe del día. En el pueblo no se hablaba de otra cosa. Paul se acercó también, entre la victoria en el concurso de *La ruleta pizpireta* y el reportaje de Monique a doble página, su padre llevaba camino de convertirse en una estrella mediática.

—¿Qué te parece?

—Me lo ha enseñado Monique, ha venido con el periódico esta mañana para que lo leyera antes que nadie —comentó, dándole unas cariñosas palmaditas en el hombro—. ¿Cómo llevas el peso de la fama?

—¡Ya me ves! —rio exultante.

—Al menos podías haberte puesto la camisa de los domingos.

—Pero si está guapísimo, como es él —objetó una de las empleadas de más edad.

Varias féminas apoyaron su opinión. Paul alzó las cejas, constatando en ese momento el indiscutible poder de la prensa. Un día en las páginas centrales y su padre ya tenía club de fans.

Aguzó la vista al ver llegar a Monique en el asiento trasero del coche de Blanche. Contraviniendo las normas de tráfico, llevaba a Gabriel bien sujeto en los brazos, ya que la silla del bebé estaba anclada en el todoterreno. Observó cómo bajaban y se acercó a la puerta de la nave para coger a su hijo en brazos. Monique alzó el rostro para que le diera un beso y él lo hizo. Pero al ver cómo sonreía cuando se separó de ella, se dio el gusto y la besó de nuevo.

—No te esperaba otra vez.

—Es que no puedo esperar para decíroslo. No te imaginas lo que acaba de ocurrir. Nos han llamado del Canal 5. Quieren entrevistarnos a los dos, a tu padre y a mí. Cuando les he hablado de Marissa y el amor y su desdicha, cómo se refugió aquí en la Provenza y luego les he contado la vida de tía Elora, se han entusiasmado. Quieren que la gente conozca su historia.

—¿En París o vendrá aquí un equipo de televisión?

—Tendremos que ir a los estudios porque será en directo.

—Pues adelante, yo me quedo con Gabriel. ¿A que sí, campeón? —dijo, besándole el moflete, mientras él se entretenía aprisionándole el dedo con las encías—. Os veremos desde el sofá y grabaré el programa para que podáis verlo vosotros

después.

Monique miró a Jérôme, que seguía recibiendo felicitaciones en medio del corro de trabajadores.

—Nos vamos a París —ilusionada porque su proyecto iba a darse a conocer—. ¡Ay, ya verás qué cara va a poner cuando se lo diga!

André Briand llevaba un día y medio surcando el Mediterráneo. Había almorzado, cenado y vuelto a almorzar en la misma mesa que el *maître* le reservó junto a la ventana. Acababa de sentarse para la cena y, como en todas las colaciones anteriores, la chica de la mesa de enfrente lo saludó con una sonrisa. Le resultaba extraño que una mujer tan joven y atractiva viajara sola. En particular porque desde el principio reparó en que esa en concreto no era de las que viajaban a la caza de un corazón masculino disponible. A esas se las veía de lejos, en el crucero había reconocido a unas cuantas. Era experto en esa materia, ya que en demasiadas ocasiones se había sentido objeto de deseo más por su posición y su abultada cartera que por su encanto personal. Desvió la mirada del menú y entonces se dio cuenta. Con un gesto de la mano, la chica lo invitaba a sentarse a su mesa.

—Está claro que los dos viajamos solos, ¿le importa hacerme compañía? —rogó.

André estudió su sonrisa franca. No era una interesada. Se levantó y, un segundo después, ya estaba sentado frente a ella.

—Tengo que reconocer que me extrañó verla sola.

—Este viaje forma parte de mi trabajo.

—¿En serio? —Alzó las cejas con cierta envidia.

La chica se echó a reír y le explicó de manera sucinta el encargo laboral que la había llevado hasta aquel barco. Mientras hablaba, André la estudió sin perder detalle. Llevaba una melenita rubia muy corta, movía las manos al hablar y en su mirada había una chispa vivaz. Por lo que le contó, supuso que trabajaba para alguna guía de viajes.

—Soy una buena viajera solitaria, estoy acostumbrada —concluyó—. Pero es horrible comer sola, ¿no te parece? —apuntó, apartando de golpe el formalismo del «usted».

—Depende de la compañía.

Ella se llevó la mano al pecho.

—Haré un esfuerzo por no parecerme una charlatana pesada. ¿Y tú viajas solo por...?

—Gusto.

—Tu mujer te ha dejado por otro —dedujo por su cuenta.

André se echó a reír. Le hizo gracia que achacara a su condición de viajero *single* a una crisis de la mediana edad. Y, aunque en su fuero interno reconocía que aquella escapada era fruto de un conflicto interior, su crisis particular no era un ataque de cuernos.

—No existe esa supuesta mujer. Me divorcié hace casi treinta años.

—Hummm... Así que tengo el gusto de compartir mesa y mantel con un lobo solitario... Que aún no me ha dicho su nombre.

—André.

Ella le guiñó un ojo. A él le gustó que lo hiciera con complicidad, sin atisbo de seducción.

—Yo me llamo Sandra —dijo abriendo el menú—. ¿Ya has decidido que vas a pedir?

—¿A qué viene esa cara de sorpresa? Ya veo que no confiabas en que apareciera. Sandra se disculpó con una carita de niña arrepentida.

—Estás de vacaciones, nadie salta tan pronto de la cama cuando no es por obligación.

Antes de acomodarse a su lado, se dio el gusto de observarla mientras ella terminaba de hacer unas anotaciones en su agenda. Y aprovechando que estaba ocupada, la repasó con la vista de abajo arriba. Llevaba unos pantalones cortos que dejaban a la vista unas piernas espectaculares. Sin disimulo atisbó su escote, su nueva amiga poseía también un pecho de diez.

—Te dije que me gusta madrugar —le recordó, sentándose a la mesa.

La noche anterior, cuando se despidieron tras concluir el postre, él le propuso desayunar juntos también. Sandra le advirtió que solía despertarse muy pronto y él aceptó el reto, puesto que era un hombre madrugador. Procuró no molestarla y aguardó a que ella finalizara de grabar un dictado en su teléfono.

—Ya está —dijo guardando el móvil en su bolso, junto con una agenda y el bolígrafo.

—¿Trabajando?

—Sí.

Levantó la cafetera y le ofreció con un gesto que André aceptó reconociendo que era una chica resuelta, puesto que había tenido la gentileza de pedir un desayuno para dos. Lo que venía a confirmar que, pese a su sorpresa inicial, en el fondo esperaba y deseaba su compañía.

—Me he levantado a las cinco y media. Quería anotar todas mis impresiones sobre la excursión a Génova. Demasiado atropellada, para mi gusto. Quieren

enseñarte tantas cosas que la mayoría las ves de pasada y sin bajar del autocar.

—Entonces, ¿no la recomendarás? —Adivinó, pensando en la guía de viajes en cuya elaboración la suponía inmersa.

Sandra, ajena a sus suposiciones, respondió sin especificar en qué tipo de artículo estaba trabajando.

—Mi recomendación será que no pretendan verlo todo o convertirán la visita a la ciudad en un *rally*.

El teléfono de Sandra emitió un pitido y los dos miraron el bolso. A André le agradó que no corriera a ver el mensaje y que lo dejara para otro momento. Le enervaban los obsesos que anteponen el teléfono móvil a las personas.

—Deben ser mis chicas queriendo saber cómo lo estoy pasando —le explicó—. Comparto piso con mis dos mejores amigas. En realidad, solo quedamos dos desde que una de ellas fue mamá y se mudó a la Provenza. Pasé por su casa antes de embarcar para verla y ver también al pequeñín. Es adorable, dan ganas de comérselo a besos —suspiró.

No se dio cuenta de que André la observaba con la taza a medio camino de la boca y ojos curiosos.

—¿Dices que tu amiga vive en Provenza?

—Sí, en Beauville. —André casi se atraganta con el café—, cerca de Luberon. Perplejo, dejó la taza en el platillo y se pasó la servilleta por los labios.

—Y tu amiga se llama...

—Monique.

Se quedó mirándola asombrado.

—Y tú eres Sandra. —Ella lo miró sin entender—. La chica que vive con Monique. La famosa bloguera de moda. Tú eres Trendy Sandy.

Ella sonrió sorprendida.

—Bueno sí, tengo que reconocer que soy un poco famosa. ¿Y tú como lo sabes?

—Por dos razones. Sé de ti porque sigo tu trabajo, puesto que tienes mucho éxito en una revista que no es mía. Y sé de ti también porque Monique es mi hija.

A Sandra se le cayó de la mano el *croissant* que acababa de coger del cestillo de los bollos.

—¿Qué?! —exclamó sacudiéndose las migas—. Dios mío, si me lo cuentan no me lo creo. Va a ser verdad que el mundo es un pañuelo. Así que tú eres el poderoso magnate de la comunicación André Briand.

—Eso suena muy grandilocuente. Dejémoslo en empresario.

—Importante empresario —apostilló ella—. ¿De verdad eres el padre de Monique? Eres demasiado joven, pareces un hermano mayor de ella y de Richard.

Sandra había oído hablar mucho de él, como padre de Monique y como magnate de la prensa. Pero no lo conocía físicamente. André Briand era un hombre que no se dejaba fotografiar. Celoso de su intimidad, huía de la fama porque eso no iba con él. Su rostro rara vez salía en los periódicos más allá de los financieros. Sandra visitó a

Monique frecuentemente durante el embarazo y, a pesar de haber estado tantas veces en casa de André, en ninguna de ellas coincidió con él.

—Mi hija ya te habrá contado que fui un padre adolescente —explicando el motivo de la poca diferencia de edad con sus hijos.

—Es cierto. Pero cuando pienso en el mío y comparo... Soy la pequeña de cinco hermanos, mi padre podría ser el tuyo también.

André esbozó una sonrisa ufana, le agradó que su inesperada compañera de viaje lo observara con aquellos ojos apreciativos.

—Pues ya ves, soy abuelo.

—De un niño precioso —agregó—. Madre mía, es increíble.

—Increíble como la casualidad que nos ha reunido a ti y a mí tan lejos de París —concluyó cogiendo una berlina de crema—. Ahora comprendo que estás aquí porque te han encargado un reportaje. Pensé que trabajabas para una editorial de guías de viajes.

Sandra se enderezó en la silla con aire orgulloso.

—Es muy halagador saber que alguien tan importante de la competencia está al tanto de mi trabajo.

—Como comprenderás, estoy al tanto de todo lo que tiene éxito en lo que se refiere a medios audiovisuales y escritos. Y tú lo tienes porque, además de ser una buena periodista, posees una perspicacia especial para adelantarte a lo que puede gustar.

—Gracias, viniendo de ti es más que un cumplido —añadió con una sonrisa—. Y ahora que sé quién eres, me da vergüenza tratarte de tú. A partir de ahora te hablaré de usted.

—Si lo haces, te juro que te lanzo por la borda —bromeó.

Ella se echó a reír y se sirvió más café con un poco de leche.

—Trendy Sandy, la misteriosa reportera sin rostro.

Sandra sonrió con malicia. En su popular *blog* no había ninguna fotografía suya. Tampoco firmaba sus reportajes en la revista con la habitual imagen posada en miniatura debajo de su nombre.

—El misterio aviva la curiosidad —explicó—. Y como los seres humanos somos cotillas por naturaleza, la curiosidad alimenta la fama.

—Todo un acierto que evidentemente funciona.

A Sandra le complació su opinión profesional, pero decidió virar el rumbo de la conversación.

—Gracias otra vez. Pero no hablemos de trabajo, hace un día maravilloso que pide a gritos que disfrutemos de él. ¿Qué planes tienes para hoy? —tanteó a la vez que untaba mermelada de fresa sobre una tostada.

André se pasó la servilleta por los labios, dando por concluido el desayuno.

—Ninguno en particular. Supongo que bajaré a la piscina a ojear los periódicos del día.

—Yo voy a desembarcar. Aunque ya conozco la ciudad necesito pasear por Nápoles para mi reportaje. Y, además, me apetece subir al Vesubio.

—¿A pie?

—En autobús. Solo hay que caminar los últimos trescientos metros. ¿Conoces Nápoles?

—No.

—¡Te encantará, te lo aseguro!

—No es eso lo que dicen.

—La gente habla sin saber, te lo digo yo que es la tercera vez que visito esta ciudad —rebatí convencida—. Estoy pensando que podrías dejar tu plan de relax para mañana. ¿Qué tal si te pones unas bermudas, te calzas unas deportivas y te vienes conmigo?

—No me pongo pantalones cortos desde los veinte años y no he traído zapatillas deportivas.

Sandra disimuló su contrariedad con un alzamiento de cejas.

—Eso significa que me voy sola —asumió abandonando el *croissant* en el plato a medio comer.

André le sostuvo la mirada sin mudar su gesto tranquilo.

—Eso significa que te acompañaré con zapatos.

Sandra miró sus mocasines Martinelli sin calcetines y escondió sus dudas detrás de una sonrisa agradecida.

Habían ascendido los cien primeros metros de la pendiente hacia el cráter del volcán cuando se vieron obligados a hacer la primera parada porque a André se le habían clavado en las plantas de los pies todas las piedras del camino.

Sentados en el suelo, ella lo observó quitarse un mocasín y sacudirlo para expulsar varias chinitas. Con todo, fue prudente y se abstuvo de recordarle su advertencia sobre lo inadecuado de aquel calzado.

—No lo pensé, pero quizá habrías preferido visitar Pompeya. Es una pena que te la pierdas.

André sacudió la cabeza.

—Así ya tengo una buena excusa para volver a Nápoles.

Sandra premió sus palabras con una sonrisa.

—Así me gusta, siempre viendo el lado positivo. Eres de los míos.

Mientras se descalzaba el pie izquierdo, André la estudió de soslayo.

—¿Puedo hacerte una pregunta de índole personal?

—Pregunta.

Él observó la expresión de sus ojos a modo de tanteo y retornó la vista a su zapato.

—Eres atractiva, eres joven, eres inteligente. ¿Por qué estás sola?

—Eso es mucho suponer.

—Me lo ha contado Monique. Debe ser alguna maldición que pesa sobre el apartamento que compartís. Tres mujeres jóvenes y guapas que viven como solteras. Aunque eso ha cambiado de repente en el caso de Patricia, ya sabrás que es la novia de mi hijo. Y en el caso de mi hija, también cambió de un día para otro. Lo de los embarazos sorpresa ya es una tradición familiar —ironizó.

—Puedes estar tranquilo. Hace unos días, yo la vi muy dichosa con Gabriel. Y con Paul —añadió con un matiz significativo.

—Más le vale que la haga feliz. A él, me refiero.

—Es un buen tío.

—Para un padre, ningún hombre es bueno.

—Aunque no comparta tu opinión, te entiendo —aceptó. Sentada en el suelo, apoyó los antebrazos en las rodillas—. Y respondiendo a tu indiscreta pregunta...

—No tienes por qué responder.

—Es broma, hombre —rio—. Ocurre que estoy cansada de amigos con derecho a revolcón, romances que no me aportan nada y hombres para los que el futuro de una relación no va más allá de medio año, siendo optimistas. Por eso no tengo pareja, puede que exija demasiado.

El aire le agitó la corta melena. André observó cómo se la retiraba de la cara con un gesto mecánico, sin esa indolencia fingida que usan muchas mujeres con intención de seducir.

—Ser exigente no es un defecto.

Sandra lo miró a los ojos.

—Y tú, ¿tienes pareja ahora mismo?

—No sé que te habrá contado Monique sobre mí, intuyo que nada bueno.

—Pues, en pocas palabras, que el cabezal de tu cama tiene más muescas que el tocón de un carnicero.

André soltó una carcajada.

—Mi hija es bastante exagerada. Hace más de dos meses que no salgo con ninguna mujer.

—¿Y eso?

—Por hastío, como tú. Y porque tuve un nieto y eso me hizo ver la vida de otra manera. Empecé a sentirme como un tipo maduro y patético siempre acompañado por chicas mucho más jóvenes.

—Si, Monique me dijo que si cumplen cuarenta las descartas.

—Voy a tener que hablar seriamente con mi hija.

—En cuanto a eso de patético, ¿tú te has oído? —De un salto se puso en pie—. Anda, levanta de ahí y deja de decir tonterías.

Se agarró de su mano y dejó que lo ayudara. Quedaron frente a frente, inesperadamente cerca.

—Vaya, vaya... —susurró Sandra—. Con todo lo que he oído de ti y al final resulta que eres un corazón solitario como yo.

André se dijo que por qué no ponerla a prueba. Era experto en esa materia y quería descubrir si la confianza que había mostrado respondiendo a una pregunta demasiado íntima era un truco para meterse en sus pensamientos y en su cama.

—Vivo con alguien —soltó a quemarropa.

No, Sandra no era una estratega. Le entraron ganas de reír de puro contento al verla disimular su espontáneo gesto de contrariedad.

—Perdona, como has dicho que...

Antes de que terminara de hablar, sacó el móvil del bolsillo y se lo plantó ante la cara.

—Cuando mi madre murió, no me quedó más remedio que hacerme cargo de él. Se llama Zizú.

Sandra emitió un gemido amoroso, contemplando la imagen del perro que aparecía como salvapantallas.

—¡Un caniche! ¿Por qué nunca lo vi cuando iba a visitar a Monique a tu casa?

—Se lo llevó Richard a su casa durante ese tiempo, para evitar una enfermedad de las embarazadas que no sé cómo se llama.

—¿Eso no lo transmiten los gatos? —dudó, sin dejar de mirar la pantalla—. Qué cosita más cuqui —exclamó llevándose ambas manos al corazón—. Creo que me acabo de enamorar.

El autocar los llevó de nuevo al centro de Nápoles, con la indicación de que disponían de tres horas exactas para recorrer la ciudad a su aire. Con tan poco tiempo, Sandra propuso limitar el recorrido a los alrededores de la iglesia de San Gregorio Armeno. Después de almorzar en una pizzería del barrio español, bajaban paseando por vía Toledo cuando Sandra se detuvo ante el escaparate de una joyería.

—Qué bonito. Me encanta por lo sencillo que es.

Se había quedado embelesada como una niña ante la vitrina de una confitería. André buscó con la mirada el colgante que le señalaba, objeto de su deseo. Se trataba de un rubí o un granate de un rojo intenso, tallado en forma de corazón, pendido de una cadena de oro casi invisible. De tan fina que era, parecía suspendido en el aire.

—Déjame pensar —continuó, con expresión calculadora—. Setecientos euros es una pasta, pero si me aprieto el cinturón...

—Míralo bien —le aconsejó André.

—Ay, coño... ¡Perdón! —Se tapó la boca con las manos—. ¿Mil setecientos euros? Siempre me pasa lo mismo, la vista se va sola a lo más caro.

Miró el corazón rojo que deslumbraba detrás del cristal del escaparate y continuó caminando.

—Demasiado caro para mí.

—¿Nunca te das un capricho?

Sandra desechó la idea con la mano y le sonrió, invitándolo a continuar el paseo por la primera calle que quedaba a su izquierda.

—Vayamos por la calle de los Libreros. Quiero enseñarte algo, no puedes irte de Nápoles sin ver las tiendas de los artesanos de los famosos belenes napolitanos. Y, ya que lo preguntas, de camino nos vamos a dar un capricho. Un café con una *limonetta*.

—¿Qué es?

—Un pastelillo delicioso, pequeñito y empapado en licor de limón. Con el café sabe... Mmm... —agregó cerrando los ojos con un suspiro goloso.

—¿Tanto como para hacerte olvidar ese colgante con forma de corazón?

Sandra asintió convencida y se cogió de su brazo.

—No necesito gastar tanto dinero para disfrutar de la vida. A veces los mejores placeres cuestan poco más de un euro.

André estaba solo en su camarote. Bien entrada la madrugada, no conseguía conciliar el sueño. Se tumbó en la cama con las manos cruzadas bajo la cabeza y contempló la caja con el logotipo de la marca deportiva Munich. No esperaba a nadie cuando llamaron a la puerta de su camarote. Tampoco esperaba a un empleado del crucero que venía a entregarle un regalo y mucho menos que el regalo fuera de Sandra, como averiguó cuando leyó la nota que lo acompañaba. Y aún le sorprendió más que aquella caja procedente de una de las *boutiques* del barco contuviera un par de zapatillas deportivas. De su número, además. Tuvo que reconocerle el mérito, era observadora. Tanto como para leer el número en la suela de su zapato cuando se descalzó para sacudirse las piedrecillas en aquel primer descanso de la ascensión al cráter del Vesubio. La imaginó en esos momentos en su camarote. Seguro que estaba trabajando, ocupada en recopilar las impresiones del día y en pasar a limpio los numerosos mensajes de voz que grabó en su teléfono móvil durante la excursión.

Alargó el brazo y cogió de la mesilla la nota de Sandra para volver a leerla.

«Espero compartir más excursiones contigo. Hazme caso, úsalas y no vuelvas a decir que eres un maduro patético. Los hombres y las mujeres no nacemos con fecha de caducidad como los yogures. Caducamos cuando nos

da la gana.
Sandra».

Dejó la tarjeta a su lado, sobre la sábana, y clavó la mirada en el techo. Se embarcó en aquel crucero buscando la soledad y había tenido que venir una desconocida risueña a desbaratarle los esquemas. Lo peor del caso es que no se trataba de una desconocida. Sandra era una de las mejores amigas de Monique. Tenía la edad de su hija, se recalcó mentalmente para no olvidar ese detalle fundamental.

—Das lástima, campeón —se dijo en voz alta.

La vida adulta lo sorprendió cuando acababa de salir de la adolescencia. Y aunque en lo profesional había asumido el papel de hombre y mucho más, en lo personal llevaba treinta y muchos años escondiéndose bajo las calzas verdes del eterno chaval que se negaba a crecer. Nunca había buscado a su Wendy. Su eterno vagar de mujer en mujer no respondía a esa premisa. Ni la buscaba ni falta que le hacía.

Cerró los ojos pensando en Sandra, excelente conversadora, generosa, divertida y tan juiciosamente sencilla. Recordó la curva de sus labios cuando sonreía; mientras tanto, la voz de su conciencia no dejaba de susurrarle que a Peter Pan empezaba a gustarle demasiado Campanilla.

19. Secretos de familia

La cadena de televisión ya les había hecho llegar los billetes de avión. Al día siguiente, Monique y su suegro volarían a París para la entrevista. Y no eran los únicos en aquella casa que ya habían preparado el equipaje.

Jérôme acababa de saber por Monique que su madre y el resto de su extraña familia se iban por fin. Eran espíritus libres, incapaces de atarse a un lugar, eso él ya lo sabía. Pero se resistía a decirles adiós sin sincerarse antes ante sus dos atractivas consuegras. Quizá fuera aventurado, pero se dijo a sí mismo que quien no arriesga, no gana. Y la ocasión idónea era justo en ese momento, puesto que se encontraban solos los tres en la cocina, Monique y el niño habían acompañado a Paul a la fábrica.

—¿Y ya habéis decidido vuestro próximo destino? —preguntó a la vez que secaba un plato con el paño.

Fieles a sus ideas defensoras de la naturaleza, Helga y Èlise se negaban a poner en marcha el lavavajillas alegando motivos ecológicos carentes de fundamento, dado que la máquina derrochaba menos agua. Así pues, los raros días en que la pereza no se adueñaba de ambas, fregaban juntas a la manera tradicional.

Helga tomó el plato ya seco de su mano y lo apiló en el armario.

—Billy quiere ir a Holanda —dijo con su marcado acento teutón—. Así que allí iremos, ¿cierto, Èlise?

—Supongo que sí —respondió mientras terminaba de enjuagar los cubiertos.

Por enésima vez, Jérôme envidió la suerte del tontaina de la guitarra. Sus deseos eran órdenes para sus dos damas, como si las tuviera abducidas. Y si tan complacientes eran con el Elvis de pacotilla, quizá con él también... Sin pensarlo dos veces, decidió lanzarse.

—Es una lástima que os vayáis. No sé si atreverme a confesaros... No, mejor no.

La duda estudiada hizo su efecto, porque Helga y Èlise lo miraron, intrigadas.

—¿Confesar qué?

—No sé. Es algo tan personal que no...

—Oh, pero, no nos dejes así. ¡Habla! —insistió Helga.

Las miró con cara de ángel bendito, primero a una y luego a la otra, dando gracias en silencio al destino por eso que llaman «curiosidad femenina».

—Siempre he soñado con ello y no quiero irme a la tumba sin probar esa experiencia —confesó con ojos misteriosos.

Se acercó al oído de su consuegra verdadera y le susurró su deseo más íntimo.

—¡Ayayay, Jérôme! —exclamó incrédula y a la vez excitada de imaginarlo—. Vas a lograr que me ponga colorada y mira que es difícil.

—¿Qué? —quiso saber Helga.

Èlise la señaló con la mirada e hizo lo mismo con Jérôme, después se miró a sí

misma. Volvió la vista de nuevo a Helga y le guiñó un ojo. Esta observó que el único hombre de la reunión sonreía como un lobo.

—Pero... ¿Estamos hablando de...? ¿Nosotros tres? —exclamó. Su expresión boquiabierta se transformó en una sonrisa juguetona—. ¡*Monsieur* Lachance, eres un chico muy malo!

—¿Vas a castigarme con unos azotes?

No hubo más que decir, corrieron escaleras arriba camino del dormitorio como tres cohetes. Y si las paredes hablasen, podrían narrar el repertorio más completo de posturas sexuales jamás vistas en el apacible pueblo de Beauville, desde las más conocidas hasta las absolutamente innombrables. Jérôme Lachance cumplió su deseo secreto y todos los que pudiera tener hasta el fin de sus días, durante una tarde memorable en la que sus dos consuegras se convirtieron en entregadas amantes. Por miedo a ser descubiertos, no pararon ni para tomar aire. Y así, durante las tres escasas horas en que la casa permaneció vacía y el infeliz de Billy rascaba su guitarra al sol, goce arriba, jadeo abajo, orgasmo delante o detrás, las dos maestras del erotismo fueron la envidia de otras más jóvenes profesionales del cine para adultos. Y el héroe de la tarde no se quedó a la zaga, pese a su edad. Quizá a causa de los años de sequía fornicatoria o gracias a un oportuno regalo de la madre naturaleza, lo cierto es que hizo gala de una virilidad descomunal.

Al borde del desfallecimiento, Jérôme se dio por satisfecho y durante un buen rato yació boca arriba, con sus dos diosas del sexo, una a cada costado.

—Billy nunca debe saberlo —avisó Èlise, acurrucada a su derecha.

—Nunca. Ni mi hijo —agregó Jérôme mientras acariciaba descuidadamente el pecho izquierdo de Helga.

—Ni Monique —apuntó la alemana—. Porque se enfadaría un poquito, ¿verdad?

—Nadie debe saberlo —insistió Èlise—. Todas las familias guardan secretos.

Jérôme rememoraba los excitantes momentos que acababa de vivir. Y suspiró con la sonrisa de un zorro que acaba de merendarse a las aves más apetitosas del gallinero.

—Así es, queridas mías. Este será nuestro secreto de familia —aseguró.

Esa noche, después de la cena, Billy y sus dos mujeres dieron un paseo hasta la plaza. Èlise tenía en mente una idea que llevaba elucubrando durante un buen rato. Helga y ella aparcaron a Billy frente al televisor del bar con una jarra de cerveza en la mano y la promesa de regresar a buscarlo cuando acabara el partido de fútbol.

Una vez estuvieron ante la puerta de la casa del alcalde, la alemana sintió cierta reserva.

—No sé si esto está bien, querida.

—Ya te lo he dicho —alegó para evitar que se echara atrás—. Durante el pasado no es mucho lo que he hecho por mi hija y ahora tengo ante mí la oportunidad de hacer algo por ella, mejor dicho, por su familia.

—Pero...

—¿A qué vienen tantas dudas, Helga? No es nada que no hayamos hecho antes —le recordó en alusión a la erótica sesión secreta compartida esa misma tarde.

—¿No nos estamos volviendo un poco putiscuas?

—Pro-mis-cuas —la corrigió—. Se dice promiscuas.

—Como se diga. ¿Lo somos nosotras?

—Lo que somos es mujeres liberadas —la corrigió—. El sexo sin ataduras siempre ha sido nuestra filosofía de vida.

Helga estudió su expresión. Aunque a su manera, con una clase de amor despegado, olvidadizo y a distancia, estaba segura de que Èlise quería a sus hijos.

—Las personas que queremos son importantes —reconoció con todas aquellas erres rascándole el paladar.

—Lo más importante.

—Está bien, si tú quieres. Lo que sea por la familia.

—Piensa en ello como un sacrificio, lo hacemos por mi hija.

Helga asintió convencida.

—Seremos dos mártires del amor —anunció haciendo sonar el final como un redoble tamboril.

Èlise agradeció su actitud dándole un beso en la mejilla y tocó el timbre. El alcalde, en un primer momento, se extrañó de verlas allí. De haber sido otros los recién llegados, los habría despachado con cajas destempladas exigiendo que se presentaran de buena mañana en su despacho del ayuntamiento. Pero, solterón como era, no hizo ascos a la visita a horas intempestivas de aquellas dos agradables forasteras. Con mucho gusto, las invitó a pasar al salón, sin quitar ojo de sus pechos sin sostén.

Ya acomodados en el sofá y después de una ronda de *pastís* bien fresquito, Èlise expuso sus argumentos respecto al empeñamiento en no vender la antigua propiedad de Elora Feraud. No era una mujer especialmente informada en lo tocante a finanzas, pero su opinión se fundamentaba en el punto de vista razonable que otorga el valorar un negocio desde la distancia, sin dejarse ofuscar por las emociones ni por la política.

El alcalde, a quien la razón dictaba justamente esos argumentos a pesar de desoírlos, no tardó en reconocer que aquella mujer era inteligente. Y él no lo era menos. Si continuaba emperrado en su actitud, la decisión podría volverse contra él en un futuro cercano. Y las elecciones municipales se convocarían en poco menos de un año.

—Sí, en eso estoy de acuerdo con usted, Èlise —opinó, sin quitar ojo a la

curvilínea Helga reclinada con aparente indolencia a su lado.

Y era verdad. Coincidió con la opinión de esta. La montaña solo tenía valor para quien apreciaba la lavanda verdadera. Para el resto del mundo no eran sino riscos para cabras y rapaces poblados de matojos silvestres. En cuanto a la vieja casa de *madame* Elora, mantenerla como propiedad exigía su rehabilitación para abrir el centro de vacaciones que le había propuesto Monique Briand y pudiera ser que aparecieran empresas dispuestas a sufragar los gastos, como también podía ocurrir que ninguna se brindara a ello. El ayuntamiento no podía paralizar ese proyecto, pero asumir los gastos de las obras supondría un importante hachazo al presupuesto municipal que podría ser mal visto por los vecinos o ser usado como arma política por los concejales del otro bando. Vender la casa junto con las tierras a Paul Lachance sería quitarse un problema de encima. Y el ayuntamiento se ofrecería a subvencionar generosamente tan loable proyecto benéfico, pero librándose de las obligaciones como propietario. Con el dinero obtenido con la venta, podría construir alguna dotación pública beneficiosa para el pueblo, como sugería en ese momento la inteligente forastera de los labios tentadores. No habría tenido inconveniente en contar con ella como concejal de urbanismo.

—Un parque con un bonito jardín —opinó Èlise—. La explanada que hay al final de la calle Monet se vería infinitamente mejor que esa rotonda con la farola en medio. Con columpios para los niños y bancos para los mayores. Un lugar de convivencia para los vecinos del pueblo. Grandes y pequeños, todos estarían agradecidos.

—No digo que no sea una buena idea.

Prácticamente acababa de claudicar, pensó Alain Allamand reclinándose satisfecho sobre el respaldo del sofá. Siendo como era un hombre listo, y a la vista de la sonrisa invitadora de la rubia pechugona que se inclinó hacia él, imaginó lo que venía a continuación. Un trío, por qué no. Hacía mucho... La última vez fue en aquel puticlub de Avignon. «Qué tiempos más buenos», pensó paladeando un trago de *pastís*. Sonrió de medio lado y jugó su papel de inocente, para dejar que sus dos invitadas acabaran de convencerlo con el tipo de regalo en especie que ya les había adivinado desde que vio sus sonrisas descaradas al abrirles la puerta. Nadie tenía por qué enterarse, la noche prometía y aquellas bellezas maduras tenían cara de ser muy juguetonas cuando se quitaban la ropa.

Lejos de allí y varias millas mar adentro, el crucero tocaba a su fin. Aquella noche sin escalas era la última antes de arribar de regreso a Marsella. A André le costó encontrar a Sandra. Le extrañó que no se presentase a la tradicional cena de gala con el capitán, puesto que desde aquella primera mesa para dos habían compartido

excursión en cada escala, comidas, buenos momentos y muchas intimidades aunque ninguna física. Tenía la sensación de que su ausencia esa noche era una manera de evitar la despedida. Cuando salió del comedor, la buscó por todo el barco hasta que la descubrió apoyada en la barandilla de la cubierta de popa.

—Te he echado de menos durante la cena —dijo a modo de saludo.

Ella se giró hacia él con una sonrisa de disculpa.

—No tenía apetito y me apetecía tomar el aire.

André se acodó en la baranda también.

—Tengo algo para ti. —Sandra alzó las cejas—. No te sorprendas, tú también me hiciste un regalo.

Sacó del bolsillo una cajita y se la entregó. Sandra la destapó y susurró algo emocionada, tan bajito que André no la entendió.

—Es el colgante del corazón. Pero ¿cuándo lo compraste sin que me diera cuenta? —inquirió sin salir de su sorpresa.

El viento que olía a agua de mar le movía el pelo como una caricia. Y aunque no vestía de etiqueta como él, André nunca la había visto tan deslumbrante como esa noche.

—Aproveché cuando te metiste a ver esa iglesia que te interesaba tanto.

—Y que a ti no te interesaba para nada —sonrió al recordarlo.

Lo miró a los ojos con una negación tácita en los suyos.

—Gracias, de verdad. Pero no voy a aceptarlo. Ningún hombre me ha regalado nunca algo tan caro.

—¿Qué importa el dinero? Te gustó, eso es lo que cuenta. Quédatelo —insistió— como recuerdo de todos los buenos ratos que hemos pasado juntos.

—No —recalcó poniéndole la cajita en las manos.

André sacó el colgante y, mirándola sin parpadear, extendió el brazo para dejarlo caer al agua.

—¿Pero que haces? ¿Te has vuelto loco?

—Sí tú no lo quieres...

—Está bien —claudicó cogiéndole el brazo—. No voy a dejar que cometas la misma idiotez que la tía aquella en la película del Titanic.

André hizo oscilar la cadena entre ellos dos, invitándola a que lo cogiera. Sandra lo encerró en el puño y se acercó mucho a él, que por primera vez la abrazó por la cintura.

—Gracias —susurró halagada—. Te prometo que lo conservaré siempre.

Tenía el rostro de Sandra tan cerca del suyo que a André se le dispararon todas las alarmas.

—Sandra, voy a cumplir cincuenta años.

—Y yo treinta y cuatro.

—¿Tantos?

Ella se echó a reír al ver su ceño fruncido. Esa sí que era buena, al final iba a

resultar que era demasiado vieja.

—Sí, tantos. Ya ves, tengo un año más que tu hijo mayor.

André se apresuró a excusarse, todavía sorprendido puesto que le calculaba menos de treinta.

—No me malinterpretes, me he extrañado porque no los aparentas.

—Ya lo sé —terminó con los halagos. Quería que la escuchara—. Yo también tengo mis dudas, ¿sabes? La primera vez que cenamos juntos, ¿te acuerdas?, no dejabas de mirar a cada chica que pasaba por nuestro lado. Pero al día siguiente todo cambió, dejaste de verlas. Desde entonces solo me miras a mí y eso me ha dado esperanzas.

—Puedo ser tu padre.

—Mi padre es un señor con zapatillas a cuadros y bata de felpa y tú eres...

—¿Qué soy?

—Irresistible.

Se puso de puntillas y lo besó en los labios. Entreabrió la boca y André introdujo la lengua en aquella invitadora calidez, en busca de la suya. Ninguno de los dos supo cuánto duró aquel primer beso, intenso como una explosión de deseo contenido durante días. A pesar de parecerles una eternidad, separaron sus bocas con ganas de más.

—Y eres una de las mejores amigas de mi hija —argumentó.

Sandra leyó en sus ojos todas sus reservas mezcladas con la ansiedad que lo consumía por ir más allá y decidió que era ella quien debía tomar una decisión.

—Será mejor que me sueltes.

—No quiero —dijo apretándola más contra él.

Sandra le cogió las manos y las retiró de su cintura con suavidad, obligándolo a poner distancia.

—No voy a estropear la amistad que tenemos por una noche de sexo como despedida —anunció. Y se mordió el labio inferior de tanto como le costaba seguir—. Y sé que me arrepentiré, porque intuyo que voy a perderme algo alucinante.

—¿Por qué? No hay nada de malo en ello ni nos supondrá un problema de conciencia. Somos adultos, Sandra.

Ella sonrió, en su expresión contrariada veía que André nunca había tenido una amiga. Él veía a las mujeres con un instinto primario.

—Tienes demasiadas dudas en la cabeza.

Le cogió la mano, depositó en ella el granate con forma de corazón y ella misma le cerró el puño.

—Quiero que te lo quedes —insistió André.

Sandra negó con la cabeza.

—¿Crees que podría llevarte pegado a mi corazón sabiendo que no estás dispuesto a arriesgar como yo?

—Nunca he hecho promesas de futuro.

—Ni yo te las pido. Sé que no poseo ni la cara más bonita ni el mejor culo del mundo, pero si un día decides que merezco la pena y que soy la única mujer a la que te apetece mirar, búscame y cuélgalo tú mismo de mi cuello —declaró alejándose de él.

André se guardó la joya en el bolsillo del pantalón y la vio marchar sin hacer nada por evitarlo.

Aún no había amanecido cuando Paul se removió bajo la sábana. Apenas abrió los ojos para comprobar la hora que era, se ladeó y abrazó a Monique acariciándole el pecho. Ese día se marchaba a París, iba a echar de menos no despertar a su lado. Ella se removió, pegando el trasero contra su sexo. Paul esparció besos suaves a lo largo de su hombro con una risa suave al comprobar, una vez más, que no era inmune al tacto de su mano. La hizo girar para tumbarla de espaldas y Monique lo acogió entre sus piernas. Paul rozó el glande contra la invitadora calidez; ella le rogó al oído que no la hiciera esperar.

—La pastilla —murmuró Paul incorporándose un poco para verle los ojos.

—Con el desayuno —protestó asiéndole las nalgas para que la penetrara ya.

Pero Paul no se resistió a su ruego.

—¿Será seguro?

Monique abrió los párpados y lo miró a los ojos, tratando de comprender el porqué de sus reparos.

—¿Qué te preocupa? Sé que te gustaría tener más niños.

—Pregunta por ahí, todo hijo único quiere tener más de uno. Pero mis deseos no importan.

—Yo sí quiero que compartamos la experiencia del embarazo, quiero sentir tu mano aquí —dijo cogiéndole la mano derecha y poniéndosela sobre su vientre—. Me arrepiento tanto de que no vieras cómo crecía Gabriel dentro de mí.

—Eso ya no importa.

—Quiero vivirlo contigo —susurró como una súplica.

—Y yo no quiero que vuelvas a pasar un embarazo que te obligó a permanecer meses en cama y con miedo a perder al bebé.

—El médico dijo que no tiene por qué volver a pasar.

Paul le dio un tierno beso en el cuello.

—Ya veremos. Pero puedo vivir sin ello con tal de no verte pasarlo mal otra vez.

Monique cerró los párpados, sin poder evitar un par de lágrimas que le resbalaron por las sienes. Paul se apresuró a secárselas.

—No llores, por favor.

—No estoy acostumbrada a que me quieran tanto.

Paul apoyó los labios en su mejilla y se empujó dentro de ella con un sabio movimiento de caderas.

—No sé quererte de otra manera.

Se mecieron juntos en una cadencia lenta, prolongando el placer hasta que Paul tomó el mando. Las acometidas eran profundas, intensas. Se dejó llevar, rendido por su propia necesidad cuando Monique gimió su nombre al oído.

Ese mismo día, Paul llevó a Monique y a su padre hasta el aeropuerto de Marsella. Y llevaron con ellos a Gabriel. Una vez en la terminal, Jérôme pretextó la necesidad urgente de un último café, y se llevó a su nieto en brazos, a fin de dejarlos solos para que se despidiesen con intimidad.

Monique no dejó de darle instrucciones en cuanto a los cuidados del bebé para que no olvidara nada.

—Parece que no te fíes de mí —protestó Paul.

Ella le echó los brazos al cuello y él la abrazó por la cintura.

—Confío absolutamente en ti. No puedo dejar a Gabriel en mejores manos.

Paul estudió su mirada.

—Y en mí como persona, ¿confías también? No como padre sino como hombre. Como tu hombre —puntualizó.

Monique se echó a reír.

—Qué primitivo suena eso.

—¿Qué quieres? Soy del sur.

—Por aquí sois un poco anticuados para algunas cosas.

Él negó con la cabeza.

—También digo que la Provenza es mi tierra y no es mía. No se trata de posesión sino de pertenencia —explicó mirándola ajeno a la gente que arrastraba maletas a su alrededor—. A un lugar, a la vida de alguien.

—Tú eres imprescindible en mi vida —murmuró Monique—. Nunca te he dado las gracias y quiero hacerlo antes de marcharme.

—¿Las gracias? ¿Por qué?

—Por hacerme ver que no debía conformarme con ser la mujer de tu vida, o de la de Gabriel, sino la persona más importante de mi propia vida. Me has enseñado a quererme, Paul.

—Eso es porque te quiero —dijo dándole un beso.

—Por eso confío en ti, como «mi hombre» —recalcó con una sonrisa de complicidad.

Paul la atrajo con fuerza y la besó a conciencia, para que supiera que aún no la había visto marchar y ya tenía ganas de verla volver.

Lejos de allí, en la avenida Víctor Hugo de París, a escasos cincuenta metros del Arco del Triunfo, André llevaba horas pensativo en su sillón preferido con el teléfono móvil en la mano. Y conforme transcurría la tarde, aumentaba su mal humor. Hasta Zizú había notado el sombrío talante de su dueño, porque se rascaba una oreja a una distancia prudencial, sin osar acercarse.

André miró la pantalla y tecleó un nuevo mensaje de WhatsApp.

¿Te has parado a pensar que cuando tú tengas cuarenta años yo estaré cerca de los sesenta?

Esperó la respuesta, que no llegó. Igual que la centena de mensajes que llevaba ya enviados en las últimas semanas. Y maldijo entre dientes al ver el doble símbolo azul que delataba que sí lo había leído. Lanzó el móvil sobre la mesilla y volvió la cabeza hacia las puertas correderas que comunicaban con la terraza. Las vistas eran privilegiadas. Hacía muchos años que residía allí. Él solo, desde que Monique y Richard decidieron independizarse. En su día, eligió aquel ático lo suficientemente cerca de la casa de sus padres como para encasquetarles a los niños cada vez que fuera preciso. Y lo bastante lejos como para disponer de su tan preciada libertad.

Libertad que se tradujo en independencia para llevar hasta allí arriba a las mujeres que le vinieron en gana, a pesar de que recordaba pocas caras. Su patrimonio sentimental se resumía en una larga lista de nombres olvidados. En cambio, el de Sandra no se le iba de la memoria. En ese momento deseaba tenerla con él, hacerle el amor en la terraza, a la vista de los curiosos de los edificios del otro lado de la calle. Exhibiendo al mundo y a la noche su pasión. Un placer que se había prohibido y que ella le había vedado también. Se arrepentía de haberse comportado con Sandra como el caballero que no había sido jamás. La quería en su cama. Y la quería también por la mañana. Verla despertar, cada día. Todos los días.

Se inclinó sobre la mesilla y volvió a coger el teléfono.

Tú viajas mucho y mi vida es un caos de trabajo.
Además, querrás hijos algún día, ¿o no?
¿Has pensado en ello?

Como esperaba, no hubo más respuesta que las consabidas marcas azules junto al texto.

—¿Tú la entiendes, Zizú? —Alzó la voz encarándose con el chucho.

El caniche ladeó la cabeza y se quedó mirándolo.

—Se lo he dicho del derecho y del revés. Que esto no tiene futuro, si es que hay un «esto».

El perrito volvió a tumbarse sobre la alfombra y él volvió a teclear.

Esa teoría tuya de los yogures que no caducan
está muy bien como titular.

Pero no es real.

Reconócelo.

Nada, tampoco hubo respuesta.

—Y si lee los mensajes, ¿por qué no me contesta? ¿Qué es lo que pretende? ¿Cabrearme más? —barbotó—. Y yo soy gilipollas por seguir escribiéndole cuando está claro que no piensa responder.

Zizú pareció apiadarse de su amo con aquella última confesión, porque se enderezó y caminó hasta sus pies. André lo acarició entre las orejas y volvió a mirar la pantalla del móvil con ira contenida. Sandra leía sus mensajes, todos, pero seguía ignorándolo como si fuera un paria, un pesado o vete a saber.

Además está ese otro asunto: trabajas para la
competencia.

Tal como leyó la tontería que acababa de escribir se sintió un imbécil completo. Optó por borrarlo rápido.

—¡Joder! —siseó entre dientes.

Con las prisas, en lugar de eliminar el texto, le había dado a la tecla de enviar. Ahora sí que acababa de coronarse como el rey de los tontos. Observó las dos vírgulas azules. Horror, Sandra lo acababa de leer.

—Debería colgarte a ti el corazón que le compré en Nápoles, Zizú —murmuró acariciando distraídamente el collar del perrito—. A fin de cuentas, la nuestra es la relación más larga que he tenido en mi vida.

En realidad lo era. Qué triste reconocerlo.

—Vamos a ver, dime, ¿qué chica rechaza un regalo como ese? —cuestionó pensando en el granate que descansaba en su mesilla de noche, como un recordatorio morboso de la mujer que, por primera vez en su vida y sin haber estado nunca en su cama, no lo dejaba dormir—. Una que espera de un hombre algo más que joyas —reconoció en voz alta.

Con una velocidad inaudita para su pulgar poco acostumbrado, tecleó un nuevo mensaje.

Toda mi vida he sido un egoísta y no sé si sabré darte lo que esperas de mí.

—Te mereces a alguien mejor que yo —murmuró.

El móvil lo sobresaltó al vibrar en su mano. Observó la pantalla a ver si por fin se trataba de la ansiada respuesta. Pero no, era una llamada entrante de su hija.

—Hola, cariño.

—Hola, papá. Estoy a punto de volar hacia París. ¿Tendrás un rato para mí?

—Y si no lo tengo, lo buscaré —afirmó—. Pero ¿qué ocurre? ¿Las cosas entre tú y Paul no van bien?

La oyó reír al otro lado de la línea y se alegró por ella, ya que aquella risa contagiaba alegría.

—Viajo con Jérôme, el padre de Paul. Ya te conté lo de la entrevista del Canal 5, seguro que lo has olvidado.

—Es cierto, no lo recordaba.

En las últimas semanas, olvidaba bastantes cosas. Sandra ocupaba el noventa por ciento de sus pensamientos. Pero se guardó mucho de confesarle a su hija ese secreto.

—¿Cómo está el hijo de mi hija?

Monique volvió a reír y esa vez André creyó detectar cierto aire burlón.

—Que lo llames nieto no te hace más viejo, papá. ¿Sabes una cosa? Mamá vino a conocer a Gabriel, estuvo aquí unos días con nosotros. La verdad, no lo esperaba de ella.

Matemático, era oír nombrar a la madre de sus hijos y pensar en tufo a cannabis.

—Y no fue sola, imagino —adivinó recordando su peculiar convivencia con un roquero caduco y la esposa legítima de este.

No le hizo mucha gracia imaginar al pequeño Gabriel de mano en mano de aquellos tres, pero se lo calló.

—Ya te lo contaré y nos reiremos juntos —añadió Monique—. Yo hace tiempo que acepté que mamá no va a cambiar.

—Supongo —dijo por decir, para zanjar el tema—. Y Gabriel, ¿lo traes contigo?

—Está precioso, cada día más grande. Se ha quedado en casa con Paul.

Mal que le pesara, tenía unas ganas locas de sostener en brazos a su nieto. Tuvo que resignarse a no verlo.

—¿Y cómo estás tú?

—Nunca he sido tan feliz, papá. He sido muy tonta al desperdiciar mi tiempo. Los malos recuerdos del pasado y el miedo al futuro me estaban robando el presente, que es lo que de verdad cuenta. Pero ahora no. Por fin sé lo que es esa felicidad tan grande que te hace reír y llorar a la vez, y no voy a dejar que se me escape de las manos.

Se despidió de Monique y volvió a mirar la pantalla del móvil con la misma sensación de impotencia. Alargó la mano y acarició el lomo del caniche.

—¿Cuál crees que es la estrategia de una mujer que se niega a responder a los mensajes de un hombre? —le preguntó al perrito que se entretenía lamiéndose una pata; y sin darse cuenta se contestó a sí mismo en voz alta—. A veces el silencio es la respuesta, porque no quiere volver a saber nada de él. Salvo que, con su mutismo, pretenda que sea ese hombre quien responda a sus propias preguntas.

Se reclinó sobre el sillón y miró a través de las puertas de la terraza. Empezaba oscurecer, la niebla le robaba esa tarde la contemplación del Sagrado Corazón sobre la colina de Montmartre. Durante un buen rato dejó vagar la vista por los tejados de zinc, meditando sobre las palabras de Monique acerca de la felicidad, algo tan intangible y, a la vez, tan escurridizo. Y tan valioso. Recordó los días pasados con Sandra, su sonrisa siempre a punto, su sencillez, su entusiasmo, su madurez, su tesón profesional, el brillo de su pelo al sol, el sabor de sus labios, sus consejos sensatos, su cuerpo mojado en la piscina del barco... Y él la estaba dejando pasar de largo.

Volvió a coger el teléfono y buscó en la agenda el número que le iba a ayudar a impedirlo. En la redacción del periódico a esas horas debían estar en plena faena.

Parado en la acera, André Briand aún recordaba las preguntas asombradas del reportero la noche anterior, los esfuerzos de este por no resultar indiscreto y sus reservas ante semejante petición. Con todo, fue incapaz de negarle un favor al dueño del periódico.

Necesitaba ayuda y nada mejor que recurrir a uno de los mejores periodistas de investigación de su plantilla. Simplemente, le facilitó su dirección con el encargo de que averiguara si Sandra se encontraba en París. Si era así, que la siguiera cuando saliera de casa por la mañana y le dijera exactamente dónde podía encontrarla. Media hora antes había recibido una llamada de él y no perdió ni un minuto, para evitar que ella tomara otro camino y todo resultara en vano.

Allí la tenía, sentada de espaldas a él en un velador de la terraza del otro lado de la calle. Con una taza delante, seguramente de café con leche, y un montón de papeles. La recordó igual, como solía hacer cada día en el cruce a la hora del desayuno. André no había perdido el espíritu observador imprescindible en la profesión periodística aunque desde hacía años la ejercía desde un despacho. Gracias a ese sexto sentido veía lo que los demás no ven y, por eso, en ese momento, observaba el bloc de notas abierto, la agenda y las notas sueltas, a pesar de que Sandra tapaba la mesa con su cuerpo, reflejado en el escaparate del café.

Una vez más, recordó la felicidad de Monique y la conversación mantenida con ella el día anterior. El pasado es recuerdo y el futuro algo que imaginamos, la realidad es el presente. Sacó el granate del bolsillo y cruzó la acera sin esperar a que cambiara

el semáforo. Avanzó hasta colocarse a su espalda y le puso las manos sobre los hombros sin decir una palabra. Ella alzó la cabeza alarmada por el contacto inesperado, pero se tranquilizó al verlo reflejado en la luna de cristal que tenía enfrente. Un anciano que ocupaba la mesa contigua levantó la vista del periódico y se quedó observando la escena. El camarero que salía del café también se quedó mirándolos con la bandeja en la mano. Pero a André no le importó.

Colocó el colgante sobre el pecho de Sandra y abrochó el enganche rozándole el pelo de la nuca con los dedos. Miró hacia el escaparate y la vio acariciar el corazón rojo brillante, sonrió al verla reír con los ojos cerrados. Se inclinó sobre ella y le dio un lento beso en el cuello.

—Nunca quise buscar a la mujer de mi vida —murmuró acariciándole la oreja con los labios—. Y resulta que ella me encontró a mí.

20. Un golpe de suerte

Paul no podía creer todavía que el alcalde hubiese tenido la deferencia de personarse en la destilería para poner su propuesta sobre la mesa.

—Entonces, si tu oferta sigue en pie, la finca es tuya. E insisto para que no quede duda, que el pleno está de acuerdo en vendértela. Saldrá a oferta pública en los plazos que marca la ley pero, francamente, no creo que haya más interesados en adquirir un monte y tampoco el caserón.

—Ya sabes en qué precio se tasó —le recordó Paul tableteando con los dedos sobre la mesa.

Desde su sillón, al otro lado del escritorio, el alcalde dio su visto bueno con un leve cabeceo.

—Los cien mil euros superan en mucho el valor catastral. Y no tenemos intención de especular ni de valorar el precio de mercado; sería lícito pero moralmente censurable y no tengo ganas de darles argumentos a los otros, que las elecciones están ahí mismo —apostilló refiriéndose al partido de la oposición.

—Si te soy sincero, no tengo tanto dinero disponible. Tendré que negociar un crédito con mi banco. ¿Esperaréis?

—Ya te he dicho que debemos respetar los plazos legales para ofertar la venta. Así que no tendrás problemas, seguro que lo habrás solucionado para entonces. Y, además, tienes prioridad para adquirir la propiedad.

Ya estaba todo dicho. El alcalde se levantó y Paul lo secundó, tendiéndole la mano que el otro estrechó. Los tratos por allí seguían haciéndose a la antigua y un apretón de manos entre hombres era tan sagrado como la palabra dada, más serio que una firma ante notario.

—Me alegro y, es más, agradezco como no eres capaz de imaginar que hayas cambiado de opinión.

Allamand lo miró con franqueza.

—Este tipo de disputas solo suponen desgaste mental y nulo beneficio político. Es lo mejor para todos, y no hablo ni de mí ni de tu familia, me refiero al pueblo.

Paul se empeñó en acompañarlo hasta la calle.

—En mi opinión, haces una mala compra y una buena inversión —afirmó pulsando el mando para desbloquear las puertas del coche—. La casa de la señora no vale ni para revender las tejas, pero siendo tuya se acabaron los pleitos sobre la tierra. Porque serás dueño de la finca y de la lavanda que crece en esa montaña.

Paul estaba de acuerdo. Ya no tendría que preocuparse ni soportar la sensación de que le estaban haciendo un favor al darle permiso para recolectar en tierra ajena la lavanda vera, el tesoro de la Provenza al alcance de muy pocos. Para un destilador como él, suponía un increíble privilegio.

—Y como premio añadido, tu chica va a ponerse muy contenta —agregó antes de ponerlo en marcha—. Ya sabes que tiene planes para la casa. Por supuesto, contará con la ayuda económica que podamos destinar.

—Eres un buen hombre, Alain.

El alcalde se despidió con la cabeza.

Cuando el coche ya se veía lejos, Paul se metió las manos en los bolsillos de los vaqueros y miró hacia las nubes. Ahora el problema era distinto, debía conseguir cuanto antes esos cien mil euros y el modo de devolverlos sin que se resintieran las finanzas de su empresa ni tener que hacer cábalas para pagar la soldada de los empleados cada fin de mes. Pero estaba seguro de conseguirlo. Y tanto que lo lograría.

Paul se marchó a casa antes que de costumbre. Estaba ansioso por llamar a su padre y contarle las novedades. Jérôme, al conocer la decisión del ayuntamiento, se alegró tanto como él.

—No le digas nada a Monique de todo esto, por favor. Luego la llamaré, quiero contárselo yo.

—Descuida.

—¿Qué tal todo por ahí?

—De turistas por París. La entrevista es mañana, así que dejo que Monique me pasee. Ella decide y yo voy detrás. Hoy me ha subido a hacerme fotos con las gárgolas de Notre Dame, pues yo contento. Eso sí, cuánta gente hay en todas partes y qué rápido caminan, ¡como si fueran a apagar un fuego! Me pone nervioso verlos cruzar con los semáforos en rojo.

Paul esbozó una sonrisa, imaginándolos de paseo turístico a los dos. Cuando le contó su intención de solicitar un crédito bancario, Jérôme puso a su disposición el dinero que había ganado en el concurso, que Paul rehusó de manera tajante.

—Pues me lo gastaré en caprichos para mi nieto. Y dale un beso de mi parte —dijo antes de colgar.

—¿Y lo de ahorrar?

—¡Cuando sea viejo!

Se despidieron ambos con ilusión en la voz. La futura propiedad de la finca significaba un orgullo después de años de explotarla en régimen de aparcería.

Después, con Gabriel en brazos, Paul se entretuvo cambiando de cadena en el sofá. Bajó los pies de la mesilla rápidamente al ver entrar a Lina en el salón.

—Esta parka estaba en la caja, ya sabes. —Paul asumió que hablaba de Giselle, por la que no sentía la menor simpatía y se lo hacía notar—. Está hecha un asco, yo la

lavaría pero a lo mejor se estropea.

Por la cara que ponía, aunque Lina no lo dijo, Paul imaginó que estaba pensando que Giselle había podido tener el detalle de devolvérsela limpia.

—Hazlo, no pienso perder tiempo y gasolina para ir hasta la tintorería de Avignon por una cazadora vieja.

—Eso pienso yo. Por eso te la traigo, para que mires en los bolsillos antes de que la meta en la lavadora.

Paul sonrió ampliamente.

—¿Qué crees que puede haber en una parka vieja? ¿Un tesoro? Si lo hubiera, te aseguro que conozco a alguien que se lo habría quedado ya.

—Venga, que a mí me da no sé qué meter la mano en bolsillos que no son los míos.

—Lo que encuentres, para ti.

Lina apretó los labios. A Paul le hizo gracia que lo mirara como a un chiquillo cabezota. Tan joven y tan protectora como una gallina clueca.

—¿Por qué sigues viniendo a ayudarnos, Lina? Sabes que te apreciamos mucho, pero este no es trabajo para ti.

—Porque Monique no está y me cae bien. Y como Jérôme tampoco está... No quiero que cuando llegue se encuentre la casa hecha un desastre.

—Quedo yo.

—Y Gabriel, ¿quién cuidaría de él cuando tú estás en la fábrica?

—Lo digo en serio, Lina —insistió Paul—. Tienes un talento que no puedes desperdiciar poniendo lavadoras y fregando suelos. ¿Quieres que te busque un hueco en la destilería?

—No.

—Pues prométeme que vas a buscar en serio un empleo acorde con tu formación, no eches tus años de estudio a la basura.

—Para empezar, tengo planes. Quiero estudiar un Máster de Diseño en Londres y el dinero que me pagas estoy ahorrándolo para eso. Mi abuelo también guarda una parte de su pensión, así que cuando logremos reunirlo entre los dos, me marcharé y entonces me echarás de menos.

—Seguro. —Miró el reloj y decidió que era hora de preparar la cena para él y de bañar a Gabriel—. Vete a casa ya, que llevas aquí todo el día.

—Mejor, así me pagas más —bromeó—. Si dejo puesta la lavadora, ¿la tenderás tú?

—Espero acordarme.

La chica salió a terminar con sus tareas y Paul subió con Gabriel para bañarlo antes de darle el biberón. Estaba desnudándolo cuando oyó que Lina lo llamaba a voces por el hueco de la escalera.

—Paul, ¿puedo usar un momento tu portátil?

—Sí —gritó.

Dos minutos después, iba por el pasillo con Gabriel desnudo en brazos cuando la vio subir los escalones de dos en dos.

—¿Qué te pasa? —le preguntó alarmado. Estaba pálida como si fuera a desmayarse.

—¡Siéntate! Siéntate, por favor —dijo tirando de él hacia el baño.

Paul se sentó sobre la tapa del inodoro y ella acercó la banqueta y se sentó enfrente. Se levantó de nuevo y cogió una toalla con la que arropó a Gabriel para que no se enfriara. El niño hacía ruiditos mirándolos a los dos sin saber qué estaba pasando esa tarde que lo tenían desnudo y sin meterlo en el agua.

—Lina, ¿qué pasa? Me estás poniendo nervioso.

—Y más que te vas a poner —susurró sin aliento.

Le plantó delante un papel rectangular lleno de números.

—Estaba en uno de tus bolsillos y lo he comprobado en internet. Está premiado.

—¿Qué dices?

Pues eso fue precisamente lo que hizo Lina. Cuando le dijo la cantidad que valía ese boleto de la lotería, no dejó caer a Gabriel al suelo de milagro.

Ese día, Lina tuvo que hacer aún más horas extras porque Paul no daba pie con bola. Fue ella quien se encargó de bañar al bebé y de darle el biberón mientras él comprobaba en el portátil que la chica no se había equivocado. Diez veces lo constató y como no se quedó tranquilo, encontró varios números de teléfono a los que llamó y todos ellos le confirmaron que se trataba de un boleto ganador. Paul solo recuperó el ritmo cardiaco normal cuando le aseguraron que, aunque era de dos años atrás, los premios no tenían caducidad y podía cobrarlo en cualquier momento.

Cuando Lina se marchó por fin a casa, abrigó a Gabriel sobre el pijama y de esa guisa lo montó en el coche y enfiló hacia la casa del director del banco. Al hombre no le hizo gracia que le interrumpiera la cena.

—¿Pero cómo quieres que abra a estas horas la sucursal? ¿No puedes esperar a mañana?

—No, no puedo esperar.

El hombre escuchó sin pestañear la historia del boleto y cuando lo tuvo en las manos lo miró sin acabar de creérselo.

—Repítemelo otra vez, porque no sé si te he entendido bien, ¿cuánto vale este papel?

—Ciento cincuenta mil euros.

—¡Coño! Pues si es así, vamos. Donde mejor va a estar es en la caja fuerte.

De camino a la oficina bancaria, le preguntó si ya sabía en qué iba a gastárselo,

evidentemente contento de ingresar semejante suma en su entidad.

Paul se limitó a sonreír, aunque eso era algo que tuvo claro desde que supo la cuantía del premio. Lo primero, pagarle a Lina el Máster en la Escuela de Diseño que ella eligiera y todos los gastos de su estancia en Londres. No se podía ser mejor persona ni más honrada, otro en su lugar se lo habría quedado sin decir esta boca es mía. Y la otra cosa que pensaba comprar era la casa de la señora. Por fin tenía algo que agradecerle a Giselle. Gracias a ella, contaba con el dinero que necesitaba y sin necesidad de pedir un crédito.

Tenía que hablar con Monique. Necesitaba darle la noticia. Iba a ver cumplido su sueño o, al menos, comprar la casa era el principio de esa aventura que se había propuesto y por la que, en buena medida, estaba en París. Pero con las prisas se había dejado el teléfono en casa. Cuando aseguró al pequeño en la sillita del coche, se le ocurrió la idea.

—Gabriel, ¿tienes ganas de ver a mamá?

21. Una llamada, algunos recuerdos y muchas sorpresas

En París, Jérôme Lachance se sentía tratado como un famoso de los de verdad. Él y Monique eran huéspedes de un hotel de los caros, donde el Canal 5 les había reservado dos habitaciones, como tenían costumbre de hacer con los invitados que acudían desde otras ciudades. Deferencia que Monique estuvo a punto de rechazar, puesto que podían haberse quedado, no en una casa, sino en tres: su piso, el de su padre o, a una mala, con Richard. Pero Jérôme insistió en aprovechar la generosidad de aquella gente de la tele y ella aceptó, pensando en las pocas ocasiones en su vida que el hombre había disfrutado de los lujos de un hotel, seguramente nunca tantos ni con la exquisitez detallista que los agasajaba el Marriott.

Llegaron a los estudios con tiempo suficiente. Jérôme, por segunda vez en su vida, aceptó que lo maquillaran como a las mujeres y por la exigencia del momento. Después, mientras esperaban en la salita de invitados, comprobó que aquella cadena era de las que podía presumir de un estado financiero boyante, a la vista del tentempié con barra libre que tenían a su disposición todos los invitados al programa. Se emitía en horario de máxima audiencia y él no había podido probar bocado a la hora de la cena a causa de un gusanillo nervioso que le corría por el estómago. Y eso que no era novato ante las cámaras. Por eso agradeció aquel aperitivo por todo lo alto, nada que ver con las galletas, el agua y los emparedados de pan de molde que les dieron en la televisión local allá en la Provenza el día del concurso.

Su entrevista tenía programada media hora de duración. Cuando sonaron aplausos, hubo un cruce en la puerta del set con los invitados salientes y él y Monique escucharon atentamente las indicaciones de un ayudante del regidor: no mirar a las cámaras salvo que se les indicara desde detrás de las mismas, en tal caso, fijar la vista en la que luciera el chivato rojo, que se sintieran como en casa y, por último, que no pensarán en ellas ni en el público del plató.

El primero en intervenir fue él, puesto que la presentadora se dedicó a hacerle preguntas referentes a su éxito televisivo, a la experiencia vivida en el concurso y a la importancia de no perder la ilusión sea cual sea la edad de las personas. Y con dos últimas cuestiones referidas al sur, la guapa presentadora enlazó el tema de las ilusiones y la belleza de su tierra natal, con las preguntas hacia Monique, que se centraron en la vida de Marissa y Elora Feraud.

—Lo que me impactó al leer aquella historia fue que comprendí que aquella niña y todos los que nacieron en las mismas circunstancias durante la Segunda Guerra Mundial, no fueron hijos de la vergüenza sino fruto del amor. Mal visto, pero amor al fin y al cabo.

—Monique, me pediste desde el principio que no diésemos datos sobre el padre de tu tía.

—No me parece justo desvelar su identidad. Piensa que ellas dos murieron y con ellas se acabó su historia. ¿Qué derecho tenemos a remover el pasado de un hombre que ha permanecido tantos años en el anonimato? Si está vivo, no debe saber de la existencia de su hija. Y si no lo está, aunque su familia viva en Alemania, tampoco sería justo que llegaran a conocer ese secreto sin que ninguno de los tres esté aquí para poder dar explicaciones.

—Dices que la historia murió con ellos. Tú eres periodista y de las mejores.

Hizo un breve inciso para loar sus méritos, sin olvidar una mención al premio Albert Londres.

—Pero vamos a seguir con las circunstancias de Elora, coincidirás conmigo en que las historias de las personas, no mueren nunca en tanto exista alguien dispuesto a contarlas. Te he entendido que tienes en mente escribir un libro.

—Más adelante, es un sueño bonito que no descarto realizar. Pero ahora es otra ilusión la que me gustaría cumplir.

—Cuéntanos. He de confesar que me llegó al alma lo que me contaste cuando hablamos hace unas semanas, antes de esta entrevista.

Monique explicó la labor a la que había consagrado su vida Elora; se entregó al cuidado de niños, muchos de los cuales no eran estimados por sus familias. La presentadora hizo intervenir también a Jérôme, que era quien vivió junto a Elora Feraud aquella época de su vida. Dio paso a Monique para que explicara el proyecto de fundar una casa de colonias para que muchos niños disfrutaran, por lo menos, de unas vacaciones en la Provenza que recordaran siempre como un verano feliz.

—Qué bonito nombre para el proyecto: «Un verano en la Provenza». Hasta a mí me entran ganas de ir.

—Y no te arrepentirías. Es una región preciosa y muy acogedora. Ahora solo nos falta cruzar los dedos para que surjan patrocinadores.

—Un pajarito me ha dicho que Grupo Briand es el primero de ellos.

—Sí, el grupo se ha comprometido a financiar, año tras año, las estancias de los niños en la futura casa de vacaciones. Espero que pronto surjan más empresas o particulares dispuestos a colaborar con las obras de rehabilitación para adecuar la casa y el entorno. El ayuntamiento, propietario de la misma, también se ha ofrecido a colaborar.

La presentadora la miró con ojos de guardar un as en la manga.

—Quizá el ayuntamiento de Beauville pueda aumentar la dotación de esa ayuda, ahora que ya existe un nuevo propietario.

A Monique le cambió la cara, por mucho que trató de disimular, consciente de que estaba ante una cámara y en los televisores de varios millones de hogares franceses.

—Además, creo que lo conoces y vas a tener ocasión de saludarlo porque lo tenemos al otro lado del teléfono. —Monique miró espantada a Jérôme, que asintió disimuladamente y muy tranquilo—. Buenas noches, *monsieur* Lachance. Qué

casualidad que se llama usted como uno de nuestros invitados —bromeó.

Y aclaró a la audiencia que se trataba del hijo del invitado que estaba sentado frente a ella. Jérôme se saltó la prohibición de mirar a la cámara y sonrió de oreja a oreja para toda Francia. El regidor exigió silencio al público, prohibiendo a fuerza de gesticular que rieran ni en murmullos. Mientras Paul respondía a las preguntas explicando quién era, Monique se tapó la boca con las manos, sin salir de su sorpresa.

—Vemos que te has involucrado de lleno en el proyecto que acaba de explicarnos Monique.

—Todas las ilusiones de mi mujer son mías también.

Hubo un coro de «¡Ohhh!» ordenado por el regidor, para aumentar el clímax, que la presentadora multiplicó llevándose las manos al corazón. Monique, como comunicadora, conocía el poder que tenía el romance para mantener pegada la audiencia a la pantalla.

—Pero, Monique, creí que me dijiste que no estabas casada.

Y puesto que era su turno, lo aprovechó.

—A lo mejor es porque nunca me lo han pedido.

—¿Qué dices a esto, Paul?

—Ten cuidado con lo que deseas, porque puede que se cumpla...

Se oyeron interferencias y un pitido que fue bajando de intensidad y cesó de golpe.

—Qué lástima —dijo la presentadora tocándose el pinganillo de la oreja—. Me dicen mis compañeros que hemos perdido la comunicación. ¡Cosas del directo!

Cuando sonó el timbre y Richard abrió la puerta de su apartamento, no esperaba descubrir allí a Paul con Gabriel en brazos y una bolsa al hombro con la caterva de trastos que acompañan a un bebé.

—¿Pero qué haces tú en París? Es decir, vosotros —preguntó acariciando la cabeza de su sobrino.

—Es largo de explicar.

—Te hemos escuchado por la tele hace un rato. Gran detalle el tuyo. —Paul se lo agradeció con un gesto silencioso—. Pero creía que hablabas desde Beauville. Mi hermana no tiene ni idea de que estáis en París, ¿verdad?

Supuso que no había sido Monique, sino su padre, quien le había facilitado su dirección.

—No, no lo sabe —se apresuró a aclarar Paul—. Y te ruego que no le digas nada, ¿de acuerdo?

Un sexto sentido le dijo a Richard que las sorpresas solo acababan de empezar.

Esa noche había planeado llevar a cenar a Patricia a un restaurante muy exclusivo, del que de paso podría extraer algunas ideas en cuanto a presentación y recetas, y ella había acudido al apartamento a recogerlo. En ese momento llegaba preparada para salir. Pero al ver a Paul, lo saludó apresurándose a tomar a Gabriel en brazos. Mientras ella disfrutaba del reencuentro con el pequeñín, Paul la puso al día sobre su inesperado viaje a París con idéntico ruego para que no dijeran nada a Monique, puesto que pretendía sorprenderla.

—Por eso estoy aquí —explicó. Richard lo escuchaba mosqueado, intuyendo lo que se avecinaba—. Necesito que me hagáis un enorme favor quedándoos con Gabriel esta noche. Prometo que mañana a primera hora volveremos Monique y yo a por él.

—Cuánto lo siento, tenemos planes. Nos pillas de milagro, estábamos a punto de salir.

—Richard... —intervino Patricia.

Paul aprovechó la ventaja que daba la mirada de súplica de la morenita.

—Duerme toda la noche del tirón, no os dará guerra hasta las ocho, cuando reclame el biberón.

Richard miró a Patricia, con Gabriel en brazos, muy entretenido despeinándole los rizos a dos manos.

—Podemos salir cualquier otra noche —insistió ella.

—En esta bolsa está la caja de leche con la dosis anotada, y los cereales que tenéis que añadir, los biberones, pañales de sobra, el pijama y ropa para mañana más una muda de repuesto por lo que pueda pasar —añadió Paul de carrerilla—. Y si veis muy complicado bañarlo, por un día no pasa nada.

Evitó comentar que, desde que habían introducido los cereales en la dieta de Gabriel, sus excrementos eran más abundantes y pestilentes. Mejor que descubrieran por sí mismos el fascinante mundo de los bebés.

Richard seguía asimilando la situación, mudo de asombro.

—Cariño, ¿con quién va a estar mejor Gabriel que con nosotros? —lo animó Patricia.

—Con su padre y con su madre.

Ella rio discretamente al ver su ceño fruncido.

—Tú puedes improvisar cualquier cosa mientras yo juego con él y le doy el biberón —agregó.

Richard afiló la mirada al constatar lo poco que le estaba costando a su ricitos de ébano renunciar a una cena de tres estrellas en la Guía Michelin.

—Quieres decir que saque una *pizza* del congelador y la meta en el horno, porque hasta ahí llega mi talento en la cocina.

Patricia sonrió de un modo especialmente convincente y Paul comprendió que había decidido por los dos.

—Será mejor que yo me encargue de la cena mientras tú te ocupas de tu sobrino.

Le tendió a Richard al pequeño que lo cogió con la misma precaución que habría sostenido entre las manos una bomba de relojería. Extrañado de que lo mirara tan contento, cuando se suponía que debía llorar ante una cara que no le era familiar.

—Gracias, de verdad. Os debo una —intervino Paul.

—Espera... —intervino Richard.

Patricia miró a Paul y sacudió la mano indicándole que no perdiera más tiempo.

—Vete tranquilo —le aseguró—, Richard y yo cuidaremos muy bien de Gabriel. Avisad mañana cuando vayáis a venir a recogerlo. Y de paso, podríais desayunar con nosotros.

—Seguro que a Monique le encanta la idea.

Paul se despidió de su hijo, dándole como media docena de besos ruidosos que hicieron reír al pequeño.

—Pórtate bien, ¿me oyes? Hasta mañana —dijo dirigiéndose a Richard.

Con una mirada agradecida, entregó a Patricia la bolsa con estampado de conejitos.

Richard lo vio meterse en el ascensor y desaparecer con la misma presteza que llegó para fastidiarle los planes. Miró a Patricia muy serio.

—Te quedas a dormir —recalcó, aunque no hacía falta—. A mí no me dejes solo.

—Pues claro que me quedo, ¿o pensabas dejarme en casa después de cenar? —dijo lanzándole un beso al aire.

Cerró la puerta y se quitó el abrigo mientras hacía carantoñas al bebé.

—Vamos a prepararle rápido el biberón, antes de que se ponga a llorar. Me parece que tiene hambre —comentó al ver cómo restregaba la nariz y la boca abierta sobre el hombro de su tío.

—Me está llenando la camisa de babas —protestó.

Patricia los envolvió a los dos con una mirada amorosa.

—Sí, los bebés hacen esas cosas.

El regidor indicó desde detrás de las cámaras que era el momento de los aplausos y salieron del plató, Monique fue directa a por su móvil para hablar con Paul. Quería saber todos los detalles: cómo había convencido al alcalde para que le vendiera la finca, por qué no le dijo nada cuando hablaron horas antes... Cuestión esta última absurda y fruto de la euforia porque, obviamente, Monique sabía que la sorpresa en directo fue un regalo de Paul dedicado solo a ella. Tan entusiasmada estaba con las novedades y con el éxito de la entrevista, que comenzó a narrársela como si él no acabara de verla y Paul poco más le contó respecto a la compra venta de la finca Gocelin.

André Briand en persona acudió a recogerlos a los estudios de televisión. Jérôme, que había hablado hacía un momento con su hijo, disimuló ante Monique y se quitó de en medio pidiendo que lo llevaran al hotel.

—Hay televisión por cable —recordó contento.

Monique se giró en el asiento para hablar con él, que iba en el asiento trasero.

—Podíamos ir a tomar algo, porque yo estoy muerta de hambre. Con los nervios apenas he cenado. ¿Qué me dices, Jérôme?

—¿Con todo lo que hemos comido en bufé de la tele? —objetó—. Ni hablar. Además nos han alojado a todo lujo, habrá que aprovecharse del servicio de habitaciones. Si me entra el gusanillo más tarde, pediré que me suban un vaso de leche y unas magdalenas. Me las tomaré mientras veo lo de las subastas de Detroit, que debe estar a punto de empezar.

Monique rio divertida.

—Qué manía con las subastas.

—Ese tío regatea como Dios —soltó con auténtica admiración.

Monique retornó a su posición e intercambió una mirada con su padre.

—¿Qué pasa? A mí también me gusta.

A Monique se le escapó una carcajada, no entendía la fascinación que despertaba aquel prestamista con un pelo relamido que daba asco y su sonrisa de tahúr.

Conforme a su deseo, despidieron a Jérôme Lachance en la puerta del Marriott de los Campos Elíseos. André Briand lo felicitó, no solo por su éxito en aquel concurso, sino también por su merecido protagonismo en el reportaje posterior. Alabó el importante papel que había desempeñado para que se materializara el proyecto de la casa de colonias para niños en Beauville. Jérôme se restó importancia, otorgando el mérito a Monique, que fue quien tuvo la idea y agradeció el compromiso del Grupo Briand al brindar el apoyo económico que iba a hacerlo realidad.

Al rato, él y Monique atravesaban París más allá de la velocidad permitida. Iba distraída y no se dio cuenta hasta que vio las luces de la orilla del Sena. El restaurante Prunier lo habían dejado atrás.

—¿No íbamos a tomar un bocado?

—Sí, pero cada uno por nuestra cuenta.

Aparcó en zona prohibida, justo debajo de la torre Eiffel. Bajó del coche y Monique lo imitó, curiosa por saber qué hacían a esas horas allí. Su padre se había cruzado de brazos y tenía esa mirada que auguraba algo importante.

—Tengo una oferta para ti. Estoy hablando de una propuesta laboral —aclaró alzando la mano para que no lo interrumpiera—. Dirigir el suplemento semanal del periódico. Tú mandas, tú decides contenidos, tú eliges a los colaboradores.

—Papá, no sé a qué viene esto. Y, por favor, no creas que no lo valoro. Me honra mucho y no niego que es un reto apasionante.

—Muchos matarían por ese puesto.

Ella apretó los labios, no lo dudaba.

—Aceptar me obligaría a vivir en París y eso no es negociable.

—Piénsalo bien. No eres una periodista del montón, no eches a perder tu talento ni tu carrera.

—Papá, la noticia está en todas partes. Ni hoy ni mañana, pero un día me reconcomerá de nuevo el gusanillo. Entonces retomaré el teclado y las notas con la ilusión que se necesita para llegar a los lectores.

—¿Estás segura? Porque no creas que mi oferta va a seguir en pie dentro de dos semanas.

—Completamente.

André Briand se miró las suelas de los zapatos, con un leve cabeceo.

—Una parte de mí me dice que te equivocas. Espero que no me mientas cuando dices que volverás a retomar el teclado y que decidas hacerlo pronto —explicó; tuvo que ponerle el índice en los labios para que lo dejara terminar—. Pero otra parte de mí te aplaude. Has crecido, Monique, sabes lo que quiere tu corazón y vas a por ello.

Pensó en Sandra, pero no era el momento de contárselo a su hija. No hasta estar seguro de que su relación era sólida y con un futuro tangible. Tiempo al tiempo.

—Me alegra que lo entiendas —agradeció Monique.

—Hay otra cosa que podría guardarme para mí, porque así me lo pidió Paul.

—¿Paul?

—Al carajo la promesa que le hice. Creo que tienes derecho a saber que fue él quien me pidió que te hiciera esta propuesta.

Monique se apartó el pelo con las manos, sorprendida solo en parte.

—Imagino por qué lo ha hecho. Piensa como tú y no quiere ser el responsable de que un día lamente no haberme dedicado en cuerpo y alma a mi carrera.

—Esa renuncia significa que te ama.

—Si esperas que me ponga a lagrimear de emoción como una heroína de folletín, ya puedes guardar los clínex —afirmó con una mirada estoica que lo descolocó—. Amar es escuchar mi opinión y valorarla. Amar es no tenerme por una infeliz que se sacrifica por amor. Amar es respetar que yo decido mi vida, algún día lo entenderéis los dos.

Su padre rio con cinismo. Monique arrugó la frente, esperaba una mínima muestra de admiración.

—Subestimas su inteligencia.

Lo vio sacar la cartera del bolsillo de atrás y extraer de ella un papelito viejo y medio rajado por los dobleces. Se lo tendió y ella acabó de desplegarlo y lo leyó en silencio.

«Dicen que algunos pájaros ansían a toda costa escapar de la jaula que los mantiene prisioneros; puede que esa sea la única esperanza que los mantiene vivos y por eso, cuando consiguen al fin abandonar su encierro, desorientados e incapaces de adaptarse a su recién encontrada libertad, acaban por morir.

He oído decir también que algunas aves, con el cambio de las estaciones vuelan a países lejanos y, como presas por un hilo invisible que tira de ellas, retornan de nuevo al punto de partida. Puede que necesitadas de la seguridad que les transmiten la tierra y el primer cielo que vieron al nacer.

Imagino que a esos pájaros que mueren los acaba aniquilando el miedo a lo desconocido; los segundos, quiero creer que regresan movidos por los recuerdos felices de lo que dejaron atrás. A veces me pregunto si alguna de esas aves de paso se sentirá desdichada, vacía e inútil. Y me pregunto también, si cuando emprende su viaje, lo hace con el deseo de volar muy lejos sin intención de regresar...».

—Lo encontré hace años en tu escritorio. ¿Nunca lo echaste de menos? —Monique asintió emocionada al saber que lo había conservado todos esos años—. Fue aquel que regresaste de Beauville más triste que nunca. Hace catorce años que lo llevo conmigo.

—Suenan ñoño. Son solo palabras de una cría inspiradas por una canción.

—Vamos, Monique, ¿cuántas quinceañeras conoces que escriban así? —objetó enojado porque menospreciara el valor del texto.

—Ya sabes cómo soy, me cuesta expresar las emociones. Escribir siempre ha sido una válvula de escape.

—Tienes «ese genio», esa rara cualidad. Y sensibilidad —insistió con vehemencia—. Para mí fue revelador leer esta cuartilla. Mi hija pequeña, tan hermética para expresar sus sentimientos, tenía el don de la palabra escrita. Habías nacido para comunicar. Y no me equivoqué —afirmó con cariño y admiración—. Pero no te has dado cuenta de una cosa. El padre de tu hijo nunca ha visto este papel, pero te conoce tan bien que no le ha hecho falta leerlo. Paul me pidió que te hiciera una oferta muy tentadora, dándote así la oportunidad de volar.

—¿Aunque yo no quiera hacerlo?

—Paul sabe que darte alas es la única manera de asegurarse que, por muy lejos que te marches, siempre volverás a él.

Monique se mordió los labios.

—¿Y aún te extraña que quiera pasar el resto de mi vida con él?

—Compra la entrada y sube, que lleva horas allá arriba y debe estar ya aburrido de tanto esperarte.

—¿Paul está en París?

Con la boca abierta, giró la cabeza hacia lo alto de la torre. Había hablado por teléfono con él durante el programa. La llamada en directo la hizo desde... ¡París!

André miró a su hija con una mueca de diversión. Abriendo la puerta del coche, le guiñó un ojo.

—En la torre Eiffel... Ni aunque me pagaran por ello montaría yo semejante numerito.

Monique subió hasta el segundo piso, el más alto que permitían visitar a esas horas y lo encontró nada más salir del ascensor. Paul estaba sentado en una de las mesas del pequeño bar de refrescos, con una Coca-Cola Zero y un palo de *selfies*.

Él se levantó al verla llegar y Monique fue a su encuentro a la carrera, lanzándosele con un arrebato de cariño por tenerlo allí. Paul la abrazó levantándole los pies del suelo y dejó que lo besara a placer.

—La finca es tuya por fin, Paul. Solo hay una cosa que me preocupa, pero muy poco. Pagaremos esa hipoteca, aunque tengamos que ahorrar hasta el último euro. Encenderé velas para que las cosechas de los próximos años sean de las buenas, si es preciso buscaré a un brujo que espante las tormentas. —Paul se carcajeó con aquella ocurrencia—. Yo escribiré artículos y algún reportaje, que pagan mejor. Entre los dos nos la quitaremos de encima cuanto antes.

Paul se quedó mirándola con el corazón tan contento como nunca lo había sentido.

—Todo esto merece que lo celebremos. ¿Dónde vas a invitarme? —soltó antes de que ella, después de la explosión de alegría, retomara la batería de preguntas de la conversación telefónica de hacía apenas tres cuartos de hora.

—¡Sí, vamos a celebrarlo! Aunque es tan tarde que yo creo que solo nos darán algo más sólido que unas copas en algún *kebab* que encontremos abierto.

—Pues celebraremos en un *kebab* que he ganado la lotería.

Monique le puso las manos en los hombros y puso distancia para verle bien la cara.

—¿Que qué...?

—Aún no me lo creo, nena. Pero es verdad, real, como tú y como yo.

Paul le explicó el hallazgo del boleto por parte de Lina en aquella caja de ropa que Delia trajo y que ella no había querido ni abrir. La inquietud hasta que confirmó que podía validarlo y cómo lo dejó en el banco para su custodia. No había necesidad de pedir hipoteca, ni de plazos, ni deuda que saldar. Se besaron muchas veces y Paul volvió a alzarla en volandas. Y dio vueltas con ella en brazos ante la mirada romántica de la chica que vendía los refrescos, que embelesada con el derroche de felicidad que sucedía junto a las mesas, no oía los reproches de su encargado para que dejara de soñar y volviera a la faena.

Paul le contó su intención de hacerse cargo de todos los gastos que supusieran los estudios de Lina en la Universidad Artística Saint Martin's. Merecía eso y más.

—Y los viajes de Blanche y su abuelo a Londres cada vez que quieran ir a verla —agregó, emocionada y absolutamente de acuerdo en compartir parte del premio con ella—. ¡Ay, Dios! ¡Ya me estoy imaginando a Ferdinand por Picadilly Circus! Todo, Paul, lo que haga falta, hasta donde llegue el dinero.

Paul acercó la boca a su oreja, besó y lamió la piel sensible bajo el pendiente.

—He hablado esta tarde con mi padre —susurró—. Me ha dicho que las camas del hotel donde estáis son fabulosas.

—Tenemos toda la noche para nosotros.

—Al menos hasta las siete, porque a las ocho tenemos que recoger a Gabriel.

—¿Lo has traído contigo también? —exclamó echando el talle hacia atrás como una cobra—. ¡Dame todas las sorpresas de golpe o me va a dar algo! No sé si voy a perdonarte que no me hayas dicho nada de todo esto.

—Qué poco romántica —apuntó cogiéndola del culo y apretándola bien contra su bragueta, porque el romanticismo también era eso: desearse con pasión.

Miró a su alrededor y se llevó a Monique hasta una zona apartada de la barandilla, lejos de miradas curiosas. Allí se besaron con inmenso placer.

—Quiero más —exigió, cuando ella se apartó.

—Antes dime dónde has dejado a Gabriel.

—En casa de tu hermano.

—¡Ay!

—Está Patricia también.

—Menos mal —respiró aliviada y enlazó las manos en su nuca para un nuevo beso—. Dime de una vez que me amas locamente, que para eso me has hecho subir hasta aquí, ¿o no?

Viéndola disimular, le lanzó una mirada de advertencia para que no se atreviera a echarse a reír.

—Tú has nacido aquí y estás acostumbrada, pero ¿qué quieres? —Asumió, y el que no pudo evitar la risa fue él—. Yo soy de pueblo y este escenario me impresiona.

Monique lo atrajo más cerca, obligándolo a inclinar la cabeza.

—Te quiero, Paul —murmuró tomándole la delantera—. Eres el amor de mi vida, me enamoré de ti con quince años y no hubo desde entonces ni habrá otro que ocupe tu lugar en mi corazón, porque es todo tuyo.

Paul sacó del bolsillo de la cazadora una bola aterciopelada de color verde y la hizo oscilar ante sus ojos. Monique se mordió los labios.

—Te la robé. La cogí del corcho donde la tenías colgada. Este es el recuerdo de los días pasados. Pero también del presente —añadió, dejando a la vista la llave de la casa de *madame* Elora—. Este llavero por fin sirve para lo que fue ideado, para colgar una llave.

—La llave de una ilusión que se va a hacer realidad y supondrá muchos veranos alegres para cientos de niños. ¿Te das cuenta, Paul, del trabajo tan bonito que nos espera?

Él encerró el llavero en el puño y contempló sus ojos, el brillo que veía en ellos era el de la esperanza.

—¿Estás segura de que es eso lo que quieres? Me refiero a implicarte de lleno en ese proyecto. Sabes que puedes delegar.

Monique chasqueó la lengua.

—Es lo que quiero, eso y muchas otras cosas. A pesar de que tú aún dudes y hagas lo posible por alejarme de Beauville y mandarme de vuelta a la redacción del periódico —reveló, con una sonrisa mitad agradecida, mitad reproche.

—No quiero que un día te arrepientas. Aunque ya veo que tu padre me hizo caso y que tú has dicho que no.

—Tonto.

Paul rio suavemente, viendo su mirada estrecha.

—Vamos a atrasar una hora el reloj —propuso hinchando el pecho—. Tú y yo tenemos una conversación pendiente, que un corte de la línea telefónica nos impidió terminar.

Abrió la mano de nuevo y le mostró el llavero en la palma. Monique acarició con un dedo las dos alianzas de boda, una más grande que otra, engarzadas en la anilla junto a la llave de la casa, que había tenido cuidado de ocultarle hasta ese momento. Un modesto llavero de feria, guardado durante años como un recuerdo de la adolescencia. Era pasado, presente y futuro gracias a Paul.

—Hace un rato te decía que tengas cuidado con lo que deseas... Nada va a cambiar por llevar estos anillos. Eres mi mujer, con papeles o sin ellos. Y sé que te tendré a mi lado cuando celebre alegrías, que soportarás mis enfados, que reiremos juntos y que serán mis brazos tu refugio si la tristeza nos dobla por la mitad —afirmó absolutamente seguro de ello—. Pero nuestro hijo se llama Gabriel Lachance... Y yo quiero que tú te llames como nosotros dos.

Qué sencillo era concederle ese deseo. Atrás quedaban las lágrimas. Las de chiquilla las dejó correr con el corazón doliéndole de amor no correspondido. Pero la mujer que era, con las mejillas húmedas, siguió adelante. Igual que Paul, cuando la impotencia lo hacía llorar por dentro. Se arriesgaron a intentarlo en el momento más difícil. Y ganaron los dos. «No hay hombre mejor que tú», pensó Monique mirándolo a los ojos. Cogió el llavero de su mano y lo apretó con fuerza.

—Yo también quiero.

Llegó octubre trayendo consigo las primeras lluvias intensas. Pero aquella mañana lucía tan espléndida que dolía mirar al cielo, como si el mismo sol hubiera decidido celebrar por su cuenta aquel día de fiesta. Monique y Paul se casaban ese sábado. El alcalde iba a encargarse de ello. Iba a acudir a certificar la unión a los campos segados, donde habían instalado un templete y sillas forradas con lazos de color violeta. Porque Monique quería una boda como las que se ven en las películas dulzonas de las sobremesas de los sábados y Paul, aunque era partidario de una

celebración sencilla, le dijo que sí a todo con tal de verla contenta. Ya estaba todo preparado para la ceremonia.

O casi todo, porque cuando Monique vio por la ventana que llegaba el coche de su hermano, corrió escaleras abajo tal como estaba, con la bata de Victoria's Secret, parte del regalo de boda de Patricia y Sandra que le llenaron el armario de lencería bonita, y las chanclas de estar por casa.

Con inmensa alegría, abrazó y besó a Patricia y a Richard.

—Pero ¿y Sandra? —preguntó extrañada—. Creía que vendría con vosotros.

Patricia y Richard se miraron de reojo.

—Salió ayer de París —se limitó a decir Patricia, rogando que no preguntara más—. Hace un rato he hablado con ella y ya iba por Avignon. No creo que tarde.

Monique miró a su hermano y le extrañó que rehuyera su mirada.

—Mirá, ya llega papá —dijo él para salir del paso, señalando con la cabeza el BMW plateado.

—¡Ay, sí! —exclamó Monique rodeando el coche que Richard había alquilado en la estación de Marsella—. Aún no comprendo por qué se empeñó en conducir hasta aquí.

—No viene solo —dejó caer Patricia, de corrido.

Monique le sonrió extrañada.

—No, mujer. Me habría avisado.

Cuando André Briand aparcó y abrió la puerta, el primero en salir corriendo del coche fue su perrito, harto de tantas horas de encierro en aquel habitáculo. Monique se quedó mirándolo con la boca y los ojos tan abiertos como si acabara de ver a un fantasma. Se acuclilló y el caniche le demostró su alegría al verla dando vueltas sobre sí mismo. Mientras le daba lametones en la mano, Monique observó su nuevo aspecto. Lo habían esquilado como a los perritos de competición, con pompones en las patas y rematando la cola. En lo alto de la cabeza le habían dejado una crestita de Gremlin y lucía un nuevo collar de pinchos de acero y diamantes de mentira.

Miró a su padre, que en ese momento sacaba del portaequipajes un maletón de color rosa. ¿Rosa? Aturdida, volvió a mirar al animalito.

—Pero, Zizú, ¿quién te ha hecho esto?

Pronto lo supo. Miró hacia la puerta delantera del lado derecho. Un taconazo de Jimmy Choo puso el pie en tierra, luego el otro y cuando miró hacia arriba y descubrió quién era la mujer que había convertido al caniche de la abuela Georgette en el chucho más *cool* de París, tuvo que hacer equilibrios para no caerse de culo a causa de la sorpresa. Se puso de pie como un resorte y miró a su padre, con las manos en las caderas y mil preguntas en la mente. Acto seguido, posó sus ojos a la dueña de los tacones que sacudió la mano para disipar la tensión del momento.

—Te dejo —concedió Sandra con ironía—. Puedes llamarme «mami», pero solo de vez en cuando.

Zizú se rascó una oreja y trotó hasta un rincón del porche para tumbarse al sol.

—¿Tú? ¡¿Vosotros?! —exclamó Monique—. ¿Desde cuándo... os conocéis? — indagó, tragándose el «os encamáis a mis espaldas» que tenía en la punta de la lengua—. ¿Por qué no me habíais dicho nada?

André dejó la maleta donde estaba y se acercó. Monique se quedó mirando el brazo que enroscó alrededor de la cintura de Sandra.

—Te lo estamos diciendo ahora —manifestó tan tranquilo.

Ella giró la cabeza y fusiló con la mirada a Patricia y a Richard.

—¡Vosotros lo sabíais!

—Déjate de preguntas, cariño —la frenó Patricia—, que el protagonismo hoy es todo tuyo. Y de Paul, por supuesto. Por cierto, dónde está Gabriel. Estoy deseando verlo.

—Todos lo estamos deseando —añadió Sandra.

Monique señaló hacia arriba con un vago gesto de la mano.

—Los hombres hoy están por un lado y yo por otro. La tradición, Paul y yo no podemos vernos —explicó cogiéndole la muñeca para mirar su reloj. Ella había desayunado hacía poco y solo un café por culpa de los nervios—. Supongo que Gabriel ya se habrá despertado y uno de los dos estará preparándole el biberón.

Richard avanzó unos pasos hacia la casa. Zizú se levantó y fue a su encuentro.

—Ah, pues me encargo yo. Nadie le da el biberón mejor que su tío.

Patricia se echó a reír.

—Pero si solo le diste uno aquella noche.

Él se detuvo en el umbral de la puerta con el caniche pegado a los talones y la repasó de arriba abajo con una mirada de suficiencia.

—Pero fue el mejor biberón de su vida. Porque no sabe hablar, que si no, él mismo te lo diría.

André chasqueó la lengua divertido y cogió a Patricia de la mano.

—Vamos a ver qué tal se le da —la invitó, llevándola dentro consigo.

Sandra hizo amago de seguirlos pero Monique tiró fuerte de su muñeca izquierda, por donde aún la tenía sujeta.

—No tan rápido, guapa. Vas a contármelo todo, todo, todo.

Ella se mordió los labios y la miró sonriente. Con suavidad, se desasíó de su mano y se dedicó a acariciarle los hombros. Alguien se había encargado de maquillar a Monique y peinarla con aquel recogido estudiadamente informal adornado con florecitas blancas. Estaba preciosa y a Sandra le entraron ganas de llorar de tan contenta como se sentía viéndola más radiante que nunca.

—Estás guapísima. Eso es lo único que importa y ninguno te lo hemos dicho todavía —murmuró aguantándose las lágrimas—. ¿Qué quieres saber? Nos conocimos en el crucero por el Mediterráneo, por pura casualidad.

—Ahora me entero de que papá se fue de crucero.

—Tú tampoco le cuentas a él todo lo que haces —le recordó—. Ya hablaremos un día con calma. De momento puedo decirte que los dos lo pasamos muy bien durante

aquel viaje. Y sin sexo. Esto no te lo imaginabas, ¿a que no?

—¿En serio? —cuestionó con una sonrisilla de incredulidad.

—Solo un beso, un único beso de despedida —confesó Sandra, y se acarició la piel erizada de los antebrazos—. Que no fue un adiós, como ves. Él me ama y yo estoy absolutamente enamorada. ¿Nos das tu bendición? —bromeó.

Monique apretó los párpados preocupada, meditando lo que iba a decir. Por nada del mundo pretendía hacerle daño.

—No solo son los años de diferencia, pero es que, Sandra, conozco a mi padre...

—Tu padre —rebufó poniendo los ojos en blanco—. ¡Sí, lo es! ¡Pero tiene la misma edad que Brad Pitt!

Monique se estremeció con aprensión.

—Bueno, sí, puede ser. Pero Brad Pitt tiene cara de niño.

Sandra alzó las cejas.

—Si tu padre tuviera cara de niño no me habría fijado en él —aseguró—. Vivimos juntos desde hace una semana, ¿sabes? —le confesó, alzando el rostro hacia la fachada de la casa antes de mirarla de nuevo a los ojos—. Monique, yo no le pido garantías al amor, ni a la vida. No sé qué pasará con nosotros, pero sí sé que cada minuto que sea feliz a su lado habrá merecido la pena.

Monique la abrazó y le dio un beso en la mejilla.

—Una cosa sí sé yo: papá no te habría traído con él a mi boda si no le importaras de verdad. Porque eres la primera novia que Richard y yo le conocemos.

El aludido salió en ese momento por la puerta. Su cara delataba que era consciente de ser el centro de la conversación de chicas y decidió darla por terminada. Tras él venían Patricia y Richard.

—Los tres hombres Lachance ya están preparados —anunció André—, gracias a Patricia que se ha encargado de vestir a Gabriel porque a su padre se le resistía, el muy sinvergüenza.

—Esa cualidad debe haberla heredado de ti —contraatacó. Y le guiñó un ojo.

—Monique, eres maléfica —lo defendió Sandra.

André cogió a su hija por la cintura y le dio un beso en la frente.

—Por cierto, estás preciosa. Lo eres —rectificó con presunción—, gracias a los genes, pero hoy todavía más. Y hablando de genes, ¿aún no ha llegado tu madre?

—No vendrá, está en Inglaterra. O allí estaba cuando hablé con ella para decirle que nos casábamos.

—Típico de Èlise —masculló.

—Papá, no empieces —lo frenó Richard.

André apretó la mandíbula para contener su indignación. Solo su exmujer tenía la pachorra de perderse la boda de su única hija.

Richard le dio a Monique una palmada en el culo.

—Y tú, ¿qué haces todavía en bata? Anda a vestirte de una vez.

—No podía —confesó—. Necesitaba que mis mejores amigas vinieran a vestir a

la novia —dijo cogiéndolas de la mano—. A vosotros dos os quiero desde que nací, pero a vosotras os quiero hoy aquí conmigo y el resto de mi vida.

Tuvo que soltarlas para hacerse aire con las manos, a punto estaban de caerle las lágrimas y la peluquera se había tirado maquillándola cerca de una hora.

—¡Hala! A la porra el maquillaje —farfulló Sandra, secándose la mejilla con el dorso de la mano.

—¿Pero esto qué es? —protestó André—. Dejad los lloros para cuando lean los votos.

—Richard, ¿no tendrás por ahí un pañuelo? —pidió Patricia alargando la mano hacia él—. Madre mía la que acabamos de liar —murmuró sorbiendo por la nariz. Miró a sus dos amigas y se echó a reír—. ¡Que alguien vaya preparando unos *gin-tonics*!

Epílogo: El aroma de la lavanda

Septiembre de 2016

Aún no había transcurrido un año desde la boda y todos se hallaban de nuevo reunidos en Beauville para una nueva celebración, un acontecimiento importante y entrañable. Monique había organizado una gran fiesta para dar la bienvenida a la nueva niñita que había aumentado la familia apenas hacía un mes.

Habían preparado unas mesas con tabloncillos y caballetes en el campo baldío de la finca, el mismo donde celebraron su propio enlace. Monique las había vestido con manteles rosa y lazadas blancas. La decoración era lo más empalagoso y cursi que podía imaginarse pero ella estaba tan contenta con el resultado que sentía cosquilleos en el estómago. Hasta la tarta era rosa pastel, coronada por una figurita de una cigüeña que portaba un bebé, por supuesto, con un lacito rosa también. De preparar la comida para todos se encargó ella con ayuda de Jérôme y de Lina. Incluso Paul tuvo que echar una mano, puesto que entre los tres no daban abasto. Por suerte para todos, Richard y Patricia llegaron a tiempo y ella, más ducha en ágapes concurrecidos, se puso a organizarlo todo y a preparar unas exquisiteces simplísimas de elaborar que a Monique no se le habrían ocurrido en la vida.

Fue un éxito y no solo porque disfrutaron de un almuerzo delicioso. Lo importante fue la compañía y la dicha de poder celebrar todos juntos la llegada de la bebita.

A la hora de servir el café, André sostenía en brazos a la pequeña y Monique sonrió al ver cómo se le caía la baba mirándola. Se levantó para acercarse a él y se sentó a su lado, en la silla que Sandra había dejado libre.

—Déjamela que la mime un rato —pidió.

André se la dio, sosteniéndole la cabecita con cuidado y Monique la arrulló contra su pecho. Era tan chiquitina y tan linda que le entraban ganas de achucharla con mil besitos tiernos.

—Aún eres muy pequeñita, pero cuando crezcas tienes que hacerme caso. Que para eso soy tu hermana mayor.

Ándré acarició las manos de su nueva hija, que por instinto se agarró a su dedo índice.

—Hazle caso, que tu hermana es una gran chica —dijo sonriéndole a Monique.

La pequeña fue un bebé muy deseado por los dos. Le habían puesto Tiaré porque

fue concebida durante su luna de miel en Tahití.

—¿Ya se te ha pasado el enfado?

—A medias —bromeó, dándole un patadita a su padre.

Monique aún no acababa de perdonarle que él y Sandra se casaran por sorpresa en el ayuntamiento del distrito con Richard y Patricia como testigos, quienes se enteraron del enlace con media hora de antelación y tuvieron que escapar escopetados del trabajo. Y para bochorno de Patricia, en vaqueros y con las zapatillas Converse que llevaba ese día. Monique entendió que querían algo sencillo y sin ceremonias, pero le habría gustado compartir con ellos un momento tan especial. Por eso, cuando supo que su hermanita inesperada venía de camino, se tomó la revancha y no dio su brazo a torcer. Organizó la presentación en sociedad por todo lo alto.

Casualmente, sin ser invitados ni avisar de su llegada, un día antes de la fiesta se dejaron caer por allí Èlise, Helga y Billy en su colorida furgoneta. Monique se alegró de ver a su madre, a pesar de lo inoportuno de su presencia en aquella celebración. Pero habló con su padre y se sintió aliviada cuando este le aseguró que eran bienvenidos si querían quedarse a comer. A esas alturas de su vida y con lo plena que era, la presencia de Èlise y su pareja casada le resultaba más divertida que incómoda. Incluso Helga tejió en un santiamén un gorrito de punto como regalo para la recién nacida.

Sandra le agradeció de corazón el detalle. Después salió al jardín a enseñárselo a André.

—Este regalo, ¿cómo lo catalogamos? ¿De la novia de tu ex? ¿De la mujer del novio de tu ex? ¿De tita Helga? —aventuró con una risita.

Él ojeó con ojos torvos al roquero patillas, del que había oído hablar pero acababa de conocer en persona. En ese momento retozaba por el césped persiguiendo a Zizú a cuatro patas. André sopesó cuál de los dos obtendría mejores resultados en una prueba de astucia mental. Su perro, sin lugar a dudas.

Y aprovechando que nadie los veía, tiró de la cintura de Sandra y la pegó a él.

—Deja de cachondearte y dame un beso.

Sandra lo hizo con unas ganas locas, la cuarentena de abstinencia postparto se les estaba haciendo eterna y no veían el momento de gozar como posesos.

En cuanto al exótico nombre de la pequeña, en una de sus conversaciones de chicas a tres bandas, Sandra les confesó que la fabricaron sobre la arena de una playa desierta, después de bañarse desnudos a la luz de la luna. Monique le suplicó que no le diera más detalles, porque la idea era terriblemente sexy y excitante... Hasta que caía en la cuenta que el cuerpazo que la montaba desnudo y mojado en aquella playa de Tahití era el de su querido padre. De imaginarlo, le entraba un repelús que ni mordiendo un limón.

Las tres amigas tuvieron la oportunidad de retomar aquellas charlas de confidencias y risas que tanto echaban de menos. Fue cuando Patricia decidió por fin irse a vivir con Richard al apartamento de él que, por comodidad dada su cercanía

con la sede del grupo, compró hacía años en el *boulevard* Haussmand. Patricia dejó pues el apartamento de rue de la Paix. Monique viajó a París y entre las tres lo vaciaron con pesar porque dejaban atrás aquel entrañable hogar donde se conocieron y tantos buenos momentos habían compartido. Pero el destino se las había ingeniado para mantenerlas unidas por los lazos familiares.

La vida seguía y ese día estaban de nuevo todos juntos en Beauville. Billy, rodeado de mujeres, en el extremo opuesto de la mesa, animado por ese par de encantadoras brujas malignas llamadas Sandra y Patricia, acababa de sacar la guitarra de la funda. Las dos conocían hacía tiempo los detalles que rodeaban la vida de la madre de Monique, pero se las veía entretenidísimas con la situación y cuchicheando como cotorras.

Monique disfrutaba de volver a tener un bebé en los brazos. Gabriel había crecido y, como era natural, no paraba quieto.

—Por fin una rubia en la familia —señaló.

—Se parece a Sandra —confirmó André, mirándola con arrobo.

—Esta pequeñina va a ser muy feliz. Lo sé porque Sandra lo es y a ti se te nota solo con verte.

Él le acarició la mejilla.

—Y tú, ¿eres feliz aquí?

—Sí.

—¿En todos los sentidos? —cuestionó alzando las cejas.

Monique sabía que se refería a su profesión. Su padre aún seguía con el runrún de que mudarse tan lejos de París había supuesto un paso atrás en su carrera como periodista. Ella no lo veía de ese modo, había llegado a un acuerdo con el periódico para continuar colaborando con reportajes a partir de enero con periodicidad trimestral y para el suplemento dominical. Ya tenía ideas respecto a temas que podía cubrir e investigar desde allí, sin necesidad de viajar a París salvo cuando fuera estrictamente necesario.

Y estaba la fundación creada al efecto que ella presidía y se encargaba de supervisar las obras de rehabilitación de la casa de *madame* Elora. Habían previsto recibir a los primeros niños el siguiente verano. Los servicios sociales de la comarca, junto al ayuntamiento, iban a encargarse de gestionarlo. Y el patrocinio económico lo aportaba el Grupo Briand, con la exigencia expresa de que todos los puestos de trabajo generados por las obras y la puesta en marcha del albergue fueran ocupados por personas desempleadas de la región.

Además, durante las largas noches del invierno, Monique se había dedicado a documentarse para poder escribir su novela sobre la vida de Marissa y Elora. No fue sencillo localizar a Samuel Berg, que vivía en México. Tenía setenta y muchos años y, cuando por fin Monique logró contactar con él por teléfono, se brindó emocionado a contarle todos sus recuerdos de aquellos tristes días. Ya había redactado un sucinto borrador.

También había cumplido con su propósito de involucrarse en la empresa familiar, por lo que cada día acudía al menos una hora a la destilería para ponerse al día sobre aquel oficio artesano al que Paul dedicaba su tiempo, desvelos e ilusiones. Compartir todo aquello con él la gratificaba enormemente. Así pues, trabajo no le faltaba, pero dedicarse a lo que en ese momento más le apasionaba, había supuesto para ella una mejora de su calidad de vida. En la Provenza vivía a otro ritmo más lento. Hacía lo que gustaba, estaba donde quería y con las personas que amaba. Casi había olvidado lo que era el estrés.

Paul se acercó por detrás, ella no se dio cuenta de su llegada hasta que le dio un beso en la mejilla por sorpresa.

—Se te ha enfriado el café.

Monique alzó el rostro hacia él y sonrió.

—Da igual.

Se miraron de un modo tan íntimo que André llegó a sentir que estaba de más. Ya no le cupo ninguna duda acerca de lo feliz que era su hija mayor. Paul le hizo un ruego con un gesto.

—¿Te importa si te la robo durante un rato?

Richard, que acababa de acercarse, fue quien le dio el visto bueno moviendo las manos para que su hermana se levantara de la silla.

—Toda tuya.

Monique le entregó a Tiaré con cuidado y él se sentó al lado de su padre, acunándola, ya que empezó a protestar por el cambio de brazos.

—Dime la verdad, de hombre a hombre, ¿fue la Viagra? —bromeó señalando la dorada pelusa de su cabecita.

—Vete a la mierda.

Paul no pudo evitar una risa canalla, pero prefirió quitarse de en medio. Monique se cogió de su mano y se dejó llevar.

—¿Y Gabriel?

—Correteando por ahí, ¿dónde va a estar?

—Es que no se le puede quitar los ojos de encima, es un terremoto.

—Si se estuviera quieto, sería para preocuparse. Y ya he dejado encargadas a las dos «suegras» para que lo vigilen —informó para tranquilizarla, aunque obró el efecto contrario.

—¡Madre mía! —exclamó, algo inquieta, echando un vistazo desde allí a sus improvisadas niñeras.

—Pues eso mismo, deja que tu madre se estrene como abuela. Además, no vamos a tardar nada en volver.

Monique pensó que poco peligro podía correr rodeado de tantos adultos pendientes de él. Y por fortuna quedaba Jérôme que, de paso que se regodeaba avizorando a su madre y a Helga con un descaro vicioso que la hacía sonrojar, estaba atento a Gabriel también.

Paul la hizo montar en el coche sin revelarles dónde se dirigían. Lo aparcó en la plaza del pueblo y la llevó de la mano hasta una esquina. Con suavidad, la cogió por los hombros, para que apoyara la espalda en la pared y colocó las manos en la fachada, a ambos lados de ella.

—¿Te acuerdas?

Cómo iba a olvidarlo. En esa misma esquina, muchos años atrás, le dio su primer beso. Lo que no imaginaba es que Paul lo recordara también, porque por entonces él ya era un experto y solo fue un beso más, quizá el reto de iniciar a aquella chica tímida que decía adiós a sus vacaciones de verano.

—Una vez me diste las gracias, fue en el aeropuerto cuando estabas a punto de irte a París. Pero yo nunca te las he dado y quiero hacerlo aquí y ahora.

Monique le acarició los labios con el dedo, curiosa por saber qué estaba a punto de decirle.

—Las gracias, ¿por qué?

—Porque yo no te busqué. De un modo u otro, y ya no importan los motivos que te impulsaron a hacerlo, fuiste tú quien tuvo el valor de abrir la puerta cuando todo parecía tormenta y tristeza. Y mojarte. Sí, lo hiciste —susurró acariciándole la cara—. Encontraste el camino de regreso, como cantaba la orquesta aquella noche en la que me concediste el honor de ser el primero.

Lo vio meterse la mano en el bolsillo y sacar el teléfono. Tecléo en la pantalla y empezó a sonar una canción que los hizo retroceder en el tiempo.

—¿Recuerdas cuando fui a Avignon a negociar el precio de la esencia con aquel laboratorio? Estaba parado en un semáforo y la oí en la radio del coche de al lado. Y allí sentado pensé en que te dejé marchar y tú volviste a mi vida para hacer de ella lo que es —murmuró—. La mejor que un hombre puede desear.

The Calling seguía sonando. Monique movió los labios en silencio repitiendo la estrofa que tantas veces había escuchado a solas.

—Siempre pensé que lo habrías olvidado.

Paul ladeó la cabeza inclinándose sobre su rostro.

—No eres la única con buena memoria.

Monique acudió a su encuentro y se besaron como si no existiera unión de placer y entrega más grande. Cómo iba a olvidarlo, para Paul no fue la primera vez pero sí el primero de ellos dos. El primero con ella.

Y mientras la boca de Paul le recordaba cuánto la amaba, Monique pensó en lo que acababa de decir. Su felicidad fue encontrar el modo de volver a él. Eran los desayunos tempranos y las noches amándose sin pensar en el paso del tiempo. Era ducharse juntos y sentir la risa excitada de Paul en el cuello porque se les oía desde el pasillo.

Su riqueza era el alboroto de los días de cosecha, leer el periódico en el café de la plaza sin mirar el reloj, era oír en el mercado la vieja lengua provenzal o correr a la carretera y animar todos juntos a los ciclistas al paso del *Tour*. La alegría era escuchar

el guirigay de los abuelos que jugaban una partida de manilla en la taberna y los balonazos de los niños al salir de la escuela. Era la risa de Gabriel, los ojos de Paul. Se aferró todavía más a su cuello porque no quería que acabara ese beso.

La vida era pellizcar el pan crujiente con aceite y briznas de romero, eran las tormentas del invierno en Beauville al calor de la chimenea, era el viento que venía del mar y, al abrigo de las montañas del Luberon, que convertía aquella tierra en el lugar privilegiado donde crecían las especias. Eran los campos al sol plenos de flores moradas con su espléndida belleza; los suyos, porque eran del hombre que amaba y así los sentía también en su corazón. Se acordó de Marissa y de su viaje al sur en busca de la dicha. La felicidad era tan sencilla como encontrar un lugar donde te quieran. Y pensó que el amor, ahora sí lo sabía, el amor olía a la Provenza. Como una pastilla de jabón de lavanda envuelta en papel de seda.

Nota de la autora

Siempre he dicho que escribo ficción anclada en la realidad. Así, pese a haber imaginado toda la trama, esta novela está salpicada de hechos históricos. Con diecisiete años me impactó una placa en la fachada de una escuela elemental del barrio de Belleville de París en memoria de los alumnos judíos que fueron enviados a los campos de exterminio con la colaboración, así se apostilla, del gobierno de Vichy. Años después, cada vez que he vuelto a pasar por allí, sigue impresionándome el recuerdo de aquellos niños. Y quise saber más. La curiosidad es como tirar del hilo de una madeja y un episodio me llevaba a otro, cada suceso me abría los ojos a otros no menos trágicos e igual de injustos. Con todo, también vislumbré ese destello de esperanza al constatar, una vez más, que el mundo está lleno de buenas personas; algunos reconocidos, la mayoría héroes sin nombre.

Ciertos son los hechos acontecidos durante los días 16 y 17 de julio de 1942, a raíz de la operación «Viento de Primavera» acorde a la doctrina de pureza racial del tercer Reich, por la que se confinó a 7.000 parisinos, adultos y niños, en el Velódromo de Invierno. Hubo valientes anónimos que mediante avisos o escondiendo a algunos de ellos, incluso gendarmes que hicieron la vista gorda, lograron salvar a unos pocos. Pero fueron 42.000 los judíos franceses deportados a Auschwitz. Solo sobrevivieron 811.

Real es que hubo relaciones afectivas entre soldados y civiles de uno y otro bando durante la Segunda Guerra Mundial. Solo en Francia, se calcula que fueron 200.000 los niños nacidos de esos amores considerados ilícitos. Aún hoy, en pleno siglo XXI, luchan por la reconciliación y para dejar de ser tachados de hijos de la vergüenza.

Verídicas son también las humillantes y crueles represalias que padecieron esas mujeres acabada la guerra, cuyo único pecado fue amar al enemigo. Tan verídico como que hubo más de 100.000 soldados judíos en los ejércitos de Hitler cuya tragedia fue servir a las órdenes de su verdugo. Unos pocos fueron condecorados, muchos salvaron la vida y otros tantos fueron destinados a las primeras líneas de fuego como carne de cañón.

Cierto es que fue «La nueve», 9.^a compañía de la división Leclerc, formada por soldados republicanos y anarquistas españoles en el exilio, la que encabezó a los ejércitos aliados al entrar en París en agosto de 1944 para su liberación.

E indudable es que el poblano Gilberto Bosques, cónsul general, salvó cientos de vidas refugiando a perseguidos, ocultándolos y concediéndoles visados de entrada en su país. Por ello fue hecho preso por la Gestapo, violando toda norma diplomática. Cuando lo liberaron en 1944 y regresó a su tierra, fue recibido y llevado a hombros por aquellos republicanos españoles y judíos que, gracias a su ayuda, hallaron en

México la tierra prometida.

Agradecimientos

A Mónica Agüero, Marisa Lillo, Patricia Garcete y Tiaré Pearl, por prestarme sus nombres además de premiarme con su amistad.

A José Caraval, Ysabel Meseguer y Marie Hernández, por brindarme sus recuerdos, sensaciones vividas en Provenza y ayuda documental para recrear ese Beauville imaginario que tanto se parece a Ménerbes.

A Pepa Cabañes, Sergio Rodríguez, Alfredo Sánchez, Pepe Durá y a mi hijo Bruno, por regalarme esas anécdotas, dichos o una canción en el momento preciso. Sin vuestras ocurrencias, esta novela no sería la misma.

A Mar Rodriguez, por su generosa y valiosísima ayuda legal en cuanto a sucesiones, propiedad rústica y derecho agrario francés.

Y a Laura Guerra, por esos macarons de colores con los que me daba los buenos días en Twitter. Gracias por acompañarme en esta aventura con un detalle mañanero tan inspirador, que nunca me faltó mientras escribía, y se ha ganado un cariñoso hueco de honor en la portada.



OLIVIA ARDEY nació en Alemania pero al poco su familia regresó a Valencia, ciudad donde reside con su marido y sus dos hijos. Ha crecido, vive y trabaja entre libros.

Apasionada del género corto, es autora de relatos y cuentos infantiles. Muchos de ellos premiados, han sido publicados en diversas antologías y revistas. Uno de ellos fue traducido y publicado en Italia en la revista *Romance Magazine*.

Es autora de la columna *Del libro al paladar* en la web literaria *La Pluma Afilada*, donde comenta novelas y las recetas que sus páginas esconden.

Notas

[1] Algo imposible, ya que la primera edición francesa de *El Doctor Zhivago* es de 1958, pero tanto me gusta la historia de Yuri y Larisa que me he permitido esta licencia narrativa. (N. de la A.). <<